

UN CORAZÓN
PROHIBIDO
SARAH RUSSELL

UN CORAZÓN PROHIBIDO

SARAH RUSSELL

Primera edición.

Un corazón prohibido

©Sarah Rusell

©octubre, 2024

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Elisabeth

Cuando has pasado toda tu vida con vigilancia, chófer, y la prensa al acecho de cada uno de tus pasos, acabas por acostumbrarte, o eso es lo que todo el mundo solía decir.

En cierto modo así había sido, puesto que desde que vine al mundo, hacía ya treinta años, ese había sido el día a día en mi casa.

No sabía lo que era salir a comprar con mi madre sin que nos llevara el chófer, ese mismo que me llevaba y me recogía del colegio y con quien al menos tuve una buena relación, ya que era un hombre simpático y de lo más divertido. Lástima que tuvo que dejar el trabajo al jubilarse, que coincidió justo con un importante cambio en nuestras vidas.

Y ese cambio tuvo que ver con mi padre, Evan Paton, un hombre que siendo joven puso en marcha una petrolera que en poco tiempo se fue convirtiendo en una de las más importantes del país. Cada año generaba unos muy buenos beneficios. Eso, y su buena relación con políticos, le llevó a dar el salto a ese mundo.

Tenía cuarenta años cuando se convirtió en congresista de Illinois, donde llevaba viviendo toda su vida, y desde ese momento mi vida, con solo diez años, cambió por completo.

Hasta aquel instante vivíamos en una casa amplia, de una sola planta, con cuatro dormitorios con su propio cuarto de baño, cocina, salón amplio, un jardín con piscina donde pasaba los veranos nadando, y un porche donde me gustaba sentarme a leer.

En el momento en el que mi padre pasó a ser congresista, apoyado por Carol, mi madre, y con toda mi admiración por haber logrado aquel sueño, nos mudamos a un lugar que, a veces, me hacía verlo como una de esas fortalezas inexpugnables de las películas.

Estaba en un gran terreno y en el centro de este se encontraba la casa principal, una lujosa mansión, porque no podía llamarse de otro modo, de dos plantas.

Todo alrededor eran jardines, zonas de paseo rodeadas de árboles, una amplia piscina y recinto de barbacoa, y el porche al que se accedía desde el salón.

En la planta baja se encontraba el salón, que era amplio y contaba con tres sofás grises, chimenea, televisión de pantalla extragrande, muebles en color negro, paredes y suelos blancos.

También estaba la zona de comedor, una estancia no muy grande con una mesa para seis comensales, muebles donde guardábamos la vajilla y la cristalería, y un par de ventanales que daban al exterior de la casa.

La cocina era otro lugar donde me gustaba mucho pasar el tiempo, sobre todo por la compañía de Julia, la cocinera que aún hoy en día, veinte años después, seguía con nosotros. Allí desayunaba antes de que me llevaran al colegio, y merendaba cada tarde después de hacer mis deberes.

Contaba también con un cuarto de baño, despensa, cuarto de colada y plancha, y el despacho de mi padre, donde se pasaba muchas horas en la noche trabajando y yo allí para tomarme un vaso de leche y leer un libro después de cenar antes de irme a la cama.

En la planta de arriba estaban los dormitorios, el principal era el de mis padres, que contaba con vestidor y cuarto de baño, y después había otros dos dormitorios también muy amplios y espaciosos, uno que ocupaba yo, y otro que sería para mi hermano, ese que por aquel entonces estaba en camino.

Solo que no llegó a nacer porque mi madre sufrió un aborto espontáneo cuando estaba de poco más de tres meses.

La casa principal estaba comunicada desde la planta baja mediante una puerta al edificio de al lado que, aunque formaba parte de la mansión, era totalmente independiente.

Contaba con varios pequeños apartamentos de un dormitorio, cuarto de baño y salón para cada uno de los empleados que teníamos en la casa, además de Julia, y una amplia cocina que era la zona comunitaria.

Allí vivía el personal de seguridad que se encargaba de mantener vigilado el recinto y estaba formado por unas quince personas, hombres y mujeres de lo más cualificados, así como los escoltas personales de mis padres y los chóferes, actualmente también vivían allí los míos.

Cuando tenía quince años nació Alexis, mi hermana pequeña que ahora, a sus quince, era una joven preciosa, muy inteligente y buena estudiante, de cabello negro como nuestro padre y ojos verdes como nuestra madre.

Yo tenía el cabello castaño, una mezcla entre el moreno de él y el rubio de mi madre, y había heredado los bonitos ojos azules de mi padre.

La verdad es que mi hermana fue una sorpresa para todos, no la esperábamos y cuando mi madre nos dijo que estaba embarazada, fue como un milagro. La adoraba, y a pesar de llevarnos quince años, teníamos una relación de lo más cercana.

Mi padre seguía siendo el dueño de la petrolera, delegó mucho en su mano derecha desde que se convirtió en congresista, hasta que yo me hice con el mando a los veinticinco años, pasando a ser una de las mujeres más jóvenes en tomar las riendas de la empresa familiar como CEO.

Y no, nadie me regaló nada, pues siempre me preparé para ese momento, ya que mi padre siempre tuvo claro que yo sería su sucesora.

En cuanto empecé a hacerme cargo de la petrolera, mi padre puso un chófer a mi entera disposición, ese que me acompañaba junto a mis dos escoltas, pero el hecho de no poder salir sola nunca, en ningún momento, sin estar en constante vigilancia por dos hombres que no pasaban para nada desapercibidos entre la gente que me rodeaba, fue frustrante, y por eso me senté a hablar con mi padre para pedirle que cambiara mi escolta.

Me costó un mundo convencerlo, pero lo hizo, asignando a dos mujeres que, bajo esa apariencia casi angelical, se escondían dos armas letales en combate cuerpo a cuerpo.

Que sí, que no estaba de broma, que Roxana y Kaila podían dejar KO al tipo más grande que se pusiera en su camino.

Roxana era rubia con los ojos marrones, y tenía treinta y cinco años, Kaila era morena y de ojos color miel, y tenía treinta y dos años. Ambas llevaban conmigo los últimos cinco años, y se habían convertido en mis dos mejores amigas, esas que realmente nunca tuve porque siempre iba acompañada de vigilancia a todos lados.

Pero claro, salir de copas con ellas era mucho mejor que con dos hombres con trajes negros y cuerpo de armario empotrado.

Me conocía todo el mundo y la verdad es que costaba pasar desapercibida, pero al menos con ellas dos se conseguía un poco más.

Y luego estaba mi chófer, Luke, un rubio de cuarenta años y ojos azules que bien podría haberse dedicado al mundo de la moda, porque tenía presencia para eso.

Cuando llegó el momento de decirle a mi padre que quería independizarme, tanto él, como mi madre, se negaron en rotundo, alegando que como hija de un congresista mi seguridad era una prioridad, así que esa idea que tuve siempre de poder abandonar la casa de mis padres con veinticinco años... no fue posible.

Pero no vivía en la casa con ellos, sino que construyeron una casa independiente a la mansión para mí sola en la parte trasera, a una distancia bastante considerable, de modo que tenía

independencia y privacidad.

Contaba con un amplio salón con chimenea, paredes en color crema, muebles blancos y suelos de madera clara, una cocina espaciosa de lo más moderna, una amplia habitación con vestidor y cuarto de baño con bañera y plato de ducha, pues había noches que me apetecía tomar un baño de espuma mientras disfrutaba de una copa de vino y me relajaba escuchando música acompañada de unas velas.

Y, por último, el despacho donde trabajaba muchas tardes que no iba a las oficinas.

Era todo en una planta, no se trataba de una casa muy grande, pero al menos, era mía y vivía sola.

Aunque no es que allí pudiera llevar a muchos novios o ligues, pues, aunque tuviera privacidad, no me gustaba que nadie supiera con quién o no me acostaba.

Pero siendo sincera, novios formales solo tuve uno a los diecisiete antes de acabar el instituto y con el que rompí al entrar él en Harvard.

El segundo fue cuando tenía veinte años, un compañero de universidad con el que estuve un año y medio saliendo, y el último fue durante solo seis meses, ese que rompió conmigo al convertirme en CEO de la petrolera.

En lo que respecta a mi vida amorosa y sexual en estos últimos cinco años, solo había estado con unos tres chicos y apenas fueron relaciones de unos meses, ninguno de ellos quería ser menos que su novia en cuanto a vida profesional, aunque el ser yerno de un congresista le diera renombre.

Solía bromear con Roxana y Kaila diciendo que me acabaría quedando soltera el resto de mi vida, y ellas decían que no se vivía tan mal y que siempre nos quedaría el amante a pilas.

Para matarlas.

Mi madre también tenía un equipo de vigilancia, ese que compartía con mi hermana Alexis, a quien llevaban y traían del instituto cada día.

Se trataba de Rick, el chófer, Josh y Carl, los escoltas.

Era viernes, estaba terminando de revisar unos documentos en mi despacho de la petrolera antes de marcharme a casa y tener esa cena familiar en la mansión, cuando entró Cintia, mi secretaria, una joven de veinticinco años, pelirroja y unos ojos verdes esmeralda con una bonita sonrisa y esa forma de ser alegre que nos contagiaba a todos.

—Eli, si no necesitas nada más, me marchó. Hoy tengo una cita —dijo, y la miré.

—¿Una cita? —arqueé la ceja, y asintió.

—Sí, me ha invitado a salir Nick —se sonrojó, y entendí de qué Nick me estaba hablando.

—Nick, ¿el responsable del departamento de contabilidad, ese Nick?

—Sí.

—¡Ay, por Dios! ¿En serio? —me puse en pie y ella soltó una leve risita.

—Así es.

—Lo que le ha costado dar el paso, madre mía. Te lo dije, Cintia, le gustas —hice un guiño—. Llevas aquí cinco años conmigo, y cada vez que él venía, te hacía ojitos.

—No me hacía ojitos —rio—, porque tenía novia.

—Hasta hace dos años que rompió con ella porque lo engañó con su jefe. Y en este tiempo ha estado esperando a la oportunidad perfecta para invitarte a salir. Yo veo que, de esta noche, sale una boda.

—¡Hala! Que solo me lleva a cenar a *Clayton's* —sonrió de nuevo.

—*Clayton's*, querida Cintia, es el lugar perfecto para el comienzo de toda relación romántica y duradera. Ya me lo dirás en un par de años cuando seas la señora Benson y estés esperando tu primer hijo.

—Al paso que vas marcando tú, para dentro de cinco años tendré mínimo tres hijos —rio.

—No lo descarto. Al menos ponle Elisabeth a una de tus hijas, en honor a la mejor jefa que has tenido nunca.

—Solo he tenido una jefa —volteó los ojos.

—Y yo una secretaria que espero que siga siéndolo durante muchos, muchos años. Te dije cuando apareciste en mi puerta sin apenas experiencia que tenías lo que necesitaba a mi lado, y no me equivoqué. Fue todo un acierto contratarte.

—Había gente con mucha más experiencia.

—Sí, pero no conecté con ninguna de ellas y como te dije tiempo después, habría acabado trabajando a disgusto en mi propia empresa. Ahora vete, no hagas esperar a tu futuro marido.

—Eli, que no me voy a casar con Nick —rio de nuevo con las mejillas sonrojadas.

—¿Quieres que apostemos? —Arqueeé la ceja.

—No, no, que me desplumas otra vez —contestó levantando ambas manos mientras negaba, y solté una carcajada.

—Disfruta de la noche con Nick y, si puedes, también del fin de semana —le di un abrazo—. El lunes quiero detalles.

—Vale, pero no habrá mucho que contar. Que tengas un buen fin de semana.

—Adiós, cielo.

Cintia salió del despacho, terminé de revisar los papeles y enviar un par de correos, electrónicos, y cuando recogí todo para irme, entró Mike, mi mano derecha en la petrolera.

—Venía a dejarte unos papeles, creí que ya te habías ido —dijo al verme.

—Tenía que terminar unas cosillas —sonreí.

—Esto es para que lo revises el lunes —me advirtió, levantando las carpetas que tenía en la mano—, no se te ocurra volver a sentarte... —entrecerró los ojos, y es que aquel hombre de cabello castaño y ojos marrones de treinta y ocho años, me conocía muy bien y sabía que, si me dejaba sola, me quedaría allí revisando el papeleo— Mira, ¿sabes qué? Lo voy a dejar en tu escritorio, y te voy a acompañar al coche —dijo, al tiempo que iba a dejar la carpeta, para después volver a mi lado y cogerme del brazo—, no me fio de que pases aquí la noche.

—Ahora qué eres, ¿mi niñera?

—No, era el mejor asistente de tu padre y lo conozco bien, sé que él se quedaba hasta tarde muchas noches y tú, señorita Paton, eres igual que él. Así que, andando —señaló hacia la puerta de mi despacho con la cabeza.

—Mike, deberías haber postulado para ser mi escolta —volteé los ojos.

—No le des ideas a tu padre —rio.

Salimos de las oficinas y en la entrada estaba Luke, mi chófer, esperando apoyado en el coche y mirando el móvil.

En cuanto me escuchó despedirme de Mike guardó el teléfono y abrió la puerta de atrás para que entrara.

—¿Cómo ha ido el día, preciosa? —preguntó Luke.

—Más tranquilo de lo que esperaba. ¿Y las chicas? —miré alrededor, pero no vi el coche de mis escoltas.

—Han ido a esperar a la entrada del recinto.

Asentí, y cuando iba a subirme vi pasar a Mike con el suyo tocando el claxon a modo de despedida.

Una vez Luke puso el nuestro en marcha, escuché que me llegaba un mensaje al móvil, era mi madre preguntando si llegaría muy tarde, a lo que dije que estaría en casa en media hora, que era lo que solíamos tardar siempre, tanto al venir a las oficinas como al regresar.

El coche de Roxana y Kaila estaba fuera, tras la barrera de la garita de seguridad, Luke se despidió del vigilante y ellas nos siguieron, como de costumbre, a una distancia prudencial.

—Mañana es la cena de senadores y congresistas, ¿no? —curioseó.

—Sí, esa cena mensual que hacen para confraternizar con las demás familias —suspiré—. Tienes todo el fin de semana libre.

—Todos mis fines de semana son libres —sonrió, mirándome por el retrovisor.

—No mientas, muchos de ellos nos llevas a las chicas y a mí.

—Os acompaño, que es diferente.

—Y siempre acabas ligando —sonreí.

—Queda bien decir que soy el guardaespaldas de la hija de un congresista —hizo un guiño.

—Mientes descaradamente.

—Sabes que no miento, soy tu guardaespaldas camuflado al volante de tu coche, exigencias de tu padre.

Suspiré, pues era cierto. Luke empezó siendo uno de mis escoltas, el chófer que tenía era un muchacho de mi edad que pasó a ser conductor del coche de los escoltas de mi madre, y como Luke me conocía bien y mi padre no quería dejarme solo con dos escoltas por muy buenas que fueran en lo suyo esas mujeres, mantuvo a Luke, aunque fuera como chófer.

Al menos me llevaba bien con los tres y podíamos salir a tomar una copa de vez en cuando,

aunque debía admitir que durante mucho tiempo no se lo puse fácil a Luke, y solía escabullirme de casa sin que me vieran, hasta que él me encontraba.

Capítulo 2



Elisabeth

Al llegar a casa los chicos que se encargaban de la vigilancia de la entrada desde la caseta, abrieron las puertas de hierro negro forjado y Luke se adentró en la propiedad seguido por el coche de Roxana y Kaila.

Paró en la entrada de la mansión, bajó para abrirme la puerta y le di las buenas noches, al igual que a ellas, que se detuvieron al lado nuestro.

Entré en casa y mientras caminaba por el pasillo hacia el salón, escuché las voces de mis padres y mi hermana que provenían de allí.

—Es que no es justo, mis amigas van a ir a ese concierto —dijo Alexis, y notaba por su voz que estaba enfadada.

—Hemos hablado de esto, hija, no vas a ir a un lugar lleno de gente en el que los hombres de seguridad podrían perderte de vista —esa era la voz de nuestro padre, el Congresista Evan Paton, cargada de autoridad.

—Mamá, por favor.

—No, cariño, a mí no me pidas que interceda esta vez, porque tu padre tiene razón.

—No me lo puedo creer. Solo os estoy pidiendo ir a un concierto, no que me dejéis viajar a Europa con mis amigas.

—Eso es algo que no podrás pedirnos nunca tampoco —respondió mi madre.

—Poned a todo el maldito servicio de seguridad detrás de mí esa noche, pero, por favor, dejadme ir.

—Alexis, he dicho que no, y no hay más que hablar del asunto.

No debería haberme quedado en el pasillo espiando, pero no quería entrar porque conocía a mi hermana y, en ocasiones, solía salirse con la suya.

—Buenas noches —saludé entrando al fin.

—Hola, cariño —mi madre sonrió al verme.

—¿Qué tal todo por la petrolera? —preguntó mi padre, con su genuino interés por ese lugar al que él dio vida.

—Todo bien —sonreí.

—Eli, ¿tú me acompañarías al concierto de...?

—Alexis Marie Paton —la cortó mi madre—. No metas a tu hermana en esto.

—Es que no lo entiendo. Soy una hija maravillosa, estudiante modelo, todas mis notas son sobresalientes, no tenéis quejas de mis profesores y cuando salgo con mis amigas, estoy puntual en casa. ¿Por qué ir a un concierto es tan diferente?

—Porque no es como ir a cenar a una pizzería, o al cine en el centro comercial —contestó mi padre—. Estamos hablando de un concierto con miles de personas en un estadio de fútbol. Un despiste de los de seguridad, y quién sabe lo que podría pasarte.

—Deja ya el tema, hija —le pidió mi madre, al ver que volvía a abrir la boca para protestar—. Y vamos a cenar, ahora que estamos todos.

Alexis salió del salón murmurando algo, mis padres suspiraban y negaban tras ella y yo, yo simplemente pensé en que, una vez, tuve su edad y no pude hacer nada de lo que me hubiera gustado hacer con mis amigas por ser la hija adolescente de un congresista.

Entramos en el comedor y tras acomodarnos, apareció Julia con dos de las chicas del servicio para servir la cena. Sonrió al verme y me hizo un guiño, no tardé en saber que era porque había preparado su delicioso solomillo Wellington con puré de patatas que tanto me gustaba.

Durante la cena en familia de cada viernes, mi padre y yo nos pusimos al día con la gestión de la petrolera, por mucho que yo estuviera al mando él seguía siendo dueño y socio mayoritario, y le costaba desvincularse del mundo empresarial.

Mi madre nos dijo que iba a celebrar el domingo a mediodía una feria en el parque que había cerca del centro donde atendían a las jóvenes madres de la asociación en la que ella colaboraba como voluntaria desde hacía años, y que con el dinero que recaudasen podrían pagar la matrícula

para muchas de ellas hacer algún curso formativo que les permitiera salir adelante.

La asociación recibía muchas donaciones, entre ellas de congresistas como mi padre o políticos amigos suyos, pero solían hacer ese tipo de ferias o cualquier otra gala benéfica para recaudar fondos para ayudarlas.

Todas eran mujeres entre de veinte y veintiséis años que no habían tenido una relación fácil de pareja, algunas de ellas incluso no podían contar con el apoyo de sus familias puesto que se quedaron embarazadas siendo aún bastante jóvenes y las dieron de lado.

Nos pidió a Alexis y a mí que fuéramos a la feria para ayudar como solíamos hacer, y aceptamos, dado que en esos momentos disfrutábamos mucho del ambiente y de aquellos niños.

—No olvidéis que mañana es la cena de senadores y congresistas —dijo mi padre cuando nos retiraban los platos después de saborear cada bocado de aquel delicioso solomillo.

—No se nos olvida, tranquilo cariño, estaremos allí como siempre, a tu lado —contestó mi madre.

—¿Seguiréis buscando el marido perfecto para Eli? —curioseó Alexis, y yo suspiré.

Sí, aquello para mis padres se había convertido en una especie de tradición en los últimos cinco años, la de encontrar el mejor partido para su primogénita, o sea, para mí.

Y no, yo no quería que buscara un marido adecuado para mí, a la altura de mi estatus y del suyo, pero siempre decía que solo quería lo mejor para mí después de que aquellos tres últimos novios no supieran afrontar que yo era una mujer de éxito.

Desde ese momento, había conocido a los hijos de cuatro senadores, tres congresistas y un vicesecretario, por no hablar del sobrino de una senadora viuda y sin hijos.

Pero solo se quedaba en conocerlos, porque nunca había aceptado una sola cita con alguno de ellos, dado que mis padres solo me los presentaban y me pedían que los tuviera en consideración.

—No estamos buscando marido para tu hermana, solo le hemos presentado a algunos jóvenes interesantes.

—Mamá, le estáis buscando marido.

—Y me da que contigo harán lo mismo, dentro de unos años —reí.

—Más vale que no, al menos que me dejen elegirlo a mí, ya que no me dejan salir para ir a un concierto —suspiró.

—¿Quién lo da? —curioseé cuando una de las chicas me puso el plato con la tarta de queso y frambuesa que había hecho Julia para el postre.

—Nuestra cantante favorita, Mindy Blue, y es el último concierto de la gira.

—Elisabeth, no —dijo mi madre, y al mirarla, no tardó en suspirar puesto que sabía lo que estaba a punto de decir.

—¿Tenéis las entradas? —pregunté.

—El padre de Molly puede conseguirlas, ya sabes que es jefe de seguridad en el estadio.

—Dile que consiga seis, yo se las pago —le hice un guiño.

—Pero solo somos tres, Molly, Brenda y yo.

—Y os acompañaré yo, con Roxana y Kaila.

—Dios mío —murmuró mi madre.

—¿En serio, Eli?

—Sí, pero con una condición.

—Lo que sea, te limpio la casa durante un mes.

—Tenemos servicio para eso.

—Trabajo en la petrolera contigo.

—Tú estudia, que estás a punto de empezar el curso. Tendremos que llevarnos a tus escoltas, ¿entendido?

—Como si queréis que llevemos a todos los de seguridad. ¡Gracias hermanita! —gritó levantándose para darme un abrazo— Voy a llamar a Molly —dijo mientras salía corriendo del comedor.

—La consientes mucho, Elisabeth —dijo mi madre, con un suspiro de resignación.

—No lo hago, solo quiero que viva una vida normal dentro de lo que pueda, sé lo que es no tenerla, y al menos ella cuenta con una hermana mayor, yo no pude.

—Solo os pido que tengáis cuidado, hija —me pidió mi padre—, y llevad mucha seguridad,

por favor.

—Descuida, sabes que tienes a los mejores hombres y mujeres en nómina —sonreí.

—No puede ser que siempre consiga lo que se propone en cuanto te hace ojitos, hija —mi madre volvió a suspirar—. Sé que, harías lo que fuera por ella, pero, vuestro padre y yo queremos que estéis bien.

—Y estaremos bien, mamá. Solo es un concierto de su cantante favorita, no le pasará nada. Luke irá con nosotras.

—Los escoltas de tu madre también irán. Incluso debería pedirles a mis hombres...

—No, papá —le corté, a sabiendas de lo que estaba a punto de decirme—. Tus escoltas no hacen falta. Estaremos bien, en serio —le aseguré.

Me terminé el postre y tras despedirme de ellos quedando en verlos al día siguiente, salí de la casa principal para irme a la mía. Necesitaba un baño de espuma relajante y olvidarme un poco de la rutina de la semana.

Caminaba por el jardín y sabía exactamente dónde estaban situados los hombres que vigilaban el perímetro. Que Evan Paton fuera congresista suponía estar en permanente alerta, no como si se tratara del presidente de Estados Unidos, pero sí que debía estar protegido como cualquier otro político.

A mi padre le gustaría que algún día yo llegara a ocupar un cargo de tanta envergadura como el suyo, aunque no estaba segura de que la política fuera lo mío.

Vi un par de hombres haciendo la ronda a lo lejos, y otro un poco más cerca fumando un cigarro.

Entré en casa y tras quitarme los zapatos, que dejé abandonados en algún lugar del recibidor, fui hacia el dormitorio para preparar mi baño de espuma y desnudarme.

Tras encender las velas y servirme una copa de vino, me recogí el pelo y puse música antes de meterme en la bañera.

Aquello era uno de mis pequeños placeres, el momento en el que conseguía mantenerme con la mente despejada.

Y como siempre ocurría, se me iba tanto la noción del tiempo, que el agua se quedaba fría y mis dedos como pasas de arrugados, como decía mi madre.

En cuanto salí del baño y me puse el pijama para meterme en la cama, vi que tenía un mensaje

en el móvil. Lo leí, pero no respondí, necesitaba acostarme y descansar, estaba agotada.

Capítulo 3



Elisabeth

Si había algo que me gustaba más que disfrutar de un baño de espuma relajante por la noche, era tomarme un café sentada en el porche de mi casa.

Era de lo más acogedor, tenía un sofá, un par de sillas y una mesa, y todos los sábados desayunaba ahí disfrutando de las vistas al jardín.

Estaba viendo algunas noticias en Internet, cuando aparecieron mis dos escoltas.

—Buenos días, señorita Paton —saludaron al dos al unísono, y volteé los ojos.

—Odio que me llaméis así cuando estamos solas.

—Es lo que hay, no sabemos dónde puede haber micrófonos o cámaras el Congresista Paton —contestó Roxana.

—No hay micros en mi casa, ni cámaras... —dije, pero por un momento fruncí el ceño por si tenía razón— Porque no hay, ¿verdad? —Miré a Kaila.

—Que yo sepa, no —se encogió de hombros.

—Voy a por un café, ¿quieres, Kaila?

—Sí, por favor.

Di un sorbo al mío y cogí una de las tostadas, sí, en plural, porque sabía que esas dos aparecerían para desayunar conmigo.

—¿Qué planes hay para hoy, Eli? —preguntó Roxana cuando regresó con los dos cafés,

sentándose en la otra silla.

—Voy a trabajar un poco hasta la hora de comer, después tengo cita en el salón de belleza a las cuatro.

—Ok, hablaré con Luke para organizarnos.

—¿A qué hora es la cena? —curioseó Kaila.

—A las ocho, nos iremos de aquí seguramente a las siete y media. Pero vosotras podéis quedaros. Mi padre dice que con sus hombres será suficiente.

Mi móvil empezó a sonar, era un mensaje, y al ver el nombre en la pantalla, suspiré mientras lo dejaba.

—¿Otra vez él? —Roxana arqueó la ceja, y asentí— Vas a verlo esta noche, ¿no?

—Sí, por eso lleva escribiéndome desde ayer.

—Y tú, ignorándolo, por lo que veo —dijo Kaila—. ¿Qué ha pasado?

—Por mi parte nada, él se molestó porque olvidé que habíamos quedado a cenar el lunes. Tenía trabajo, se me pasó por completo.

—¿No se suponía que era solo un rollo sexual o algo así? —Roxana frunció el ceño.

—Sí, pero sé ve que como no lo llamé para cancelar y tampoco me disculpé al día siguiente...

—Mañana echáis uno de los vuestros y listo, se le pasa el mosqueo.

—Qué bruta eres a veces, Roxana —rio Kaila.

—¿Qué? No tiene nada serio con él, no sé por qué se enfada. A no ser que quiera ser algo más que un rollo.

—Pues lo lleva claro, no quiero una relación con alguien del mundo de la política.

—Para empezar, no debiste liarte con él la primera vez, pero no nos hiciste caso —Kaila me señaló.

—Cierto, es mejor tu amante a pilas.

—Joder, no es lo mismo. Yo necesito un poco de contacto físico, no sé, unas caricias, unos

besos... esas cosas.

—Tú quieres un hombre que te haga reír y que te quiera, tanto como dejarte con las piernas hechas gelatina por los múltiples orgasmos.

—¿Múltiples? —Abrí los ojos— Roxana, por norma general, a mí me dan un orgasmo en cada encuentro.

—Vamos, no me fastidies, te estás quedando conmigo —dijo mientras se inclinaba con los codos apoyados en las rodillas.

—No he tenido más de un orgasmo nunca.

—Pero nena, tú, ¿con qué sin sustancias has estado en la vida? El buen amante, no se conforma con darle un orgasmo a su mujer, mínimo le da dos —dijo Roxana, y vi que Kaila asentía.

—¿Dos?

—Ajá, en los preliminares, y al final de un buen revolcón —respondió Kaila.

—Perfecto, pues a mí a veces me han dejado incluso a medias del primero y único de la noche —resoplé.

—Creo que vamos a tener que empezar a buscarte nosotras los rollitos de una noche —comentó Roxana.

—No sé si quiero saber por qué acabo de escuchar eso, Roxana —nos giramos al escuchar la voz de Luke.

—Mejor no —contestamos las tres al unísono.

—Vale, mejor no —se sentó a mi lado y cogió una tostada—. ¿Alguien me dice el plan del día? —preguntó tras darle un bocado.

Roxana le puso al tanto de lo que haría ese sábado, y después de tomar café con nosotras, se marchó para ayudar a los chicos de seguridad con un asunto que les había pedido mi padre.

Ellas se quedaron conmigo un poco más, hasta que decidieron ir a ver si sus compañeros necesitaban ayuda.

Pasé el resto de la mañana trabajando, me puse unos vaqueros, una camiseta y las deportivas, y fui hacia la casa de mis padres para comer.

Al acercarme vi que algunos de los hombres de seguridad estaban entrenando en el jardín, con pantalones cortos y sin camiseta. Aquello era algo más que normal para toda la familia, y en mi caso lo veía desde hacía veinte años, así que, ya no me sorprendía de nada.

O bueno, de casi nada, porque algunos de esos hombres tenían un torso de lo más trabajado, así como los brazos, y esos hombros anchos que llamaban la atención. A veces me preguntaba cómo lo hacían para meter tal cantidad de masa muscular en sus trajes.

Entré en casa y mi hermana Alexis corrió a mis brazos con una amplia sonrisa.

—Tenemos las entradas —dijo con una felicidad en los ojos, que acabó contagiándome, y sonreía también.

—Me alegro, ahora solo tengo que contárselo a las chicas. ¿Cuándo era el concierto?

—La próxima semana, el sábado.

—Vale, pues hablaré con ellas después —le di un beso en la mejilla y le pasé el brazo por los hombros para ir al comedor, donde mis padres ya nos esperaban.

Nos sentamos a comer y después de tomar café me despedí para ir a mi cita en el salón de belleza.

—¿Por qué no llevas a Alexis contigo? —propuso mi madre— Dijiste hace unos días que querías cortarte un poco el pelo, ¿no?

—Sí, pero no tengo cita.

—No te preocupes, Candy te hará un hueco —dije sonriendo, y ambas nos levantamos para irnos.

En la entrada de la casa ya estaban Luke, Roxana y Kaila, y al ver a Alexis las dos sonrieron.

Durante el camino mi hermana estuvo hablando por mensajes con sus amigas, Molly y Brenda, quienes estaban de lo más entusiasmadas por ir al concierto de su cantante favorita, yo aproveché para leer algunos correos que tenía y responder los más importantes.

Nada más entrar en el salón, Candy se acercó a darme un abrazo y un par de besos, sonriendo al ver a mi hermana conmigo.

—Quiere cortarse un poco pelo —le comenté—, ¿tienes hueco para ella?

—Claro, no hay problema. ¿También vas a la cena? —le preguntó a Alexis.

—Sí, de lo contrario, a mis padres les daría un infarto —volteó los ojos.

—Eres una jovencita preciosa, vamos a darte un poco de maquillaje para esta noche, ¿te parece bien, Eli?

—Por mí, sí, pero que sea lo más natural posible, que solo tiene quince años —sonreí.

—Muchas chicas van maquillada al instituto —dijo mi hermana—, pero es bastante exagerado.

—No te preocupes, cielo, que Sofía te va a dejar preciosa para esta noche, y en tonos naturales que podrás aplicarte tú misma.

—A mamá le dará algo —Alexis me miró con cierto temor.

—A ver, hermanita, ¿por qué crees que mamá me ha pedido que te trajera? Porque quería que te enseñaran a maquillarte para otras fiestas —sonreí—. Es su modo sutil de iniciación en eventos. A mí me hizo lo mismo a tu edad.

—¿En serio? Y por qué simplemente no me ha dicho que podía maquillarme.

—Porque ella es así, le gusta sorprendernos.

—Bien, vamos a empezar con vuestros tratamientos, chicas —dijo Candy, y nos acomodó a cada una en uno de los sillones donde, como ella decía, sus chicos y chicas hacían magia con las clientas.

Sabía que Roxana y Kaila esperaban en el coche aparcado a una distancia prudencial de donde estaba Luke, y ese par de locas se pasaron todo el tiempo enviándome mensajes de fotos de hombres de una aplicación de citas en la que estaba inscrita Roxana.

¿Desde cuándo estaba metida en ese sitio, y por qué? No es que fuera una mujer a la que le costara ligar, siendo sincera, así que no entendía por qué tenía esa aplicación.

Cuando terminaron de arreglar a Alexis se acercó a mí sonriendo, mi hermana era una jovencita guapísima, pero la habían dejado realmente preciosa para esa noche.

—No es muy excesivo, ¿verdad? —preguntó.

—No, cariño, es perfecto. Y yo, ¿cómo me veo?

—A ti esta noche, papá y mamá te encuentran marido —sonrió.

—Espero que no, porque no quiero a más políticos en mi vida.

Cuando terminamos nuestras sesiones de belleza y nos despedimos de Candy, esta le dijo a mi hermana que podía a ir a verla para una sesión cuando quisiera, le dio un abrazo y le dijo que iba a deslumbrar esa noche tanto como yo.

—Señorita Alexis, está preciosa —le dijo Luke cuando nos abrió la puerta del coche.

—Gracias —respondió con timidez, sonrojándose.

Nos llevó a casa y aprovechando que mis padres estaban arreglándose, Alexis me preguntó si podía venir a la mía para que la ayudara, así que le dije que sí y subió corriendo por sus cosas para cambiarse.

Mientras esperaba en el jardín a que volviera, escuché a algunos de los chicos de seguridad hablando, al parecer iban a salir esa noche a tomar algo, y alguien les estaba diciendo que no se excedieran y estuvieran pendientes del teléfono por si les necesitaba.

—Ya estoy —dijo mi hermana, apareciendo con la bolsa negra y la percha en la que llevaba su vestido.

—Pues vamos, que dentro de una hora tenemos que estar aquí para irnos.

Al llegar a mi casa nos dimos una ducha rápida con todo el cuidado del mundo para no estropear ni el peinado ni el maquillaje, y cuando terminamos, la ayudé a ponerse el vestido.

Era entallado hasta la cintura, de manga corta y la falda tenía una sutil y elegante caída. A mi hermana el color azul era el que mejor le sentaba, pero esta noche estaba realmente preciosa.

Yo llevaba un vestido rosa claro, con un solo tirante en el hombro izquierdo por lo que parte de la espalda quedaba descubierta. Era largo hasta los tobillos y con una apertura desde la rodilla derecha hasta el bajo de la falda. Tenía un cinturón ancho en color negro, por lo que combinaba a la perfección con el bolso y los zapatos de tacón.

Era primeros de septiembre y no hacía un tiempo excesivamente frío, pero por si refrescaba al volver a casa, llevaría un chal negro con el que cubrirme un poco.

—Eli, estás guapísima. Creo que esta noche más de un senador o congresista querrá casarte con algún pariente —dijo.

—Pues creo que tendré que empezar a mentir y decirle a papá y mamá que tengo novio.

—No serías capaz, te harían un interrogatorio, y papá incluso pediría que lo investigaran.

—Es lo más probable, así que, mejor seguiré sonriendo y saludando, pero declinando invitaciones para salir a cenar.

—¿Crees que a mí me harán lo mismo?

—Me encantaría decirte que no, hermanita, pero mucho me temo, que también pasarás por eso.

—En estos casos, desearía haber nacido niño —volteó los ojos y me eché a reír.

—Será mejor que salgamos, antes de que me llame mamá para ver dónde estamos.

Cogimos nuestros bolsos, apagamos todas las luces de la casa y fuimos hacia el salón de mis padres, donde un elegante y trajeado Congresista Paton, esperaba a su esposa.

—Voy a ser el hombre más envidiado de la noche —dijo al vernos—. Estáis preciosas, hijas mías.

—Tú también te ves guapo, papá —contestó Alexis.

—¿Y mamá? —pregunté al ver que se retrasaba cinco minutos.

—No encontraba los pendientes de tu abuela, pero ya me ha dicho que bajaba.

Y sí, nuestra madre apareció por el salón con un bonito y elegante vestido verde esmeralda que realzaba su figura. Y es que, a sus cincuenta y cinco años, Carol Paton seguía siendo tan guapa y luciendo tan joven como siempre.

—Papá yo tendría cuidado esta noche, no vaya a ser que quieran quitarte a tu esposa —comenté.

—Que lo intenten, no lo conseguirían —dijo mi madre, quien se acercó a dar un beso breve en los labios a su marido—. ¿Nos vamos?

—Sí, Leo espera en la entrada con la limusina—contestó mi padre, refiriéndose a su chófer.

—Pero qué hijas más guapas tengo —mi madre sonrió dándonos un beso a cada una, y Alexis sonrió.

Fuimos hacia la entrada de la casa y al salir a la calle, ahí estaba Leo, ese hombre alto, moreno y de ojos verdes, de cuarenta y tres años, que llevaba trabajado para mi padre desde que era congresista.

Eché un vistazo hacia la izquierda, donde se encontraban dos coches con los hombres de seguridad. En cada uno de ellos iba el chófer y dos hombres, todos ellos armados y preparados para actuar en caso de ser necesario.

Subimos los cuatro a la limusina y tras acomodarnos, Leo la puso en marcha para ir hacia el hotel donde tendría lugar aquella cena mensual donde los políticos hablarían de política, y las esposas y maridos de estos sencillamente entablarían conversaciones un poco más amenas entre ellos.

Me llegó un mensaje y vi de nuevo que era él preguntándome si iría esa noche a la cena. No contesté, íbamos a vernos allí de todos modos.

Capítulo 4



Elisabeth

Al llegar al hotel fuimos recibidos por la prensa, todos querían las mejores fotos de cada senador o congresista que acudirían esa noche.

Cuando Leo abrió la puerta y mi padre bajó de la limusina, el coro de voces llamando al Congresista Paton se mezclaba con los sonidos de los flashes de algunas cámaras.

A él le escuchaba saludar con ese tono de voz risueño que le caracterizaba, mientras esperaba a que mi madre bajara y se uniera a él para esas fotos.

—¿No podemos volver a casa, Eli? —me preguntó Alexis en un susurro antes de que acompañáramos a nuestros padres.

—No, cariño —sonreí—. Sabes que para papá esto es muy importante.

—Yo preferiría estar en mi habitación viendo una película y comiendo pizza —suspiró.

—Ese es un buen plan para el próximo viernes —le hice un guiño y sonrió—. Vamos, hora de brillar, preciosa.

Le tendí la mano a mi hermana y nos acercamos a la puerta. Leo estaba esperando con su mano hacia mí para ayudarme a salir, cosa que agradecí.

En cuanto puse un pie fuera toda la atención pasó a mí, algo con lo que llevaba conviviendo los últimos quince años, pero había aumentado de nivel en cuanto me hice cargo de la petrolera.

Alexis se puso a mi lado y ambas sonreímos para esas fotos que la prensa quería tomarnos y tener algo sobre lo que hablar al día siguiente.

—Señorita Paton, ¿cómo se siente al estar entre los empresarios nominados más importantes

del año? —preguntó una periodista morena a mi lado, y fruncí el ceño.

—Perdón, no sé...

—Hace apenas unas horas han publicado la lista de candidatos de los empresarios más importantes de América de este año, y su nombre aparece en ella. Tiene posibilidades de hacerse con el galardón, frente a diecinueve nombres más —respondió, y miré a mis padres que sonreían como si ellos ya supieran aquello.

—Pues, me acabo de enterar —sonreí—. Imagino que cuando salga del shock, estaré mucho más nerviosa que ahora —dije, y ella dejó escapar una risilla.

—¿Sería muy atrevido por mi parte pedirle una entrevista, señorita Paton? —preguntó, y algo en su mirada me dijo que aquella chica, que no debía tener aún ni los treinta, no era como otros periodistas en busca de carnaza.

—Llama el lunes a la petrolera, habla con Cintia, mi secretaria, y que ella te dé una cita —respondí.

—¿En serio? Es decir —carraspeó—. Muchas gracias, señorita Paton, así lo haré.

Asentí, caminé junto a mi hermana detrás de nuestros padres, y cuando entramos en el hotel hice que ambos se detuvieran.

—¿De verdad estoy entre los nominados a empresario del año? —pregunté aún sin poder creérmelo.

—Sí, cariño —respondió mi madre con una sonrisa—. Tu padre, quería dar a conocer la noticia en la cena, pero se nos ha adelantado esa periodista.

—Estamos orgullosos de ti, Elisabeth —dijo mi padre, quien me dio un abrazo de esos paternos llenos de cariño—. No podría haber dejado la petrolera en mejores manos —tenía los ojos vidriosos y se inclinó para besarme en la frente.

Continuamos hacia el gran salón en el que se celebraría la cena, donde ya estaban concentrados muchos de los invitados.

Nos acercamos a saludar al Senador Owen Milton, un hombre con el que mi padre había hecho buenas migas desde que entró en política, y apenas unos minutos después se unieron a nosotros el Congresista John Stuart y la Senadora Clara Ferguson, todos ellos buenos amigos de mi padre.

Pero esta última no estaba sola, ya que su secretario, Liam Roberts, la acompañaba.

—¿Podemos hablar, Elisabeth? —me preguntó Liam en un susurro cuando se quedó a mi lado, lo miré por encima del hombro y asentí.

Me disculpé con todos con la excusa de ir al baño, fui hacia el pasillo y tras beberme la copa de champán que había cogido y dejarla en una de las bandejas, salí para ir a una de las salas de conferencias del hotel.

Todas las cenas se celebraban en este hotel y me conocía cada rincón desde que tenía quince años, dado que siempre andaba buscando un rincón tranquilo en el que esconderme lejos de todo el mundo, hasta que uno de los escoltas de mi padre me encontraba.

Entré cerrando la puerta tras de mí, y mientras esperaba que llegara Liam, quien lo haría en unos minutos, caminé de un lado a otro.

En el momento en el que escuché la puerta abrirse, miré hacia atrás y lo vi entrar.

Liam Roberts, un atractivo rubio de ojos marrones de treinta y cinco años, alto y siempre viéndose tan elegante con sus trajes, el hombre con el que desde hacía meses mantenía una relación esporádica.

—No tengo mucho... —no me dejó terminar de hablar, pues sus labios me lo impidieron.

Comenzó a besarme como tantas otras veces había hecho, y sí, me dejé llevar.

Le rodeé por los hombros con mis brazos y no tardó en levantarme por las caderas hasta que le rodeé con las piernas por la cintura. Noté la madera bajo mis nalgas y Liam llevó una de sus manos a mi muslo para ir subiendo despacio hasta mi entrepierna.

Sentí cómo me tocaba, como siempre hacía, hasta excitarme de tal modo que ambos nos olvidamos de dónde estábamos. Escuché que se desabrochaba los pantalones, se colocaba un preservativo y en cuestión de segundos, me penetraba.

Gemí al sentirlo, apartó sus labios de los míos y me recostó sobre la mesa mientras seguía penetrándome.

Cerré los ojos para sentir aún más aquel momento, para disfrutarlo, para prepararme para el orgasmo y...

Se acabó, Liam llegó a su clímax mientras yo aún esperaba el mío.

Noté que se retiraba y suspiré, pensando en la conversación que había tenido esa mañana con Roxana y Kaila.

—No has contestado a mis mensajes, preciosa —dijo cuando me incorporé para bajar de la

mesa—. Oye, siento haberme molestado por lo de la otra noche —murmuró mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja—. Pero siempre es lo mismo, Eli, te olvidas de nuestras citas porque estás inmersa en el trabajo.

—Es lo que tiene ser la directora ejecutiva de la empresa familiar —respondí apartándome.

—Espera, Eli —noté su mano alrededor de la muñeca y consiguió que me detuviera—. De verdad que lo siento, no debí enviarte ese mensaje el otro día.

—No, no debiste, porque no somos nada como para que me reproches estas cosas.

—Eli, yo...

En ese momento se abrió la puerta y vi a uno de los escoltas de mi padre, en el instante en el que sus ojos se fijaron en cómo me agarraba Liam, le cambió el rostro.

—Señorita Paton, su padre la está buscando —dijo, y Liam me soltó.

—Gracias, enseguida voy —asentí, pero él no se movió de la puerta.

—¿No has escuchado lo que ha dicho? —casi gritó Liam al ver que el escolta no se iba.

—Me ha pedido que la lleve —fue su respuesta.

—Pues que se espere, joder, ¿no ves que estamos hablando?

—Liam, para —le pedí, me soltó y fui hacia la puerta—. Vamos con mi padre —dije al llegar hasta el escolta, que no apartaba la mirada de Liam.

Carraspeé para llamar su atención, me miró y al ver que le hacía una leve señal con la cabeza, comenzó a caminar detrás de mí.

—La he encontrado, J.J. —escuché que hablaba con alguno de sus compañeros—. Vamos para la sala.

Eché un vistazo por encima del hombro y lo vi serio, como siempre. Conocía a ese escolta desde que tenía diez años y le había visto sonreír en contadas ocasiones, pero así era su trabajo, debía mostrarse profesional y serio dado que era uno de los hombres de más confianza del Congresista Paton.

Cuando entré de nuevo en la sala y vi a mi familia, mi padre frunció el ceño.

—¿Dónde estabas, hija?

—Fui al cuarto de baño, pero me entretuve por una llamada —mentí, por suerte su escolta no estaba conmigo para decir lo que había visto.

—Vamos a sentarnos, están a punto de servir la cena.

Asentí y acompañé a mi familia hasta la mesa en la que nos sentaríamos, con la suerte de que íbamos a compartirla con los senadores y el congresista amigos de mi padre, lo que quería decir que Liam estaría con nosotros.

No tardó en sentarse y se disculpó con su jefa, diciéndole que había recibido un mensaje de uno de sus asistentes que debía atender.

Sirvieron la cena y como de costumbre, los políticos hablaban de sus cosas mientras mi madre charlaba con las esposas del Senador Milton y el Congresista Stuart sobre la feria que harían al día siguiente. No tardó en convencer a ambas mujeres para que se pasaran por allí con sus nietos, pues habría un tióvivo y algunos juegos para los niños.

Mi móvil sonó con un mensaje y vi que era Liam, a quien tenía sentado justo enfrente.

Liam: *¿Podemos vernos después de la cena? Quiero hablar contigo, sobre lo nuestro.*

Suspiré, lo miré con disimulo y vi que murmuraba un, “por favor”. Tecleé la respuesta y le dije que no, que de ahí me iba a casa para poder estar en la feria del día siguiente con mi madre.

—¿Quién te escribe? —curioseó mi hermana.

—Alguien del trabajo —sonreí.

—Eli, tengo quince años, pero no soy tonta —murmuró, y la miré con el ceño fruncido—. Lo vi a él salir detrás de ti, y regresó casi al mismo tiempo —señaló a Liam con un leve gesto de cabeza—. ¿Es tu novio?

—No, no es mi novio.

—Pero tienes algo con él, ¿verdad? O sea, que tú y él, ya sabes...

—Alexis, por Dios, que tienes quince años —reí—. No comentes nada con papá o mamá, ¿vale? No hay nada serio con ese hombre.

—Pues para no tener nada serio con él, no deja de mirarte.

Sí, sabía que Liam no me quitaba la vista de encima, pero no quería prestarle más atención de la necesaria.

Seguimos cenando y todos en la mesa se centraron en mí, felicitándome por estar en esa lista de candidatos a empresarios del año.

Alabaron mi trabajo como CEO de la petrolera y se lo agradecí con sinceridad.

—Me alegra que las mujeres tengamos el reconocimiento que merecemos, no siempre van a ser importantes los hombres —comentó la Senadora Ferguson, quien ocupaba ese cargo desde hacía diez años, pero llevaba en política toda su vida, pues su abuelo y su padre fueron senadores en algún momento de sus vidas.

—Estaréis orgullosos de vuestra hija —dijo el Congresista Stuart, mirando a mis padres.

—Lo estamos, de las dos —respondió mi padre y todos sonrieron en respuesta.

Tras la cena, uno de los senadores dio un discurso en agradecimiento por asistir una vez más a esa reunión entre amigos, como ellos las llamaban, y aprovechó para nombrarme, felicitarme por la nominación y desearme mucha suerte.

Sonreí agradecida desde la mesa mientras todos aplaudían, y vi el orgullo en las miradas de mis padres.

Lo mío me había costado hacerme valer en el mundo empresarial, donde la gran mayoría de directores ejecutivos eran hombres. Pero había alguna que otra mujer que había levantado su empresa recientemente o que, al igual que yo, heredó el legado familiar.

Cuando el discurso acabó y comenzaron a retirar los platos de las mesas, pasamos al momento de tomar una copa y disfrutar de algunas canciones que muchos bailaban.

Alexis se quedó conmigo, sosteniendo un refresco mientras miraba alrededor. Hacía quince años que yo estaba en su misma situación, pero en mi época había bastante más chicos de mi edad o en sus veinte años que ahora.

Aunque siempre aparecía algún pequeño grupo de adolescentes, como ahora, con el que ella aprovechaba para salir al jardín a charlar.

Di un sorbo a mi copa de champán y escuché el móvil en mi bolso, ¿quién me llamaba a esa hora de la noche?

—¿Roxana? —pregunté al descolgar, pues no esperaba que fuera ella.

—¿Tenemos que ir a rescatarte?

—No —reí mientras me dirigía hacia la puerta para ir al pasillo—. Esto acabará pronto, o eso espero —suspiré.

—¿Has visto a Liam? —curioseó Kaila.

—Ajá.

—Vale, no es una respuesta muy entusiasta que digamos. ¿Qué ha pasado? —preguntó Roxana.

—Quería hablar, entramos en una sala, nos liamos, terminó dejándome a medias, se disculpó por molestarse por el plantón, y uno de los escoltas acabó encontrándome, como siempre, porque mi padre me buscaba.

—¿Ni siquiera llegaste al orgasmo? Dios, ese hombre merece ser torturado.

—Roxana tiene razón —comentó Kaila—. Eli, no somos quién para decirte qué hacer, pero... ¿por qué no lo dejas? A fin de cuentas, no sois nada.

—Eli —me giré al escuchar la voz de Liam.

—Chicas, nos vemos mañana, ¿sí?

—¿Está él ahí?

—Sí —respondí, y acto seguido, colgué—. ¿Qué quieres, Liam?

—Hablar, antes no hemos podido.

—Lo habríamos hecho, si no hubieras ido directo a follar.

—¿Acaso no querías lo mismo?

—Di lo que tengas que decir, debo volver al salón.

—Siento haber sido tan capullo con ese mensaje —dijo mientras se acercaba, y recordé de nuevo aquel texto en el que me decía que, si no le prestaba más atención a él que a mi trabajo, acabaría perdiéndolo—. No quiero que esto acabe, Eli —me acarició la mejilla—. Estamos bien y es lo que importa.

—Liam, que te quede claro que mi trabajo siempre va a estar por encima de cualquier polvo —contesté apartándome de él—. Si no quieres entender esto, no vuelvas a buscarme.

Caminé hacia la puerta de la sala y ahí estaba el escolta de mi padre, suspiré al verlo y me paré a su lado.

—No necesito una niñera pendiente de cada paso que doy —le dije mirándolo a los ojos—. Puedo cuidarme sola.

—No lo dudo, señorita Paton —contestó cuando empezó a seguirme—. Pero es mi trabajo mantenerla vigilada cuando su padre no la tiene al alcance de su vista.

—¿También estarás vigilándome cuando folle? —grité al tiempo que me giraba para enfrentarme a él, y acabé chocando con su cuerpo.

Sus fuertes manos me agarraron por los brazos para evitar que me cayera de culo, pues es lo que habría pasado y al volver a mirarlo, ahí estaba su rostro serio.

—No me gusta mirar a otros, soy más de hacerlo —contestó con voz ronca.

Tragué saliva y me aparté sin saber bien qué decir, hasta que encontré las palabras.

—Deberías guardar esos comentarios para tus amigos, no para una mujer, que es la hija de tu jefe.

—Me he limitado a tener la confianza que tú has tenido conmigo, Elisabeth —contestó.

—Lo siento, no debí hablarte así —suspiré, casi derrotada.

Conocía a ese hombre desde hacía veinte años, y siempre había sido el que más me entendía de todos los escoltas de mi padre.

Alan Moore, pues así se llamaba, era un hombre alto, moreno y con unos llamativos ojos grises. A pesar de que había cambiado mucho con el paso de los años, a sus cuarenta y cinco años seguía siendo un hombre muy atractivo.

En más de una ocasión me encontré con él por el jardín de la mansión y se quedaba unos minutos hablando conmigo, a pesar de los quince años de diferencia que había entre nosotros, y que yo era la hija de su jefe.

—Elisabeth —lo miré cuando volvió a pronunciar mi nombre—. ¿Va todo bien con el secretario de la senadora?

—Sí, Alan, está todo bien —sonreí, y él asintió, aunque no parecía muy convencido.

Regresé al salón, tomé una copa con mis padres, charlé con la senadora Ferguson, y poco después mi padre dio por terminada la noche, cosa que agradecí.

En el momento en el que subimos a la limusina suspiré con cierto alivio porque volvía a casa, me daría un baño de espuma y me metería en la cama para descansar hasta la mañana siguiente,

olvidándome del mundo.

Capítulo 5



Elisabeth

Estaba aún en la cama cuando escuché que llamaban a la puerta del salón que daba al porche, no podía ser cierto.

Resoplé, me puse en pie y fui hacia allí frotándome los ojos.

—Buenos días, jefa —saludaron Roxana y Kaila al unísono.

—Por el amor de Dios, ¿es que no dormís? —protesté yendo a la cocina para prepararme un café.

—Nos levantamos a las siete, salimos a correr por estos maravillosos jardines, hemos ido a darnos una ducha y aquí estamos para hablar de tu vida sexual —contestó Roxana, mientras sacaba el pan para hacer tostadas.

—Y a gorronearme la comida, de paso —arqueé la ceja.

—No nos gusta dejarte sola en el momento del desayuno. Y, por cierto, felicidades, puede ser la próxima empresaria del año.

—¿Era la única que no lo sabía? —Volteé los ojos— Olvídalo —suspiré—. Gracias.

—A ver, cuenta, ¿qué tal fue la noche? —preguntó Kaila.

—Pues hasta el primer encuentro con Liam, bien.

—¿Hubo más de uno? —curioseó Roxana— Dime que al menos llegaste al orgasmo.

—Hubo dos, en realidad, pero el segundo no acabó en sexo. Volvió a disculparse por el

mensaje que me puso.

—En el que se comportó como un capullo y novio celoso, porque no es tu novio —añadió Kaila.

—Le dije que mi trabajo era lo primero y si no lo entendía, se acabó, pero él no quiere que acabe.

—Nos ha jodido, ¿cómo va a querer que acabe lo vuestro? Tiene un polvo rápido cuando quiere, se corre y hala, a otra cosa —resopló Roxana.

—Lo peor fue que Alan volvió a encontrarme, a petición de mi padre, y a mí no se me ocurrió otra cosa que preguntar si estaría vigilándome mientras follo.

—¿Que tú le dijiste qué a quién? —gritó Kaila.

—La madre que me parió, Eli, ¿le dijiste eso a Alan? ¿El jefe de seguridad del Congresista Paton? O sea, ¿de tu padre? —Esa era Roxana, que parecía que acababa de ver un fantasma.

—Sí, lo peor es que me respondió. Dijo que no le gusta mirar, prefiere hacerlo.

—No jodas —murmuraron al unísono.

—Qué vergüenza, no creo que pueda volver a mirarlo a la cara.

—Lo conoces desde que eras una niña —sonrió Kaila—, es normal que sintieras en ese momento la confianza como para hablarle así, como si fuera Luke, o una de nosotras.

—¿Te has vuelto loca? Nunca le he hablado así, debió ser por lo alterada que estaba por hablar con Liam.

—Seguro que Alan no se lo tomó a malas —sonrió Kaila.

—No siempre fue tan serio como ahora, o sea, yo recuerdo que cuando lo conocí, era un joven de veinticinco años bastante simpático, y cuando empecé a acompañar a mis padres a sus cenas y demás, si me escabullía, él me encontraba y se quedaba hablando conmigo y haciéndome reír.

—Bueno, el jefe...

—Kaila —la cortó Roxana, y ambas compartieron una mirada que me intrigó más aún.

—¿Qué pasa, chicas? —pregunté después de servirles el café.

—No somos quienes para hablar de algo que no nos concierne a nosotras, Eli —respondió Roxana—. Pero te aseguro que, aunque lo veas así un poco más serio que cuando lo conociste, Alan Moore sigue conservando el buen sentido del humor y esa bonita sonrisa que le ha caracterizado siempre.

—Joder, ¿tan malo es que sepa lo que le pasó? De nuevo se miraron y poco después inclinaron la cabeza— Vale, no me diréis nada, lo entiendo —di un sorbo al café—. Podéis desayunar tranquilas, voy a darme una ducha y a prepararme para ir a la feria con mi madre.

Me llevé la taza de café a la habitación y la tomé mientras escogía qué ponerme. Acabé optando por unos vaqueros, camiseta, mi chaqueta vaquera y unos zapatos de tacón negros.

Tras una ducha rápida y secarme el pelo hasta dejarlo bien liso, me vestí y fui a la cocina, donde las chicas terminaban su desayuno.

Me acompañaron a la casa de mis padres y mientras yo entraba, ellas fueron hacia la entrada donde les dijo Luke que estaba esperando con el coche.

—Buenos días —saludé a mis padres y a Alexis.

—Hola cariño. ¿Estás lista para ir a la feria? —preguntó mi madre.

—Sí, cuando queráis podemos irnos.

—Bien —sonrió—, pues vámonos. Espero que haya mucha gente.

Seguro que sería así, pues en esas fiestas que organizaba mi madre con la asociación, siempre había muchos padres con niños para pasar una mañana agradable.

Salimos de casa los cuatro y yo opté por ir en el coche con Luke, al subirme vi que todos los escoltas hablaban con Alan, su jefe. Aquella feria era en el exterior y habría otros senadores y congresistas con sus familias, pues así me lo me lo acababa de decir Luke, y todos debían coordinarse con el resto de personal de seguridad que iba a haber.

—¿Qué tal la cena de anoche? —me preguntó mientras conducía.

—Bien, tranquila, como todas.

—¿Tranquila? No me lo creo. ¿No te felicitaron todos los asistentes por estar en la lista de candidatos a empresario del año?

—¿Cómo sabes tú...? —suspiré— ¿Es que todos visteis esa noticia menos yo?

—Las chicas me lo dijeron, ellas fueron quienes la vieron.

—Ni siquiera he buscado la noticia todavía —saqué el móvil del bolso, tecleé en el buscador, y no tardé en recibir varios resultados—. Hay otros diecinueve candidatos, no es como si fuera a tener muchas posibilidades.

—De una entre diecinueve, y si dividimos el cien por cien de posibilidades entre los veinte candidatos, tienes esas mismas cinco posibilidades que ellos.

—Vale, deja las matemáticas que es domingo, y estoy en mi día libre.

—Ok, pasemos a otro punto. ¿Qué hacías con el secretario de la Senadora Ferguson?

—¿Tú cómo sabes eso?

—Que no te acompañara anoche a esa cena, no quiere decir que fuera ajeno a lo que ocurría. Me llamó J.J. —comentó refiriéndose al otro escolta de confianza de mi padre, un simpático rubio de cuarenta y dos años y ojos marrones, que también llevaba estos veinte años en nuestras vidas—. No sería la primera vez que te escabulles de una fiesta y yo estoy esperando para recogerte y llevarte a casa.

—Solo hablábamos.

—¿Seguro? —Lo vi a través del retrovisor arqueando la ceja.

—¿Y tú estás seguro de que quieres escuchar la verdad?

—Si es lo que me imagino que lleva ocurriendo meses, desde que coincidisteis en una de esas cenas y él hizo un acercamiento, según J.J., no hace falta que digas nada.

—Vale, entonces debo entender que todo el equipo de seguridad de mi padre sabe que me acuesto con ese hombre, ¿es eso?

—Todos no, solo J.J., Leo y Alan. Además de Roxana, Kaila y yo. Porque las chicas lo saben, ¿o me equivoco?

—Sí, sí que lo saben —suspiré.

—Me parecía un poco raro que el secretario de la Senadora Ferguson fuera a verte a la petrolera.

—¿Mis padres saben algo?

—No, al menos que nosotros sepamos. ¿Va en serio?

—No, Luke, esto es solo... ya sabes —apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y me quedé mirando por la ventana.

—Ok —fue su respuesta, y durante el resto del camino los dos permanecemos callados.

No quería que mis padres supieran nada sobre lo que tenía con Liam Roberts, porque si mi padre se enterase, lo más probable era que pensara que aquello iría a algo más, cuando jamás me lo planteé.

Él esperaba que hiciera mi vida al lado de un hombre del mundo de la política, y aunque sabía que le haría mucha más ilusión que fuera un hijo o sobrino de algún senador o congresista como él, si supiera que me relacionaba con el secretario de la Congresista Ferguson, que no tenía hijos y solo contaba con dos sobrinas, ya casadas, esa podría ser una relación que mi padre viera muy factible, dado que Liam Roberts aspiraba a ser senador en un futuro.

Llegamos a la casa donde se encontraba la asociación, y ya había un montón de gente por allí disfrutando de la mañana.

Mi madre se había dejado la piel, como siempre, y además del tio vivo para los más pequeños, así como algunas casetas con juegos donde conseguir números para una rifa que harían al final de la mañana, había varios puestos de comida y bebida, uno con perritos calientes y hamburguesas, otros de comida mexicana y otro donde el pollo frito era el rey, por no hablar del puesto de dulces, con gofres y toda clase de bollos.

—Hoy comemos aquí, jefa —dijo Roxana, acercándose a mí antes de poner distancia con Kaila para vigilarme.

Sonreí, Alexis vino hasta donde yo estaba y, tras acompañar a nuestros padres a saludar a esos políticos que habían asistido con sus mujeres, hijos y nietos, nos dimos una vuelta por la feria para echar un vistazo.

—Randy, no corras —escuchamos que decía una chica de unos veintidós años, y vimos aparecer un niño de tres años riéndose.

No paró a tiempo y, como había mirado hacia atrás para ver por dónde estaba la que debía ser su madre, cuando miró de nuevo hacia el frente no pudo evitar chocar con mis piernas y sí, acabó cayéndose al suelo sentándose de culo.

—Ay —dijo con un susurro y nos miró a Alexi y a mí.

—Vaya caída, ¿eh? —dijo mi hermana, que se puso en cuclillas para ayudarle a levantarse— ¿Te has hecho daño, pequeñín?

—No, no daño. Pañal —sonrió.

—Ah, mira qué bien, te ha amortiguado el golpe —rio Alexis.

—Lo siento, lo siento mucho de verdad —miramos a la chica, que era rubia con los ojos verdes, igual que el niño, y ambas sonreímos—. Randy, tienes que hacer caso a mamá, cariño.

—Correr.

—Sí, hijo, sí, sé que te encanta correr, pero no puedes alejarte así de mí, ¿no ves que podrías perderte?

—No pierdo —frunció el ceño—. Ellas paran.

Alexis y yo nos reímos aún más, porque el niño, con esa seriedad y la mirada puesta en nosotras, había dejado claro que fuimos un muro en medio de su camino hacia la aventura.

—Tienes que hacer caso a tu mamá, pequeñín —le dije al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Si no hubieras chocado conmigo, ¿dónde habrías llegado?

—Caballito —contestó señalando al tiovivo.

—Lleva desde que lo ha visto queriendo subirse a uno de esos caballos, y yo estoy ayudando en uno de los puestos de juegos —suspiró la madre.

—¿En qué puesto estás? —preguntó Alexis.

—En el de pescar los patos, con otra de las chicas de la asociación, pero ella tiene una niña de un año sentadita en su sillita, mientras que el mío es todo un experto en escapar de su parque —suspiró.

—Yo me encargo de ayudarla —dijo mi hermana con una sonrisa—, tú ve con Randy al tiovivo un rato.

—No, no, por Dios, yo no podría... Sé quiénes sois y no puedo...

—Si sabes quiénes somos, también sabrás que hemos heredado la tozudez de nuestra madre —la corté—, así que, ve. Alexis se queda en tu lugar.

—De verdad, no puedo, yo...

—Sí puedes —sonreí mientras le acariciaba el brazo.

—Muchas gracias, señorita Paton, y a usted también, señorita Paton.

—Por favor, llámame solo Alexis, la señorita Paton es mi hermana, que es la mayor —rio ella—. ¿Cómo te llamas?

—Lorraine —sonrió—, Lorraine Stanton.

—Pues a disfrutar del ti vivo, Lorraine —le dijo Alexis—. Nos vemos después, hermana.

Asentí, y vi cómo iba hacia el puesto de la pesca de patos, saludaba a la chica que estaba allí, y no tardó en señalar hacia Lorraine.

—No sé cómo agradecerles esto, de verdad —me dijo Lorraine.

—Dejando que tu hijo se divierta —sonreí.

Me acerqué al puesto de gofres y compré algunos dulces que llevé al puesto en el que estaba Alexis, la morena que estaba allí con su hija sonrió dándome las gracias y me despedí para ir a echar un vistazo al resto de la feria.

Hablé con algunas de las esposas de los políticos que habían ido hasta allí, jugué en algunos de los puestos y guardé los tickets para la rifa.

Iba hacia uno de los puestos de comida por un refresco, cuando noté una mano cogiéndome la muñeca.

—Liam —fruncí el ceño y miré alrededor.

—Anoche no nos dejaron terminar la conversación.

—Tampoco es que hubiera mucho que hablar —dije, apartándome un poco.

—Oye, de verdad que lo siento, y sí, entiendo que para ti lo primero es el trabajo, igual que para mí.

—No lo parecía estos días —respondí, y cuando miré por encima del hombro, vi a Luke observándome.

—Pues sí lo entiendo, Eli. Podemos vernos los fines de semana, el resto de la semana, nos dedicamos al trabajo.

—O podemos, simplemente, dejarlo aquí —dije, y Liam me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo? ¿Quieres dejarlo después de varios meses?

—Liam, yo siempre pondré mi trabajo por delante.

—Y lo entiendo —me cogió de la mano.

—Señorita Paton —me giré al escuchar la voz de Luke—. La prensa quiere hacerle unas fotos con su madre y su hermana.

—Gracias Luke —asentí.

—Eli, por favor, piénsalo.

—Buenos días, señor Roberts. Disfrute de la feria —le dije, y me fui con Luke hacia donde estaba mi madre.

—¿Todo bien? —preguntó Luke.

—Sí —sonreí.

—Eli.

—Luke —le corté—, está todo bien, ¿vale?

—Si tú lo dices.

Llegué donde estaba mi madre atendiendo a la prensa y posé con ella y Alexis para unas fotos. Muchos de los periodistas me preguntaron cómo estaba tras haber entrado en la lista de candidatos a empresario del año, y sonreí mientras contestaba que aún seguía un poquito en shock.

—Pero agradecida por el hecho de que me hayan tenido en cuenta este año —seguí sonriendo.

—Señora Paton, debe estar orgullosa de su hija mayor —comentó uno de los periodistas.

—Así es —mi madre me miró con una sonrisa y, tras cogernos a Alexis y a mí de la mano, volvió a mirar a la prensa—, estoy muy orgullosa de mis dos hijas. Elisabeth ya es una gran mujer, y Alexis lo será algún día también.

Las preguntas siguieron, esta vez enfocadas a la labor de mi madre en la asociación, y contestó a todas y cada una de ellas con esa sonrisa y la mirada brillante, llena de felicidad.

Después de ese momento dedicado a la prensa que había asistido, mi madre regresó a uno de los puestos con la directora de la asociación, y yo me escabullí para fumarme un cigarro.

Necesitaba estar sola unos minutos, porque sí, llevaba veinte años conviviendo con la prensa y la popularidad de mis padres, pero a veces eso me agobiaba.

Capítulo 6



Elisabeth

Me senté en el jardín trasero del edificio, apoyada en la pared con los ojos cerrados mientras disfrutaba de aquel cigarro. No era asidua al tabaco, pero a veces sí que necesitaba tener uno en la mano, un mal hábito según mi madre, pero que heredé de mi padre.

—Aquí está la señorita perdida —dijo Roxana, cuando me estaba acabando el cigarro.

—Mucho habéis tardado en encontrarme —resoplé.

—El jefe te vio escabullirte hasta aquí, hace unos veinte minutos, y nos acaba de pedir que vengamos —Kaila se sentó a mi lado.

—¿Fumando a escondidas como cuando tenías veinte años? —curioseó Roxana— Tengo en casa algo mejor que un cigarro.

—No voy a fumarme un porro, Roxana, y tú tampoco deberías —protesté.

—Me refería a un par de bolsas de regalices con sabor a Coca-Cola, listilla —volteó los ojos.

—Genial, quieres volverme adicta al azúcar.

—Coño, mejor que a la nicotina —se quejó—. ¿Qué haces aquí?

—Esconderse, ¿no está claro? —dijo Kaila.

—No me escondo, solo quería estar sola.

—Sí, igual que cuando tenías veinte años —Roxana resopló—. Hemos visto al secretario de la senadora. ¿En serio se ha atrevido a cogerte de la mano?

—Ese hombre no tiene dos dedos de frente —contestó Kaila con un suspiro—. Si la prensa hubiera estado pendiente de ti, ahora serías noticia.

—¿Y si es eso lo busca él? —miré a Roxana cuando la escuché, tenía el ceño fruncido— A ver, él quiere llegar a convertirse en senador, tiene treinta y cinco años, y tú eres hija de un importante congresista. ¿Y si es su manera de subir el peldaño final?

—Joder, Roxana, no puedes hablar en serio.

—Piénsalo, Kaila. No es ningún secreto que el Congresista Paton quiere que su hija se case con un hombre de política, y el secretario quiere dedicarse a ello.

—Descabellado, pero...

—No pensarás que tiene razón, Eli —me dijo Kaila.

—Desde luego, que eso sea lo que pretende, es una opción.

—¿Cuánto hace que vosotros...?

—Seis meses, Kaila. Pero le he dicho que se acababa.

—Espera, ¿has terminado tu aventura sexual con el secretario? —preguntó Roxana.

—Sí, aunque él decía que podíamos vernos los fines de semana.

—Mientras no dé mucho la lata —comentó Kaila.

—Será mejor que regrese antes de que mi madre piense que me he ido a casa —me puse en pie—. Voy a comer algo, ¿me acompañáis?

—¿Perrito o hamburguesa? —curioseó Roxana.

—Perrito —sonreí.

Regresamos las tres a la zona de la feria y vi que Alan, el jefe de seguridad, asentía al ver a las chicas.

Fuimos por los perritos y Alexis se unió a nosotras, hasta que decidimos hacernos cargo de un puesto de juegos antes de que se hiciera la rifa.

Los niños se lo estaban pasando en grande, y los mayores disfrutaban como niños.

Vi que Liam me observaba desde donde estaba con la senadora Ferguson, pero evité encontrarme con él durante el resto del día.

—Mamá, me voy a ir —dije cuando me acerqué a ella—. Tengo que recoger unas cosas en la oficina para revisar, no me acordaba —mentí, pero quería irme porque había visto a Liam tratar de acercarse un par de veces.

—Claro, cariño —sonrió dándome un beso—. Pero no te pases la noche trabajando, ¿vale?

—No te prometo nada —sonreí.

—Igual que tu padre —suspiró.

Las chicas me siguieron hasta donde estaba Luke, que hablaba con Leo, el chófer de mi padre, y cuando le dije que nos íbamos se despidió de él.

—Para ahí delante, que me bajo —le dije después de que nos hubiéramos alejado de la feria.

—¿Cómo que te bajas? No voy a dejarte sola, Eli.

—Luke, me voy a ir con las chicas. Para, por favor.

—¿Qué le digo a tu padre si me pregunta dónde estás?

—Que he ido a casarme a Las Vegas —volteé los ojos cuando paró el coche.

—¿Tú quieres que tu padre me corte las pelotas?

—Dile que estoy con Roxana y Kaila, y se quedará tranquilo. Adiós, Luke —cerré la puerta cuando bajé, y vi aparcar a las chicas detrás.

—¿Qué pasa, Eli? —preguntó Kaila, Roxana era la que conducía.

—Que nos vamos a tomar una copa —respondí a la vez que abría la puerta.

—¿Tarde de chicas? Por mí, perfecto —dijo Roxana, poniendo el coche en marcha de nuevo.

—Tarde, y noche, porque me da a mí, que Eli necesita más de una copa —comentó Kaila.

—¿Dónde vamos, jefa?

—Donde queráis, hoy no quiero pensar más —dije mientras me recostaba en el asiento trasero y me ponía las gafas de sol.

—Vale, pues donde no te moleste la prensa —contestó Roxana, y continuó conduciendo.

Si era cierto que Liam se había acercado a mí solo para conseguir el favor de mi padre y así asegurarse un puesto en política, era lo más rastrero que había visto nunca.

Llegamos al bar donde las chicas solían llevarme para que me despejara después de una semana de trabajo llena de reuniones y más reuniones, situado en el conocido Muelle de la Armada, y nos sentamos en una de las mesas con vistas al muelle.

Yo llevaba viviendo en Chicago desde que nací, al igual que ellas, pero no conocía este rincón de la ciudad hasta que me trajeron por primera vez poco después de que se convirtieran en mis escoltas.

Pedimos unos chupitos de tequila, el único alcohol que Roxana y Kaila tomarían, y cuando los acabamos, pedí un gin tonic para mí y refrescos para ellas.

Aproveché para hablar con ellas del concierto al que acompañaríamos a mi hermana y sus amigas el sábado siguiente, y ambas estuvieron de acuerdo.

Después de un par de horas y que me tomara dos gin tonics, pedimos una ración de alitas de pollo y tiras crujientes para cenar, además de unas patatas con queso fundido y bacon.

Y tanto me dejé llevar por el momento de relax, que cuando acabamos de cenar allí les pedí que fuéramos a uno de los locales de moda, me apetecía tomar una copa y disfrutar de un poco de música y bailar.

Acabamos en una discoteca donde hacían los mejores cócteles con zumos de fruta y el toque justo de alcohol.

Empezamos las tres a bailar y cantar a todo pulmón al ritmo de “*Crazy*” de Aerosmith, y nos dejamos llevar por el resto de canciones que fueron sonando una tras otra. Al igual que, por unas horas, me olvidé de todo y simplemente disfruté de ser solo yo, Elisabeth Paton, no la CEO de una petrolera, ni la hija de un congresista.

Y entre bailes y copas acabé notando que se me movía todo el suelo, y las paredes.

—Dios, me da vueltas todo —dije, dejando la copa vacía en la barra.

—Si es que te has bebido seis cócteles —protestó Kaila.

—Más los gin tonics y el chupito en el bar —añadió Roxana—. Vale, jefa, se acabó la noche por hoy —me dijo.

—No, una más. Si estoy bien, mira —me puse recta, flexioné la pierna izquierda quedándome

de pie sosteniéndome con la pierna derecha, y me toqué la punta de la nariz con el dedo—. Ves, recta como una vela.

—Madre mía —Roxana volteó los ojos—. Si no te estuvieras agarrando a la barra, te creería. Vamos, hora de volver a casa.

—No, solo una más, en serio, lo prometo. Palabrita de hija de congresista.

—Eli, de verdad, nos vamos —esa era Kaila.

—Vaya par de aburridas —resoplé—. Voy al baño, ahora vuelvo.

—Te acompañamos —dijeron al unísono.

—Puedo ir sola, no me voy a perder, ¿ok?

Y me giré para ir al baño, dejándola allí en la barra para que me esperaran.

Entré en el cubículo que había libre, hice pis, pues sí que me había pasado un poquito con la bebida, y me refresqué un poco el cuello antes de volver con las chicas.

—Ya estoy de vuelta, ¡un gin tonic y dos refrescos, guapo! —le pedí al camarero, apoyándome en la barra.

—Eli, vale, mejor nos vamos a casa —dijo Kaila.

—¿Es que todo el mundo tiene que decirme lo que tengo que hacer? —grite, frunciendo el ceño— Tengo treinta años, joder, y llevo cinco encargándome de una petrolera. No soy una niña.

—Qué resaca vas a tener mañana —Roxana suspiró.

—Un par de pastillas, y listo —me encogí de hombros—. Venga, la última y nos vamos.

El camarero nos puso las bebidas, cogí mi gin tonic y, cuando iba a darle un sorbo, una mano enorme lo cogió y me lo quitó.

—¡¡Oye!! —grité girándome— Es mi copa —Fruncí el ceño al ver allí al jefe de seguridad de mi padre, genial.

—Señorita Paton, se acabó el alcohol por hoy.

—¿Lo habéis llamado vosotras? ¿Estáis de broma? —protesté.

—Eli, no atendías a razones y mañana tienes que trabajar. Lo hemos hecho por tu bien.

—Sois un par de brujas, unas traidoras, unas... unas... —me agarré a la barra porque notaba que me mareaba— Dejad de moveros, joder.

—Yo me encargo —dijo Alan, con esa voz seria y profunda.

—Gracias jefe —contestaron ambas, y las vi marcharse.

—¡Eh! ¿A dónde vais? ¡Qué os vais sin mí! —grité.

—De usted me encargo yo, señorita Paton.

—¿Tú? ¿Es que ahora mi padre te ha nombrado mi niñera? Estoy bien con ellas como escoltas, no quiero hombres, sois muy poco discretos —resoplé.

—Roxana y Kaila seguirán siendo sus escoltas, pero como jefe de seguridad de su padre, respondo ante él, y si esta noche le ocurriera algo, la culpa sería mía.

—No me va a ocurrir nada, solo me estoy divirtiendo.

—Será mejor que la lleve a casa —sacó la cartera y puso un puñado de billetes en la barra.

Noté su mano en la parte baja de la espalda y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Está bien para caminar hasta el coche?

—Perfectamente —dije con toda la dignidad del mundo y la barbilla bien alta.

Solo que la dignidad me duró el tiempo justo de dar dos pasos y notar que me mareaba.

—Ya te tengo, pequeña —susurró y noté que me estremecía.

Miré al jefe de seguridad de mi padre, y en ese momento sus ojos grises se me antojaron diferentes a como los había visto tantas veces.

—¿Siempre has sido tan atractivo, Alan? —pregunté mientras le acariciaba la mejilla— ¿Y desde cuándo te has vuelto tan serio? Antes sonreías más.

En el momento en el que fui consciente de lo que acababa de decir, me di una bofetada mental. ¿Qué hacía diciéndole eso al escolta de mi padre, por el amor de Dios? ¿Es que había perdido la cabeza?

Sería por mi estado, porque sí, debía ser sincera conmigo misma y admitir que había bebido un poco más de la cuenta.

Capítulo 7



Alan

Hacía horas que el Congresista Paton, su esposa y su hija Alexis estaban en casa, el mismo tiempo que yo llevaba en mi pequeño apartamento en la residencia.

Me había tomado una cerveza con Jim, alias J.J., y con Leo antes de venir para darme una ducha y organizar la seguridad para la conferencia que daría el congresista en un par de días.

Ese hombre puso su confianza en mí hacía ya quince años, después de cinco trabajando como su escolta, y cuando el anterior jefe de seguridad que le asignaron dejó el puesto para disfrutar de su jubilación.

Conocía a la familia Paton desde hacía ya veinte años, el congresista y su esposa se portaron siempre muy bien conmigo, así como con el resto de hombres y mujeres que formaban el equipo de seguridad, vi crecer a su hija mayor y convertirse en la mujer de éxito que todos conocían, así como nacer y crecer a la pequeña Alexis.

Veinte años acompañando a una familia daban para mucho, y si algo tenía claro, era que este era mi hogar y aunque me jubilara dentro de unos años, no podría desvincularme por completo.

Me di una ducha y tras ponerme unos vaqueros y una camiseta, bajé a la cocina a comer algo, allí me encontré con Luke, el chófer y guardaespaldas en las sombras de la joven Elisabeth Paton, cenando con J.J. y Leo.

—Jefe, ¿ya has terminado de currar? No me extraña que seas el favorito del congresista, trabajas tantas horas como él —dijo Leo.

—Si no quieres que te reubique, y te ponga a vigilar las cámaras, tenme un respeto —sonreí.

—Ni una broma se puede gastar, hay que ver —resopló.

—¿Dónde están Roxana y Kaila? —pregunté, pues ese par de mujeres ya deberían estar por aquí cogiendo un plato de lasaña de los que había preparado Julia.

—Se fueron con Eli a tomar algo, lo raro es que no hayan vuelto aún —contestó Luke.

—¿Hace cuánto de eso? —Fruncí el ceño.

—Desde que me fui de la feria.

—Joder, Luke, hace horas de eso —dije, y vi que J.J. ya estaba con el móvil en la mano para llamar a alguna de ellas.

—Rox, soy J.J. ¿va todo...? ¿Qué? —Me miró con los ojos abiertos— Ok, os mando a Luke —colgó—. No consiguen convencer a Elisabeth para traerla a casa, y ha bebido.

—No me jodas —Luke se levantó de la silla dejando su plato a medias.

—Voy yo —lo cogí del brazo—. Soy el jefe.

—Alan —todos me miraron.

—He dicho que voy yo, Luke —Asintió y volvió a sentarse—. ¿Dónde están? —le pregunté a J.J., que no tardó en decirme la dirección.

Salí de la cocina, pasé por la sala de cámaras donde teníamos las llaves de los coches, y cogí las mías.

Llevaba un tiempo viendo a Elisabeth diferente, y la noche anterior entendí cuál era el motivo.

Solo estaba más distante con sus padres cuando salía con alguien, y en el momento en el que vi durante la cena mensual en el hotel que abandonaba el salón, y ese tipo, el secretario de la Senadora Ferguson la seguía, confirmé lo que Luke me dijo un par de meses atrás de que sospechaba que se estaba viendo con él.

Conduje hasta el local, aparqué cerca de la entrada y caminé con las manos en los bolsillos. No me costó mucho encontrarlas, ya que estaban en la barra.

Elisabeth en ese momento se apoyaba en ella para pedir otra ronda, mientras Roxana y Kaila evitaban que siguiera bebiendo, sin éxito, porque si había algo que caracterizaba a la señorita Paton, CEO de la petrolera de su padre, era que había heredado la tozudez de Carol Paton, su madre.

Me acerqué justo en el momento en el que el camarero puso las bebidas en la barra, Elisabeth cogió el gin tonic y le impidió dar un sorbo, quitándoselo de la mano.

—¡¡Oye!! —gritó mientras se giraba— Es mi copa —frunció el ceño al verme, pues no me esperaba allí

—Señorita Paton, se acabó el alcohol por hoy —dije con tono serio y firme, no iba a dejar que siguiera bebiendo, no era la primera vez que hacía algo así, y odiaba ver cómo lo pasaba.

—¿Lo habéis llamado vosotras? ¿Estáis de broma? —protestó mirando a Roxana y Kaila.

—Eli, no atendías a razones y mañana tienes que trabajar. Lo hemos hecho por tu bien.

—Sois un par de brujas, unas traidoras, unas... unas... —se agarró a la barra y di un paso hacia ella, temía que perdiera el equilibrio— Dejad de moveros, joder.

—Yo me encargo —dije mirando a las chicas, y ambas asintieron.

—Gracias jefe —contestaron al unísono antes de irse.

—¡Eh! ¿A dónde vais? ¡Qué os vais sin mí! —gritó Elisabeth.

—De usted me encargo yo, señorita Paton.

—¿Tú? ¿Es que ahora mi padre te ha nombrado mi niñera? Estoy bien con ellas como escoltas, no quiero hombres, sois muy poco discretos —resopló.

Sí, ese fue el motivo por el que el Congresista Paton decidió cambiar a los hombres que escoltaban a su hija, por dos mujeres. Elisabeth se quejaba de que siempre iban vestidos de negro, mostrándose serios y vigilándola como halcones (sus palabras, no las mías). Luke era su escolta y el señor Paton accedió a que llevara a dos mujeres, pero no cedió a que Luke la dejara, por lo que pasó a ser su chófer, y guardaespaldas en la sombra.

Tenían buena relación, y con Roxana y Kaila también, al menos eso tranquilizaba a su padre.

—Roxana y Kaila seguirán siendo sus escoltas, pero como jefe de seguridad de su padre, respondo ante él, y si esta noche le ocurriera algo, la culpa sería mía —dije para que no pensara que íbamos a volver a poner un par de halcones para escoltarla.

—No me va a ocurrir nada, solo me estoy divirtiendo.

—Será mejor que la lleve a casa —saqué la cartera y dejé un puñado de billetes en la barra.

Miré a Elisabeth y, a pesar de que era esa mujer fuerte que se enfrentaría al Diablo si fuera necesario, en el fondo a mis ojos seguía siendo esa niña dulce, tímida y con miedo que a veces había visto. Llevé la mano a la parte baja de su espalda y ella me miró con el ceño fruncido.

—¿Está bien para caminar hasta el coche? —pregunté, y ella asintió.

—Perfectamente —me dijo con la barbilla bien alta, dejando claro que no era ninguna princesa que necesitara ser rescatada.

Y no lo era, la había visto crecer estos últimos veinte años y convertirse en la mujer que tenía delante, esa que haría que todo hombre cayera rendido a sus pies con una simple mirada, y que, a pesar de mostrarse fuerte, le permitiera cuidarla en momentos como este.

Dio un par de pasos y vi que se tambaleaba, por lo que muy bien para caminar por sí sola, no estaba.

—Ya te tengo, pequeña —susurré y noté que se estremecía.

Los ojos de Elisabeth se posaron en los míos, esos ojos azules que tantas veces vi bañados en lágrimas por el llanto cuando era pequeña, o la vez que, sin pretenderlo, la encontré en el jardín de la mansión llorando mientras hablaba con alguna amiga por teléfono sobre ese novio que la había dejado.

—¿Siempre has sido tan atractivo, Alan? —preguntó mientras me acariciaba la mejilla, un gesto que no esperaba recibir por su parte— ¿Y desde cuándo te has vuelto tan serio? Antes sonreías más.

Se sonrojó al tiempo que se le abrían los ojos y supe que acababa de darse cuenta de lo que había dicho. Nunca me había hablado así antes, a pesar de que siempre me mostré cercano a ella, al menos antes, hasta el momento en el que todo cambió para mí.

—A veces la vida hace que dejemos de sonreír —contesté—. Vamos, la llevo a casa.

—¿Vuelvo a ser la señorita Paton? —Frunció el ceño y comenzamos a caminar hacia la puerta — Prefería cuando me llamabas Elisabeth, o, pequeña.

—Siempre serás la señorita Paton, eres la hija de mi jefe.

—Pero no soy una niña, soy adulta y dirijo una petrolera, algo que muchos parece que olvidáis fácilmente. El primero de todos, mi padre, que fue quien me puso en ese cargo, y no me quejo, que conste —levantó el dedo para dejarlo claro—, me gusta ser la CEO de la empresa familiar, pero si eso significa que jamás podré tener una relación normal con alguien, ya sea porque me ven superior y no lo soportan, o porque se acercan por interés a causa de quién es mi padre, preferiría no serlo.

Llegamos al coche y abrí la puerta trasera para que subiera, y la vi pelear con el cinturón durante unos segundos, mientras resoplaba y murmuraba algo como: “deja de moverte, maldito trasto”.

Me incliné hacia el interior, se sobresaltó al encontrarme tan cerca y por el rabillo del ojo, mientras le abrochaba el cinturón, la vi observándome y tragar con fuerza.

—Listo —hice un guiño y me aparté para cerrar la puerta.

Subí al coche y tras ponerlo en marcha, salí de allí para ir hacia la casa.

La vigilaba con disimulo por el retrovisor mientras ella iba mirando por la ventana, perdida en sus pensamientos.

—Alan —me llamó.

—¿Sí?

—¿Sabías que me veía con el secretario de la Senadora Ferguson? —preguntó, y no pensaba mentirle.

—Lo sospechaba, Luke me comentó algo.

—Genial —suspiró—. Bueno, tú eres hombre así que puedo hacerte esta pregunta. ¿Crees que él se acercó a mí para conseguir llegar a ser senador?

—Si lo hizo por ese motivo, Elisabeth, y no por lo que vales, es que es un completo gilipollas —contesté, y ella se quedó callada mirándome.

Le había dicho la verdad, porque esa mujer valía más de lo que nadie pudiera imaginar, ni siquiera ella misma.

Llegamos a la residencia Paton y tras comprobar que era yo, el chico de la caseta abrió las puertas para que entrara. Aparqué el coche en el garaje y al mirar por el retrovisor vi que Elisabeth estaba dormida.

Bajé del coche, abrí la puerta y le quité el cinturón. Sonreí al verla y le coloqué un mechón de pelo tras la oreja antes de despertarla.

—Elisabeth —susurré, y la zarandeeé un poco—. Elisabeth, hemos llegado a casa.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó con los ojos entreabiertos.

—Sí. Vamos, te acompaño.

La ayudé a bajar, y en el momento en el que dimos un par de pasos, se detuvo de golpe para vomitar.

—Ay, Dios —murmuró, y cuando vi que le venía otra arcada y se inclinaba, le sostuve el pelo.

—Tranquila, te tengo —le dije mientras la mantenía bien sujeta.

—Qué vergüenza —murmuró cuando acabó, mientras le entregaba un pañuelo para que se limpiara.

—No es la primera vez que te veo así —sonreí—. Eso fue el día que cumpliste once años, te comiste tres trozos de tarta, y acabaste vomitando después de subirme a la cama elástica que puso tu padre.

—Joder, ¿en serio te acuerdas de eso? —resopló y yo solté una carcajada.

—Y de muchas otras cosas, te conozco desde hace veinte años, Elisabeth.

—Si ya era vergonzoso que me vieras así cuando era niña, ahora, lo es más —suspiró—. Creo que iré sola a casa, gracias —dijo mientras se quitaba los zapatos para llevarlos en la mano.

—Voy a acompañarte, y a asegurarme de que estás bien antes de irme a dormir.

—Genial, ¿mi padre te paga un plus por hacer de niñera?

—Tu padre me paga por su escolta y el jefe de seguridad, lo de vigilarte es cosa mía, pequeña —dije mientras la cogía en brazos.

—¿Qué haces?

—Evitar que te tuerzas un tobillo o te partas la crisma mientras vas a casa.

—Puedo caminar.

No hice caso, simplemente seguí llevándola en brazos hasta su casa, entramos por la puerta que daba al porche y la llevé al cuarto de baño.

—Date una ducha mientras voy a prepararte un café —dije, y me encontré con su mirada.

—Sé que voy a arrepentirme cuando sepa todo lo que te he dicho esta noche, pero no he mentido, eres atractivo, Alan, y me gustaba verte sonreír.

Lo siguiente que hizo no lo esperaba, y tuve que luchar con todas mis fuerzas para no rodearla por la cintura y atraerla hacia mí tal como quería.

Elisabeth se puso de puntillas, ella apenas medía metro sesenta y yo, estaba cerca del metro noventa, sostuvo mis mejillas y me besó.

La vi cerrar los ojos y notaba esas ganas de sostenerla y cometer la mayor de las locuras, pero no podía hacerlo, no podía joderlo todo así.

—Será mejor que vaya a hacerte el café —dije cuando se apartó, y me miró frunciendo ligeramente el ceño—. Dúchate, te veo en la cocina.

Salí del cuarto de baño y cerré la puerta.

Preparé el café y esperé a que apareciera, no tardó en hacerlo con un pijama que la hacía verse de lo más sexy. Tenía las mejillas sonrojadas y la cabeza inclinada.

—Siento lo de antes —dijo.

—No hay problema —le puse el café delante y lo cogió para tomárselo.

Cuando acabó, llevó la taza al fregadero y fue hacia la habitación.

—Buenas noches, Alan, y gracias por traerme a casa.

—Buenas noches, señorita Paton —contesté, poniendo esa distancia que debía haber entre nosotros.

Escuché que cerraba la puerta y suspiré, apagué todas las luces y me recosté en el sofá, cubriéndome con una manta que había en el respaldo.

Sí, debería irme a mi apartamento a dormir, pero no quería que estuviera sola en caso de necesitar a alguien, y yo hacía años que tenía el sueño ligero, así que la escucharía si se levantaba de madrugada.

Al menos el sofá era cómodo, lo que no tenía claro era si yo iba conseguir dormir, después de lo que había pasado.

Capítulo 8



Alan

Las siete de la mañana, y había visto casi todas las horas de la noche en el reloj del móvil.

Tenía el sueño ligero, sí, siempre estaba alerta y preparado por si ocurría algo, y si a eso le añadíamos el haberme quedado a dormir en el sofá de la casa de Elisabeth Paton, el agotamiento a lo largo del día podría pasarme factura.

Llevaba con los ojos abiertos mirando al techo media hora, y podría haberme ido ya, quizá sí que debería haberlo hecho, pero quería comprobar que ella estuviera bien.

Escuché ruido en su habitación y miré hacia la puerta, en cualquier momento podía salir y no sabía qué iba a pensar o cómo reaccionaría al verme.

Hice por levantarme, pero fue en ese preciso instante en el que abrió y escuché sus pasos.

Así que no, no me levanté, me quedé en el sofá de su casa haciéndome el dormido. Había que joderse.

—Pero, ¿qué hace aquí? —la escuché murmurar, aunque lo primero que hizo fue soltar un leve jadeo por la sorpresa.

Normal, no todos los días debía encontrarse a un tío de casi metro noventa con parte de las piernas colgando en su sofá, dormido y tapado con una manta que tampoco era muy grande.

Noté que se acercaba, la sentí a mi lado y me mantuve dormido y sin moverme. El olor floral de su perfume llegó a mis fosas nasales y me costó la vida no respirar profundamente.

—Joder, ¿qué pasó anoche? —preguntó en un susurro, y escuché que volvía a caminar.

Abrí el ojo derecho y la vi ir hacia la cocina, cuando se acercó el móvil a la oreja debería

haberme levantado, pero no lo hice. ¿Es que no se acordaba de nada?

—Roxana, ¿me puedes explicar qué hace Alan durmiendo en mi sofá? —le preguntó a su escolta— ¿A cuántos Alan conoces? Alan, el escolta de mi padre, tu jefe, Roxana, el jefe de seguridad del Congresista Paton.

—¿Está durmiendo en tu sofá? —El grito de Roxana me llegó con tanta claridad, que supe que Elisabeth había puesto el manos libres.

—No grites, que está dormido y yo he puesto el altavoz para poder hacer el desayuno. ¿Me lo vas a explicar o no?

—A ver, anoche bebiste un poquito más de la cuenta, J.J. me llamó para ver si estaba todo bien porque aún no habíamos vuelto a la casa, se suponía que iba a venir Luke para convencerte de que dieras la noche por terminada, pero apareció el jefe. Él fue quien se encargó de llevarte a casa, lo que no pensé es que fuera a quedarse allí.

Y entonces, silencio. Elisabeth no respondió, Roxana permaneció callada esperando, y tras unos minutos le preguntó a su jefa si seguía al teléfono.

—Roxana, tengo algunas imágenes en la mente —dijo.

—¿Qué imágenes?

—Vomitó.

—Ah, perfecto. Te depuraste un poco el sistema, bien.

—En el jardín, con tu jefe al lado sujetándome el pelo.

—Hostias, eso es...

—Asqueroso, lo sé —su voz se apagó—. Pero no es todo, Roxana, creo... —suspiró— Creo que dije cosas que no debía.

—Cosas como, ¿por ejemplo?

—Decirle a Alan que era un hombre atractivo —contestó, y sonreí levemente.

—Bueno, no es ninguna mentira, el jefe está muy bueno.

—Roxana, esto es serio, joder.

—No es tan grave, Eli, ¿sigue dormido? —preguntó, y yo mantuve los ojos cerrados y la respiración controlada.

—Sí, y me está dando una lástima verlo en el sofá, ha tenido que estar incómodo toda la noche.

—En peores lugares habrá dormido, seguro. Volviendo al tema del atractivo de Alan, finge no haber dicho nada, es lo que tienen las resacas, se olvidan las cosas.

—Es que, si no he soñado lo que pasó, creo que la cagué de manera abismal.

—¿Qué crees que hiciste?

—Besarlo antes de meterme en la ducha —respondió.

Bueno, al menos no bebió tanto como para olvidarse de todo.

—Espera, ¿tú hiciste qué cosa con el escolta de tu padre?

—Que no grites —exigió—. A lo mejor solo fue un sueño, no sé, Alan fue la última persona que vi, igual el subconsciente...

—Jefa, si el subconsciente habla, es que querías darle ese beso.

—Oh, por Dios —Elisabeth resopló—. Nos vemos en un rato.

—Vamos a desayunar allí.

—Ni se os ocurra, brujas.

Y de nuevo, silencio, o al menos el de su voz y la de Roxana, porque Elisabeth abrió puertas y cajones mientras sacaba cosas, supuse que para preparar el desayuno.

Mi móvil empezó a sonar en ese momento, así que como lo había dejado sobre la mesita de café, me desperté poco a poco y lo cogí, respondiendo a la llamada con voz aún somnolienta.

—Sí.

—Jefe, ¿dónde te has metido? —preguntó J.J.

—Es largo de contar, luego os veo —y colgué antes de que hiciera más preguntas. Suspiré al tiempo que me frotaba la cara con ambas manos.

—Buenos días —dijo Elisabeth desde la cocina, y la miré—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días. El sofá es cómodo —contesté mientras me incorporaba.

—¿Por qué te quedaste? —preguntó.

—Bebí un poco más de la cuenta, solo quería asegurarme que no estaba sola en caso de necesitar algo —dije poniéndome las deportivas, y me levanté. Después de doblar la manta y colocarla en el respaldo del sofá, fui hacia la cocina—. ¿Cómo se sientes?

—Bien.

—¿No tiene resaca?

—Solo un ligero dolor de cabeza —contestaba sin mirarme, manteniendo la cabeza agachada todo el tiempo.

—Al menos recuerda que la traje a casa.

—Siento haber vomitado, dime que no te manché la ropa ni nada —echó un vistazo rápido por encima del hombro.

—Tranquila, no hubo daños que lamentar —sonreí levemente.

—Me alegro, porque después de eso, apenas recuerdo nada. Me trajiste, tomamos café, y creí que te marcharías cuando me fui a la cama —fingía no recordar lo que me dijo, y tampoco el beso que me había dado, vale, los dos podríamos jugar ese juego—. ¿Quieres desayunar?

—Un café estará bien.

Elisabeth asintió, terminó de hacer el café y me sirvió una taza. Estaba claro que sabía cómo me gustaba, solo y sin azúcar, y eso me hizo pensar que la mujer que tenía delante, aún con el pijama y el cabello ligeramente despeinado, me conocía tan bien como yo a ella.

Llevábamos veinte años siendo parte de la vida del otro, y aunque siempre fue esa niña a la que vigilaba y protegía, se convirtió en la hermosa y perfecta mujer que tenía delante.

—Gracias por quedarte por si necesitaba algo —dijo tras poner un plato con tostadas sobre la mesa, y fue por la mantequilla y la mermelada—. Que me tome alguna copa de más no suele ser algo habitual.

—No estoy tan seguro de eso —contesté cogiendo mi café para dar un sorbo.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño.

—He visto que lo has hecho otras veces, y si me permites un apunte, ha sido cuando has terminado una relación.

—¿Hasta ese punto te pide mi padre que me vigiles? No soy una niña —resopló.

—No te vigilo, Elisabeth —dije mirándola—. Simplemente soy un hombre observador. Y si me dejas decirte algo, ningún hombre merece que le dediques un solo segundo de tus pensamientos si no sabe verte realmente —me acabé el café de un trago y fui al fregadero para lavar la taza—. Debo ir a trabajar, que tenga un buen día, señorita Paton —caminé hacia la puerta.

—¿Vuelvo a ser la señorita Paton? —preguntó, y me detuve tras salir de la cocina— ¿O solo me llamas así cuando te metes en el papel de Alan Moore, el escolta? Porque prefiero cuando me llamas Elisabeth.

Respiré hondo, conté hasta cinco y procuré no mirarla. Para mí siempre sería Elisabeth, pero debía mantenerme profesional y dirigirme a ella como la señorita Paton, poniendo esa barrera que siempre habría entre nosotros.

—Que tenga un buen día usted también, Alan —dijo para despedirse y que yo saliera de su casa.

Lo hice, crucé la puerta de la entrada y caminé por el jardín para ir a mi apartamento, y a medio camino me encontré con Roxana y Kaila.

—Jefe, ¿todo bien con Eli? —preguntó Roxana.

—La señorita Paton está desayunando.

—¿Se quedó a dormir en su sofá? —Kaila me miró con ambas cejas levantadas.

—Vomitó al bajar del coche, no quería que pudiera pasarle por la noche y acabara ahogándose. En el futuro, os pediría que tratéis de evitar que beba tanto, ¿qué habría pasado si la hubiera visto la prensa? Su padre es congresista, no necesita escándalos.

—No volverá a pasar, jefe —contestó Kaila.

—Es que ayer Eli se dio cuenta de algo, y...

—Estoy al tanto —dije evitando que Roxana siguiera—. Si el secretario de la senadora Ferguson vuelve a acercarse a ella, informadme.

—Sí, jefe —respondieron al unísono, asentí y continué mi camino dejando que ellas fueran a ver a su jefa, aunque sabía que, para ellas, Elisabeth era como una amiga, igual que para Luke.

Entré en el edificio donde estaban los apartamentos de todos los miembros de seguridad que trabajábamos para el Congresista Paton, y fui directo a la cocina a tomarme otro café y comer algo.

Además de muchos de los hombres y mujeres que estaban bajo mis órdenes, allí estaban J.J., Leo y Luke, quienes me miraron con la ceja arqueada.

—Tienes la misma ropa que anoche. ¿Conociste a alguien y has tenido una tórrida noche de sexo? —curioseó J.J.

—He dormido en el sofá de la señorita Paton —contesté mientras me sentaba.

—Espera, ¿qué? —Luke me miró con los ojos muy abiertos.

—No me digas que tú...

—No, Leo, yo nada. La traje a casa, vomitó al bajar del coche, la llevé hasta allí, la dejé en el cuarto de baño para que se duchara mientras le preparaba un café, y cuando se fue a la cama me acomodé en su sofá, no quería que estuviera sola si le pasaba algo.

—Pues se habrá llevado un susto al verte allí —dijo Luke.

—Sin duda, se sorprendió —di un sorbo a mi café—. Al menos me aseguré de que estuviera bien. Voy a darme una ducha y vestirme, tenemos trabajo que hacer —me levanté evitando que pudieran hacerme más preguntas.

Subí a mi apartamento, preparé el traje para el trabajo y me metí en la ducha. Apoyé ambas manos en la pared mientras notaba el agua cayendo por mi espalda, tenía los ojos cerrados y, otra vez, esa imagen de Elisabeth acariciándome la mejilla y después besándome.

Ella se acordaba y había fingido que no pasó nada, pero había pasado, me besó, y me costó la misma vida evitar tocarla.

Tras la ducha, me vestí, me puse el auricular, cogí las gafas de sol, el móvil y bajé para ir a la casa principal, donde me esperaba el jefe.

Evan Paton, congresista de Illinois, depositó toda su confianza en mí hacía ya veinte años, y no podía defraudarlo, no podía hacer que hiciera que la perdiera.

—Congresista, buenos días —saludé al entrar en su despacho.

—Alan, buenos días, muchacho —sonrió girándose con unos papeles en la mano—. Te he pedido mil veces que me llames Evan —suspiró.

—Y yo siempre le digo lo mismo, soy su empleado, y debo tratarlo de manera profesional.

—No cambiarás nunca —volvió a sonreír mientras se acercaba para darme una leve palmada en el hombro—. Bien, ¿qué te parece si vemos el itinerario de hoy?

Asentí, nos sentamos frente a su escritorio y durante la siguiente media hora organizamos la agenda de ese nuevo lunes.

Salimos de la casa poco después de que Leo me confirmara que estaba esperando en la puerta, y cuando el congresista subió al coche vi pasar a Elisabeth en el suyo.

Como si supiera que yo estaba ahí, miró por la ventana y durante esos segundos nuestros ojos se encontraron. Ella sonrió levemente al tiempo que asentía a modo de saludo, gesto que le devolví antes de subir al coche donde ya estaba J.J. esperándome con Ian, el chico de veintiséis años, simpático, pero callado, de cabello castaño y ojos marrones que teníamos asignado como conductor desde hacía cuatro años.

—Jefe...

—Está todo bien, J.J. —le corté, pues, aunque él, Leo y Luke eran mis hombres de confianza y buenos amigos, había cosas que no quería hablar delante de nadie, por mucho que confiara en Ian, así como en Roxana y Kaila.

—Ok. Pues al lío. Ian, conduce, chaval.

—Sí, jefe.

En cuanto el coche del congresista se puso en marcha, Ian comenzó a seguirlo, dando así paso a un nuevo lunes de trabajo en el mundo de la política de América.

Capítulo 9



Elisabeth

Las chicas no salían de su asombro con lo que les conté sobre lo ocurrido la noche anterior cuando su jefe me dejó en casa, pero es que ni yo misma podía creérmelo.

¿En qué pensaba para haberle dicho que era un hombre atractivo? Joder, y peor aún, ¿qué se me pasó por la cabeza para besarlo?

No iba a volver a beber en mi vida, eso fue lo que me hizo perder el Norte, el Sur, y todos los puntos cardinales de mi cordura, no había otra explicación posible para que yo, Elisabeth Paton, hubiera besado al jefe de seguridad de mi padre.

Dios, se me había ido la cabeza por completo, en serio.

En mi defensa diré que, ciertamente, Alan Moore era un hombre atractivo, siempre lo había sido, y la noche anterior además de que a mí el alcohol me hiciera perder la cabeza y, posiblemente, provocara que se me bajaran las defensas, el perfume de ese hombre era de lo más varonil, sensual y embriagador que había olido en mi vida.

Claro que, llevaba veinte años oliendo el suyo, solo que hacía un tiempo que me resultaba más... ¿Atrayente? ¿Seductor? ¿Afrodisíaco? Eso habían dicho las brujas de Roxana y Kaila, cuando lo comenté con ellas en mi cocina, mientras me gorroneaban el desayuno, para variar.

Pero yo no sabía decir en realidad qué era lo que la presencia de Alan Moore me hizo sentir la noche anterior, para que fuese yo quien se lanzara a besarlo.

Porque había sido yo, no él, yo solita me acerqué a su rostro y posé mis labios en los suyos, esos que debía admitir que no solo parecían de lo más tentadores, sino que lo eran, y también suaves.

Dios, ¿me estaba volviendo loca de repente? ¿Cómo si no se explicaría que yo me lanzara a

besar al escolta y jefe de seguridad de mi padre?

Suspiré apoyando la cabeza en el asiento trasero del coche con los ojos clavados en el techo.

—Estás muy callada esta mañana —dijo Luke cinco minutos después de que saliéramos de la casa.

—Estoy pensando en todo el trabajo que tengo hoy —contesté.

—¿Seguro qué es por eso? ¿No tiene nada que ver con lo que pasó anoche?

—¿Y qué se supone que sabes tú de lo que pasó anoche? —fruncí el ceño y lo miré a través del retrovisor, solo esperaba que las chicas no le hubieran dicho lo del beso, o peor, que se lo hubiera comentado Alan.

Porque sí, me hice la tonta y la que no recordaba algunas cosas, y él simplemente no dijo nada al respecto, no sabía si por no incomodarme o porque para él no fue más que una tontería.

—Bebiste más de la cuenta —contestó sacándome de mis pensamientos—, así que apuesto a que tienes una resaca de las buenas, donde seguro que tienes en tu cabeza un pequeño hombrecillo con un martillo golpeando como si estuviera clavando clavos.

—El desayuno y las pastillas harán que se vaya pronto —dije, mirando por la ventana.

—Pues espero que así sea.

Y el silencio volvió a llenar el interior del coche, cosa que agradecí porque a veces me costaba un poquito mentir, según decía mi madre, me delataba el sonrojo de mis mejillas, así que mejor no tentar a la suerte en esta mañana de lunes en la que quería olvidar que había besado al hombre prohibido.

Llegamos a las oficinas de la petrolera, entré saludando al vigilante y subí hasta mi despacho, donde encontré a Cintia hablando por teléfono.

—Sí, tiene un hueco esta tarde, de cinco a seis —dijo, y arqueé la ceja, posiblemente estuviera organizándose una nueva reunión—. Perfecto, la veré esta tarde. Adiós.

—¿Con quién tengo una reunión a última hora? —pregunté.

—No es una reunión, es una entrevista que le prometiste a Lilian, al parecer una periodista que estuvo en la cena del sábado.

—Ah, sí, cierto, olvidé que llamaría hoy.

—Pues vendrá esta tarde.

—Vale, recuérdamelo a la hora de comer para que no piense en irme a casa y no volver por la tarde —suspiré.

—¿Qué te pasa? —curioseó mientras me seguía al despacho.

—Ayer salí con Roxana y Kaila y bebí un poquito, me duele la cabeza.

—La feria fue un éxito, por lo que vi en las noticias y leí en la prensa —sonrió al tiempo que se sentaba en una de las sillas frente a mi escritorio.

—Sí, sí que lo fue.

—Por cierto, te ha llamado Liam Roberts, el secretario de la Senadora Ferguson.

—¿Ha dicho qué quería?

—Que le concertara una cita para verte, pero le he dicho que tenías la agenda completa esta semana.

—¿Le has dicho eso a él, pero había un hueco para una entrevista?

—Te voy a ser sincera, ese hombre me ha exigido concertar una cita, y a mí solo puede exigirme algo en el trabajo mi jefa, o sea, tú. Mira, no soy quién para meterme donde no me llaman, pero ese tipo no me gusta. Sé que ha venido a verte varias veces en los últimos meses, pero...

—Teníamos algo, pero lo acabé ayer —la corté.

—Lo suponía, pero no quería ser entrometida. Entonces, si vuelve a llamar exigiendo una cita, ¿puedo mandarlo a la mierda?

—No —reí—, no lo hagas. Solo dile que no tengo huecos libres.

—Ok, lo mando a la mierda con sutileza —dijo, mientras apuntaba algo en su agenda.

—Tomé la mejor decisión al contratarte, está claro —sonreí.

—Estoy de acuerdo contigo. Veamos, esta mañana tienes...

Y así pasamos los siguientes cuarenta y cinco minutos, hablando de las reuniones que tenía para empezar la semana, las llamadas que tenía que hacer y los contratos que Mike le había dicho

que me recordara que tenía que revisar.

Por no hablar de que también dejamos organizadas algunas visitas para el día siguiente que no debía olvidarme.

—Y ahora, cuéntame, qué tal tu cita del viernes —dije sonriendo y cruzando ambas manos sobre mi escritorio.

—Estuvo muy bien —se sonrojó—. Nick fue un encanto, cenamos y hablamos de todo, se sinceró sobre lo que pasó con su novia y lo dolido que estuvo un tiempo, pues él pensaba que todo les iba bien y que tenían ese futuro que planeaban en la universidad, aunque también me dijo que, a pesar de tener novia, yo le llamaba la atención.

—Te lo dije —sonreí—. ¿Pasó algo reseñable?

—Me invitó a comer el sábado y al final pasamos todo el día juntos. Quiere que volvamos a salir el viernes.

—Eso es genial, has aceptado, ¿verdad?

—Sí.

—Me alegro. Ahora, empecemos a trabajar, que la petrolera no va a dirigirse sola.

Cintia asintió, se puso en pie y fue a ocupar su puesto dejándome sola con todo el trabajo que tenía por delante.

Me concentré en él, pasé la mañana de un lado para el otro, reuniéndome incluso con Mike para hablar de varios asuntos, y a media mañana hice una breve parada para tomarme un café, momento en el que Roxana decidió llamarme.

—¿Ocurre algo? —pregunté, pues sabía que ella y Kaila se quedaban en una sala cercana a mi despacho.

—Solo pensábamos en el beso con Alan.

—Dios, ¿en serio? —resoplé—. Olvidadlo, ¿vale? Como si nunca hubiese pasado.

—Es que ha pasado, y lo raro es que él no te dijera nada. A ver, tú no sacaste el tema, vale, pero, ¿él tampoco lo hizo? O sea, ¿de verdad Alan simplemente creyó que no recordabas lo que pasó y no dijo nada?

—Imagino que fue un gesto de caballerosidad por su parte —contesté—, no quería incomodarme. Por no hablar de que para él no debió ser tan grave como para mí. ¿En qué

pensaba para besar al jefe de seguridad de mi padre?

—Yo te diría una razón —esa era Kaila, que hasta el momento se había mantenido callada—, pero me puedes mandar a la mierda, así que, mejor me guardo mi opinión.

—No te la guardes, y díselo —dijo Roxana—. Vale, mejor te lo digo yo. Te gusta Alan.

—¿Qué? Pero, ¿es que os habéis vuelto locas? ¿Cómo me va a gustar?

—Pues, gustándote, no es tan difícil. Queda claro que te parece atractivo, de hecho, se lo dijiste a él —contestó Roxana.

—Por no hablar de que tú, nunca, pero nunca, has besado a un hombre que no te gustara.

—Lo besé porque estaba un poquito bebida, me pasé con el alcohol y perdí la cabeza, eso fue todo.

—Ok, y ahora vamos al asunto que nos ha hecho llamarte —carraspeó Kaila.

—Sorprendedme, porque estoy convencida de que lo haréis —suspiré.

—No deberías volver a beber más allá de una o dos copas, no vaya a ser que un día pierdas las bragas —contestó Roxana.

—Por Dios —me pasé la mano por la frente—. Eso no me ha pasado nunca y no me pasará. Y ahora, si me disculpáis, tengo una reunión a la que asistir.

—Estás disculpada, jefa —dijeron al unísono, y colgué.

Después de esto, de lo que ocurrió la noche anterior con el escolta y jefe de seguridad de mi padre, y que perdiera la cabeza por esa mezcla de alcohol y el atractivo de ese hombre, estaba claro que no pensaba volver a beber más de la cuenta en mi vida.

Recogí mis cosas y salí del despacho para encontrarme con Mike en la sala de reuniones, donde ya estaba esperando el dueño de varias gasolineras a lo largo del país que quería trabajar con nosotros.

Capítulo 10



Elisabeth

Después de las reuniones y salir a comer con Mike, aprovechando para hablar sobre algunos de los contratos que revisé por la mañana, regresé a la oficina para prepararme para la entrevista.

No era la primera que daba, pero esta sin duda iba a ser diferente porque era la primera vez que me nominaban para el premio de empresaria del año.

Tenía dudas sobre el lugar en el que recibir a la periodista, no sabía si sería mejor en mi despacho, o en la sala de reuniones, pero finalmente decidí que sería en el despacho, donde tenía la foto con mis padres y mi hermana Alexis, que siempre que me sentía un poco abrumada, me daban fuerzas.

Le pedí a Cintia que me trajera un café y mientras esperaba, eché un vistazo a las noticias de la prensa en la que hablaban de la feria que tuvo lugar el día anterior en el recinto de la asociación con la que colaboraba mi madre.

Fue un éxito, como muchas otras de las ideas que había tenido para ayudar, y también hablaban sobre la cena de los senadores y congresistas.

En algunas noticias sobre la cena se hablaba de la Senadora Ferguson y su secretario, Liam Roberts, quienes estaban trabajando en un nuevo proyecto que, según la propia senadora, sería muy beneficioso para todo Estados Unidos.

Liam me había comentado algo al respecto, pero sin darme detalles puesto que hablar de trabajo era algo que hacíamos de pasada.

Lo que me llamó la atención fue que alguien le hubiera preguntado a Liam por mi petrolera.

—Señor Roberts, según algunas fuentes, en los últimos meses se le ha visto visitando la petrolera que ahora dirige Elisabeth Paton, hija mayor del Congresista Paton. ¿Se trata de

alguna colaboración entre la senadora y ella? —le preguntaba el periodista.

—No, no tiene nada que ver con la Senadora Ferguson, sino conmigo. Conozco a la señorita Paton, hemos tomado café en alguna ocasión, y sí, he ido a visitarla como amigo cuando he tenido algún asunto que atender cerca de sus oficinas —contestó Liam.

—¿Se trata solo de una amistad, o podríamos hablar de algo más entre ambos?

—Por el momento es solo una amistad, no intenten darles vueltas a mis palabras.

—Nos quedaremos con ese “por el momento” que ha dicho, señor Roberts.

No me podía creer lo que había leído, ¿es que se había vuelto loco? ¿Cómo se le ocurría contestar eso?

Solo esperaba que mis padres no hubieran leído aquella breve entrevista, o me esperaba un interrogatorio al volver a casa.

A las cinco en punto Cintia llamó a mi puerta, le di paso y tras abrir, sonrió asomándose.

—Señorita Paton, ha llegado Lilian, la periodista que va a hacerle la entrevista —me anunció.

—Bien, hazla pasar, por favor —le pedí, al tiempo que me ponía en pie, y Cintia asintió.

La joven morena de ojos marrones que vi a la entrada del hotel la noche del sábado, cruzó la puerta de mi despacho con una sonrisa tímida.

—Señorita Paton, muchas gracias por recibirme —dijo mientras me tendía la mano, y yo la estrechaba.

—Bienvenida a la petrolera, por favor, siéntate. ¿Quieres un café?

—Oh, sí, suena genial para mí. Con leche y azúcar, si puede ser.

—Claro —sonreí—. Cintia, tráenos dos cafés, por favor —le pedí a mi secretaria mientras me sentaba frente a Lilian.

—Enseguida, señorita Paton —contestó, saliendo del despacho y cerrando la puerta tras ella.

—Quería darle las gracias por concederme la entrevista.

—Lo pediste amablemente, y eso pocas veces pasa.

—Aun así, no ha concedido aún ninguna después de que la incluyeran en la lista a empresario del año.

—No, eso es cierto. Vas a ser la primera, y posiblemente, la única. He dado varias entrevistas, pero pocas, no me siento muy cómoda con la prensa.

—Imagino que porque vive siendo noticia desde que tenía diez años.

—Puede ser —sonreí.

—Voy a centrarme en preguntas profesionales, pero si hay alguna que le incomode, la descartamos sin problema.

—Me parece bien. Aunque, ¿podría hacerte una petición?

—Claro, lo que quiera.

—No sé si has leído la breve entrevista que le hicieron la noche de la cena a Liam Roberts, el secretario de la Senadora Ferguson.

—Algo he leído, sí. La mencionaban a usted —entrecerró los ojos.

—Exacto, y me gustaría que hicieras alusión a esa pregunta y la respuesta que él dio.

—Claro, la incluiré en la entrevista.

—Perfecto —volví a sonreír, al igual que hacía Lilian—. Pues, cuando quieras, podemos empezar.

Cintia regresó con los cafés, que dejó en mi escritorio, y nos dejó solas de nuevo para volver al trabajo.

Lilian y yo bebimos un sorbo del café antes de que ella conectara la grabadora al mismo tiempo que cogía la libreta en la que llevaba apuntadas las preguntas.

—Hace veinte años que su vida cambió, en el momento en el que su padre llegó al cargo de Congresista, ¿qué sintió aquella niña de diez años?

—Bueno, aquella niña de diez años llevaba toda la vida con chófer, pero no con tanta seguridad pendiente de ella prácticamente las veinticuatro horas del día. Ese fue el mayor cambio al que tuvo que enfrentarse la pequeña Elisabeth —sonreí—. Aunque acabé acostumbrándome a ello, al llegar a la adolescencia fue un poco más complicado, no tenía la misma libertad que muchos de mis compañeros. Pero cuando formas parte de un mundo como en el que se había metido mi padre, la seguridad de cada miembro de la familia siempre es lo primero.

—Fue su padre quien fundó la petrolera que actualmente, y desde hace cinco años, dirige usted. ¿Alguna vez pensó que sería tan joven al tomar el mando del legado familiar?

—No —reí—. Sabía que mi padre quería que yo estuviera donde estoy ahora, en este despacho que él ocupó durante tantos años, pero no que lo haría con veinticinco años. Siempre me preparó mentalmente para tomar las riendas, para seguir con su legado como bien dices. Desde que era una niña me dijo que, como hija, yo sería la nueva CEO de la petrolera llegado el momento. Después entró en política y fue cuando me dijo que estaría en este despacho mucho antes de lo que pensaba. Por lo general empezaría en la petrolera como su ayudante, algo así como una vicepresidenta —sonreí—, pero entonces me dijo que tenía quince años para prepararme bien y a conciencia para coger las riendas. Y así fue, el día siguiente al de mi veinticinco cumpleaños, ocupaba el puesto de directora.

—Muchos hijos varones, primogénitos como es su caso, han ocupado puestos de director en la empresa familiar a su edad, incluso con uno o dos años menos, pero en el caso de mujeres, no lo han hecho hasta los veintiocho o treinta años, por lo que eso hace que usted sea una de las mujeres más joven en convertirse en CEO. ¿Qué sintió en ese momento?

—Al tomar las riendas, sentí miedo —sonreí, y ella también—. Es normal, aunque una persona conozca el puesto y la empresa, ponerse al frente siempre da un poquito de miedo. El hecho de haber sido una de las más jóvenes en convertirme en CEO, me hizo sentir temor, pero también respeto. Temor porque me ponía al frente de muchas personas, a la mayoría las conocía y otras entraron después, conmigo, por lo que fue empezar de cero para todos. Y respeto porque me acogieron sin ese miedo que yo tenía, demostrándome que, a pesar de no ser mi padre, confiaban en mí para estar al mando. No era un hombre, y en el mundo de los negocios es más normal ver a un hombre encargado de cualquier empresa, sea cual sea la industria a la que se dedique, que a una mujer.

—Pero aquí está, y lleva cinco años dirigiendo la empresa tan bien como lo hizo su padre, o como podría hacer cualquier otro hombre, o mujer.

—Eso opina mi madre, aunque ella suele decir que no se ve aquí, que no sería capaz de estar tantas horas en el despacho trabajando —reí—.

—Su madre es una gran mujer, siempre apoyando a su padre, y a usted misma. Y la labor que hace en la asociación con la que colabora, es de admirar.

—Sí, mi madre es una mujer increíble. Y no, ella no se ve trabajando tantas horas como nosotros en este lugar, pero se le va la noción del tiempo cuando está en la asociación. Siempre está ideando algo, nunca para.

—El sábado salió la lista oficial con los candidatos para recibir el premio a empresario del año, y su nombre aparece en ella. ¿Cómo se sintió?

—En shock —sonreí—. Me enteré al llegar a la cena que celebra mi padre cada mes con otros

senadores y congresistas, y lo primero que sentí fue eso, quedarme en shock. Después de cinco años al frente de la petrolera, estar en esa lista ya es todo un triunfo, la verdad. Si no gano, me quedaré con la alegría de haber vivido esta experiencia para siempre. Y, si me hiciera con el premio, será un orgullo tenerlo ahí, en esa estantería, junto a los tres que tiene mi padre —sonreí mientras las dos mirábamos la estantería.

—Tengo una última pregunta, y esta... —carraspeó—, no es profesional, sino más bien, personal.

—Adelante, pero creo que sé sobre qué vas a preguntar.

—Liam Robert, el secretario de la Senadora Ferguson, dio unas declaraciones la noche de la cena, y en ella se podría entender como que, entre usted y él... ¿Habría posibilidad de una relación, más allá de la amistad?

—No, para nada. Liam Roberts y yo nos conocimos de manera más oficial hace unos meses, después de un evento al que acudí para acompañar a mi padre. Entablamos una conversación, charlamos, y nos hemos visto algunas veces, sí, como dijo, me hizo alguna que otra visita al pasar por aquí cerca, tomamos un café y hablamos de cómo nos iba, pero nada más. He tenido varias relaciones sentimentales, todas ellas acabaron por un motivo u otro, pero a día de hoy no pienso en nada serio. Estoy en mi mejor momento, no solo profesional sino personal porque tengo una familia magnífica y amistades a mi alrededor que están ahí en las buenas, y en las no tan buenas —sonreí—. Pero no, por el momento no pienso en el amor, y como dije, de ser así, no sería con Liam Roberts.

—Señorita Paton, muchas gracias por concederme esta entrevista, y de verdad le deseo muchísima suerte en lo que al premio a empresario del año se refiere, y en su vida en general.

—Gracias a ti, Lilian, por una entrevista de verdad, llena de respeto, sobre todo.

La vi parar la grabadora y suspiró mirándome.

—¿Quiere que cambie la última pregunta?

—En absoluto, ha sido la pregunta perfecta para mi respuesta.

—No sabe lo agradecida que estoy, de verdad, porque me haya concedido esta entrevista, la primera tras aparecer en la lista de candidatos.

—Ha sido un placer. ¿Cuándo la publicarán?

—En cuanto llegue a la oficina la transcribo, la maqueto y va a la edición en digital y en papel, así que saldrá mañana por la mañana.

—Perfecto.

—¿Podría hacerle un par de fotos?

—Claro, las que necesites.

—Vale, pues, una ahí, sentada trabajando.

—Ok.

Posé para que me tomara la foto de manera natural, como si no estuviera ahí conmigo, y después me levanté para que me hiciera una foto junto a la estantería donde estaban los tres premios que recibió mi padre, como empresario del año.

Nos despedimos y quedó en que me enviaría al correo electrónico el enlace de la entrevista para que pudiera verlo en cuanto fuera publicado, y al marcharse lo hizo volviendo a darme las gracias.

Sabía lo que significaba empezar en un mundo en el que no todo siempre es fácil, y de algún modo me vi reflejada en esa chica.

Cintia me dijo que había vuelto a llamar Liam y que, tal como quedamos, lo mandó a la mierda de manera sutil.

—Pero no descarto que vuelva a llamar, ese hombre es muy insistente —dijo cuando nos íbamos hacia la puerta para marcharnos a casa.

—Que insista todo lo que quiera, no voy a volver a verlo a no ser que nos encontremos en algún evento al que acudan mi padre y su jefa —contesté.

Me despedí de Cintia, Luke abrió la puerta y me subí al coche para que me llevara a casa, momento en el que mi madre me envió un mensaje pidiéndome que pasara a verlos, pues mi padre tenía un asunto que hablar conmigo.

No tenía que ser muy lista para saber qué asunto era ese del que mi padre quería que habláramos.

Capítulo 11



Elisabeth

Entré en casa de mis padres y fui hacia la cocina, donde encontré a Julia preparando la cena.

—Esa lasaña huele que alimenta —dije.

—Ay, niña, qué susto me has dado —se llevó la mano al pecho—. ¿Vienes a cenar? —Frunció el ceño.

—Mi padre quiere hablar conmigo, sabes que cenar en familia, solo lo hacemos los viernes —sonreí.

—Bueno, pero ya que has venido, te llevas un poco de lasaña —hizo un guiño.

—Me mimas demasiado, mi madre siempre te lo ha dicho.

—Eso es porque te quiero como a una hija, igual que a Alexis. Tus padres están en el salón.

—Voy a verlos —le di un beso en la mejilla a esa mujer que con tanto cariño me cuidó siempre, y fui al salón.

Allí estaban mis padres, ambos con el móvil en la mano.

—Hola —saludé.

—Hola, cariño —mi madre se levantó para darme un abrazo y le di un beso en la mejilla.

—¿De qué querías hablar, papá? —pregunté cuando me acerqué a él para que me diera otro abrazo.

—Liam Roberts hizo unas declaraciones en las que, prácticamente, insinuaba que podría haber algo entre vosotros.

—No hay ni habrá nada.

—Cariño, si estás saliendo con ese hombre, puedes contárnoslo.

—Mamá, no sonrías tanto ni te hagas ilusiones, porque no estoy saliendo con él, y tampoco lo haré. Como él dijo, y yo dejo claro en la entrevista que acaban de hacerme y que saldrá mañana publicada en prensa digital y en papel, ni estamos ni estaremos juntos. Nos conocimos, hablamos, nos hemos visto varias veces en actos a los que él va con su jefa y yo con vosotros, y ha pasado a saludar y tomar café conmigo por la petrolera en alguna que otra ocasión. Pero nada más, hasta ahí.

—Elisabeth, soy tu madre, y sé cuándo mientes.

Mierda, eso quería decir que tenía las mejillas sonrojadas. Perfecto, pues había que confesar lo justo.

—Nos hemos visto en alguna ocasión, nos hemos acostado y ya, somos dos adultos sin pareja que simplemente pasaron el rato. No tengo nada sentimental con él, no lo voy a tener, y no planeáis una boda porque eso nunca ocurrirá.

—Te dije que ese hombre miraba mucho a nuestra hija, Carol —le dijo mi padre.

—Cariño, ¿él lo tiene tan claro como tú?

—Si no es así, mamá, es problema suyo. Yo siempre le he dicho que no habría nada entre nosotros. Tengo confianza con vosotros y por eso os digo que solo ha sido sexo.

—Está bien, ya sabiendo que tú no quieres nada con él, si la prensa toca mucho el tema después de tu entrevista, hablaré con mi jefa de prensa para que ponga remedio al asunto —contestó mi padre.

—Yo espero sinceramente que no insista con algo que no va a llevarlo a ninguna parte.

—¡Eli! —gritó mi hermana, al entrar en el salón— ¿Te quedas a cenar? —preguntó abrazándome.

—Tengo algo de trabajo que hacer en casa —sonreí dándole un beso en la frente.

—Igual que papá, siempre trabajando —suspiró—. No te habrás olvidado que el sábado vamos a un concierto, ¿verdad?

—Ay, mierda, ¿era este sábado? —dije, abriendo los ojos, y ella a punto estuvo de desmayarse— Tranquila, que no me he olvidado. Roxana y Kaila ya están al tanto.

—No me des esos sustos, que ya me veía en casa encerrada.

—He hablado con Alan —me sobresalté un poco al escuchar a mi padre nombrar a su escolta y jefe de seguridad—. Le he pedido que asigne a alguno de sus chicos para acompañaros al concierto. No quiero que solo estén Roxana, Kaila y Luke con vosotras esa noche.

—No hacía falta, papá. Estaremos bien.

—Me quedo más tranquilo si va alguien más.

—Vale, como quieras.

—Por cierto, el viernes por la noche tenemos que asistir al cumpleaños de la esposa del Senador Milton, será en su casa, así que espero que nos acompañéis a vuestra madre y a mí.

Para quien no conociera a mi padre, el Congresista Evan Paton, como lo conocíamos su esposa, mi hermana pequeña y yo, no entendería que en esa petición había una sutil frase entre líneas que hacía alusión al concierto al que mi hermana iría la noche del sábado, y es que, mi padre, básicamente le decía a su hija que, si él había cedido a que ella fuera a ese concierto, aunque yo la acompañara, ella debía ceder a ir al cumpleaños.

—Tendré que buscar un vestido que ponerme —comenté, dándole un leve codazo a mi hermana en el brazo.

—Sí, yo también —dijo Alexis.

—Seguro que encontráis algo —sonrió mi madre, que sabía que ambas habíamos entendido el mensaje.

—Bueno, me voy a casa que, cuanto antes acabe el trabajo, mejor —me despedí de ellos y fui a la cocina, donde ya me tenía preparado Julia, el táper con lasaña.

Al abrir la puerta para salir de casa de mis padres me topé con un cuerpo duro y grande, ese que venía acompañado de un perfume que reconocería en cualquier parte. Por no hablar de sus grandes manos, esas que de manera instintiva me sujetaron por los brazos.

—Ay, Dios —me quejé en un susurro, más por la vergüenza que por el golpe.

—¿Está bien, señorita Paton? —preguntó con ese tono de voz que ahora me daba cuenta que hacía estragos en mí.

—Sí, lo siento, no me di cuenta que estabas ahí —respondí, como si no fuera un hombre fuerte y de casi metro noventa de altura, en fin.

—Venía a ver a su padre.

—Está en el salón —dije, y me encontré con sus inusuales ojos grises.

—Esta mañana me comentó que su hermana y usted irán a un concierto el sábado, me pidió que pusiera a algunos escoltas más.

—Sí, pero no creo que sea necesario, con Roxana, Kaila y Luke...

—Es necesario si su padre lo pide. Pondré a cuatro, o cinco más.

—Genial, ¿y vendrá usted también, señor Moore?

—Tenga por seguro que seré uno de ellos —contestó mientras me miraba fijamente.

—Pues, perfecto —resoplé pasando por su lado para irme.

Lo dejé allí en la puerta y creí que habría entrado en la casa, pero al mirar por encima del hombro, vi que me observaba.

Continué caminando hasta llegar a mi casa, donde entré quitándome los zapatos y dejando la cena en la cocina.

Fui hacia la habitación, me desnudé y abrí el grifo de la ducha para meterme en ella, dejando que el agua se llevara un poco de los nervios que sentía. Porque sí, Alan Moore me ponía nerviosa y mucho.

Y no entendía por qué si lo conocía desde hacía veinte años y como él mismo había dicho, estuvo presente en algunas de mis situaciones más vergonzosas.

Pero yo ya no era aquella niña que él conoció, ni él ese chico que tenía más del doble de edad que yo, y que siempre sonreía.

Ahora era un hombre maduro y atractivo, muy atractivo de hecho, y yo...

Ay, mierda, que estaba pensando demasiado en él.

Y ese beso, fue apenas un roce de labios porque no me correspondió, pero, ¿qué habría pasado si lo hubiese hecho?

Me estremecí al pensar en ello, en, si Alan me hubiera devuelto el beso, ¿dónde nos habría llevado aquello?

Por un momento me imaginé qué habría sentido si me hubiera tocado, si sus manos se hubieran deslizado por mis brazos, por los costados, si ese hombre me hubiera atraído hasta él y...

Mi mano en ese momento parecía tener vida propia, y de un momento a otro me estaba tocando pensando en él.

Esto de pasar tanto tiempo con Roxana y Kaila me estaba pasando factura.

Dejé que mis dedos resbalaran entre mis labios vaginales, poco a poco tocándome el clítoris y con la imagen del rostro de Alan en mi mente, al mismo tiempo que lo imaginaba a él tocándome por todo el cuerpo.

Seguí tocándome despacio y sin parar, comencé a llevar uno de los dedos al interior de mi vagina y...

—Oh, por Dios —jadeé mientras me sostenía con una mano apoyada en la pared.

No podía parar, no dejaba de tocarme y penetrarme con el dedo mientras notaba el temblor de mis piernas. Aquello era una locura, pero se sentía bien.

Y todo fue a más, mi mano se movía cada vez más rápido y mis jadeos pasaron a ser gemidos y gritos fuertes, por suerte contaba con la privacidad que me daba tener mi propia casa, aunque fuera en el mismo terreno que la de mis padres.

—Oh —dejé caer la cabeza hacia atrás, noté que me acercaba al clímax y me dejé llevar por el momento—. Oh, joder... Ah, joder, ¡joder!

—¡Elisabeth! —El grito de una voz masculina llamándome me llegó entre la neblina del deseo, y entonces la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe, miré entre jadeos y ahí estaba él, el hombre en el que pensaba mientras llegaba al orgasmo.

Capítulo 12



Alan

Después de hablar con mi jefe recordé la conversación con Elisabeth, ella no estaba de acuerdo en que enviara a más escoltas con ellas al concierto, y menos aún si yo era uno de ellos.

¿Qué podía tener en contra de eso, si la noche anterior me había besado?

Beso que esa mañana al volver a verme fingió que no recordaba, pues a Roxana sí se lo había contado, y yo no le dije que además de vomitar en mi presencia, me había besado.

Entonces debía ser eso, el momento beso le resultó incómodo y tal vez no quería que yo formara parte de la escolta por eso.

Pero yo era un profesional, sabía lo que había pasado y quería decirle que seguiríamos fingiendo que en realidad ese beso nunca existió entre nosotros.

Al menos sabía que Roxana y Kaila no le habían contado nada a Luke, de lo contrario él mismo me habría llamado para hablar, por no decir que Leo y J.J. ya lo sabrían.

—Alan —me giré al escuchar la voz de J.J. que estaba fumando un cigarro—. ¿Has hablado ya con el jefe? —preguntó cuando llegó hasta mí.

—Sí, me ha confirmado que al cumpleaños de la mujer del Senador Milton irán los cuatro, por lo que le pediré a Roxana y Kaila que se unan como apoyo esa noche.

—¿Y Luke? Porque imagino que irán todos en la limusina, como a la cena.

—Hablaré con él, y si quiere ir como apoyo, perfecto.

—Vale. ¿A dónde ibas? —Frunció el ceño.

—A ver a Elisabeth.

—¿Pasa algo?

—No, es solo que nos hemos encontrado antes, cuando ella salía de la casa, ya le he dicho que al concierto del sábado irán con cuatro o cinco escoltas más, y no le ha parecido una buena idea —suspiré.

—Es normal, o sea, la pequeña tiene quince años y querrá disfrutar de la noche con sus amigas, y a mi modo de ver, con Roxana, Kaila y Luke, debería ser suficiente para esa noche, al menos que ellas pudieran ver. Sabes que los demás podríamos haber estado de incógnito y ni se habrían enterado.

—Eso era precisamente lo que no quería el congresista, que ellas pensarán que estaban solo con tres escoltas.

—Bueno, sabes que puedes contar conmigo, y no sé en quién más habrás pensado, pero Clive, Morgan y Sally, serían una buena opción, ya sabes que son los que mejor pasan desapercibidos.

—Pensé en ellos, sí, y yo también estaré esa noche.

—Ok, pues si quieres hablo con ellos para que estén al tanto y no hagan planes para esa noche.

—Sí, díselo.

—Voy a verlos ahora.

—Perfecto.

—Que te vaya bien con ella —sonrió el muy capullo.

—Siempre fue cabezota, pero ahora...

—Ahora, lo es más.

—Sí. Voy a hablar con ella, nos vemos.

J.J. asintió y regresó hacia la parte trasera de la casa donde estaban nuestros apartamentos.

Caminaba por el jardín pensando en cómo abordar el tema del beso con Elisabeth, cuando mi móvil empezó a sonar.

—Moore —respondí como siempre al ver que era uno de los chicos.

—Jefe, el sujeto está en su casa —contestó.

—Bien, podéis regresar. Os habéis asegurado de que no os ha visto, ¿verdad?

—No, ni una sola vez.

—Ok. Volved a casa, y ya sabéis cuál será vuestro trabajo el resto de la semana.

—Sí, jefe —respondió, y colgué.

Guardé el móvil de nuevo en el bolsillo del pantalón y seguí avanzando hasta la casa de Elisabeth, mientras pensaba en cómo empezar aquella conversación.

No podía simplemente decirle que la noche anterior me besó y que sabía que estaba fingiendo no recordarlo porque la escuché hablando con Roxana, acabaría enfadada, y muy posiblemente, mandándome a la mierda.

No, tenía que hacerlo bien, preguntarle si había recordado algo más de lo ocurrido desde que llegamos a la casa después de que vomitara, y si decía que no, porque estaba seguro que quería evitar a toda costa hablar conmigo sobre ese beso, le contaría lo que me dijo y lo que hizo después.

Era arriesgado, pero al menos hablaríamos de ese tema que se veía que era incómodo para ella y que le impedía mirarme a los ojos.

Esperaba que saliera bien y no me acabara mandando a la mierda, o algo mucho peor.

Cuando llegué a su casa llamé a la puerta, pero no abrió. Insistí llamando de nuevo, y una tercera vez, pero nada, así que fui hacia la parte trasera, probé suerte y la puerta del salón que daba al porche estaba abierta.

—¿Elisabeth? —la llamé al entrar y volví a cerrar.

Al igual que comprobé esa mañana, el aroma floral de su perfume llenaba todo el espacio, y en cuanto a la decoración, no había un solo rincón que no tuviera su toque.

Caminé hacia el salón, pero no la vi por allí, tampoco estaba en la cocina, donde solo encontré el táper que llevaba en la mano cuando salió de casa de sus padres.

—Elisabeth, soy Alan.

Pero no respondió. Y no había salido de la casa, sabía que Luke estaba en su apartamento y que bajaría a cenar con los demás, como siempre.

Al lado del táper estaba su bolso, y de ahí provenía la melodía del móvil, ese que sonó hasta que quien fuera que la llamaba pasó al buzón de voz.

—¿Elisabeth? —insistí, y entonces me pareció escuchar un leve grito.

Fruncí el ceño, caminé hacia el pasillo y llamé a la puerta de la habitación antes de abrirla, no estaba dentro, pero sí en el cuarto de baño, de donde volvió a llegarme un grito.

—Oh, joder... Ah, joder, ¡joder!

—¡Elisabeth! —grité y abrí la puerta con tanta prisa, pensando que podría haberse hecho daño, que esta golpeó con la pared.

—Alan... —aquello fue un gemido que salió de sus labios en el mismo momento en el que yo abría la puerta.

Jamás pensé que lo que verían mis ojos en ese momento sería a Elisabeth Paton, la hija de mi jefe, desnuda bajo el agua de la ducha, con una mano entre sus piernas, completamente sonrojada y los ojos cubiertos de deseo.

Tenía la respiración entrecortada, estaba jadeando y me miraba con incredulidad mientras, sin lugar a dudas, se corría.

Paralizado, contemplando cada curva del cuerpo de aquella mujer, cada rincón de piel que el agua cubría mientras caía sobre ella, el modo en el que ella misma me observaba y cómo su pecho subía y bajaba con rapidez debido a la excitación del momento en el que se encontraba antes de que yo irrumpiera allí.

No dijo nada, simplemente me miraba sin entender qué hacía en el cuarto de baño de su casa, y por qué había entrado como si allí hubiera fuego.

Y entonces algo en su mirada cambió, algo en su gesto fue distinto, apenas podría apreciarlo una persona que no la conociera bien, pero yo la conocía desde hacía veinte años.

La mano que Elisabeth tenía en la pared, con la que parecía mantenerse sujeta para no caer, comenzó a cerrarse, sus párpados bajaron más lento y se mordió el labio inferior. Bajé la vista a esa mano que aún permanecía entre sus piernas, y sí, la vi moverse.

Si aquello no era una señal, si no era una insinuación o una invitación para mí personalmente, no sabía qué podría ser.

Era quince años mayor que ella, la había visto crecer y convertirse en la mujer que tenía delante, pasó de ser aquella niña risueña que vi por primera vez a la adolescente que se escabullía en mitad de una cena para esconderse en algún rincón donde poder estar sola y siempre la encontraba.

Y fue cuando tenía veinte años, unos meses después de haberlos cumplido, cuando me fijé en ella como mujer, por eso sentí rabia el día que la encontré llorando, con poco más de veintiún años, porque había descubierto que su novio de la universidad le era infiel con varias chicas, no solo con una.

La vi cerrar el agua y pensé que me echaría de allí, que cogería una toalla con la que cubrirse y me gritaría que saliera. Pero en lugar de eso, lo que hizo Elisabeth, fue caminar desnuda hasta mí, ponerse de puntillas y al igual que la noche anterior, posó sus labios sobre los míos en un beso tan tentador como cálido, tan exquisitamente dulce como prohibido para mí.

En el momento en el que los sentí, en el instante en el que Elisabeth llevó sus manos sobre mi pecho y sentí ese calor que amenazaba con hacerme arder de manera espontánea, correspondí a su beso y llevé las manos a sus caderas, comprobando que tenía la piel tan suave como imaginaba.

Debería apartarme, debería salir de ese cuarto de baño y no caer en la tentación contra la que tanto había luchado, pero no lo hice. Simplemente atraje a Elisabeth hasta mí, dejando que notara lo mucho que su presencia me afectaba.

Que supiera cuánto y cómo la deseaba.

Capítulo 13



Elisabeth

El estruendo de la puerta me sobresaltó, pero ya tenía el orgasmo en la punta de los dedos, y me corrí mirándolo a los ojos.

—Alan... —gemí mientras el clímax me azotaba con fuerza, pero no me moví, no pude seguir moviéndome como había hecho hasta ese instante, porque los ojos del escolta de mi padre me observaban fijamente.

Me quería morir de vergüenza, pero no podía reaccionar, lo único en lo que podía pensar en ese instante era en que me había tocado pensando en él y ahí estaba, abriendo la puerta de mi cuarto de baño como si yo hubiera estado en peligro, mientras aún tenía la mano entre mis piernas y sentía mi sexo palpitando después del orgasmo, con la respiración entrecortada, jadeando.

Él se había quedado quieto, mirándome detenidamente de arriba abajo, sus ojos recorrieron cada pequeño rincón de piel que se veía de mi cuerpo, yo sentía que mi pecho subía y bajaba rápido producto del momento de placer que acaba de tener.

Seguía sin poder hablar, tan solo miraba a Alan y me preguntaba qué estaría pasando en ese instante por su cabeza, y por qué simplemente no salía de mi cuarto de baño y me dejaba sola.

Podría pedírselo, pero ni me salía la voz para ello, ni realmente quería que lo hiciera. ¿Por qué? Era algo que ni yo misma podía entender.

Y entonces, como si mi cuerpo hablara por mí, comencé a cerrar la mano con la que me mantenía sujeta a la pared para no caerme, parpadeé de manera lenta y me mordí el labio inferior. Moví despacio la mano que aún tenía entre mis piernas y Alan bajó la vista a ella.

Sus ojos se agrandaron levemente, su respiración comenzó a agitarse y se quedó mirando mi mano y como esta se deslizaba por mi sexo.

Tenía quince años más que yo, me conocía desde que tenía diez años y aquí estaba, observando cómo esa niña que una vez conoció, se tocaba sin pudor ni vergüenza delante de él.

Cerré el agua y comencé a salir de la ducha, por el modo en el que me miraba seguramente creyera que iba a pedirle que se fuera de mi casa, pero no era eso lo que tenía en mente.

Comencé a caminar hacia él, mirándolo a los ojos en todo momento, sin apartar la mirada y sin cohibirme lo más mínimo, me puse de puntillas y lo besé como había hecho la noche anterior.

Sí, era otro movimiento arriesgado por mi parte y esta vez ni siquiera podía culpar a las copas de más que me había tomado porque estaba completamente lúcida.

Vale, lúcida no era la palabra porque aún tenía rastros de excitación y podría decirse que estaba borracha de placer por el orgasmo que había tenido imaginando que el hombre al que besaba era quien me tocaba.

Lejos de apartarse o de quedarse quieto, Alan correspondió a mi beso cuando pasé las manos por su pecho, ese que desprendía un calor que podía sentir yo misma en mi cuerpo.

Llevó las manos a mis caderas y se aferró a ellas atrayéndome hacia él, dejando que notara su miembro palpitante en mi vientre y el modo en el que comenzaba a aumentar de tamaño y grosor.

Estaba excitado, Alan al igual que yo en ese momento estaba excitado y me besaba con calma y pasión a partes iguales.

Nuestras lenguas comenzaron a buscarse y encontrarse, nuestras manos subían y bajaban buscando tocar todo cuanto pudieran, y yo comencé a desnudarlo.

Le quité la chaqueta, deshice el nudo de su corbata y la dejé caer, uno a uno y con prisa desabroché los botones de la camisa hasta que se la quité y pude al fin tocar su torso.

Era suave y duro, se notaba que aquel hombre se mantenía en forma dado el trabajo que tenía.

Ni siquiera me dejó desabrocharle el cinturón pues lo hizo él mismo y cuando se quitó el pantalón y el bóxer, me cogió por las caderas hasta sentarme en el mueble del lavabo.

Comenzó a lamer mi cuello y bajó a mis pechos, mordisqueando y lamiendo un pezón y después el otro, bajando con suaves besos por mi torso y el vientre hasta que sentí la punta de su lengua pasando por mi clitoris.

—Oh, sí —jadeé, cerrando los ojos al tiempo que dejaba caer la cabeza hacia atrás y me agarraba al mueble con ambas manos.

Alan lamió sin descanso toda mi zona, incluso sentí cómo me penetraba con la lengua en alguna que otra ocasión hasta que fue su dedo el que empezó a entrar y salir una y otra vez.

Gemía y me movía sobre el mueble mientras él seguía dándome placer con la lengua y penetrándome, mordisqueándome incluso.

Me estremecí y noté que me invadía esa sensación que me llevaba al clímax, ese que no tardé en liberar gritando sin poder dejar de mover mis caderas mientras Alan literalmente me devoraba.

Cuando terminé, noté un beso en el interior del muslo, miré a Alan y se inclinó sobre mí para besarme de nuevo. Jadeé cuando noté sus manos masajeando mis pechos y gemí cuando pellizcó ambos pezones tirando de ellos.

Volvió a cogerme en brazos y caminó conmigo hasta la cama, donde se sentó colocándome a horcajadas sobre él, situando la entrada de mi vagina en contacto con su miembro erecto y palpitante.

—Pídeme que pare, pequeña, y lo haré —susurró mirándome a los ojos, y negué.

—No quiero que pares, Alan.

Gimió, volvió a besarme y noté cómo su miembro se habría paso entre mi estrecho canal haciendo que me estremeciera.

Cuando quedamos completamente unidos, Alan comenzó a moverme con sus manos en mis nalgas y me sostuve con fuerza a sus hombros.

Si me había tocado pensando en él y después lo hice con sus ojos fijos en mi mano, ¿por qué iba a pedirle que parara ahora?

No, no quería que se detuviera, quería que me tomara como quisiera hacerlo, pero parecía que estaba disfrutando de que fuera yo quien estuviera encima en ese momento.

Y me dejé llevar, rompí el beso y apoyé ambas manos en sus muslos dejándome caer hacia atrás, moviéndome sobre él una y otra vez sin parar mientras sus manos se aferraban con fuerza a mis nalgas para ayudarme a moverme.

Grité cuando sentí sus dientes tirando de uno de mis pezones, lo miré a los ojos y vi cómo el deseo los cubría mientras su lengua juguetona lamía el pezón que acababa de morder, para después ir a atender de igual modo el otro.

Comencé a moverme más y más rápido, Alan hacía que sus penetraciones me llenaran por completo, y cuando sentí que de nuevo el orgasmo se iba formando lento, pero sin pausa en mi

interior, llevó el pulgar a mi clítoris y empezó a moverlo rápido y sin parar, con fuerza, haciendo que el orgasmo se fuera haciendo aún más presente.

Volví a rodearle por los hombros con mis brazos mientras seguíamos moviéndonos de manera rápida y sin poder contenernos más, nos besamos con pasión, alternando besos y leves mordiscos en el labio del otro, mientras su pulgar seguía llevándome a ese punto de excitación en el que no habría vuelta atrás.

Y no la hubo, pues en cuestión de segundos sentí que el clímax me invadía y ambos nos separamos para corrernos al unísono mientras gemíamos y gritábamos.

No nos detuvimos hasta que el orgasmo comenzó a disiparse por sí solo, hasta que los dos quedamos completamente saciados, jadeantes, sudorosos y con el pecho subiendo y bajando tan rápido, que parecía que acabábamos de correr una maratón.

Apoyé la frente en el cuello de Alan y él me besó el hombro mientras acariciaba mi espalda con las yemas de sus dedos, aún permanecíamos unidos por nuestros sexos y tenía la sensación de que ninguno quería separarse.

Cerré los ojos disfrutando de ese momento y le besé el cuello antes de apartarme. Lo cogí de la mano, nos miramos y sin que ninguno de los dos dijera nada, simplemente hicimos lo que en ese momento nos apetecía.

Nos metimos en la cama desnudos, nos besamos y acariciamos durante unos minutos y nos abrazamos quedándonos en silencio.

Fue así como sin darme cuenta, comencé a quedarme dormida entre los brazos de Alan.

Capítulo 14



Alan

Desperté en mitad de la noche, como solía ocurrir, y el aroma floral que me llegó hizo que abriera los ojos.

Con la luz de la Luna que entraba por la ventana pude ver la silueta de Elisabeth descansando tranquilamente en mi pecho. Su cuerpo estaba pegado al mío y notaba el calor que desprendía, igual que el mío, ambos aún desnudos después de lo que habíamos hecho.

Suspiré cerrando los ojos, y todo lo que pasó entre nosotros desde que irrumpí en su cuarto de baño hasta que nos quedamos dormidos, se reprodujo en mi mente como si de una serie de diapositivas se tratara.

Le pedí que me detuviera y no lo hizo, y ese fue el momento que me llevó a la perdición más absoluta.

Años controlándome, años diciéndome que no podía acercarme a ella de un modo que no fuera profesional, y todo ese autocontrol se fue a la mierda en el preciso instante en el que ella volvió a besarme.

No debía haber pasado, pero ahí estaba, desnudo en la cama de la mujer que se había convertido en el fruto prohibido que me haría entrar de cabeza en el mismísimo Infierno, con ella desnuda y dormida entre mis brazos.

—¿Qué hemos hecho, pequeña? —murmuré mirándola, y vi que se movía ligeramente hasta que se giró recostándose de lado dándome la espalda.

Meternos en problemas, eso era lo que habíamos hecho al dejar que nuestros deseos nos guiaran la noche anterior.

Porque si algo me había quedado claro era que Elisabeth me deseaba tanto como yo a ella, no

me lo había imaginado, y mucho menos después de haberla descubierto tocándose en la ducha, y diciéndome mi nombre.

Procuré no despertarla mientras salía de la cama, busqué mi ropa y eché un vistazo al móvil, eran las cuatro de la madrugada.

Miré a Elisabeth y sopesé las opciones, regresar a la cama con ella, abrazarla e intentar dormirme de nuevo hasta que ella despertara, o vestirme y largarme de allí antes de que se despertara pensando que la habíamos cagado y a lo grande.

Suspiré, y opté por lo segundo.

Después de vestirme fui hasta la cama, me puse en cuclillas y acaricié la mejilla de Elisabeth que seguía profundamente dormida. Era preciosa, pero también era la hija de mi jefe y había metido la pata hasta lo más hondo de unas arenas movedizas de las que tenía que salir ahora que podía.

—Quizás en otras circunstancias, pequeña —susurré colocándole un mechón de pelo tras la oreja, me acerqué y besé sus labios.

—Alan —murmuró aún dormida, y sonreí.

Ojalá pudiera quedarme, ojalá ella no fuera la mujer que era, ojalá no hubiera cruzado esa línea que jamás debí cruzar.

Salí de la habitación sigiloso para no despertarla, aún era temprano para ella y yo sabía que ya no podría volver a dormir, así que en lugar de ir a mi apartamento cuando abandoné la casa de Elisabeth y crucé el jardín hasta la zona de la vivienda principal, entré en el edificio donde estábamos instalados todos los miembros de seguridad, y fui hacia el gimnasio.

Entrenar con traje no era cómodo, así que me quedé únicamente con el bóxer, cogí los *earpods* que tenía en la taquilla, los conecté al móvil y fui directo a uno de los sacos de boxeo.

Eso era lo que me calmaba, lo que durante los últimos quince años me había hecho liberar no solo la tensión contenida y la rabia, sino el mantenerme con la cabeza fría.

No era fácil, en aquel entonces pensé que no podría con ello, y como bien había dicho Elisabeth, perdí la sonrisa. No del todo, porque, aunque ella no fuera consciente, encontrarla cuando se escabullía de las fiestas y hablar con ella, verla sonreír o voltear los ojos, me hacía sonreír a mí.

Y todo cambió cuando la vi, cuando la niña se convirtió en mujer y me hizo verla realmente.

Pero nunca debí cruzar esa línea, llevaba diez años evitando hacerlo, poniendo distancia y

luchando contra lo que deseaba, y esta noche...

—Joder —dije mientras golpeaba el saco.

Lo golpeé una y otra vez, dejando que la música me acompañara, escuchando la voz del cantante de Imagine Dragons y su tema *Demons*.

Porque todos teníamos demonios, cada persona luchaba contra los suyos de un modo u otro, y yo mantenía a los míos a raya golpeando una, y otra, y otra vez, aquel maldito saco de boxeo para que esos demonios no me dominaran a mí.

“I want to hide the truth, I want to shelter you, but with the beast inside there’s nowhere we can hide...” [1]

Dicen que de las peores batallas siempre se acababa saliendo, y sí, era cierto, pero esas batallas en las que has visto a los peores demonios y esos decidían acompañarte el resto de tu vida, era una puta mierda.

Mi jefe lo sabía, J.J, Leo y Luke estuvieron ahí conmigo, soportando mi rabia, la ira incluso, pero siempre quedándose a mi lado para no dejarme caer, para ayudarme a levantarme si lo necesitaba, guardando el secreto de esos demonios que siempre me acompañarían.

Un golpe, y otro, y otro más, y cada vez golpeaba el saco con más fuerza, con más rabia, esa que no quería que me dominara, pero, por desgracia, quería salir a flote.

“Look into my eyes, It’s where my demons hide... Don’t get too close, It’s dark inside...” [2]

Me controlaba por ella, por Elisabeth, para que no viera esos demonios que llevaba auestas desde hacía tanto, que no me dejaban ni dormir.

Pero esa noche había conseguido dormir varias horas seguidas, esa noche con ella entre mis brazos los había evitado, lo que me demostraba aquello que supe cuando ella tenía dieciséis años, que su esencia era el bálsamo que conseguía calmarme.

Golpeé de nuevo, una vez, y otra, gancho derecho, gancho izquierdo, sacando la rabia y la ira que no se irían jamás de mí.

Hasta que vi una sombra a mi derecha y no tardé en comprobar cuando se acercó que era J.J.

—Buenos días, jefe —dijo cuando me quité los *earpods*—. ¿Qué coño haces en bóxer? —Frunció el ceño.

—No podía dormir.

—Eso ya lo veo, y no es nuevo. Hace quince años que estás así. Pero, que vengas con el traje y te quedes casi desnudo para golpear el saco, no. Espera —se acercó y miró mi hombro—. ¿Esto son marcas de uñas?

Eché un vistazo y sí, en el hombro derecho tenía un leve rastro de marcas de uñas, de las uñas de una mujer en concreto.

—¿Tienes algo que contarme? ¿Acaso te fuiste a un club y no contaste con los chicos y conmigo?

—No me he ido a buscar una prostituta, joder —protesté quitándome los guantes y cogiendo el pantalón para ponérmelos.

—Pues tú me dirás, porque quien haya sido, te marcó como una leona.

—Deja el tema, ¿quieres?

—Oye, ¿no ibas anoche a ver a...? ¡Hostia puta! —exclamó casi en un susurro cuando cayó en la cuenta— Jefe, dime que no...

—La he cagado, J.J. —confesé con la cabeza inclinada.

—Mucho has tardado, si nos ponemos a ser sinceros. Diez años, Alan, llevas diez años mirando a esa mujer con los ojos de un hombre y no de un simple empleado de su padre. Tú mismo lo dijiste, no es la niña que conocimos.

—Pero no tenía que haber pasado —negué girándome.

—Pero ha pasado, y por lo que intuyo ha sido cosa de los dos, o no te habrías bajado ni la bragueta. No quiero detalles, ¿ok? —me advirtió levantando la mano— Solo dime, ¿quién dio el paso?

—Ella me besó cuando la traje a casa el domingo —dije, y le conté lo ocurrido.

La conversación que tuvo Elisabeth con Roxana sobre que lo recordaba todo y que conmigo fingió no hacerlo, y que por eso fui a su casa, para hablar con ella y aclarar que sabía que estaba fingiendo.

Cuando llegué al momento en el que me asusté al escucharla gritar y que entré en el cuarto de baño encontrándola en la ducha, omití algunas cosas, y acabé con lo que ya sabía, que nos habíamos acostado, aun habiéndole dicho que si quería que parara me lo pidiera.

—Sabes que no soy ningún cotilla ni nada de eso, pero una vez escuché una conversación entre Roxana y Kaila con ella. Las chicas hablaban de ti, y Elisabeth... —suspiró— Ella dijo que

tenías algo que hacía que no pudiera sacarte de su cabeza. Creo que los dos sentís lo mismo, pero el congresista es vuestro nexo de desunión.

—No podría estar con ella, J.J., lo sabes.

—¿Por qué no? Eres mejor tipo que esos con los que ha salido. Y ya sabes cómo fue el asunto con uno de ellos.

—No me lo recuerdes —incliné la cabeza.

—Jefe, si te preocupa lo que el congresista pueda decir si se entera de que su hija y su escolta tienen algo, más vale que dejes de pensar en ello, porque ese hombre te aprecia.

—Hasta que sepa que su hija y yo hemos follado.

—¿Os habéis despedido bien?

—Estaba dormida cuando me desperté y salí de su casa.

—Espera, ¿me estás diciendo que has salido a hurtadillas de allí, después del sexo? —asentí— Perfecto, ahora pensará que eres como muchos de esos capullos con los que ha estado. Eso sí que ha sido una cagada, jefe, y de las gordas.

—Me voy a duchar, tenemos trabajo que hacer —dije cogiendo la chaqueta para ir hacia la puerta.

—Te aconsejo que lo hables con ella, antes de que te tome por un soberano gilipollas que echa un polvo y se larga. Dile lo que sientes —me paré al escuchar aquello—, no esperes más porque sabes que ni follando con todas las tías del mundo podrás olvidarte de ella.

Salí del gimnasio y subí a mi apartamento pensando en lo que acababa de decirme J.J., y sí, tenía razón. En estos diez años desde que entendí que Elisabeth era para mí más que la hija de mi jefe, me había acostado con algunas mujeres que no significaban nada más que una noche de sexo, pero ella era la que ocupaba mi mente a todas horas.

Confiaba en Luke, así como en Roxana y Kaila para mantenerla a salvo, pero no podía dejar de pedirle a él que me tuviera al tanto de su seguridad.

Volví a desnudarme y me metí en la ducha, apoyando ambas manos en la pared mientras el agua caía por cada músculo de mi cuerpo y lo destensaba. Cerré los ojos y de nuevo la vi a ella, el modo en el que se sonrojaba y cedía a sus deseos.

Había cruzado la línea que me prometí a mí mismo no cruzar, y ahora tenía que mantenerme tan alejado de ella como pudiera para no volver a cruzarla.

Capítulo 15



Elisabeth

El sonido de la alarma me sacó del que debía ser el sueño más profundo y tranquilo que había tenido en años.

Seguía desnuda, tal como me acosté la noche anterior, pero algo que me decía que estaba sola en mi cama.

Abrí los ojos, paré la alarma y me desperecé mientras giraba mirando hacia el lado contrario, ese en el que esperaba encontrar a Alan, pero aquel lado de la cama estaba vacío, vacío y frío, por lo que debía hacer horas que se había levantado.

Me incorporé comprobando que su ropa no estaba por ningún lado, me levanté y cogí una camiseta del cajón de la cómoda para ponérmela y salir. No escuchaba ningún ruido, así que no estaba preparando el desayuno.

No vivía en una mansión como la casa de mis padres, la mía era una casa pequeña y no podía haber muchos sitios en los que Alan se hubiera metido, así que deduje que se había ido.

—No me lo puede creer —murmuré mientras me preparaba un café.

¿En serio ese hombre irrumpió en mi casa, entró en el cuarto de baño, me echó un polvo, y se fue en mitad de la noche como si nada? No me lo podía creer, de verdad que no.

Preparé el desayuno y no tardaron en aparecer Roxana y Kaila para acompañarme.

—Buenos días —saludaron al unísono.

—Para vosotras, tal vez.

—¿Qué te pasa? —Kaila frunció el ceño mientras ambas se sentaban.

—¿Vosotras sabéis por qué vino Alan anoche a mi casa?

—¿Alan vino aquí? —respondió Roxana.

—Sí.

—Pues no sé, la verdad. ¿No te lo dijo?

—Hablamos poco, la verdad.

—¿De qué hablasteis? —curioseó Kaila.

Suspiré mientras me apoyaba con ambas manos en la encimera y dejaba caer la cabeza con los ojos cerrados.

—Nos hemos acostado —dije en un leve susurro, y ninguna de las dos pronunció una sola palabra al respecto.

Cuando las miré vi que las dos estaban allí, sentadas con la taza de café en la mano, observándome con la boca abierta.

—Así que al final has sucumbido a tus deseos —dijo Roxana—. Pues ya era hora.

—Esto es serio, chicas —suspiré.

—A ver, ¿desde cuándo te gusta Alan? —preguntó Kaila— Porque hace bastante que miras a ese hombre como si quisieras comértelo.

—No lo miro así —protesté.

—Oh, sí, jefa —rebatí Roxana—. Lo miras igualito que, si fuera un cuenco con una bola de helado de chocolate, otra de fresa, nata montada, trocitos de fresa y chispitas de chocolate con barquillos.

—Dios mío —apoyé los codos en la encimera y me cubrí la cara con ambas manos—. Decidme que sois las únicas que sabéis lo que me pasa con él.

—Nosotras no se lo hemos contado a nadie, así que dudo que alguien lo sepa —contestó Kaila.

—Si mi padre se entera...

—Bajo mi punto de vista, creo que no le importaría tenerlo como yerno —comentó Roxana

mientras le daba un bocado a la tostada—. Si fueras mi hija, te aseguro que me quedaría con él antes que con ninguno de los capullos que has tenido como novios.

—Gracias por el punto de vista, pero ese hombre es el escolta de mi padre.

—¿Y? ¿Quién mejor que un hombre como él para ser el marido de la hija del congresista? Ibas a estar de lo más protegida.

—Sea como sea, se largó.

—¿No se ha quedado a desayunar?

—No creo ni que se quedara a dormir. O sea, después del sexo nos metimos en la cama, me quedé dormida y sé que él estaba ahí, pero cuando me desperté, no estaba.

—Le habrá llamado alguno de los chicos, o tu padre —dijo Kaila.

—No, hacía tiempo que se había ido. La cama estaba fría.

—Bueno, si te sirve de consuelo, no creo que el jefe sea de los que follan y se van, tendría un motivo para hacerlo —contestó Roxana.

—Sí, que fui un calentón de una noche y ya. Joder, que me encontró tocándome mientras pensaba en él.

—Tampoco creo que haya sido eso. A ver, que no es un monje y habrá follado en estos años desde que se quedó soltero, pero... No, no te ha usado por un calentón.

—¿Cómo estás tan segura, Roxana?

—Porque Alan no es de ese tipo de hombres.

—Pues se fue en mitad de la noche, tú me dirás qué tengo que pensar de él. Mira, da igual —me acabé el café—. Voy a ducharme y vestirme, tengo una reunión a la que no puedo faltar a primera hora —salí de la cocina.

—Aquí te esperamos, jefa.

Entré en la habitación, cogí un traje de falda y chaqueta en color beige con una camisa negra y los zapatos del mismo color, y me metí en la ducha.

Después de diez minutos bajo el agua y pensando en cada uno de los momentos vividos la noche anterior con Alan desde que entró en mi cuarto de baño como si hubiera un jodido

incendio, me sequé el pelo y lo recogí en una coleta alta, me maquillé y me vestí.

Cogí mis cosas y cuando regresé a la cocina las chicas sonrieron.

Salimos y fuimos hacia la zona de entrada de la casa principal donde Luke nos esperaba apoyado en el coche.

Vi que mi padre salía en ese momento seguido de Alan, y no pude evitar mirar a aquel hombre de ojos grises que había estado besándome, lamiendo y acariciando cada rincón de mi cuerpo horas antes.

—Ah, cariño, buenos días —dijo mi padre, y lo miré. Sonrió acercándose a mí para darme un abrazo—. ¿Vas para la petrolera?

—Sí, tengo una reunión ahora.

—Bien, ¿tienes la hora de comer libre? Me gustaría que comiéramos juntos.

—Claro, sí, ¿dónde nos vemos?

—En el restaurante que hay cerca de la petrolera, a la una.

—Vale —sonreí.

—Por cierto, ya está la entrevista que te hicieron ayer. Una buena respuesta la que le diste sobre Liam Roberts —dijo, y vi que Alan fruncía el ceño—. Te veo después, cariño. Que vaya bien tu mañana.

—Igualmente, papá.

Subió al coche donde Leo, su chófer, lo esperaba con la puerta de la parte trasera abierta, y Alan pasó a mi lado para ir al coche en el que el otro escolta de mi padre, J.J., lo esperaba.

—Alan —lo llamé, se detuvo y me miró—. Me gustaría hablar contigo. Esta noche —carraspeé, y él asintió.

Subió al coche y los vi salir del recinto mientras yo me subía al mío.

—¿Todo bien, preciosa? —preguntó Luke poco después de que saliéramos para ir a la petrolera.

—Sí, genial —contesté con el móvil en la mano, entré en el e-mail y vi que tenía uno de Lilian, la periodista, que tal como me dijo, me había enviado el enlace a la entrevista.

Pasé el camino hasta la petrolera leyéndola y sí, había quedado muy bien. Esa chica no añadió nada que no debiera, ni comentó nada sobre lo que dije de Liam Roberts.

Llegamos a la petrolera y cuando entré vi a Cintia hablando por teléfono.

—Ya le he dicho que la señorita Paton tiene una agenda muy apretada esta semana —cuando la vi voltear los ojos al verme, supe que estaba hablando con Liam—. No, no puedo hacerle ni siquiera un hueco de cinco minutos, señor Roberts. No, sin cita ella no le atenderá. Disculpe, ¿es que no me explico lo suficientemente claro? Sin cita, no atiende a nadie. Incluso su padre llama para concertar una y ver a su hija. Buenos días.

—¿Desde cuándo mi padre llama para concertar una cita para verme? —pregunté con la ceja arqueada.

—Desde este momento, qué hombre más pesado por Dios.

—No sé qué puede querer hablar conmigo, todo estaba dicho ya.

—Se ve que no le gustó que en la entrevista dijeras que no habría nada entre vosotros.

—Pues si ese es el problema que quiere que hablemos, mal lo lleva, sinceramente. Cambiando de tema, tengo una reunión en...

—En media hora —me cortó—. Tranquila que está controlado. Ya tienes la sala preparada para recibirlos, he dejado varias copias del dossier que Mike y tú preparasteis, y copias del borrador del contrato.

—Gracias, Cintia, eres la mejor —sonreí.

Entré al despacho, revisé el dossier de la reunión y cuando llegó la hora, Mike pasó a buscarme.

Allí estaban ya los que posiblemente pasarían a ser nuevos clientes de la petrolera, y durante las dos horas y media siguientes expusimos nuestros términos, lo que les ofrecíamos y escuchamos lo que ellos querían.

Llegamos a un acuerdo y tras algunos cambios en el contrato, quedamos en que pasarían a firmarlo con Mike en dos días.

Eché un vistazo al reloj y vi que aún disponía de tiempo antes de ir a comer con mi padre. Así que, cuando entré en el despacho y me senté frente al escritorio, cogí el móvil y llamé a Alan.

—Señorita Paton, ¿está todo bien? —preguntó.

—No, no está todo bien, Alan.

—¿Le ocurre algo? ¿Dónde están las chicas, y Luke?

—No te llamo por trabajo.

—¿Entonces?

—¿Por qué te fuiste?

—Señorita Paton, eso...

—Contéstame, por favor. Creí que lo de anoche pasó porque lo dos queríamos. Pero esta mañana no estabas.

—Era lo mejor.

—¿Lo mejor para quién? Porque me he sentido como si fuera un polvo de una noche más en tu lista.

—No es así —contestó rápidamente.

—Entonces no entiendo por qué te fuiste. Si te soy sincera, sé que no debía haber pasado, pero pasó, a pesar de lo que me llevo diciendo estos años...

—¿Qué quieres decir con eso, Elisabeth? —preguntó, y debía haberse alejado de quien pudiera escucharle, porque de lo contrario seguiría llamándose señorita Paton.

—No debí llamarte, estás trabajando.

—Elisabeth, siempre sacaré tiempo para ti, ¿me oyes? Siempre.

—Como cuando me escabullía de las fiestas y eras tú quien me encontraba.

—Justo así, pequeña. Siempre te encontraré, que te quede claro.

Sonreí al escucharlo llamarme así, del modo en el que lo había hecho en alguna ocasión durante los veinte años que hacía que nos conocíamos.

Veinte años, y en los últimos doce lo veía con los ojos de la mujer en la que me convertí, no como la niña que fui.

—Elisabeth, tengo que volver con tu padre —dijo.

—Claro. Yo... siento haber llamado.

—Iré a verte esta noche y hablaremos.

—Vale. Adiós, Alan.

—Adiós, pequeña.

Suspiré dejando el móvil en el escritorio, cerré los ojos y de nuevo las imágenes de la noche anterior pasaban por mi mente para recordarme lo que había sentido, para torturarme por haber caído en la tentación de estar con el único hombre que estaba prohibido para mí.

Seguí trabajando hasta poco antes de que Luke tuviera que llevarme a comer con mi padre. Al pasar por el puesto de Cintia la escuché suspirar.

—Ese hombre no para de insistir. Te ha dejado tres mensajes.

—¿Qué dice?

—Que lo llames, o vendrá sin cita.

—Que, intente entrar —me encogí de hombros y salí del edificio.

Luke me abrió la puerta trasera del coche, me acomodé en el asiento y le puse un mensaje a mi padre para decirle que iba de camino.

El coche de Roxana y Kaila nos seguía de cerca, y me despreocupé de todo mientras volvía a entrar en el enlace de la entrevista. Muchos de los lectores que tenía la revista en digital habían dejado sus felicitaciones por estar entre los veinte candidatos a empresario del año, otros comentaban que en lo que respecta a Liam y a mí, nos veían como pareja y le parecíamos la mejor de los últimos años.

Pero yo no me veía con él, no podría verme nunca con un hombre que tuviera más interés en que nuestra relación fuera una especie de trampolín para ascender en su carrera, que en una basada en el amor y respeto mutuo.

El móvil de Luke empezó a sonar y vi que fruncía el ceño.

—¿Sí, jefe? —me sobresalté al escucharlo, y cuando vi que miraba hacia atrás yo hice lo mismo— No se preocupe —y colgó.

—¿Qué pasa?

—Al parecer tenemos prensa siguiéndonos.

—Y él, ¿cómo lo ha sabido?

—A tu padre le estaban siguiendo, así que envió a un par de chicos a echar un vistazo a unas cuantas calles de la petrolera, y los ha visto siguiendo el coche de Roxana y Kaila.

—¿Y qué quieren?

—Imagino que hablar contigo sobre la entrevista que han publicado hoy.

—Una entrevista de lo más profesional —comenté.

—Ajá, sí, salvo por el detalle de que has hablado de Liam Roberts.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era mi padre, así que atendí su llamada.

—Dime, papá.

—Más vale que estés preparada para responder a la prensa, porque están apostados en la puerta del restaurante.

—Ah, pues genial —suspiré—. Estamos llegando, ahora te veo.

—Vale, cariño.

Colgamos, avisé a Luke de lo que me había dicho mi padre, y llamó a Roxana y Kaila para ponerlas al corriente.

En cuanto llegamos al restaurante y vimos toda la prensa allí aglomerada, respiré hondo antes de que parara. Luke bajó a abrirme la puerta y en el momento en el que me vieron, comenzaron las preguntas, así como las cámaras de fotos y de televisión se acercaban a mí en busca de una imagen que captar.

Todo se centraba en mi respuesta a la pregunta sobre Liam Roberts, y al hecho de que él parecía haber dicho que no cerraba la puerta a una relación conmigo, tal como había dejado caer en aquellas declaraciones que hizo la noche de la cena.

Entré en el restaurante sin dar más respuesta que el hecho de que yo no habría ninguna puerta a nada, y fui hacia la mesa donde me esperaba mi padre.

—Hola, papá —le abracé y nos sentamos.

—La que se ha liado con vuestras declaraciones —sonrió—. Me ha llamado esta mañana la Senadora Ferguson, al parecer leyó tu entrevista y, como tras las declaraciones de Liam este le comentó que, tal vez, podrá haber algo entre vosotros porque os lleváis bien, me ha preguntado qué hay de cierto en todo este asunto. Me he limitado a decir lo que tú en la entrevista, que habéis hablado y tomado café, pero no hay ninguna relación.

—Por eso querías comer conmigo —asumí.

—Por eso, y por lo de ahí fuera. Quería saber hasta qué punto la prensa estaba interesada. Elisabeth, si la prensa va a estar detrás de ti, ir con poca vigilancia a ese concierto el sábado, no es factible.

—Papá ya tengo asumido que vendrán cuatro, o cinco escoltas más —suspiré.

—He hablado con mi jefe de seguridad —echó un vistazo a la parte trasera del restaurante y al mirar yo también, vi a través del ventanal que ahí estaba Alan con alguno de sus hombres—, y os acompañarán más escoltas.

—A ver si vamos a llevar nosotras más personal de seguridad que la propia cantante —resoplé.

—No lo descartamos —rio—. Sabes cuánto me preocupa vuestra seguridad, Elisabeth, y no voy a arriesgarme a que os pase algo.

—Lo sé, papá, pero estaremos bien.

—¿Cómo ha ido la reunión?

Y así fue como mi padre cambió de tema de manera rápida y radical, involucrándose de nuevo en el mundo de la petrolera, hablando sobre ello durante nuestra comida.

Cuando terminamos él regresó a sus asuntos de congresista, y yo, de empresaria exitosa.

Capítulo 16



Elisabeth

Llegué a casa y entré a ver a mi madre, que me envió un mensaje para saber cómo estaba después de haber visto en un programa del corazón que me habían abordado a la entrada del restaurante.

La voz de mi madre y la risa de mi hermana me llegaron desde el salón, y ahí fui para verlas.

—¡Eli! —Alexis se acercó a abrazarme— Mira lo que me ha comprado mamá para el sábado —dijo enseñándome una camiseta de su cantante favorita que llevaba puesta—. Ha comprado también para Molly y Brenda.

—Ya puedo verlas a las tres esperando para entrar cantando y con las camisetas puestas —comentó mi madre con una sonrisa—. A vosotras no os he comprado ninguna.

—Tranquila, nos pondremos cualquier cosa —sonreí.

—¿Cómo estás, cariño? —mi madre me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Estoy bien, tranquila. Ya sabes que la prensa solo busca algo con lo que llenar tiempo de programas o papel en revistas.

—Llamé a tu padre cuando lo vi, y me dijo que no había de qué preocuparse, pero sé lo poco que te gusta que te atosiguen con preguntas de amoríos.

—Salí airosa, como dices siempre —sonreí—. Me voy a casa, estoy deseando darme un baño y tomarme una copa de vino.

—Julia ha preparado uno de sus guisos para cenar, seguro que puede darte un táper —dijo mi madre.

Me despedí de ellas y fui a la cocina, donde olía a pastel de arándanos.

—No me digas que has hecho mi pastel favorito —me acerqué a ella.

—Mi niña —sonrió—. Claro que lo he hecho, para que te lleves un poco para cenar. Y el pollo al limón que tanto te gusta.

—Nos malcrías demasiado, como dice mi madre.

—Para eso están las niñeras —hizo un guiño y me eché a reír—. Voy a ponerte la cena en unos táperes para que te lleves —dijo mientras abría uno de los armarios.

Charlé con ella mientras preparaba todo y me preguntó si tenía algo que contarle sobre ese hombre del que habían hablado en la televisión, y cuando le dije que no había nada que contar, se quedó mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué me miras así? —pregunté.

—Tal vez ese hombre no, pero hay algo en tus ojos que tiene que ver con un hombre.

—¿Y por qué lo crees?

—Porque has mirado en varias ocasiones a la izquierda, y tú, jovencita, solo haces eso cuando tienes algo que ocultar. Hay alguien, ¿o me equivoco?

—Te equivocas, no hay nadie —mentí, pero solo en parte, porque a lo que había pasado entre Alan y yo, no se le podía poner la etiqueta de que fuera algo serio.

Cogí mi cena, le di un beso a Julia y fui hacia la entrada de la casa para ir a la mía.

Mi padre aún no había llegado, por lo que tampoco me topé con Alan.

Al pasar por la zona trasera de la casa vi que algunos de los hombres y mujeres de seguridad estaban entrenando, otros muchos en cambio hacían las rondas de vigilancia por varios puntos diferentes del recinto.

Llegué a mi casa y al entrar escuché música, volteé los ojos al saber que Roxana y Kaila estaban allí.

Sentadas en el sofá viendo la televisión, así las encontré, con un par de refrescos en la mesa y comiendo la lasaña que dejé abandonada en la encimera la noche anterior.

—¿Os habéis mudado a mi casa y no me había enterado? —pregunté.

—¡Ey, jefa! —gritó Roxana— Veníamos a ver si querías hablar, pero como tardabas, nos hemos servido nosotras mismas.

—Ya veo —dije yendo a la cocina para guardar la cena en la nevera—. No sé de qué creéis que puedo querer hablar, lo que quiero es quitarme los zapatos y darme un baño con una copa de vino.

—Nadie te lo impide.

—Vosotras, Roxana, vosotras me lo impedís —arqueé la ceja.

—Vale, está perfectamente bien, así que, podemos irnos —dijo Kaila y se bebió el resto del refresco—. Vamos, mueve el culo —cogió a su compañera del brazo y esta resopló.

—Voy a ir a correr un rato, tengo que bajar esta lasaña —Roxana se dio un golpecito en la cadera—. Buenas noches, jefa.

—Adiós —sonreí al verlas salir de casa.

Me fui quitando los zapatos y el resto de la ropa por el camino hasta el cuarto de baño, abrí el grifo para llenar la bañera y puse unas sales de lavanda para relajarme.

Regresé a la cocina y me serví una copa de vino, cogí el móvil, busqué un poco de música acorde al momento, y me metí en la bañera a disfrutar de mi tiempo de relax antes de cenar.

Apoyé la cabeza en el cojín que tenía para esos casos en el borde de la bañera y cerré los ojos. No tardé en volver a recordar lo que había pasado con Alan en mi casa la noche anterior.

Llegó sin avisar, entró sin llamar y ni siquiera sabía para qué había venido a mi casa.

Debía ser algo importante si decidió colarse de ese modo sabiendo que cualquiera de los otros hombres de seguridad podía verlo.

Llevaba un rato allí metida, acababa de darle un sorbo al vino y mi móvil empezó a sonar.

En la pantalla vi el nombre de Alan y suspiré.

—Dime, Alan.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—Es que he llamado, pero al no abrir, y después de lo de anoche...

—Puedes entrar, estoy en el baño, pero salgo enseguida. Espérame en la cocina.

—De acuerdo —respondió antes de colgar.

Sabía que entraría por la puerta del salón que daba al exterior, así que para no hacerle esperar mucho salí de la bañera, me sequé con la toalla y me puse la bata antes de ir a la cocina.

Alan estaba allí sentado en uno de los taburetes, seguía llevando el traje y se veía bastante concentrado en su móvil.

—Podrías haber cogido algo de beber —dije llamando su atención, y dejó el móvil en la encimera.

Sus ojos se clavaron en mí y, al igual que la noche anterior, recorrieron mi silueta, esta vez cubierta por la bata, de arriba abajo. No dijo nada.

—¿Quieres una copa de vino? —le ofrecí.

—No creo que tu padre me pida que vayamos a ningún sitio, así que, una copa de vino está bien.

Asentí, dejé la mía en la encimera y cogí la botella de la nevera, así como una copa para él. Llené ambas y le entregué la suya.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Tienes hambre? Julia me ha dado pollo al limón que ha preparado para mis padres. Ah, y pastel de arándanos —sonreí.

—Tu pastel favorito —dijo con una sutil sonrisa.

—¿Cómo sabes qué lo es?

—Te conozco desde que eras así —contestó llevando la mano a un lado, dejando claro que me conocía desde que era una niña de diez años no muy alta.

—No todos vamos a medir metro noventa como tú —volteé los ojos—. ¿Quieres un poco de pollo? Creo que me ha dado como si pensara que vivo con alguien más —suspiré.

—Está bien, pero solo un poco.

Asentí y fui a sacar el pollo de la nevera, lo calenté en el microondas y serví un poco en cada plato. Puse uno delante de él y dejé el mío enfrente para coger los cubiertos.

Tras el primer bocado suspiré, como siempre, y es que Julia era una cocinera excepcional.

—No me dijiste a qué habías venido anoche —dije armándome de valor para sacar el tema.

—Quería hablar contigo sobre lo que pasó el domingo.

—Me trajiste a casa borracha, me llevaste al baño para que me duchara y preparaste café mientras.

—Y pasó algo más.

—Vomitó delante de ti y me siento fatal por ello.

—Me besaste, y sé que lo recuerdas —dijo, y me quedé mirándolo con los ojos muy abiertos—. Te escuché hablar por la mañana con Roxana.

—Estabas dormido, o al menos eso es lo que pensé.

—Tengo el sueño ligero.

—Ya lo veo —murmuré—. No está bien escuchar las conversaciones ajenas, ¿lo sabías?

—No quería, pero el salón y la cocina no están separados por paredes.

—¿Por qué me dejaste seguir fingiendo cuando te dije que no recordaba gran cosa?

—Porque imaginé que te sentirías incómoda y no quería que eso pasara. Además, lo hiciste porque habías bebido.

—Exacto, un momento de... falta de razón —me encogí de hombros.

—¿Y anoche?

—¿Qué quieres decir?

—No habías bebido, y no solo me besaste, sino que quisiste que nos fuéramos a la cama.

—No sé qué me pasó.

—Elisabeth, estabas tocándote y pensando en mí cuando abrí esa puerta —sus ojos grises se

clavaron en los míos, y cuando vi que se oscurecían ligeramente, entendí que estaba recordando lo vivido la noche anterior al igual que yo.

—No debiste entrar de ese modo.

—Creí que te pasaba algo, te escuché gritar, pero me di cuenta demasiado tarde de lo que era en realidad.

—¿Por qué te fuiste después de que me quedara dormida? Me he sentido una gilipollas.

—No me fui justo después, me quedé dormido igual que tú. Pero tengo el sueño ligero, como te he dicho, y me desperté a las cuatro. No puedo dormir después de eso y me fui al gimnasio.

—Podías haberme dejado una nota, al menos. Pero claro, supongo que sois todos iguales, folláis y os vais —dije mientras me levantaba y recogía mi plato casi vacío.

No sabía qué me pasaba, pero sentía un nudo en la garganta en ese momento, y me dolía que conmigo fuera a ser como con cualquier otra de las mujeres con las que hubiera estado.

Me sobresalté al notar que me abrazaba desde atrás, y cuando lo miré por encima del hombro llevó una mano a mi barbilla y comenzó a acariciarme la mejilla.

—Anoche no follamos, pequeña, fue algo más que eso —dijo mirándome fijamente—. Y no debió pasar, crucé una línea que no debía.

—¿Te arrepientes? —pregunté en un susurro.

—Sí, Elisabeth, me arrepiento.

Eso terminó de hundirme y hacerme ver que era una completa idiota, porque yo crucé esa misma línea, pero no me arrepentía. Aparté la mirada y procuré que mi voz al volver a hablar no sonara dolida ni llorosa.

—Perfecto, ya puedes irte y dejarme sola. A fin de cuentas, fue solo un polvo más para los dos.

—No lo fue, y lo sabes tan bien como yo.

—Te aseguro que lo fue.

—Elisabeth, mírame —volvió a sostener mi barbilla e hizo que lo mirase—. Me arrepiento porque eres la hija de mi jefe, porque esa es la línea que nunca debí cruzar. Pero no de lo que hice porque volvería a hacerlo de nuevo si solo fueras...

—Una mujer normal, no la hija de tu jefe —terminé por él.

—Anoche, cuando volviste a besarme, echaste por tierra todo el autocontrol que he tenido los últimos diez años. Simplemente no pude apartarme e irme, y no quería hacerlo. Cuando te pedí que me detuvieras lo hice porque yo solo no podría, pero no me detuviste —seguía acariciándome la mejilla con los ojos fijos en los míos—. Me fui, no solo porque no podía volver a dormirte, sino porque pensé que era lo mejor. Que cuando te despertaras me dirías que había sido un error, tal como yo lo veía, y quería evitarte ese mal trago.

—Yo también crucé la línea, pero me habría gustado que estuvieras esta mañana, o encontrarme una nota, para no sentirme tan estúpida. Soy una mujer adulta, Alan, puedo acostarme con quien quiera, no tengo que darles explicaciones a mis padres.

—Es mi jefe, Elisabeth, tu padre es mi jefe —susurró apoyando la frente en la mía—. De todas las locuras que he hecho en mi vida, esta es la más grande con diferencia —suspiró.

—Pues yo quiero que vuelvas a hacerla, Alan —llevé mi mano a su mejilla—. Quiero cruzar la línea contigo de nuevo.

—No sabes lo que me estás pidiendo, pequeña —dijo con los ojos cerrados.

—Sí, sí que lo sé —me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios—. Llévame a la cama, Alan, ahora.

Capítulo 17



Elisabeth

Una única mirada al escucharme pedir aquello, eso fue lo que me dedicó Alan antes de lanzarse a mis labios y besarme como si de ello dependiera el aire que respiraba.

Me cogió en brazos y caminó hacia mi habitación, sabía más que de sobra el camino y no separó sus labios de los míos en ningún momento.

Rodeé sus hombros con mis brazos y jugué con los dedos entre su cabello, atrayéndolo más a mí, para que no dejara de besarme.

Él era el escolta de mi padre, y yo la hija de su jefe, si no se trataba de una de las mayores locuras que los dos habíamos cometido, y de algo prohibido, que alguien me explicara qué era lo que estábamos haciendo.

Alan me sentó en el borde de la cama y comenzó a quitarse los zapatos y la chaqueta mientras yo me encargaba de la corbata. Cuando se la quité, fue desabotonando la camisa despacio y yo desabroché su pantalón para que se lo quitara.

Se quedó completamente desnudo ante mí y no me pude resistir a tocar su torso perfecto y cincelado, trabajado en el gimnasio para mantenerse en forma.

Me mordisqueé el labio inferior mientras miraba su cuerpo, cada músculo, cada centímetro de piel que mis dedos tocaban mientras bajaba hasta esa zona con forma de V donde se encontraba su miembro, ya erecto.

Lo miré, deslicé la mano hasta él y lo envolví con ella, consiguiendo que, con mi sutil y leve movimiento, Alan jadeara.

No tardó en inclinarse, hundir una mano en mi cabello para atraerme a su boca y besarme con presteza, y llevar la otra entre mis piernas, donde comenzó a tocarme con los dedos entre mis

labios vaginales haciendo que gimiera.

Nos tocábamos el uno al otro despacio, haciendo que con cada segundo que pasara la excitación fuera aumentando, sin prisa, pero sin pausa, queriendo disfrutar de aquel momento.

Lo de la noche anterior había sido algo rápido, febril y descabellado, pero lo de ahora iba a ser lento y haciendo que el otro disfrutara tanto o más que uno mismo.

Cuando comencé a moverme Alan se detuvo, apartó sus labios de los míos y me cogió la mano para que no siguiera tocándolo.

Fruncí el ceño y cuando iba a protestar, me besó en la frente antes de cogerme de las manos para que me levantara.

—Tengo una idea mucho más placentera —susurró mientras deshacía el nudo del cinturón de mi bata, y me la quitaba.

Se sentó en la cama, me pidió que me subiera de rodillas a ella, se recostó y su siguiente petición fue que me colocara sobre él, dejando mi sexo expuesto ante su rostro.

—No me estarás pidiendo hacer un...

—Eso mismo —sonrió con brillo de lo más juguetón en sus ojos.

Respiré hondo y solté el aire antes de colocarme tal como me había pedido, de modo que no solo mi sexo estaba a su entera disposición, sino que su miembro lo estaba para mí.

Alan sostuvo mis caderas con ambas manos y me atrajo hacia él, en el momento en el que sentí la punta de su lengua deslizándose despacio por mi sexo, entre mis labios vaginales y humedeciendo el clítoris, gemí con un escalofrío recorriéndome todo el cuerpo.

Volví a envolver su miembro con la mano y mientras él lamía toda mi zona íntima y llevaba la lengua al interior de mi vagina con movimientos rápidos y excitantes, comencé a tocarlo como lo había estado haciendo antes.

Movía mi mano de arriba abajo, una y otra vez, mientras él hacía que me moviera sobre su lengua, gimiendo y sintiendo que me excitaba más y más cada segundo que pasaba.

Y entonces me incliné, separé los labios y llevé la lengua a su miembro, lamiendo despacio desde la base a la punta y viceversa.

Pude sentir a Alan estremecerse bajo mi cuerpo, y cuando su lengua comenzó a moverse más rápido, deslicé la mía una última vez por su longitud y finalmente la acogí en mi boca.

Noté los dedos de Alan clavándose en mis caderas cuando comencé a deslizar mis labios por su miembro, ambos empezamos a movernos al unísono mientras nos dábamos placer de ese modo, y cuando sentí el clímax acercándose, mis movimientos se volvieron más rápidos y frenéticos, hasta que abandoné lo que hacía con mi boca, me incorporé dejando caer la cabeza hacia atrás y me corrí con fuerza mientras mi mano se movía arriba y abajo envolviendo el miembro de Alan.

—Así me gusta, pequeña, que disfrutes y hagas lo que quieras hacer —dijo Alan, y me dio un beso en la nalga.

—Si te soy sincera, esto no es algo que siempre haya hecho.

—¿Disfrutar del placer de un sesenta y nueve? —preguntó mientras me cogía la mano para atraerme hacia él, y besarme de ese modo que hacía que se me olvidara hasta cómo se respiraba.

—Además de eso, me refería a lo de tener un orgasmo —confesé cuando dejó de besarme.

—¿Me estás diciendo que tú nunca...?

—Con un hombre, no.

—Pero, ¿con qué clase de gilipollas has estado, pequeña?

—Pues por lo que sé ve, con unos que solo pensaban en ellos —me encogí de hombros.

—Así que, está en mis manos lo de ponerle remedio, todo un reto —me dio un beso rápido—. Y dime, los orgasmos que te dabas a ti misma, ¿eran todos en la ducha pensando en mí? —sonrió de medio lado y llevó la mano entre mis piernas, volviendo a tocarme el clítoris con dos dedos, cerré los ojos y gemí al notar aquella sensación tan placentera.

—No siempre ha sido en la ducha —contesté entre jadeos—. Algunas veces ha sido en la bañera, otras... aquí, en la cama, de noche.

—¿Te tocabas? —me besó el cuello, y me mordí el labio.

—Las chicas me regalaron un *Satisfayer*, así que...

—¿Tienes uno de esos? —preguntó mirándome con ambas cejas elevadas, sorprendido ante mis palabras, tragué saliva y asentí— Pequeña, vamos a jugar un rato con tu amiguito —dijo volviendo a darme un beso en los labios.

—No, ¿qué dices? Qué vergüenza —hundí el rostro en su cuello.

—De vergüenza nada. Va a ser de lo más divertido. ¿Dónde lo tienes?

—En el segundo cajón de la mesita —murmuré.

—Pues vamos a hacer un trío.

—¡No, por Dios! —reí cuando se incorporó, y me dejé caer en la cama, tapándome la cara con ambas manos.

—Oh, sí.

Alan sacó el *Satisfayer* del cajón y me miró con una leve sonrisa de medio lado, al tiempo que hacía un movimiento de lo más gracioso elevando las cejas.

Me pidió que me recostara en la cama apoyando la cabeza en la almohada para que estuviera cómoda, así que repté de espaldas por mi cama hasta acomodarme como me había pedido, separó mis piernas colocándose entre ellas, sentado sobre sus talones, y se inclinó para besarme un instante.

Bajó con suaves besos por el cuello, llegó a uno de mis pechos y lamió primero el pezón para después darle un leve mordisquito haciéndome gemir.

Sentí su lengua de nuevo en el pezón y la pasó despacio por la piel entre ambos pechos para hacer lo mismo en el pezón izquierdo.

—Voy a hacer que te excites tanto que pierdas la noción del tiempo —susurró mientras jugaba con uno de los pezones entre sus dedos—. Te voy a hacer disfrutar de cada segundo, que sientas tanto placer que te vuelvas loca, y que tengas varios orgasmos. Voy a hacer que esta noche te olvides de todos esos inútiles que no han sabido cómo tratar de verdad a una mujer en la cama.

Vi que llevaba el *Satisfayer* hacia uno de mis pechos, lo colocó sobre el pezón y no tardé en notar cómo vibraba.

Con la otra mano comenzó a tocarme de nuevo entre mis labios vaginales, deslizando el dedo despacio de arriba abajo por toda la zona, y cuando me penetró con dos dedos gemí ante aquella sensación tan placentera.

Colocó el *Satisfayer* en el otro pezón y siguió penetrándome al tiempo que con el pulgar jugaba con el clítoris, haciendo movimientos rápidos y circulares hasta conseguir que me estremeciera y gimiera una vez más.

No tardó en usar aquel aparato que Roxana y Kaila me habían regalado para que supiera lo que era un orgasmo de verdad en el lugar para el que había sido creado.

En el momento en el que la vibración fue de lo más notoria en mi clítoris, cerré los ojos, arqueé la espalda y me agarré con fuerza a la ropa de la cama mientras movía las caderas y

gritaba.

Alan seguía penetrándome con dos dedos y aquello y estaba siendo toda una experiencia, no había duda. Ese hombre sí sabía cómo hacer para que una mujer disfrutara de los placeres del sexo en la cama, sabía cómo enloquecerla y conseguir arrancarle un gemido tras otro.

No tardé en notar la punta de su miembro en la entrada de mi vagina, lo miré y vi el deseo en sus ojos grises, esos que brillaban de un modo diferente al habitual.

Sin dejar de usar el *Satisfayer*, comenzó a penetrarme despacio haciendo que gimiera más y más con cada centímetro que avanzaba, hasta que quedamos completamente unidos.

Alan se movía sin parar, entrando y saliendo rápido y con fuerza mientras me agarraba por la cadera con una mano y seguía manteniendo el *Satisfayer* en mi clítoris vibrando sin parar.

Nos movíamos al unísono, yendo en busca del placer que el otro nos daba. Llevé mi mano alrededor del brazo con el que me mantenía sujeta y los dos nos dejamos llevar por el momento, gimiendo y experimentando el placer a un nivel que nunca antes había llegado a sentir yo.

Comenzó a moverse más y más deprisa, más rápido y profundo, penetrándome con fuerza hasta que yo misma sentí que, una vez más, me alcanzaba el clímax. Agarré su brazo con todas mis fuerzas, me moví de manera rápida y frenética y cuando sentí que me llegaba el orgasmo, Alan empezó a moverse mucho más rápido, entrando y saliendo de mi interior hasta que ambos nos corrimos a gritos.

Cuando el furor del momento se pasó, retiró el *Satisfayer* y se dejó caer sobre mi cuerpo. Su pecho subía y bajaba con rapidez mientras respiraba con dificultad igual que yo, me besó el cuello y cuando recobramos el aliento, se retiró para recostarse a mi lado y abrazarme desde atrás.

—¿Estarás aquí por la mañana? —pregunté en un susurro.

—Y te prepararé café antes de que te vayas a trabajar —respondió del mismo modo, y me besó el hombro—. Buenas noches, pequeña.

—Buenas noches, Alan —dije con los ojos cerrados, suspiré y dejé que me cobijara entre sus brazos.

No sabía si realmente estaría aquí todavía cuando me despertara, pero quería pensar que sí y que tendría un mejor despertar que el de esa mañana, porque era bastante doloroso sentir que solo habías sido el polvo rápido de una noche y que ni siquiera merecías encontrar una simple nota de despedida.

Capítulo 18



Alan

Notaba un cosquilleo en el pecho, pero estaba tan relajado que no quería despertarme.

Entonces ese cosquilleo fue bajando hasta mi vientre, y sentí unos labios en el pectoral. Sonreí al saber que se trataba de Elisabeth, el aroma floral de su perfume la delataba.

—Buenos días —murmuré abriendo los ojos y me miró.

—Buenos días —sonrió, y aquel simple gesto hizo que mi día comenzara mejor que otros.

—¿Qué hora es? —pregunté mirando hacia la ventana, y vi que el sol comenzaba a hacerse presente.

—Las siete y media. No te has escabullido como un delincuente.

—No me he despertado en toda la noche, y eso es raro en mí. Tengo el sueño ligero y —me quedé callado, puesto que aún no estaba preparado para decirle el motivo de aquello—. cualquier ruido me despierta.

—Pues si no te has despertado esta noche, quiere decir que estabas cansado.

—Eso que es cierta jovencita me agotó anoche —contesté moviéndome tan rápido que apenas se dio cuenta de que la recosté en la cama y me coloqué sobre ella para besarla.

¿Cuántas veces en los últimos diez años había pensado en cómo sería despertar de ese modo? ¿En tenerla entre mis brazos y poder besarla antes de desayunar para empezar nuestro día en el trabajo?

No era un hombre de romanticismos, no desde hacía años, pero con ella era todo tan diferente. Elisabeth me hacía querer cosas que una vez pensé que tendría y no fue posible.

Acaricié su costado y noté cómo su piel se erizaba bajo las yemas de mis dedos. Seguí besándola y por primera vez en mucho tiempo quise que no fuera un día de entresemana con mucho trabajo para el congresista y poder quedarme allí con ella, disfrutando de todo lo que me quisiera dar.

Pero la realidad fue bien distinta y mi móvil empezó a sonar en alguna parte de la casa.

—Oh, joder —suspiré apoyando la frente en la suya—. No me lo puedo creer.

—Cógelo, puede ser importante. Eres el escolta de un congresista —murmuró acariciándome la mejilla.

—En este momento, me encantaría ser el cartero de un pueblo con diez habitantes —protesté, y ella soltó una carcajada.

—Me veo viviendo en un rincón así, tranquilo, sin el bullicio de la ciudad.

—Dame una semana y busco casa para los dos en mitad de una montaña —le di un beso rápido y me levanté para buscar el jodido móvil.

Estaba desnudo, la mujer más hermosa de Illinois se encontraba en la cama observándome, tenía una erección de mil demonios y unas ganas locas de volver a disfrutar de ella, y alguien me estaba llamando para estropear el bonito despertar que acababa de tener en años.

Seguí el sonido de la llamada y salí de la habitación para ir a la cocina, donde encontré el móvil esperándome en la encimera. En la pantalla apareció el nombre de uno de mis chicos.

—Moore —respondí.

—Jefe, el sujeto en cuestión lleva un rato merodeando la casa —contestó, y fruncí el ceño.

—¿Desde cuándo?

—Una media hora, más o menos.

—No lo perdáis de vista, y si hace algo, ya sabéis a quién llamar.

—Sí, jefe.

Colgué y volví a la habitación, mosqueado por esa llamada. Elisabeth estaba recostada en la cama y sonrió al verme.

—¿Todo bien?

—Asuntos de trabajo —me incliné para besarla en los labios—. Voy a preparar el desayuno mientras te vistes.

—Oh —murmuró y vi que le cambiaba el gesto de la cara.

—Ey —le cogí la barbilla para que me mirara—. ¿Me invitas a cenar esta noche?

—Claro —sonrió y volví a besarla.

Me vestí rápido y mientras ella se daba una ducha y se preparaba para empezar el día, hice café y tostadas que dejé en la encimera listo para que desayunara antes de irse.

—No pensé que cumplieras tu palabra —dijo cuando llegó a la cocina, con un traje azul marino, camisa amarillo pastel y zapatos negros—. Creí que te irías y me tocaría desayunar...

—¡Buenos días, jefa! —gritó Roxana entrando en ese momento a la casa con Kaila— ¡Ay, la hostia! Jefe —saludó inclinando la cabeza, y miró a su compañera, que tampoco sabía dónde meterse al verme allí.

—Harris, Wilson —saludé a Roxana y Kaila llamándolas por sus apellidos respectivamente mientras levantaba mi taza de café hacia ellas—. Buenos días.

—Esto... nosotras nos vamos a desayunar al salón con los demás muchachos —dijo Kaila.

—Tranquilas, podéis quedaros —me bebí el café de un sorbo y llevé la taza al fregadero—. Yo me voy, tengo trabajo que hacer.

Pasé al lado de Elisabeth y por un momento dudé en cómo despedirme de ella, estaba claro que, si le daba un beso delante de mis subordinadas, ella podría sentirse incómoda, así que me limité a decirle adiós y salí por la puerta del salón que daba al exterior de la casa.

—Habla ahora mismo, ¿qué ha pasado entre vosotros? —escuché que le preguntaba Roxana, por lo que deduje que esas dos ya debían saber lo que había entre la hija de nuestro jefe y yo.

No quería que me viera nadie, así que bordeé el terreno por donde a esa hora no debería haber ningún hombre, llegué a la zona donde estaban nuestros apartamentos y subí al mío para darme una ducha rápida mientras cargaba el móvil, vestirme y bajar al salón a desayunar con los demás sin levantar muchas sospechas.

Pero eso, teniendo como amigos a tipos con J.J., Leo y Luke, era misión imposible.

—Traes cara de felicidad, jefe —dijo Leo.

—Yo diría más bien, qué es de haber echado un señor polvo esta noche —comentó Luke.

—¿Otra vez? —J.J. casi gritó aquellas palabras, lo que hizo que los otros dos nos mirasen con el ceño fruncido.

—La discreción y tú, no sois compatibles —protesté mirando a J.J., que se encogió de hombros.

—¿Con quién has estado? —preguntó Leo.

—Aquí no —dije, y entonces él y Luke entendieron todo.

No era solo J.J. el que estaba al tanto de lo que sentía por la hija de nuestro jefe, ellos dos también y siempre me dijeron que no fuera tan idiota de permanecer al margen.

Al igual que J.J. ellos dos decían que el congresista no lo vería tan mal como yo pensaba que lo haría, pues adoraba a su hija y el hecho de que fuese yo quien quisiera cuidarla el resto de su vida, lo vería bien, pues él mismo ponía su vida en mis manos cada día y sabía cómo era a la hora de protegerlo.

Pero no era lo mismo proteger al congresista, que salir con su hija.

Fui por un café y una tostada, los chicos me miraban con una sonrisilla en los labios y negué al tiempo que suspiraba.

Eran todos tipos de cuarenta años o alguno más, y a veces parecían adolescentes de instituto cotilleando.

Mientras desayunábamos les puse al corriente de la llamada que había recibido poco antes de unirme a ellos y Luke, resopló igual de mosqueado que yo.

Les pedí discreción al respecto cuando saliéramos para acompañar al congresista y a su hija, a sus respectivos lugares de trabajo, y los tres asintieron.

Después de desayunar fuimos a la puerta principal de la casa, Leo y Luke cogieron los coches para esperar a los jefes allí, y cuando estos aparecieron los vimos saludarse como de costumbre antes de subir a los coches.

Elisabeth me miró de manera disimulada con una sonrisa en los labios, y sin que nadie me viera le hice un guiño.

Aquello que habíamos empezado era una locura, algo arriesgado sin duda, pero ahora que había probado el sabor de sus labios y el calor de su cuerpo, no podía, ni quería dejarla marchar.

Capítulo 19



Elisabeth

Viernes, final de semana y tocaba socializar con todos esos conocidos de mi padre.

Había estado evitando a Liam, no atendía sus llamadas a mi móvil y cuando Cintia me decía que insistía en querer ir a la oficina, ella seguía utilizando la sutileza para decirle que no le iba a atender.

Pero sabía que esta noche estaría en la fiesta de cumpleaños de la esposa del Senador Milton, y no me quedaría más remedio que verlo, otra cosa era que quisiera hablar con él.

Mis padres estaban al tanto, se lo había dicho esa misma mañana antes de que él se fuera al trabajo y yo a una reunión, así que mi madre dijo que, si tenía que pegarse a mí toda la noche y ser mi sombra para que no me molestara, lo haría sin problema.

No le había comentado nada a Alan, pero sabía que mi padre lo pondría al corriente, ya que esa noche, como todas, él, J.J., y otros dos hombres más de seguridad nos acompañarían a la fiesta.

Y hablando de Alan, había cenado conmigo esas dos noches también, y se quedó a dormir.

La verdad es que nunca pensé que él también hubiera empezado a verme de manera distinta a como lo hacía, creí que solo era yo quien se había fijado en él como hombre y me sentía atraída, algo que ocultaba bastante bien a mis padres, pero no a Roxana y Kaila, que fueron las primeras en darse cuenta.

Ahora me reía por todas esas veces que les dije que él siempre me vería como esa niña de diez años a la que conoció, o esa adolescente que se escabullía para esconderse y estar un rato a solas hasta que me encontraba.

Pero él me veía como mujer, y cuando me besaba era imposible negar que me deseaba tanto

como yo a él.

Acababa de ponerme los zapatos cuando me llegó un mensaje de mi madre, para avisarme de que íbamos a salir en cinco minutos, así que cogí el bolso, guardé el móvil y fui hacia la casa.

Al llegar vi a Roxana y Kaila en su coche, con su traje negro de escoltas y el auricular con el que se comunicarían esa noche con los demás.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—El jefe nos ha pedido que vayamos como apoyo —contestó Kaila.

—Y como estará él —Roxana se refería a Liam—, te vigilaremos de cerca.

—Va a ser inevitable que venga a hablar conmigo, y lo sabéis, incluso mis padres lo saben.

—Hablar, que hable lo que quiera, pero donde podamos verlo. Y si por un casual se le pasa por la cabeza seguirte, tranquila, que se le quitarán las ganas cuando nos vea a nosotras detrás de ti todo el tiempo —dijo Kaila.

—Ah, ya estás aquí —me giré al escuchar a mi madre—. Pero qué guapa estás, cariño —sonrió, y me dio un abrazo cuando se acercó.

Me había puesto un vestido negro con unas pequeñas mangas que quedaban por debajo de los hombros, dado que estos estaban completamente descubiertos, así como esa parte de arriba del busto, era ceñido hasta las rodillas y lo acompañaba con un chal del mismo color por si refrescaba al volver a casa.

—Tú sí que estás guapa, mamá.

—Y más mayor también —volteó los ojos.

—No digas tonterías, que estás estupenda.

—Lo que está claro es que, una vez más, voy a ser el hombre más afortunado en la sala, ninguno va a estar tan bien acompañado como yo —dijo mi padre.

—Lo que te gusta presumir de nosotras, papá —rio Alexis.

—Por supuesto, hija. El hombre que quiere a las mujeres de su vida, las presume sin pudor alguno.

Miré a Alan y vi que sonreía levemente, y yo me sonrojé. Tenía que controlarme porque de lo

contrario, mis padres acabarían dándose cuenta de que pasaba algo entre nosotros y aún no estaba preparada para contarles nada.

Subimos a la limusina cuando Leo abrió la puerta de atrás, y una vez nos acomodamos la puso en marcha para salir de la casa.

El trayecto hasta la residencia del Senador Milton, donde se celebraba la fiesta, lo pasamos hablando sobre Liam, a mi padre le preocupaba que pudiera montar una escena, cosa que esperaba que no fuera así.

Al llegar, Leo aparcó frente a la entrada y uno de los hombres del servicio del senador abrió la puerta para que bajáramos.

Eché un vistazo hacia atrás y vi que el todoterreno en el que iban Alan, J.J. y las chicas estaba justo detrás de nosotros, no tardaron en bajar los cuatro y acercarse a nosotros a una distancia prudencial, como solían hacer.

También se acercaron Josh y Carl, los escoltas de mi madre y mi hermana que venían en otro coche.

Entramos a la casa y una de las camareras nos ofreció una copa, con ella en la mano fuimos hacia el salón donde vimos al Senador Milton y su esposa, que sonreía mientras charlaba con una pareja de unos setenta años.

—Evan, qué bueno verte por aquí, amigo —dijo el Senador Milton, mientras le daba unas palmadas en la espalda a mi padre—. Y como siempre, tan bien acompañado —sonrió, mirándonos a las tres.

—Te dije que no faltaríamos al cumpleaños de Anna —contestó mi padre.

—Me alegra saber que no solo mi marido cuenta con tu simpatía, Evan —le dijo Anna Milton, la esposa del senador y amigo de mi padre—. Muchas gracias por venir —se acercó a mi madre para darle un abrazo—. Elisabeth, tan hermosa como siempre. Qué lástima que mis dos hijos ya estén casados.

—Y felizmente, señora Milton —sonreí—. No hay más que verlos con sus hijos al lado.

—Esos niños son unos pequeños diablillos —suspiró—. Alexis, te estás convirtiendo en toda una señorita —abrazó a mi hermana—. Tengo un sobrino de veinte años perfecto para ti.

—Soy joven aún para salir con chicos —contestó mi hermana, sonriendo—. Querida, tenía tu edad cuando conocí a mi esposo —miró al Senador Milton con los ojos brillantes de amor y felicidad—, él tenía seis años más que yo, y me esperó hasta que tuve edad suficiente para casarme. Me esperó esos seis años que le pidió mi padre, y llevamos juntos cuarenta años.

—Cuarenta años casados —aclaró el senador—, cuarenta y seis desde que nos conocemos, y cuarenta y tres desde que empezamos a salir oficialmente.

—Toda una vida —sonreí—, como mis padres.

—Sí, querida, toda una vida —contestó Anna Milton—. Pero cuando tus ojos y tu corazón ven a una persona, ellos saben que será tu compañero de vida, por mucho que tengáis que esperar para estar juntos.

De manera casi automática miré hacia atrás, buscando a Alan en ese momento, pues lo conocía desde hacía veinte años y me había dado cuenta de que esas palabras eran ciertas. Tal vez ya entonces mi corazón supo que algún día, ese hombre sería para mí.

—Feliz cumpleaños, Anna —dijo mi madre, sacando la cajita de su bolso para entregársela.

—Carol, no era necesario traer nada —sonrió cogiéndola, y la abrió de inmediato—. Oh, querida, son preciosos —se llevó la mano al pecho al ver los pendientes que le habían comprado.

Eran de una joyería de renombre, tenían forma de gota y en el centro llevaban tres pequeñas amatistas.

—Me los voy a poner ahora mismo —dijo mientras se quitaba los que llevaba, para ponerse los nuevos—. ¿Cómo me quedan?

—Perfectos —contestamos mi madre, Alexis y yo, al unísono.

—Tía Anna —nos giramos al escuchar que la llamaban, y ella sonrió al ver a aquel chico alto, rubio y con ojos azules que llevaba un traje un azul marino con camisa blanca y sin corbata.

—Oh, Sam, querido —lo cogió del brazo—. Deja que te presente al Senador Paton, y sus bellas mujeres. Carol, su esposa —señaló a mi madre—, y sus hijas, Elisabeth y Alexis. Alexis es más o menos de tu edad.

—Encantado de conocerlo, Senador Paton —el chico estrechó la mano de mi padre, y se volvió para saludarnos a nosotras del mismo modo.

—Pues él, es sobrino del que os hablaba —sonrió de nuevo la señora Milton—. Acaba de mudarse recientemente a vivir con nosotros. Sus padres... —suspiró— Lamentablemente ya no están entre nosotros.

—Vaya, lo siento muchacho —dijo mi padre.

—Gracias, senador. Ha sido duro estos meses, pero mis tíos me están haciendo salir adelante.

—La familia es muy importante en estos casos —comentó mi madre.

—Sam está estudiando Derecho, quiere ser abogado, como lo era mi cuñado —comentó la señora Milton—. Y Owen, quiere contar con él entre sus hombres de confianza.

—¿Te interesa la política? —preguntó mi padre.

—Y así es como a nosotras nos hacen retirarnos —comentó mi madre, y las tres sonreímos.

—En ese caso, ¿me acompañáis a comer algo? Soy la anfitriona y no he probado un solo bocado todavía —dijo la señora Milton, que no dudó en colgarse del brazo de mi hermana, a quien por cierto el joven Sam Milton no perdía de vista.

Acompañamos a la anfitriona hacia una de las mesas donde había canapés de lo más surtidos y apetecibles, y cada una cogió un plato para poner varios de ellos.

La señora Milton nos contó que el hermano de su marido y su esposa habían fallecido hacía tres meses, tiempo en el que Sam, con ayuda del Senador Milton, vendió la casa familiar en Denver y la parte del bufete de abogados en el que su padre era socio junto a otros dos amigos suyos.

Iba a continuar con su carrera de Derecho, aquí, en Chicago, y cuando terminara compraría su propio apartamento para independizarse y pondría en marcha un bufete, como hizo su padre.

De vez en cuando miraba hacia donde estaban mi padre y el Senador Milton con el joven Sam, y lo veía observando a mi hermana. Sí, ella para mí era solo una niña de quince años, pero debíamos admitir todos que era una adolescente preciosa y con una sonrisa de lo más contagiosa.

Terminamos de comer aquellos canapés y vi que se acercaban a nosotras la Senadora Ferguson y Liam, como también lo vieron mi madre y la señora Milton.

—Querida, si quieres huir, lo entenderé —me dijo la señora Milton con una sonrisa.

—No se preocupe, estoy bien —contesté.

—Anna, muchas felicidades —dijo la Senadora Ferguson, dándole un abrazo y un par de besos.

—Gracias, querida Clara —sonrió.

—Señora Milton, felicidades —ese era Liam, que, a pesar de hablarle a ella, me miraba a mí.

—Muchas gracias, querido.

Mi madre se quedó a mi lado y no me pasó desapercibido que mi padre nos observaba desde donde estaba, al igual que Alan, que incluso juraría que tenía el ceño ligeramente fruncido.

Me tomé la copa de vino y en el momento en el que me disculpé para ir por otra, mi madre le pidió a Alexis que me acompañara, a lo que ella asintió.

—Así que soy la niñera de mi hermana mayor —dijo con una risita.

—Calla, tonta —reí.

—No me gusta ese tal Liam, la verdad. ¿En serio has tenido algo con él? —preguntó en un susurro.

—Cariño, cuando seas mayor, te darás cuenta de que a veces cometemos locuras, o estupideces, de las que nos acabamos arrepintiéndolo profundamente —suspiré.

—Viene hacia aquí —dijo cogiendo un refresco.

—Eli, ¿podemos hablar? —me preguntó.

—No hay mucho de lo que hablar, Liam.

—Oye, si estábamos bien, ¿por qué acabar con eso? —murmuró.

—Te lo dije, no me gusta sentir que estar con alguien es una obligación, y que tú te molestases por el hecho de que antepongo el trabajo a una cena, no es algo que un hombre con el que solo tengo sexo me deba reprochar. Si me disculpas —pasé por su lado y cogí la mano de mi hermana, que se encogió de hombros mirándolo.

—¿Ya lo has mandado a freír espárragos? —preguntó Alexis.

—No con palabras, pero espero que ya entienda que no vamos a volver a vernos.

Llegamos donde estaban mi madre y la señora Milton, pues la Senadora Ferguson había ido a saludar a mi padre y al Senador Milton, le pedí a Alexis que se quedara allí y me disculpé para ir al cuarto de baño.

Tras las indicaciones de la anfitriona de la fiesta, fui hacia el pasillo y caminé por él hacia el final, donde encontré el baño. Entré a refrescarme un poco y cuando estaba a punto de salir, la puerta se abrió.

—Eli.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Liam?

—Te pedí disculpas por molestarte por no venir a cenar, esa tontería no puede hacer que quieras que acabe lo que tenemos desde hace meses.

—Es que no tenemos nada serio, quedó claro entonces. Cuando nos apeteciera, nos veríamos, y así ha sido.

—Vamos, no puedes decirme que no sientes nada por mí, que estos meses no te he hecho disfrutar en la cama y, además, sentirte como una reina cuando salíamos juntos.

—Vamos a dejar el tema, porque no quiero hablar más de esto —fui hacia la puerta, pero se puso delante—. Liam, déjame salir.

—No, no voy a dejarte ir hasta que solucionemos esto.

—No hay nada que solucionar, teníamos sexo y ya no lo vamos a tener, así de sencillo.

—No, joder, no —me cogió por la muñeca—. Había algo, lo sé. Y no puedes simplemente dejarme, no ahora. La senadora me prometió cosas.

—¿Y qué tengo que ver yo con esas cosas que tu jefa te ha prometido? —Fruncí el ceño.

—No puedo decírtelo, Eli —apartó la mirada unos segundos—, por favor, piensa en lo nuestro.

—¿Sabes? No quería pensar que tu interés por mí, fuera por el hecho de ser la hija de un senador tan importante, que me utilizaras para ascender en esa carrera que quieres tener en la política, pero veo que es eso —no dijo nada—. Suéltame Liam, lo nuestro acabó.

—¿Señorita Paton? —la voz de Alan, acompañada de unos golpecitos en la puerta, hizo que ambos miráramos hacia ella— ¿Se encuentra bien?

—Si no me sueltas, gritaré, y el escolta de mi padre no dudará en irrumpir aquí dentro y partirme la cara si es necesario —dije, y Liam me soltó.

Fui a la puerta, abrí y me encontré con los ojos grises de Alan, frunció el ceño al ver a Liam y me acerqué a él posando la mano en su pecho para que se calmara.

—Estoy bien —en cuanto hablé, me miró a mí y sus ojos mostraron calma, al igual que su rostro.

Alan asintió, pasé por su lado y los dos fuimos por el pasillo hasta la puerta que daba a la sala donde todos los invitados continuaban con sus vidas.

Roxana y Kaila estaban cerca de esa puerta, las calmé con una leve sonrisa y regresé hacia donde estaban mis padres y Alexis, que charlaban con el sobrino del Senador Milton.

—Cariño, ¿todo bien? —preguntó mi padre, y vi que miraba hacia donde se había quedado Alan hablando con Roxana y Kaila.

—Sí, papá, tranquilo —sonreí, y asintió.

El resto de la noche pasó rápido, después de un picoteo a base de canapés y bebidas, sacaron una enorme tarta de seis pisos de nata y trufa, la señora Milton sopló las velas tras escucharnos a todos cantarle el “Cumpleaños feliz”, comimos un pedazo del pastel y brindamos con champán por un año más, y dimos la noche por finalizada.

La suerte para mí fue que Liam no se volvió a acercarme en toda la noche, pero sí que me observaba mientras, o le ignoraba sin prestarle mayor atención.

Cuando mi padre dijo que nos marchábamos a casa, respiré aliviada.

Capítulo 20



Elisabeth

Me desperté al escuchar que mi móvil estaba sonando de manera insistente, lo que me hizo suspirar y resoplar preguntándome quién podía estar llamándome un sábado tan temprano.

Cogí el móvil de la mesita sin abrir los ojos apenas, vi el nombre de Roxana y me planteé colgar, pero esa mujer insistiría aún más.

—Más vale que sea importante, estaba soñando que vivía sola en una isla desierta —dije al descolgar.

—Sola, una mierda, Kaila y yo vamos contigo para protegerte, nunca sabes quién puede aparecer en una isla.

—Roxana, he dicho desierta, no habría más que monos, y eso con suerte —resoplé—. ¿Qué pasa?

—Bueno, antes de ir a desayunar contigo, queríamos asegurarnos de que no íbamos a encontrarnos al jefe.

—No durmió aquí anoche tampoco, de hecho, no vino conmigo.

—Vale, pues nos vemos en la cocina —colgó, y no tardé en escuchar su grito desde mi salón—. ¡¡Buenos días, Bella Durmiente!! Hora de levantarse.

—Qué hija de... —resoplé de nuevo dejando caer el brazo en mi frente.

Salí de la cama, me di una ducha rápida y me puse ropa cómoda para ir a la cocina, donde ya estaban las dos sentadas con el desayuno listo.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, jefa. ¿Café? —Roxana sonrió y me puso la taza delante.

—¿Qué pasó anoche con el secretario? —curioseó Kaila.

—Pues que, sin palabras, confirmó lo que dijisteis, que podría estar interesado en mí, para subir ese escalón hacia la política.

—Qué capullo —Roxana volteó los ojos—. El jefe vino serio todo el camino, le dije que yo iría a buscarte, pero insistió en ir él.

—¿Para qué insistía tanto en verte?

—¿Para qué va a ser, Kaila? Le picaría el asunto y dijo: *“vamos a recuperar a la chiquilla que me deja correrme sin darle la oportunidad a ella”*.

—Joder, Roxana, mira que eres bruta a veces.

—Soy muy clara, jefa, porque ese hombre no ve más allá de, que le piquen los huevos y quiera que tú te abras de piernas.

—Desde luego, la sutileza no es lo suyo —dijo Kaila, sonriendo—. Cambiando de tema, ¿a qué hora nos vamos al concierto?

—A las siete salimos de aquí, empieza a las nueve, así que, con llegar a las siete y media, vamos bien.

—Ok, así compramos chuches y patatas para picar.

—Además de Luke, Alan y vosotras, ¿a quién más ha asignado Alan para que nos acompañen? —pregunté, dando un bocado a la tostada.

—Clive, Morgan y Sally —contestó Roxana—. Ni notarás que están allí. También irá J.J.

—O sea, que llevaremos a ocho escoltas.

—Exacto. Nosotras bien pegaditas a ti, y el resto, repartidos por el recinto desde donde puedan vernos —dijo Kaila.

—Mi padre es un exagerado, con que hubierais venido solo vosotros tres, era suficiente.

—El jefe no lo ve así, ya sabes que ahora eres su chica.

—Roxana por Dios —reí.

—¿Qué? Es verdad. Si antes se tomaba el trabajo en serio, ahora que estáis juntos, ni te cuento.

—Bueno, ¿y qué nos vamos a poner? —Kaila dio el último sorbo al café y se levantó para recoger todo.

—Yo iré en vaqueros, deportivas y una camiseta, llevaré la chaqueta para cuando volvamos —dije.

—Ok, todas en vaqueros, perfecto. ¿Tenemos que recoger a las amigas de Alexis?

—No, el padre de Molly recoge a Brenda y las lleva.

—Pues nos vemos a las siete en la casa, jefa —contestó Roxana, mientras iban hacia la puerta que daba al jardín.

—Vale, yo voy a aprovechar para trabajar un rato ahora que me dejáis sola.

—No trabajes mucho.

Cuando se marcharon cogí el portátil, me senté en el sofá con él sobre las piernas, encendí la televisión para tener algo de ruido de fondo, y revisé algunos e-mails que tenía que contestar.

Vi que tenía uno de la Cámara de Comercio en relación al evento que se celebraría en un par de semanas para elegir al ganador del premio a empresario del año, me pedían confirmar asistencia y las personas que me acompañarían, dado que iban a dar una cena y querían saber cuántos comensales habría esa noche. El personal de seguridad no contaba, aunque en ese tipo de eventos siempre había una sala acondicionada para ellos y que pudieran comer y beber algo.

Les respondí a todo y ya solo faltaba que enviaran la invitación a las oficinas de la petrolera para saber el lugar y la hora donde debía estar dentro de dos sábados.

Sonreí, pero sentí los nervios en el estómago pues era la primera vez que estaba nominada a un premio como ese. Mi padre lo había recibido en tres ocasiones, la última justo el año anterior de convertirse en congresista, y si este año yo era la ganadora, me sentiría orgullosa de añadir mi premio a los suyos en la estantería que tenía en el despacho de la petrolera.

Estaba revisando un contrato que me había enviado Mike la tarde anterior, cuando en la televisión hablaron de una noticia que no esperaba.

La madre del último chico con el que salí, ese que rompió conmigo tras solo seis meses de relación, cuando me convertí en CEO de la petrolera, había fallecido esta madrugada tras luchar durante años con un cáncer de mamá que finalmente le ganó la batalla.

Hacía cinco años que no lo veía y tampoco supe mucho de él, pero conocí a su madre y era una mujer encantadora llena de vida. El cáncer, debieron detectárselo tiempo después de que él y yo lo dejáramos, pues en esos seis meses nunca me dijeron nada.

Unas imágenes de él aparecieron en la pantalla y estaba igual que recordaba. Tenía el cabello castaño y los ojos marrones, pero se notaba que habían pasado cinco años, ahora tenía treinta y dos.

En la parte baja vi que se referían a él como dueño de una de las inmobiliarias más importantes de Illinois, afincada justo aquí, en Chicago. Sonreí al pensar que finalmente consiguió aquello que tanto quería lograr.

Vi otra de las imágenes y esta vez era en la clínica en la que debió estar ingresada su madre, llevaba gafas de sol y se le veía cansado.

Busqué información en Internet, apunté los números de la inmobiliaria y leí algunos artículos en los que hablaban de él. También había varias noticias sobre la enfermedad de su madre, quien llevaba tres años y medio luchando hasta que no pudo más.

En otra encontré que iban a hacerle un funeral ese lunes por la tarde, el lugar y la hora, y me lo agendé para ir a darle mis condolencias a Travis, que así se llamaba.

Continué trabajando hasta la hora de comer, que me preparé una ensalada y un café.

Me llegó un mensaje al móvil y al ver que era de Alan, de manera inconsciente y sin darme cuenta, sonreí.

Alan: *Hola, pequeña. ¿A qué hora teníamos que estar en el concierto? Es que he tenido que salir, llevo toda la mañana fuera con tu padre, y quiero asegurarme de que llegamos a tiempo para acompañaros.*

Eli: *A las siete salimos de casa, Alexis ha quedado con sus amigas a las siete y media en la entrada del recinto. ¿Tenía trabajo hoy mi padre? No sabía nada.*

Alan: *Una reunión con otros senadores y un par de altos cargos, pero la sesión se ha alargado más de lo que todos pensaban. Si J.J. y yo no estamos allí a tiempo, iremos después. Voy a avisar a Luke.*

Eli: *Vale, no te preocupes. Estaremos bien, de igual modo. Te veo después.*

Pensé en despedirme con un beso, pero no lo hice por si le parecía demasiado.

Alan: *¿Me invitas a desayunar mañana?*

Sonreí de nuevo mientras tecleaba la respuesta.

Eli: *No vengas antes de las nueve, que hoy las chicas me han hecho levantarme como si tuviera que ir a la oficina.*

Alan: *Estaba pensando en despertarme contigo, así que no te preocupes, no te haré madrugar demasiado. Nos vemos después, pequeña.*

Y así era como el hombre que me hacía suspirar, se ganaba un poquito más mi corazón con sus mensajes y esas bonitas palabras.

Y sí, estaba deseando dormir con él, porque me encantaba hacerlo.

Capítulo 21



Elisabeth

A las siete en punto estaba en la puerta de casa de mis padres, y por ella vi salir a mi hermana pequeña con la camiseta de Mindy Blue puesta. Luke esperaba junto al coche y detrás estaban Roxana y Kaila en el suyo, así como Clive, Morgan y Sally.

—Ya estoy lista, Eli, cuando quieras podemos irnos —dijo Alexis, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pasadlo bien, niñas —escuché a mi madre y la miré arqueando la ceja—. No me mires así, Elisabeth, siempre seréis mis niñas.

—Adiós, mamá —agité la mano y me giré para entrar en el coche.

—Alan me llamó, van a llegar un poco más tarde —me dijo Luke, y asentí.

—Molly me acaba de escribir, ya han recogido a Brenda y van de camino —me informó Alexis cuando Luke puso el coche en marcha.

—Justo, en media hora llegamos al recinto.

—Estoy deseando, de verdad. Muchas gracias por aceptar acompañarnos, Eli —me dio un abrazo.

—Esto me lo apunto para cuando yo, necesite algo —sonreí.

—Lo que sea, me puedes pedir lo que sea. Te haré de canguro gratis cuando seas madre.

—Con eso contaba antes de aceptar acompañarte al concierto —reí.

—¿Quieres que te limpie la casa?

—¿Y para qué están las chicas del servicio a las que pagan mamá y papá?

—Vale, pues... No sé, ¿qué quieres?

—Ya pensaré en algo, no te preocupes que no se me va a olvidar.

—A quién no se le va a olvidar este día, es a mí. No sabes las ganas que tenía de ver a Mindy en concierto. He visto vídeos que ha subido la gente a Internet, y si así es una pasada, verlo en vivo tiene que ser impresionante.

—Pues espero que lo disfrutes, cariño, cosas como estas son las que hacen que albergues los mejores recuerdos —le besé la sien.

—Eres la hermana mayor más guay del mundo.

—No tienes otra hermana mayor —sonreí, y vi por el retrovisor que Luke también lo hacía.

—Si tuviera más hermanas, tú serías la mejor. Molly y Brenda solo tienen hermanos pequeños, y dicen que ojalá tuvieran una hermana como tú.

—Salvo cuando me pongo seria contigo, que sé que en esos momentos no me quieres tanto.

—También, pero solo porque sé que lo haces por mi bien.

Así era, todo lo que hacía por mi hermana pequeña, era por su bien.

Llegamos a las siete y media al lugar donde se celebraría el concierto y Alexis no tardó en ver a sus amigas acompañadas del padre de Molly. Bajamos del coche y fuimos hacia ellas, que la esperaban para fundirse en un abrazo lleno de gritos mientras hablaban.

—Papá, ella es Elisabeth, la hermana de Alexis —dijo Molly.

—Encantado, soy Paul —el hombre, que debía tener unos cuarenta años, me tendió la mano y se la estreché.

—Igualmente.

—Molly me dijo que no era necesario que me quedara al concierto.

—No —sonreí—. Nosotras las acompañaremos —señalé a Roxana y Kaila, que llegaron en ese momento—. Son mis chicas de seguridad.

—Entiendo, sois hijas de un importante congresista —sonrió Paul—. Vendré a buscarlas cuando acabe. Divertíos. Adiós, hija —le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Adiós, papá. Te quiero —dijo ella, y ese hombre se derritió de amor.

Cuando se marchó, fuimos a comprar chuches y unos perritos calientes con refresco para comer antes de entrar. Mientras mi hermana y sus amigas hablaban sentadas apoyadas en una pared del recinto, nosotras tres estábamos al tanto de lo que hacían Luke y los otros compañeros que habían venido con ellos.

Kaila comentó que el padre de Molly era bastante atractivo y dijo que su esposa era afortunada.

—Es viudo —dije.

—¿En serio?

—Sí, la madre de Molly murió hace unos cuatro años, ella tenía once y su hermano pequeño dos. El padre se encargó solo de sacarlos adelante.

—A ti te ha gustado el papá sexy —canturreó Roxana.

—Me ha parecido guapo, sí.

—Pues cuando venga a por las chiquillas, acércate mujer, que igual ligas.

—Anda ya, Roxana —rio.

Mi móvil sonó y vi que era Alan, decía que estaban a cinco minutos de llegar al lugar del concierto.

—Mírala qué sonrisa, eso es por su escolta favorito —comentó Roxana, mientras daba un sorbo a su refresco.

—Calla, que te puede oír mi hermana —murmuré.

—Lo dudo, está súper entretenida con sus amigas escuchando canciones de Mindy Blue.

Sí, las tres estaban sentadas con un móvil en la mano escuchando la música de su cantante favorita.

Alexis sonrió al mirarme y a mí me gustaba verla así de feliz. Yo pasé por lo mismo que ella, yo también quise ir a conciertos y a fiestas y no podía porque no había una hermana mayor que

me acompañara.

El coche en el que Alan y J.J. solían ir acompañando a mi padre paró justo detrás del coche de Clive y las otras dos chicas de seguridad. Ambos bajaron, saludaron a todos y Luke señaló hacia donde estábamos nosotras.

Alana comenzó a caminar y nosotras tres nos levantamos.

—Bienvenido al concierto de Mindy Blue, jefe —dijo Roxana—. Te lo vas a pasar bomba aquí rodeado de adolescentes.

—No sé si son más peligrosas ellas, o tú —Alan arqueó la ceja.

—¿Yo? —Roxana se llevó la mano al pecho, fingiendo estar ofendida— Soy un ángel al lado de muchas de ellas.

—Qué valor —resopló Kaila, y me eché a reír.

—Luke me ha dicho que ha hablado con los de seguridad del recinto, nos permiten entrar y ocupar diferentes puntos. ¿Puedo fiarme de que no os perderemos de vista durante dos horas y media? —Miró hacia mí.

—Pero no me mires, que soy el menor de tus problemas —fruncí el ceño.

—Pequeña, tú eres mi prioridad —hizo un guiño.

—A ver, tortolitos, que, si queréis, nos quedamos nosotras con las niñas y podéis ir a un hotel o algo así.

—Roxana —protesté.

—Vale, era broma. Venga, jefe, a tu puesto con los demás. Y, tranquilo, que nosotras vigilamos a tu chica, a Alexis y las otras dos niñas. Nos vemos aquí a la salida del concierto.

—Cualquier cosa, llamáis —nos pidió, y las tres asentimos.

Fuimos hacia donde esperaban mi hermana y sus amigas, les dijimos que íbamos a la entrada para esperar en la fila, pues en unos minutos abrirían las puertas para ir accediendo, y así fue.

A las ocho en punto entrábamos las seis para ir a las localidades que el padre de Molly había comprado para esa noche. Le dije a Alexis que pidiera las mejores, y Paul había cogido cerca del escenario, de modo que ella y sus amigas iban a ver a Mindy Blue más cerca de lo que imaginaban.

Nos entretuvimos allí con otros grupos de fans haciendo fotos, cantando y preparando algunos regalos que iban a hacer llegar a la cantante, y a las nueve en punto, las luces del escenario se apagaron y comenzó a sonar una melodía que hizo que todos los fans allí reunidos, gritaran.

—Este es su último tema —gritó mi hermana emocionada.

Mindy Blue, que no debía tener más de veinte años, apareció en el centro del escenario y cuando el foco la iluminó a ella, comenzó a cantar.

Todo el mundo aplaudía y cantaba al unísono, ella sonreía y animaba a su público.

—Dios mío, qué mayor me siento ahora mismo —dijo Roxana—. Tengo veinte años más que muchas de estas niñas, y podría ser la madre de muchas otras.

—Pues yo acabo de volver a mi adolescencia —sonrió Kaila—, cuando estuve en el concierto de Eros Ramazzotti con mi madre. Nos encantaba ese hombre.

—¿Ya no te gusta? —pregunté.

—Sí, me siguen gustando todas sus canciones. Eso nunca dejará de ser así. Pero es que cuando tienes quince años y ves en persona a su ídolo musical, es una experiencia única.

—Díselo a todos estos fans. Mira Alexis, lo está dando todo —rio Roxana.

Mi hermana cantaba y bailaba con sus amigas, hacían fotos y grababan vídeos de todo lo que podían.

Si me preguntaran si me arrepentía de haber aceptado ir a ese concierto, diría que no, porque el simple hecho de ver a Alexis así de feliz, hacía que mereciera la pena.

Capítulo 22



Elisabeth

Mindy hizo un alto en el concierto tras varias canciones para dar las gracias a las más de veinte mil personas que habían ido hasta allí esa noche para su último concierto de la gira, momento en el que algunos les pidieron que bajara para darle sus regalos.

—Dadme un momento que tengo que bajar por detrás del escenario —dijo ella.

Y mientras lo hacía seguía hablando, diciendo que le encantaba recibir todos esos mensajes de cariño que le enviaban a través de sus redes, que estaba súper feliz por todo el apoyo que recibía y que sin ellos no estaría en ese escenario.

Paseó saludando y cogiendo de la mano a muchos de los fans que estaban ahí en las primeras filas, se detuvo a hacerse fotos y vídeos, y recogió todos los regalos que le entregaron.

—Se está acercando —dijo Brenda, la amiga de mi hermana—. Venga, saca el marco, Molly.

—Ya voy, espera, que lo tengo en la mochila.

—¿Qué habéis traído vosotras? —curioseé.

—Le hemos hecho un retrato —contestó mi hermana—. Bueno, en realidad son tres retratos, cada una hizo uno, y lo hemos enmarcado.

—Pues hay que hacer que coja ese regalo —dijo Roxana, y la vi subirse a la valla—. ¡¡Mindy!! —empezó a gritar cuando estaba cerca de nosotras— ¡¡Mindy, aquí tienen un regalo para ti!!

—Roxana, por tu madre, baja de ahí —le pidió Kaila.

—Calla, joder, que las niñas tienen un regalo para ella.

—¡Mindy, ven aquí, bonita!

—¡Roxana! —grité.

—¿Me acaban de llamar bonita? —preguntó Mindy.

—Ay, la hostia —Kaila se llevó la mano a la frente.

—Sí, sí, he sido yo —Roxana ya estaba agitando la mano—. Ven, que tienes aquí un regalo esperando.

—¡Hola! —gritó Mindy a modo de saludo.

—Hola, bonita —sonrió Roxana—. Ellas son Alexis, Molly y Brenda —señaló todas—. Fans tuyas cien por cien. Mira, mira qué monas van con las camisetas a juego.

—¡Es verdad! Por favor, muero de amor, chicas —dijo, y no dudó en acercarse para darles un abrazo grupal a las tres.

—Estas ya no se lavan la cara en la vida —susurró Roxana a mi lado.

—Tenemos un regalo —dijo Molly, con el marco envuelto en papel de regalo en la mano, y se lo entregó.

—Vaya, este es grande. A ver, voy a abrirlo —Mindy rompió el papel y cuando descubrió lo que había, se quedó sin palabras—. Chicas, esto es precioso. ¿Dónde hay una cámara, Phil? —le preguntó al hombre que iba a su lado, que debía ser el escolta, y este señaló una— Enamorada estoy ahora mismo con estos retratos. Y van firmados por ellas, mis fans, Alexis, Molly y Brenda. Gracias, chicas, lo pondré en mi estudio. Me veo mejor que en algunas fotos —sonrió.

—Nos alegramos de que te guste, los hicimos con mucho cariño.

—Gustarme, se queda corto. Me encantan. Phil, dame un rotulador —le pidió, y este le dio uno grueso y negro—. Vale, acercaos más que os firmo las camisetas.

—¿En serio? —preguntó Molly.

—Claro que es en serio. Y ahora nos tomamos unas fotos —hizo un guiño, y mi hermana me miró en ese momento con la cara de sorpresa y felicidad a partes iguales.

Mindy firmó las camisetas, se hizo un par de fotos con cada una y otras dos con las tres juntas, las abrazó y dio un par de besos y regresó al escenario, donde siguió cantando durante el resto de la noche para deleite de todos sus fans.

Alexis estaba feliz y emocionada, igual que sus amigas, y las tres no hacían más que mirar las camisetas sin poder creerse que su cantante favorita hubiera estado tan cerca de ellas.

Cuando acabó el concierto, Mindy dijo que no se fuera nadie sin recoger en los stands que habían puesto a la entrada un regalo que habían preparado para cada uno de los fans que estaba allí.

Así que las más de veinte mil personas que nos habíamos reunido en ese lugar, pasamos por los stands y nos entregaron una caja de tamaño mediano con una foto de Mindy.

Al abrirla encontramos una camiseta de la gira con todas las fechas de sus conciertos por detrás, una foto firmada, una pulsera de la gira y la carátula de su nuevo álbum en miniatura, también firmada.

Roxana y Kaila les dieron las suyas a Molly y Brenda, y yo se la di a Alexis.

Encontramos a Paul hablando con Luke en nuestro coche, y cuando le preguntó a Molly qué tal se lo habían pasado, empezaron a contarle las tres emocionadas y entre gritos el momento en el que la tuvieron a solo unos centímetros.

—Y le han encantado los retratos, papá —dijo Molly.

—Es que eran una pasada, os voy a dar una foto mía para que me retratéis. Y otra de Kaila —comentó Roxana.

—Claro, así practicamos —sonrió Alexis.

—Son unas artistas —aseguró Paul—. Tienen talento más que de sobra.

—Lo hemos visto —dije pasando el brazo por los hombros de mi hermana—. Hora de irse a casa, cariño.

—¿Puede quedarse a dormir en mi casa? —preguntó Molly— Brenda se queda, mañana desayunaremos gofres, que a mi padre le salen buenísimos.

—Alexis, esto no lo hablamos con mamá y papá, y no puedo dejarte ir.

—Lo sé, pero las chicas querían intentarlo.

—Solo van a dormir, te doy mi palabra de que tu hermana estará bien —me dijo Paul.

—No lo dudo, de verdad, pero no creo que a mis padres no les gustara la idea. Ya sabes lo que nos costó convencerlos para venir al concierto. Si no hubiera dicho que yo os acompañaba...

—¿Y si se queda un escolta vigilando?

—Molly, cariño, no podemos pedir que alguien se pase la noche en un coche en la puerta de casa —dijo su padre.

—Esta gente, y me incluyo, ha pasado las noches en peores condiciones —comentó Luke con una sonrisa—. Jefe, ¿tú qué dices?

—No quiero que mis padres se enfaden, chicas, bastante que me han dejado venir al concierto —miré a mi hermana, y no lo estaba diciendo para ver si yo la dejaba irse con ellas—. Dejadme que los vaya convenciendo para ir a tu casa a pasar la noche de Halloween el mes que viene —sonrió mirando a Molly.

—Vale, sí, porque esa noche hay que cenar pizza y ver pelis de miedo —contestó su amiga—. Gracias por acompañarnos hoy, Elisabeth. Ha sido la mejor noche de mi vida —me dio un abrazo.

—Sí, la mía también —Brenda me abrazó y ambas se despidieron de mi hermana.

Subimos al coche y Luke lo puso en marcha para volver a casa.

—No voy a tener vida suficiente para agradecerte esto, Eli —dijo abrazándome.

—¿Te lo has pasado bien?

—Ha sido una noche increíble —sonrió.

—Pues ya me doy por recompensada —le besé la frente.

El camino lo hicimos en silencio y así, abrazadas la una a la otra. Cuando llegamos a casa nos despedimos en la entrada, dejé a mi hermana allí y fui hacia la mía acompañada por las chicas.

—Una buena noche, jefa —dijo Roxana, pasándome el brazo por los hombros—. Pero el próximo sábado, salimos a un sitio de mayores.

—Mientras no me dejéis beber más de la cuenta, todo controlado —sonreí.

—Tranquila, tú, solo refrescos.

—Tampoco es eso, bruja —reí.

—Encima que no queremos que luego acabes con lapsus de memoria —Kaila volteó los ojos.

—Buenas noches, chicas —me despedí cuando llegamos a la zona por las que ellas se iban al edificio donde estaban sus apartamentos—. Nos vemos el lunes.

—Espera, ¿no vas a invitarnos a desayunar mañana? —Roxana arqueó la ceja.

—Creo que no va a estar sola —sonrió Kaila, y me encogí de hombros.

—Vamos a tener que buscarnos un hombre decente nosotras también. El *Satisfayer* es un buen amante, pero necesito más —suspiró Roxana.

—Mañana os busco un novio por Internet, no os preocupéis.

—Oye, no, prefiero que me presentes al chico ese tan mono de la petrolera, el de Recursos Humanos.

—¿Te gusta Clark, Roxana? —preguntó Kaila.

—Es mono, sí. Y para una aventurilla...

—Me voy a casa —reí—. Descansad, nos vemos el lunes.

—Adiós, jefa. No te digo que descanses, porque me da en la nariz que, esta noche, no vas a descansar mucho —rio Roxana.

Llegué a mi casa, entré y me serví una copa de vino que tomé mientras leía el mensaje que me acababa de dejar mi madre.

Mamá: *Cariño, tu hermana ha entrado feliz, sonriente y emocionada, todavía sigue contándole a tu padre todo lo que ha vivido en el concierto. Sé que siempre te digo que no tienes que consentirla tanto, pero gracias por haberla acompañado. Alexis tiene suerte de que seas su hermana mayor. Te quiero, Elisabeth, que descanses.*

Sonreí antes de dar un sorbo más al vino, mi madre entendía que yo fuera así con Alexis porque sabía cómo era la vida de una chica adolescente con un padre congresista.

Muchas de las cosas que las demás chicas de mi clase hacían yo no podía hacerlas, y por eso procuraba que mi hermana pequeña sí viviera la adolescencia de un modo diferente al que yo viví.

Escuché unos golpecitos en la puerta que daba al exterior, y sonreí al ver a Alan allí. Aún llevaba el traje de trabajo, tenía la mano izquierda en el bolsillo y con la otra abrió un poco la puerta.

—Hola —sonrió asomando la cabeza.

—Hola —sonreí a mi vez, negando.

—Me pareció escuchar que estabas en problemas y necesitas un escolta.

—Mira que eres bobo —reí—. Pasa, antes de que te vea alguien —dije, y Alan entró cerrando tras él.

Se acercó a mí con pasos lentos y mirándome fijamente. Al llegar a mi lado, se inclinó apoyando una mano en la encimera y la otra en el respaldo del taburete, no tardé en sentir sus labios sobre los míos en un beso que no sabía que podía llegar a echar de menos.

—Así que quieres desayunar mañana conmigo —susurré cuando se apartó, volviendo a clavar su mirada gris en la mía.

—Sí.

—Bueno, pues, buenas noches. Duermes en el sofá, que creo que es cómodo, ¿verdad?

—Pequeña, no voy a dormir en ese sofá cuando puedo hacerlo en la cama contigo, abrazándote, después de hacer que tengas al menos tres orgasmos.

—¿Es una amenaza?

—No, es una promesa y, ¿sabes? —se acercó a mí oído y noté que me estremecía— Yo siempre cumplo mis promesas —susurró antes de besarme el cuello.

—¿Siempre? —pregunté arqueando la ceja, mirándolo por encima del hombro.

—Siempre.

Capítulo 23



Elisabeth

Alan me besó de nuevo en los labios al mismo tiempo que me cogía en brazos para llevarme a la habitación.

En el momento en el que me dejó en el suelo junto a la cama, lo ayudé a desnudarse y él sonrió.

—Parece que has vuelto a cogerle el gusto a eso de sonreír —dije, quitándole la corbata.

—Tú haces que sonrío, pequeña —contestó besándome en la frente y me quitó la camiseta para después llevar ambas manos a mi espalda y quitarme el sujetador.

Seguimos desnudándonos el uno al otro entre besos y caricias, y cuando ambos estuvimos libres de esas capas de ropa que hacían de barrera entre nosotros, nos abrazamos sintiendo ese calor que desprendían nuestros cuerpos.

Notaba las yemas de los dedos de Alan acariciándome la espalda y sentía cómo se erizaba cada centímetro de mi piel. Seguíamos besándonos y parecía que ninguno de los dos quería moverse, como si ese simple gesto, el besarnos y estar abrazados, fuera suficiente.

Fui yo quien dio el primer paso, llevé las manos hacia su torso y comencé a bajarlas despacio, acariciándolo. Cuando llegué hasta la V que formaban sus caderas seguí bajando y envolví con una mano su miembro.

Estaba excitado y me recibió con un leve saltito que me hizo sonreír. Moví la mano de arriba abajo despacio y Alan gimió en mi boca, llevando su mano a la parte baja de mi espalda para atraerme más hacia él.

Solo unos segundos después noté su mano en el muslo, yendo despacio hacia el interior hasta que deslizó los dedos entre mis labios vaginales y comenzó a tocarme.

Yo también gemí en su boca y me estremecí de pies a cabeza con ese contacto. Alan sabía bien dónde y cómo tocar exactamente para hacer que me excitara y perdiera la cabeza dejándome llevar por el deseo y el placer.

Me aparté de sus labios, lo miré a los ojos y pasé la lengua por mis labios, mordiendo el inferior de un modo juguetón. Dejé un beso en su torso y cuando vio que empezaba a arrodillarme, retiró la mano de entre mis piernas y me miró fijamente, como hacía yo.

Deslicé la lengua por toda la longitud de su miembro erecto, separé los labios y lo acogí en mi boca para darle ese placer que sabía que él quería sentir en ese momento.

Alan llevó la mano a mi mejilla y la acarició, dejando después caer la cabeza ligeramente hacia atrás mientras me dejaba hacer a mí.

Disfrutó de cada segundo que mis labios envolvieron su masculinidad, y tras apartarme, me cogió por la cintura para recostarme en la cama, colocándose entre mis piernas para hacerme temblar mientras lamía mi zona íntima con su lengua de manera lenta y tortuosa.

Me movía al ritmo que marcaba con ella, lamiendo y penetrándome, mordisqueando mi clitoris de vez en cuando, solo para escucharme gemir y gritar de placer.

Y cuando ambos fuimos conscientes de que se acercaba mi primer orgasmo, noté que me agarraba por las nalgas de modo que su rostro quedó aún más cerca de mi sexo y me corrí gritando con todas mis fuerzas.

Cuando acabó me dio un beso en el interior del muslo y se colocó sobre mi cuerpo para besarme mientras me acariciaba el cabello.

—Un orgasmo, quedan dos —dijo haciéndome un guiño.

Lo vi abrir el cajón de la mesita donde tenía el *Satisfayer*, y sonrió mientras lo ponía en marcha.

—Voy a tener que esconder ese trasto —reí.

—Compraré dos para tenerlos a mano.

Gemí al sentir la vibración en el clitoris, Alan se inclinó y comenzó a lamer y mordisquear uno de mis pezones, tirando de él y haciendo que gritara mientras me agarraba con fuerza a la ropa de la cama y arqueaba la espalda.

Se deleitó con sus juegos y mis gemidos durante varios minutos hasta que volví a llegar al clímax, por segunda vez.

—Vamos a por el tercero, pequeña —dijo antes de besarme en los labios.

Me pidió que me colocara de rodillas en la cama con los codos sobre la almohada, elevó mis caderas y así me penetró, con fuerza y tan profundamente, que el grito que salió de mis labios estaba segura que se había escuchado por todo el recinto.

Nos movíamos al unísono, él penetrándome y yo acercando mis caderas a las suyas en busca de más y más placer.

Noté la mano de Alan deslizándose por mi vientre hasta que cubrió mi zona íntima con ella, separó mis labios vaginales y con el dedo corazón comenzó a tocarme el clítoris, al tiempo que me penetraba sin parar.

Y así, en apenas unos minutos, tras varias penetraciones fuertes y profundas más, noté que de nuevo se formaba el orgasmo en mi vientre, dejé caer la cabeza hacia atrás y Alan buscó mis labios para besarme.

Alcanzamos el clímax al unísono, gimiendo y gritando en la boca del otro mientras nuestros cuerpos se sacudían estremecidos por el placer que nos entregamos el uno al otro.

Cuando acabamos Alan se dejó caer sobre mi espalda, rodeándome con el brazo y besándome el cuello. Ambos teníamos la respiración entrecortada y cuando recobramos el aliento, se retiró y nos recostamos en la cama, mirándonos el uno al otro.

Me besó mientras con la mano en mi cadera me atraía hacia él, sonreí y dejé que me abrazara, apoyando mi mano en su pecho, notando el fuerte y rápido latido de su corazón.

—Estoy como si viviera un sueño —dije mientras dibujaba pequeños círculos en su pecho.

—¿Un sueño? —preguntó, separándose un poco para mirarme.

—Sí, porque no pensé que tú y yo alguna vez estuviéramos así.

—Yo tampoco, te lo aseguro —me dio un beso en la frente—. Eres la hija de mi jefe, un congresista nada menos, y tú eres una empresaria exitosa, ¿qué podía ofrecerte yo?

—¿Además de tu cuerpo y unos orgasmos increíbles? —Arqueeé la ceja.

—Es bueno saber que, a mis cuarenta y cinco años, soy un objeto sexual para ti, señorita Paton.

—No —reí—. Eres más que eso, Alan.

—Ah, vale.

—Hablo en serio. Ya no solo porque te preocupes de que mi placer esté por encima del tuyo.

—Es que eso es básico, pequeña, el hombre que no se centre en el placer de su mujer primero, es un jodido egoísta.

—Tengo tres ex novios así, y un amante reciente...

—No me hables del secretario de la senadora —frunció el ceño—. Cuando vi que te seguía al cuarto de baño anoche, a punto estuve de abrir la puerta y darle un puñetazo.

—No habría sido necesario. Pero vale, no hablemos de él.

—Mejor.

—¿Por qué pensabas que no serías bueno para mí? —pregunté acariciando su pecho de nuevo.

—No soy empresario, tampoco es que vaya a ser candidato a algún cargo en política. No soy el yerno perfecto.

—Yo no quiero un marido que se dedique a la política, eso para empezar. No quiero que mis hijos tengan la vida tan protegida que yo tuve durante diez años, hasta que cumplí los veinte, esa que Alexis tiene desde que nació y que aún tendrá cinco años más. Quiero que puedan ir tranquilos a una fiesta con amigos, salir al cine y cenar sin que tengan que llevar escoltas.

—¿Te vale un jefe de seguridad? —curioseó con una leve sonrisa.

—Me vale —lo miré sonriendo—. Y hablo en serio, Alan. Contigo siento que mi vida sería perfecta. Nunca pensé que sentiría algo por ti, y cuando tenía dieciocho años un día te vi, y algo cambió.

—A mí me pasó lo mismo, pequeña. Siempre te vi como esa niña de diez años que conocí en mi primer día de trabajo, y cuando tenías veinte años, simplemente, vi la mujer que tenía delante. Y te quise para mí, pero me dije una y mil veces que no, no podría ser. No solo porque tengo quince años más que tú, sino por quién es tu padre.

—Mi madre me ha dicho muchas veces que el amor puede ser lo más doloroso que una persona puede experimentar si no es correspondido.

—Lo es.

—Tú tenías novia cuando empezaste a trabajar para mi padre. Creo que alguna vez te vi con ella —frunció el ceño.

—La tuve, sí —noté que se tensaba.

—¿Qué pasó? ¿Rompisteis?

—No quiero hablar de eso —me dio un beso en la frente—. ¿Tienes hambre? Puedo prepararte unos sándwiches de jamón y queso calientes, buenísimos.

—Buena manera de cambiar de tema —suspiré—. Vamos, que me has abierto el apetito al nombrar esos sándwiches —lo besé y me levanté de la cama.

Cogí una camiseta de la cómoda y me la puse, Alan se puso el bóxer y antes de que pudiera salir de la habitación me cogió por la muñeca atrayéndome hacia él, de modo que me rodeó por la cintura con el otro brazo.

—Algún día te hablaré de esa parte de mi pasado —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Te lo prometo, pequeña —apoyó su frente en la mía.

—No quiero que pienses que soy una celosa, o algo así, pero —me encogí de hombros—, no serías el primer hombre al que su ex lo busca después de años de haberlo dejado.

—Si eso es lo que te preocupa, ella no volverá a buscarme, y yo a ella tampoco. Eres tú la mujer que quiero en mi vida, Elisabeth, solo tú, quiero que lo tengas claro.

Sonreí dejando que me abrazara y cuando me dio otro beso en la frente entrelazó nuestras manos para ir a la cocina.

Sacamos todo lo necesario para que preparara esos sándwiches que había mencionado, serví un par de copas de vino y cuando tuvimos la cena preparada, nos sentamos en los taburetes a comer.

—Hum, sí que está bueno, sí —dije tras dar el primer bocado—. ¿Sabes cocinar algo más, aparte de sándwiches calientes de jamón y queso? —curioseé.

—Tortillas, huevos revueltos, bacon crujiente...

—Vale —reí—, la cocina no es lo tuyo, entonces.

—No es mi fuerte, no —sonrió.

—Ok, entonces, en un hipotético futuro, tú y yo casados, tendríamos que tener una cocinera en casa que nos echara una mano, porque a mí se me da bien cocinar, pero no tan bien como a Julia —volteé los ojos.

—Entonces nos plantearemos quitarle a Julia a tus padres, tendremos que hacer un plan estratégico para ello —dijo dando un bocado a su sándwich.

—¿Quieres que mi padre te odie? No solo le robas a su niña, sino que, además, le robas a la cocinera. Creo que te prohibiría la entrada en su casa de por vida —resoplé.

—Podría vivir con ello, siempre que tú no me dejaras —me dio un beso.

Terminamos de cenar entre risas, porque si algo tenía Alan, aunque hubiera estado durante años sin verlo, era un lado divertido y risueño que me encantaba.

Después de recoger todo, mi escolta favorito, que así lo había llamado Roxana, me cogió en brazos para llevarme a la habitación, y una vez allí volvió a besarme, acariciarme y hacerme vibrar durante horas mientras gemía y gritaba presa del placer que ese hombre me daba, entregándose a mí en cuerpo y alma, tal como yo lo hacía.

Capítulo 24



Elisabeth

Después de un lunes de trabajo relativamente tranquilo, y habiendo despejado la agenda para tener la tarde libre, salí de la oficina y vi a Luke esperándome junto al coche, mirando algo en su móvil.

—Necesito que me lleves a un sitio —dije, llamando su atención.

—Donde la señorita me pida —hizo una reverencia.

—¿A dónde vamos, jefa? —preguntó Roxana, que salía detrás de mí, junto con Kaila.

—A un funeral.

—Hostia, dime que es una broma —me pidió Luke.

—No lo es. El otro día vi en las noticias que la madre de Travis falleció tras varios años luchando con un cáncer de mama. Quiero ir a darle mis condolencias.

—Travis, ¿el que salió contigo seis meses y te dejó porque ibas a ser más famosa que él? ¿Ese Travis?

—Sí, Roxana, ese. No conozco a ningún otro Travis —volteé los ojos.

—Lo siento por su madre, pero él no merece que vayas a verlo.

—Voy a ir, no le guardo rencor, aunque me alegraría si me contara que es impotente —me encogí de hombros y los tres se echaron a reír.

Subí al coche y cuando Luke ocupó su lugar, lo puso en marcha y le di la dirección donde se

celebraría el funeral.

Me había puesto un traje negro con una camisa gris oscura, llevaba las gafas de sol en el bolso y cuando llegamos al lugar, me las puse antes de que Luke me abriera la puerta.

—Esperadme aquí, saldré cuando acabe —dije, y él asintió.

Caminé hacia la entrada de aquella iglesia que, si no recordaba mal, estaba cerca de la casa de la madre de Travis, entré y el murmullo de la gente se escuchaba en cada rincón, en cada banco, pues eran muchos los que estaban ahí para dar el último adiós a aquella mujer que, me constaba, era muy querida en su comunidad y por todo su entorno.

Travis estaba en el banco de primera fila, sentado con ambos codos apoyados en sus rodillas, mirando hacia el féretro en el que reposaba el cuerpo de su madre.

Estaba solo y sin duda perdido en sus pensamientos.

Respiré hondo, fui hacia él y me senté a su lado.

—Travis, lo siento mucho —dije cogiendo su mano, y no hizo falta que me mirara para que supiera que me había reconocido.

Apretó mi mano con la suya y no tardó en posar la otra encima, como solía hacer cuando nos sentábamos juntos en el salón de su casa para ver la televisión.

—¿Qué haces aquí, Eli? —preguntó.

—Acompañarte.

—No lo merezco, rompí contigo hace cinco años.

—Y te sigo odiando por eso.

—No esperaba menos —lo vi sonreír levemente.

—Pero sé cuánto querías a tu madre, y a mí me caía bien. Solo quería despedirme de ella.

—Gracias, siempre fuiste una buena persona. Cuando rompí contigo, mi madre dijo que no me merecías. Se preocupó más por ti que por su propio hijo —dijo mirándome al fin—. Nunca me perdonó que te dejara.

—Es que me hago querer —sonreí—, eso dice siempre mi madre.

—Y dice la verdad, preciosa —Travis me acarició la mejilla como hizo tantas veces años atrás, pero yo no sentí lo mismo.

Habían pasado cinco años desde que rompió conmigo por el simple hecho de que yo sería CEO de una empresa y él aún no había logrado todo el éxito que tenía ahora.

Él había sido nombrado empresario del año los dos últimos, pues consiguió en poco tiempo crear su empresa y amasar una fortuna, esa con la que no pudo parar la enfermedad de su madre, y conociéndolo como lo hacía, estaba segura de que se maldecía por ello.

Se crio sin padre, pues su madre se quedó embarazada cuando tenía dieciocho años de un chico en su último año de carrera que nada quiso saber de ella. Según me contaron ambos, ella siguió trabajando como camarera en aquella cafetería donde había conocido a su padre hasta un mes antes de que Travis naciera, después buscó algo más tranquilo que podía hacer estando en casa cuidando de su hijo.

Nunca más se enamoró, nunca confió en otro hombre y pasó el resto de su vida cuidando de su hijo, al que tanto quería.

Por eso yo no había tenido el corazón de dejarlo solo en un momento como este, porque, aunque sabía que en la vida de Travis había mucha gente, que tenía un centenar de empleados al igual que yo, y que las amistades de su madre lo acompañarían en un día como este, quería estar con él, a pesar del dolor que sentí cuando rompió conmigo, porque yo sí lo quise y me llegué a enamorar de él.

Aunque debía admitir que no lo estuve tanto como sentía que estaba de Alan.

El sacerdote se acercó a él para decirle que iba a comenzar, y Travis asintió.

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí para despedir a Marjorie, una de las mejores personas que todos los presentes tuvimos el placer de conocer.

Travis me dio un apretón en la mano y se lo devolví. Estuvo todo el tiempo en silencio escuchando la misa, hasta que se levantó para ir a decir unas palabras.

—Mi madre solía decir que la vida era un regalo y que teníamos que disfrutarla cada día. Ojalá ella hubiera tenido más tiempo. Me quedaré siempre con esas palabras tuyas en mi memoria, y disfrutaré de mi vida por ella. Sé que se alegraría de saber que estáis aquí para despedirla, ella sabía cuánto la apreciabais y siempre se sintió querida por vosotros. Gracias por venir y acompañarme, gracias por haber sido parte de su vida y hacer que cada día fuera mejor que el anterior.

Bajó con los ojos vidriosos y cuando se sentó de nuevo, buscó mi mano, esa que no le negué. Las entrelazamos y al mirarme, retiró mis lágrimas con el pulgar mientras me sonreía.

El sacerdote continuó con la misa mientras muchas de las mujeres que habían ido a despedir a Marjorie, seguían llorando la pérdida de aquella vecina y amiga con la que habían compartido buenos y malos momentos durante tanto tiempo.

Cuando acabó, acompañamos el féretro al cementerio que había a solo un par de calles. Tras enterrarla, me quedé a un lado mientras Travis recibía el pésame de todos los que habían ido a acompañarlo, hasta que no quedó nadie junto al lugar en el que reposaría su madre.

—Era una buena mujer —dije entrelazando de nuevo nuestras manos—. Y demasiado joven para irse.

—La voy a echar de menos, Eli —murmuró mirando hacia abajo—. La voy a echar mucho de menos.

—Lo sé, pero ella querría que estuvieras bien. Querría que siguieras viviendo, que disfrutaras cada día más que el anterior.

—Tuve una novia después de ti, y no le gustó a mi madre. Decía que debía volver a buscarte, que te dijera lo idiota y estúpido que había sido por romper contigo.

—No habría servido de nada, me dejaste y aunque dolió, entendí que no eras el hombre de mi vida.

—¿Y si lo hubiera sido? —Me miró— ¿Y si no hubiera roto contigo? ¿Qué habría sido de nosotros?

—Posiblemente nos habríamos acabado casando.

—Y mi madre habría podido conocer a nuestros dos hijos.

—¿Dos? Mucho corres tú en cinco años —sonreí.

—Echaba de menos tu sonrisa —me acarició la mejilla.

—¿Y ahora? ¿Hay alguien en tu vida?

—No, vivo por y para mi empresa —suspiró—. Mi madre no dejaba de pedirme que bajara el ritmo, pero no lo hice. Eso sí, no la dejé sola con la enfermedad.

—Eso dice mucho de ti, Travis.

—Gracias por venir, Eli. No sabes lo bien que me has hecho estando aquí hoy.

—No he tenido corazón para dejarte solo, aunque esperaba que me dijeras que eres impotente, y así, sentirme un poco mejor por haberte perdido como novio.

—No soy impotente —dijo con una carcajada—. Mi madre estaría feliz de vernos así, como antes. ¿Podrás perdonarme por haber sido un completo gilipollas?

—Solo por admitirlo, te has ganado mi perdón —sonreí—. Tengo que irme, todavía me queda algo de trabajo por hacer.

—Claro —se inclinó para darme un abrazo y me besó en la mejilla—. Gracias por esto, Eli, de verdad.

—No hay de qué. Ya sabes dónde trabajo, si alguna vez pasas por allí, me encantará tomar un café contigo.

—Lo tendré en cuenta.

Caminamos hacia la entrada del cementerio y allí nos despedimos con un abrazo. Luke ya estaba esperándome junto al coche y cara de pocos amigos.

—No ha ido tan mal —le dije con una sonrisa.

—¿Es impotente? Dime que sí, al menos que me pueda alegrar de que te dejara.

—No lo es.

—Vaya por Dios —suspiró.

Subí al coche y cuando cerró la puerta, vi que Travis seguía allí, se despidió de mí levantando la mano y le devolví el gesto.

Luke puso el coche en marcha y condujo hasta casa, donde pasaría el resto de la tarde trabajando en el portátil, esperando a que llegara Alan para cenar.

Aquello era ya una rutina, venía prácticamente todas las noches, cenábamos y, después, nos perdíamos entre las sábanas compartiendo besos y caricias, haciendo el amor hasta que el cansancio nos vencía y me quedaba dormida entre sus fuertes brazos.

Capítulo 25



Alan

Los días pasaban y lo mejor de cada uno de ellos, era ella.

Iba a la casa de Elisabeth por la noche, cenábamos y nos dejábamos llevar por las ganas y el deseo que nos teníamos, y me quedaba a dormir con ella.

Hacía años que no dormía de seguido más de esas tres o cuatro horas que venía haciéndolo, pero tenerla a ella entre mis brazos era como un bálsamo que calmaba mis demonios, que no eran pocos.

Habían pasado cuatro días desde que me preguntó por esa novia a la que ella vio en un par de ocasiones, tal vez tres, y sí, el momento de contárselo a ella llegaría, pero aún no, no estaba preparado para volver a esa parte de mi vida.

Llevaba media hora despierto simplemente contemplándola, viéndola dormir plácidamente a mi lado. Elisabeth estaba bocabajo en la cama, cubierta con las sábanas, pero desnuda bajo ellas. Tenía un brazo bajo la almohada y la otra mano sobre ella.

Su rostro era tranquilo, como si supiera que yo velaba sus sueños. Le acaricié el cabello y me incliné para besarle la frente. Ni siquiera se movió, sonreí y la cubrí hasta el cuello con las sábanas antes de levantarme.

Eran apenas las cinco y media de la mañana pero ya no volvería a dormir, lo sabía.

Entré en el cuarto de baño, abrí el agua de la ducha y me metí bajo ella, apoyando ambas manos en la pared e inclinando la cabeza hacia abajo con los ojos cerrados.

Cuando los recuerdos volvían a mi mente, agolpándose por secuencias, notaba cómo mi cabeza luchaba porque me despertara para salir de ellos. Y lo hacía, cada vez que revivía cada instante, despertaba de golpe y me costaba unos segundos reaccionar para saber dónde estaba.

Notaba el agua caliente recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, destensando los músculos y aliviando lo que los sueños me hacían revivir.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí quieto, y abrí los ojos cuando unas manos pequeñas y suaves comenzaron a deslizarse por mi torso. Miré por encima del hombro y vi a Elisabeth a mi espalda, sonriendo, dejando un tierno beso en ella.

—¿Qué haces despierta? Es temprano aún —dije apartándome de la pared para rodearla con mis brazos.

—Son casi las seis —respondió, poniéndose de puntillas para besarme.

Y lo que empezó siendo un breve beso en los labios, se convirtió en un apasionado momento de intercambio de besos y pequeños mordiscos en los labios.

Nuestras lenguas se buscaban mutuamente y se encontraban, al mismo tiempo que las manos de Elisabeth acariciaban mis hombros y la nuca, y las mías se deslizaban por su espalda y esas suaves y turgentes nalgas.

No tardé en excitarme y mi miembro se puso en pie de guerra. Me seguía sorprendiendo lo mucho que esa mujer me hacía sentir, el modo en el que mi cuerpo reaccionaba a ella y en cuestión de unos pocos segundos ya estaba listo para la acción.

Pero ella era lo primordial para mí, su placer era y siempre sería el mío, y me dedicaba en cuerpo y alma a complacerla.

Cuando me confesó que ninguno de esos hombres con los que había estado le había hecho sentir un orgasmo, esa parte primitiva que habita en cada hombre del mundo se alegró, pues yo sería el primero en dárselo. Y lo hice, y desde que aquella noche, no había dejado de hacer que disfrutara del placer y que liberara el clímax tantas veces como me fuera posible concederle.

Era algo sublime para mí verla en ese estado febril y de extrema excitación, el modo en el que cerraba los ojos, cómo se mordisqueaba el labio de manera inconsciente, sentir su piel erizada bajo la yema de mis dedos y notar cuando su cuerpo se preparaba para ceder al deseo y correrse de un modo tan increíble.

Llevé mi mano entre sus piernas y cuando deslicé los dedos despacio por su clítoris, gimió en mi boca mientras se agarraba con fuerza a mis hombros. Seguí tocándola como sabía que a ella le gustaba, y es que en las pocas semanas que llevábamos juntos, había aprendido todo lo que necesitaba saber para darle el placer que quería.

La penetré con el dedo mientras jugaba con el pulgar sobre su clítoris, haciendo esos movimientos circulares que a ella la enloquecían. Tembló entre mis brazos y se aferró aún con más fuerza con los suyos alrededor de mis hombros, pegando el torso desnudo al mío.

Sentí sus pezones duros y erectos en mi piel y eso lanzó una punzada de absoluto deseo y excitación a mi miembro, que dio uno de esos pequeños saltitos como decía Elisabeth golpeando en su vientre.

Ella volvió a gemir y no tardé en notar su mano envolviendo mi miembro.

La calma con la que me masturbaba era placentera y al mismo tiempo de lo más tortuosa, pero disfrutaba de cada segundo que compartíamos. Comenzó a mover la mano más rápido de arriba abajo al mismo tiempo que yo la penetraba también más rápido.

Movía las caderas mientras mi dedo entraba y salía de su vagina, llegando tan profundo como podía, y en cuestión de segundos mi chica se deshizo entre mis brazos liberando el clímax.

No esperé a que se disipara aquella sensación que la envolvía y, en un movimiento rápido, la llevé hacia la pared, coloqué sus manos en ella para que se apoyara, le separé las piernas, elevé sus caderas, y embestí con fuerza haciendo que gritara al sentirme dentro de ella.

La mantenía sujeta con ambas manos en sus caderas, moviéndome rápido y fuerte hasta lo más hondo de ella, al mismo tiempo que traía sus caderas hasta mí, quería que me sintiera profundamente, quería que supiera que todo yo era suyo y siempre que ella quisiera lo sería.

—Alan —jadeó dejando caer la cabeza hacia atrás, y no tardé en ver que llevaba un brazo alrededor de mi hombro, entrelazando los dedos en mi cabello para atraerme hacia ella.

Sus labios se posaron en los míos y nos devoramos mientras nos entregábamos al deseo y el placer. Llevé mi mano izquierda a su pecho, ese que masajee haciendo que gimiera de nuevo en mi boca, y comencé a jugar con el pezón entre mis dedos al mismo tiempo que con la mano derecha la llevaba a un nivel superior de excitación tocándole el clítoris.

Y así, mientras yo la penetraba con fuerza y ella movía las caderas para sentirme más y más profundo cada vez, le hice alcanzar un segundo orgasmo que liberó gritando en mi boca mientras me corría al mismo tiempo que ella.

Nos quedamos abrazados y jadeantes bajo el agua unos minutos, y tras aquel excitante y placentero despertar, cogí el bote de gel de baño y puse un poco en mis manos para enjabonar cada centímetro de su maravilloso y sensual cuerpo.

Ella hizo lo mismo conmigo y aquella fue nuestra primera ducha juntos, entre besos y suaves caricias.

Salimos para secarnos, nos vestimos y fuimos a la cocina a preparar el desayuno, algo que ya se había convertido en una rutina para nosotros.

Incluso tenía algo de ropa en su casa, bóxeres y camisas, los trajes los llevaba por la noche

conmigo, algo que vi que era mucho más práctico para poder pasar más tiempo con ella antes de empezar a trabajar.

Nos sentamos en la cocina a tomar el desayuno y me dijo que tenía un par de reuniones con unos posibles clientes nuevos que se habían cansado de la competencia y esos altos precios que les habían puesto ahora, cerca de una nueva renovación de contrato.

Me gustaba escucharla hablar, el modo y la pasión que mostraba ante el trabajo que desempeñaba en la petrolera que fundó su padre.

—Y tú, ¿qué harás hoy? —preguntó tras dar un sorbo a su café.

—Escoltar al Congresista Paton, como siempre.

—Eso ya lo sé —volteó los ojos—. Me refería a dónde iréis.

—Tiene sesión con otros congresistas y después una reunión con un par de jefes.

—Vosotros no entráis a las reuniones, ¿no?

—No, los escoltas nos quedamos fuera. Solo accedemos a esas salas si hay alguna emergencia o algo que requiera que debamos informar a nuestros jefes.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era un mensaje de J.J., diciéndome que el congresista había preguntado por mí.

—Tengo que irme, pequeña —dije poniéndome en pie para darle un beso—. Tu padre quiere salir antes de lo previsto.

—Que vaya bien el día —sonrió de ese modo que tanto me gustaba.

—Siempre que me llevo un beso tuyo, el día va perfecto —le hice un guiño y fui hacia la puerta del salón que daba al exterior.

Al menos nadie me había visto entrar y salir de casa de Elisabeth, lo habíamos hablado el día anterior y por el momento era mejor seguir manteniendo lo nuestro así, sin que sus padres lo supieran.

Aunque en algún momento tendría que sincerarme con el congresista, pues ese hombre siempre se portó bien conmigo y no quería que sintiera que le había fallado.

Llegué a la casa principal y ahí estaban J.J., Leo e Ian esperándome, el congresista salió unos minutos después y tras el habitual saludo de buenos días, subimos a los coches para empezar una nueva jornada.

Capítulo 26



Elisabeth

Aquella había sido una mañana de miércoles de lo más ajetreada, paré el tiempo justo para comer con Mike y aproveché para tomar café con el gestor y entregarle unos papeles.

Pero por suerte había acabado todo y tenía el resto de la tarde libre.

Salía del despacho de coger unas carpetas que iba a revisar en casa, cuando vi a quien menos esperaba ver allí, discutiendo con Cintia.

—Que no puede entrar, no tiene cita y ella está ocupada —decía mi secretaria que estaba de pie y con cara de pocos amigos.

—Me va a atender, quiera ella o no.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Liam? —pregunté, y al escucharme, vino directo a mí.

—Tenemos que hablar —me cogió por el codo.

—O me sueltas, o llamo a seguridad.

—Entra en el despacho, maldita sea —dijo con los dientes apretados, haciendo que volviera dentro.

—Elisabeth, voy a llamar a seguridad.

—No es necesario, Cintia —le contesté, pero una simple mirada hacia la zona del pasillo, donde estaba la sala en la que Roxana y Kaila permanecían mientras estaba trabajando, fue suficiente para que supiera qué hacer.

Entré en el despacho y Liam cerró la puerta con fuerza, me solté y fui hacia el escritorio para poner distancia de por medio.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —grité— Te dije que no quería verte más, Liam, se acabó lo que había entre nosotros.

—No, Eli, no se acabará hasta que yo diga —se acercó de nuevo y volvió a cogerme con fuerza por el codo—. Estoy jodido si esto acaba, ¿entiendes?

—No, no entiendo nada. Y no voy a aceptar tus exigencias.

—Esta noche vas a salir conmigo, vamos a ir a cenar a un restaurante caro, nos van a ver juntos, nos harán fotos algunos periodistas y mañana saldrá en toda la puta prensa que estamos juntos.

—¿Es que te has vuelto loco? No voy a hacer tal cosa. No voy a fingir que hay algo contigo porque no lo hay.

—Necesito que nos vean juntos.

—¿Por qué? ¿Acaso tu vida depende de ello?

—Limitate a hacer lo que te digo, y todo irá bien —mantenía el rostro serio y con los dientes apretados, además de que seguía agarrando con fuerza mi codo y notaba que me hacía daño.

—Suéltame, Liam, me estás haciendo daño.

—Más vale que estés en *Gold Star* a las ocho de esta noche, o te arrepentirás.

La puerta se abrió y pensé que vería a Roxana o Kaila entrando, pero era Luke quien caminó por el despacho a grandes pasos hasta coger a Liam del cuello y apartarlo de mí.

—Ya hemos tenido suficiente paciencia contigo —le dijo mientras lo llevaba hacia la puerta—. Sin cita con la jefa no entra nadie aquí, ¿te queda claro?

—Suéltame, ¿es que no sabes quién soy? —gritó Liam mientras Luke lo llevaba hacia el pasillo.

—Claro que lo sé, el gilipollas que no la deja en paz, ¿te crees que por unos polvos de lástima que ha echado contigo, es tuya para hacer lo que quieras? Pues tengo noticias para ti, no lo es —salió por la puerta del edificio y acabó empujándolo hasta la calle—. Si te vuelvo a ver por aquí, o cerca de ella, no respondo.

—Esto no va a acabar aquí, Eli —me dijo, señalándome.

—No la amenaces —le advirtió Luke.

—Y tú, pronto tendrás noticias de mi abogado.

—¿Vas a denunciarme? —gritó Luke, encarándose a Liam de nuevo— Hazlo, a ver qué motivos pones, pues no te he hecho nada y tengo testigos.

En ese momento me di cuenta de que no solo Cintia estaba detrás de mí, sino que Roxana y Kaila también. Había salido del despacho tan deprisa siguiendo a Luke, que no me di cuenta de que mis dos escoltas debían estar en el pasillo esperando.

Liam fue hacia su coche y antes de subir a él me miró con los ojos cargados de rabia. No sabía qué era lo que quería de mí, pero estaba claro que no iba a parar hasta conseguirlo.

—¿A qué coño ha venido? —preguntó Roxana, suspiré y les conté lo que me había pedido— ¿Cenar contigo y que os vea la prensa? Este tío trama algo —resopló.

—Alan viene de camino —dijo Luke mirando su móvil.

—¿Lo has llamado? —Fruncí el ceño.

—Obvio, ¿qué esperabas? Estáis juntos, ¿no?

—¿Tú cómo sabes...?

—Preciosa, lo sabemos las personas adecuadas.

—Ah, que lo sabe alguien más, genial —volteé los ojos.

—J.J. y Leo son las otras personas adecuadas. Somos algo así como los mejores amigos del jefe —dijo Luke, encogiéndose de hombros—. ¿Pensabas que solo ellas lo sabían? Pues no.

—Son una panda de marujas, jefa —comentó Roxana con una leve sonrisa—. Pero puedes estar tranquila, no dirán nada.

Entré de nuevo en el edificio y fui a mi despacho. Seguía pensando en qué interés podía tener Liam en que la prensa nos viera juntos. Y entonces recordé que el lunes por la tarde me pareció verlo cuando estuve en el funeral de la madre de Travis.

Tenía un leve dolor en el codo por la fuerza que Liam había empleado al agarrarme, y estaba mirando la zona que tenía algo enrojecida cuando se abrió la puerta y al girarme vi a Alan.

—¿Estás bien? Si ese tío te ha hecho algo...

—Estoy bien —le corté, pero vio donde tenía la mano y la retiró para echar un vistazo—. Alan, no es nada, de verdad. Solo me agarró con fuerza.

—Lo mato, te juro que, si ese tío se atreve a volver a acercarse a ti, lo mato.

—No vas a hacer tal cosa, ¿me oyes?

—¿A qué ha venido? —preguntó y parecía un poco más calmado.

Le conté lo que me había pedido Liam y se negó en rotundo a que fuera a cenar con él, algo que desde luego no entraba en mis planes hacer.

Recogí todo y me acompañó hasta la calle, donde no dudó en pedirle a Luke las llaves del coche para llevarme él.

—¿Vas a quitarme el trabajo, jefe? —Luke arqueó la ceja mientras se las daba.

—Solo por hoy.

Alan abrió la puerta del copiloto, me senté y lo vi ir hacia el asiento del conductor. Tras poner el coche en marcha salimos del recinto y condujo en silencio hacia la carretera.

No dije nada cuando supe que salíamos de la ciudad, tampoco por el hecho de ver que agarraba el volante con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos.

Cogió un desvío hacia una zona casi boscosa tras media hora conduciendo, y paró el coche en un acantilado desde el que se veía la ciudad entera a nuestros pies.

Bajó y caminó con las manos en los bolsillos, se detuvo allí a observar y decidí bajar también.

—Alan —dije su nombre en apenas un susurro y le acaricié el brazo cuando me detuve a su lado.

—No sé qué pretende con eso de que os vea la prensa.

—Yo tampoco, pero no pensaba ir esta noche, y ninguna otra.

—Luke me ha dicho que cree que puede demandarle.

—No le ha hecho nada, y por mucho que quisiera mentir, yo tengo claro lo que diría. Luke me estaba protegiendo, es su trabajo —contesté, y Alan asintió—. Me ha dicho que él, J.J. y Leo saben lo nuestro.

—Son de fiar, no le dirán nada a tus padres.

—Lo sé, pero pensé que...

—Pequeña, seguiremos manteniendo esto en secreto hasta que decidamos cómo contárselo, tal como te dije.

—Me siento como Julieta Capuleto —sonreí.

—Eso me deja a mí en el papel de Romeo Montesco —arqueó la ceja—. Solo espero que no pienses en beber veneno.

—No, no —reí—. Yo solo quiero beber de tus labios y disfrutar del sabor de tus besos —le acaricié la mejilla y me puse de puntillas para besarlo.

—Creía conocer el amor hasta que tu belleza sedujo a mis ojos —dijo mirándome fijamente, y reconocí esa frase como una de las que dice Romeo en la obra de Shakespeare.

Sonreí, mantuve mis manos en sus mejillas y sin apartar la vista de él, dije otra frase de esa misma obra que me vino en ese momento.

—Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado.

Porque lo que estábamos haciendo sin duda era una locura, sin contarles a mis padres que había algo entre nosotros.

—Tú eres mi mayor locura, pequeña.

Sentí sus labios de nuevo sobre los míos y cuando se apartó apoyando la frente en la mía, entrelacé nuestras manos y lo llevé de vuelta al coche.

Abrí la puerta del copiloto e hice que se sentara allí, no me lo pensé dos veces antes de quitarme las medias y el tanga bajo su atenta mirada, y me senté a horcajadas sobre él.

Comencé a besarlo y sentí sus manos deslizándose por mis muslos, esas manos grandes y cálidas que agarraron con fuerza mis nalgas moviéndome sobre su miembro.

Desabroché su pantalón y lo liberé, moviéndome sobre él, rozando nuestros sexos mientras nos besábamos hasta que ambos sentimos el irrefrenable de deseo de unirnos.

Alan guio la punta de su miembro a mi vagina, me fue penetrando despacio, poco a poco, centímetro a centímetro, y cuando llegó a lo más profundo de mi ser, nos abrazamos compartiendo un beso de verdadero amor.

Comenzamos a movernos lentamente, disfrutando de ese instante, saboreando el momento y cada segundo que pasaba.

Nos entregamos el uno al otro, y sin palabras nos dijimos lo que necesitábamos saber. Que él era mío, y yo era de él. Que siempre nos tendríamos el uno al otro, y que el nuestro, a pesar de ser una locura, era un amor que no acabaría nunca, un amor eterno.

Alcanzamos el clímax y nos quedamos allí abrazados recobrando el aliento, hasta que me besó en la frente antes de que nos separásemos.

—¿Por qué hemos venido aquí? —pregunté después de volver a ponerme la ropa que me había quitado.

—Aquí vengo cuando necesito un poco de tranquilidad.

—Pues acabamos de hacer algo que, de tranquilo, tiene poco —reí.

—Un bonito recuerdo para cuando vuelva aquí solo.

—¿Eso quiere decir que piensas acabar con esto que tenemos?

—No he dicho tal cosa, pequeña —volvió a cogerme por la cintura para que me sentara a horcajadas sobre él—. Solo que si tu padre no aceptara esto...

—Soy una mujer adulta, y si no lo acepta, me voy contigo donde me pidas —dije sosteniendo sus mejillas y mirándolo a los ojos para que viera que hablaba en serio.

—No podría alejarte de ellos, Elisabeth, son tu familia.

—Quiero hablar con mi padre, quiero contarle lo nuestro.

—¿Estás segura?

—Sí, pero dame un poco más de tiempo.

—Todo el que necesites, amor —dijo besándome, y apoyé su frente en la mía.

—Alan.

—Dime.

—Jamás pensé que podría llegar a quererte como te quiero.

—Y yo tampoco, pensé que siempre serías esa niña que conocí.

—Nada queda de ella —sonreí—, me convertí en mujer hace tiempo.

—Lo sé, y esa fue mi perdición.

Nos quedamos allí unos minutos hasta que el móvil de Alan empezó a sonar. Echó un vistazo y vio que era J.J. quien lo llamaba, suspiró, me dio un beso en la frente y bajó del coche para hablar.

Regresó poco después y lo puso en marcha para volver a casa, al parecer mi padre lo buscaba para hablar con él sobre un viaje que tenía que hacer al día siguiente, y al que Alan y J.J. tenía que acompañarlo.

Nos despedimos volviendo a comernos a besos unas calles antes de llegar al recinto de mi casa, entramos y tras aparcar el coche, él fue hacia la casa principal y yo a la mía.

No sabía cuánto tiempo estarían fuera, pero había prometido escribirme o llamarme cuando pudiera.

Capítulo 27



Elisabeth

Sábado, y por más que les dije a las chicas que prefería quedarme en casa, ellas insistieron en que saliéramos a cenar y tomar algo.

Y ahí estaba, terminando de pintarme los labios antes de coger el bolso para ir a la entrada principal de casa de mis padres.

Me había puesto unos vaqueros negros, un jersey blanco fino con el hombro caído y la una chaqueta de cuero también negra, así como los zapatos de tacón.

Estaba cogiendo las llaves cuando sonó mi móvil y vi que era una llamada de Alan.

—Hola —sonreí como una quinceañera.

—Hola, pequeña.

—¿Tienes la noche libre?

—Ahora sí, hemos acabado hace poco de trabajar. Y tú, ¿qué haces?

—Pues estaba a punto de salir de mi casa, Roxana y Kaila insistieron en que fuera a cenar con ellas.

—Eso está bien, tienes que desconectar del trabajo.

—Eli, ¿vienes o qué? —gritó Roxana desde el salón.

—Ya se ha colado otra vez —suspiré.

—Vas a tener que poner cerradura a esa puerta —rio Alan.

—O mudarme.

—No es mala idea. ¿Me alquilas una habitación?

—Ajá, y con derecho a cocina.

—¡Jefa! Al final nos vamos sin ti.

—Que ya voy, pesada —dijo mientras iba al salón, con el móvil en la mano.

—Ah, que estás hablando con el jefe. Dile que vamos a cuidar de ti y que no te dejaremos probar una sola gota de alcohol —hizo un guiño.

—Dile a Roxana que no me lo creo, pero vale —rio él—. Diviértete, pequeña.

—¿Cuándo regresáis?

—El lunes para la hora de comer estaremos de vuelta.

—Te veo el lunes, entonces.

—Lo estoy deseando. Adiós, pequeña.

—Adiós, Alan.

Colgué y metí el móvil en el bolso.

—Te echa de menos —dijo Kaila con una sonrisa.

—Y ella a él, no hay más que ver cómo sonrío cuando hablan por teléfono —añadió Roxana.

—Voy a poner una cerradura en esa puerta para que no podáis entrar —las señalé con el dedo.

—Yo no quería, le dije que te esperaríamos en la casa, pero ya sabes cómo es —Kaila señaló a Roxana.

—Insistente, lo sé. Anda, vámonos antes de que me arrepienta —dije haciendo que salieran hacia el jardín.

Caminamos hacia la zona de garaje donde tenían todos los coches, subimos al suyo y nos despedimos del chico de seguridad que estaba en la caseta.

Roxana condujo hasta una pizzería en el centro que nos encantaba, aparcamos a unos pocos metros de la puerta y cuando entramos, fuimos directas a la mesa del fondo que había cerca del ventanal que daba a un parque.

—Pizza cuatro quesos, pizza con carne y pollo y una con extra de pepperoni. Todas pequeñas, por favor. Y tres Coca-Colas —pidió Kaila, cuando el camarero se acercó a tomarnos nota.

—Enseguida os traigo las bebidas.

—Gracias.

—Entonces, ¿has tenido noticias del secretario? —preguntó Roxana una vez que nos quedamos solas— Otra vez, quiero decir.

—Además de las seis veces que me ha llamado y no he atendido desde el miércoles cuando exigió que fuera al restaurante, y los quince mensajes que no he respondido, no.

—Tanta insistencia es cuanto menos preocupante. Si te quiere para dar el salto a la política y ve que te escapabas de sus manos, no sé, pero me preocupa que intente algo.

—No lo creo, Kaila, Luke le dejó claro que no siguiera insistiendo.

—Pero lo está haciendo, y sé que no quieres que se enteren Luke y Alan, pero sigo pensando que es lo mejor, ellos podrían cortar de raíz con el problema del secretario.

—Cuando regrese mi padre el lunes de su viaje, hablaré con él. Seguro que puede hablar con la senadora y saber qué le pasa a Liam.

—Bueno, olvidémonos de ese hombre y disfrutemos de la noche de sábado —dijo Roxana, y en ese momento nos trajeron los refrescos, cogió su vaso y lo levantó para que nosotras hiciéramos lo mismo—. Por nosotras.

—Menos mal que son refrescos —sonreí.

—Jefa, a mí no me fastidies la noche, que al menos unos chupitos de tequila tenemos que tomarnos.

—Pero solo uno —respondí—, no quiero beber tanto como la última vez, y tú no debes porque tienes que conducir.

—Te pones en un plan “madre” que no puedo contigo —suspiró—. Compadezco a tus hijos, de verdad que sí.

—Voy a ser una madre estupenda, pero dentro de unos años, no tengo prisa.

—Pues a mí me llama la maternidad —comentó Kaila—. El otro día cuando fui al médico, vi una mujer con un bebé y, no sé, me imaginé a mí misma.

—¿Y tienes candidato, o vas a ir a una clínica con un donante anónimo? —curioseó Roxana.

—La verdad, no me importaría ser madre soltera, pero me gustaría conocer a un hombre que me haga sentir lo que sientes tú con Alan —me miró—. Solo me enamoré una vez, pero resultó ser un capullo.

—Como todos los novios que ha tenido ella —me señaló Roxana.

—Ya salió a relucir mi historial sentimental —suspiré.

Nos trajeron las pizzas y cenamos hablando de la fiesta a la que iríamos justo una semana después, el día en el que nombrarían empresario del año a alguno de los veinte candidatos, entre los que yo me encontraba.

Después de la cena regresamos al coche y fuimos a uno de los locales de moda que no quedaba muy lejos.

Entramos y decir que estaba lleno era quedarse corta, posiblemente no cabría ni un alfiler, por no hablar de que, si a alguien se le caía una lentilla, podría darla por perdida.

Llegamos a la barra y Roxana pidió tres chupitos de tequila, esos que nos tomamos de una y que dieron el pistoletazo de salida a lo que iba a ser una de nuestras noches locas, solo que no habría más alcohol, no quería repetir la noche en la que acabé vomitando con Alan sujetándome el pelo.

Así que pedimos refrescos y cócteles sin alcohol durante toda la noche.

Empezó a sonar *Flowers*, de Miley Cyrus, y las chicas se vinieron arriba bailando como la cantante solía hacer, saltando de un lado a otro, levantando los brazos al tiempo que contoneaban las caderas, pero es que a mí me arrastraron con ellas a ese baile.

Acabamos las tres cantando a todo pulmón y muchos de los que estaban cerca de nosotras aplaudían para animarnos a seguir. Por suerte la canción acabó y regresé a la barra, necesitaba beber algo para pasar el sofocón que tenía encima después de tanto salto.

—Veo que sigues teniendo a las chicas de escolta —me giré al escuchar la voz de Travis, y sonrió cuando lo miré.

—Travis, qué sorpresa verte —le di un abrazo.

—Ya ves, o nos encontramos en cinco años, o nos vemos dos veces en la misma semana.

¿Qué tal, Eli?

—Bien, disfrutando de la noche —sonreí.

—Ya lo he visto. Creí que solo Luke seguía contigo.

—Sí, él sigue siendo mi chófer, como viste el otro día, aunque también es mi guardaespaldas, cosas de mi padre —volteé los ojos—. Por suerte cuando salgo con ellas, él no viene.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo Roxana, acercándose en ese momento—. El hombre que no quería ser la sombra de una empresaria.

—Yo también me alegro de verte, Roxana —sonrió Travis.

—No me alegro, la verdad. Siento lo de tu madre, era una buena mujer.

—Gracias.

—No creas que me olvido de lo que le hiciste a mi jefa, si por mí hubiera sido, te habría tirado todos los cubos de basura de tu barrio encima del coche, pero ella me lo prohibió —Roxana me señaló.

—Vale, aquello quedó en el pasado, así que, deja el tema, Roxana —le pedí.

—Ok, pero sigue sin caerme bien.

—Contaba con ello —sonrió él.

—Travis, siento lo de tu madre —dijo Kaila, que llegaba en ese momento.

—Muchas gracias, Kaila.

—Os dejamos hablando, pero cuidado con lo que intentas, que la jefa tiene novio —le dijo Roxana, que se llevó los dedos hacia los ojos y después le señaló a él y de vuelta a ella, en una clara intención de decirle que lo estaba vigilando.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó cuando nos quedamos solos.

—Algo así, sí —sonreí.

—Me alegro por ti. Espero que sea menos idiota que yo, y sepa valorar lo que tiene.

—Eso espero yo también.

—Y, ¿lleváis mucho?

—No, pero nos conocemos desde hace tiempo.

—¿Cómo te va en la petrolera? Me enteré el otro día que estás entre los nominados a empresario del año, felicidades por eso.

—Gracias. La verdad es que no me habría imaginado eso ni en mis mejores sueños, pero, ya ves. Fue una buena sorpresa. Y en la petrolera me va bien, no me quejo. Tengo un buen equipo y todos los empleados de mi padre me acogieron bien.

—Me alegro.

—Y tú, ¿qué, señor empresario? —sonreí— Al final lo conseguiste.

—Sí, me costó un poco, pero sí. ¿Sabes que fuiste la primera persona en la que pensé a la que quería llamar cuando conseguí mi primera venta? Mi madre me dijo que lo hiciera, pero no quería irrumpir en tu vida, pensaba que estarías con alguien por aquel entonces.

—Bueno, después de ti no hubo nadie a quien tener en consideración para algo serio, así que —me encogí de hombros.

—Pero has estado con alguien —cogió su copa y dio un sorbo.

—Nada serio, como te he dicho.

—Hasta ahora.

—Sí, hasta ahora.

—Ojalá mi madre pudiera volver a hablar contigo, le gustabas mucho.

—Yo siento que su muerte haya sido lo que hizo que nos acercáramos de nuevo.

—Debí haberle hecho caso y llamarte cuando me lo dijo.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, nunca es tarde.

—Cierto.

Travis se quedó allí hablando conmigo mientras Roxana y Kaila bailaban no muy lejos de nosotros, la primera, sin dejar de mirarlo de vez en cuando solo para que supiera que lo tenía bien vigilado.

Me dijo que estaba con unos amigos celebrando el ascenso en el trabajo de uno de ellos, y poco después se despidió con un abrazo y quedé en llamarlo para ver cómo estaba.

Cuando me quedé sola fui hacia las chicas y me uní a ellas en un nuevo baile, de esos que nos hacían olvidarnos de todo y solo disfrutar del momento.

Hasta que decidimos dar la noche por finalizada y volver a casa, al día siguiente pensaba quedarme descansando todo lo que pudiera. Aunque tenía que buscar un vestido apropiado para la fiesta del sábado, que todavía no lo había hecho.

Al llegar al coche nos encontramos que tenía las ruedas pinchadas.

—Joder, ¿y esto? —dijo Roxana, agachándose a mirar.

—Pero, ¿dónde has aparcado? ¿Encima de un montón de clavos? —Fruncí el ceño.

—Qué coño van a ser clavos, Eli. Nos han rajado las putas ruedas del coche.

—¿Qué? —me agaché para mirar con la linterna del móvil, y sí, había una raja en esa rueda.

—Están todas igual —Kaila suspiró mientras sacaba el móvil y marcaba—. Luke, oye, ¿puedes venir a buscarnos? Nos han rajado las ruedas del coche. Sí, sí, voy a llamar ahora al seguro, para que se lo lleven. Ok, te mando la ubicación. Chao —colgó y volvió a suspirar mientras le mandaba un mensaje con la ubicación.

—No han rajado las ruedas de ningún otro coche —dijo Roxana, que había ido a echar un vistazo—. Así que me da la impresión de que esto —señaló nuestro coche—, es algo premeditado.

—¿Y quién iba a querer rajar las ruedas de nuestro coche? —pregunté.

—No lo sé, pero esto es que no le caemos muy bien a alguien.

Kaila llamó al seguro para que vinieran a recoger el coche y llevarlo al taller y mientras esperábamos, llegaron Luke y Clive en dos coches.

Clive se quedó con las llaves para esperar a la grúa y nosotras subimos al coche con Luke.

—¿Habéis hecho enfadar a alguien esta noche? —preguntó Luke, cuando emprendimos la vuelta a casa.

—Pues hombre, solo hemos hablado con Travis, y dudo que él nos haya rajado las ruedas, más que nada porque seguía ahí dentro con sus amigos cuando nos hemos marchado.

—¿En serio se te pasa Travis por la cabeza, Roxana? Dios, estás fatal —resoplé.

—Igual quería ligar contigo y como le he dicho que tienes novio —se encogió de hombros.

—¿El jefe y tú ya os habéis puesto etiqueta? No me ha dicho nada.

—No nos hemos puesto etiquetas, Luke —protesté, y entonces caí en algo—. Dime que no lo has llamado para decirle... —Pero mi móvil empezó a sonar, y al sacarlo del bolso vi que era él — ¿En serio, Luke?

—¿Qué? Punto número uno —levantó el dedo índice—: es mi jefe directo y tengo que informarle. Y, punto número dos —levantó otro dedo—: es tu novio y se preocupa por ti.

—Cógelo, antes de que nos llame a todos —me pidió Kaila.

—Hola —dije al descolgar.

—¿Ya estás en casa?

—Vamos de camino, nos lleva Luke.

—¿Qué es eso de que os han pinchado las ruedas?

—Rajado, nos han rajado las ruedas. No sé quién habrá sido.

—Vale, ¿dónde estabais? —le dije el nombre del local y me dijo que me llamaría al día siguiente.

Me recosté en el asiento y esperé que llegáramos a casa. Desde luego salir esa noche había resultado ser una mala idea.

—Si nos hubiéramos quedado en casa, esto no habría pasado —murmuré, mirando por la ventana.

—Claro, y si el pobre hombre de setenta años que va por la calle y se tropieza con la mala suerte de caer al suelo se hubiera quedado en casa en vez de ir a por una bolsa de comida para el gato de su mujer, no se habría roto la cadera —resopló Roxana.

—¿Qué culpa tendría ese hombre para que le metas en esta conversación? —Fruncí el ceño.

—Era un ejemplo, absurdo, sí, pero como esa tontería que has dicho.

Lo dejé por imposible y esperé en silencio a que llegáramos, y en cuanto atravesamos el

recinto y Luke paró el coche, me bajé dándoles las buenas noches para irme a mi casa.

Entré, me quité los zapatos y fui a la habitación para ponerme el pijama y meterme en la cama, quería dormirme cuanto antes.

Capítulo 28



Elisabeth

Lunes, y empezaba la mañana con mal pie.

Nada más levantarme pisé mal, se me torció un poco el tobillo y acabé perdiendo el equilibrio, con la mala pata, y nunca mejor dicho, de que me caí hacia un lado golpeándome en la cadera con la mesita.

Menudo moratón me iba a quedar después de eso, había que joderse.

Fui a la ducha y me relajé tanto como pude, pues el dolor del golpe era de esos que parecían agujas clavándose de lo punzante que era.

Una vez duchada, preparé la ropa que ponerme y me sequé el pelo, recogíéndomelo en una coleta alta. Después de maquillarme y vestirme, salí para ir a la cocina donde ya estaban Roxana y Kaila con el desayuno servido.

—Buenos días, jefa —dijeron al unísono.

—¿No se supone que tenéis un bonito y acogedor apartamento cada una, y una enorme y completa cocina compartida? —Arqueeé la ceja.

—Sí, pero sabes que nos gusta más desayunar contigo. Y tenemos que aprovechar que no está el jefe, que cuando se queda a dormir, no podemos tomarnos el café contigo.

—Lo que tenéis es un morro, Roxana.

—Pero, aun así, nos quieres.

Volteé los ojos y me senté en el lugar donde me esperaba un café y un plato con tostadas. La verdad era que sí, las quería y eran lo más parecido a dos mejores amigas que había tenido

nunca.

Me preguntaron qué tal había pasado el domingo y cuando les dije que estuve mirando vestidos para la fiesta del próximo sábado, me pidieron ver los que había seleccionado.

Les enseñé las fotos y me ayudaron a terminar de decantarme por uno, así que llamaría a la boutique donde lo tenían para ir a probármelo y ver si me sentaba tan bien como a la modelo de la foto.

Después de desayunar salimos de mi casa y cuando llegamos a la entrada de la de mis padres, vi salir a mi hermana con la mochila. Era el primer día de clase tras las vacaciones de verano.

—Buenos días hermanita —sonreí abrazándola—. ¿Preparada para la vuelta a las clases?

—Buenos días. Sí, ya echaba de menos un poquito la rutina —sonrió.

—Papá regresa hoy, seguramente que esté aquí para la hora de comer. Nos vemos entonces, ¿vale? Y me cuentas qué tal.

—Vale. Que vaya bien en la oficina.

—Te quiero, cariño —le di un beso en la mejilla.

—Oye, Eli.

—Dime.

—¿Te acuerdas de Max, el sobrino del Senador Milton?

—Sí, el que estuvo en la fiesta de cumpleaños de la señora Milton.

—Sí, ese.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, esa noche nos dimos los teléfonos, y...

—¿Has estado hablando con él? —curioseé.

—Sí. Sé que es mayor, pero, me cayó bien y también le gusta dibujar, las películas de terror, las de aventuras y misterios, las series policíacas...

—Te gusta ese chico, ¿eh? —le pellizqué la mejilla, y se sonrojó.

—Solo estamos hablando, pero quería que lo supieras. Si me dices que pase de él por ser mayor, yo, paso, en serio.

—Cariño, tú, solo haz lo que te digan la cabeza y el corazón. Que habléis no significa que vayáis a ser novios, ¿no?

—No, no, claro, o sea...

—Amigos para empezar está bien —sonreí—. Lo demás, ya se verá. Y si te gusta hablar con él, no veo por qué no podrías seguir haciéndolo.

—Señorita Paton, llegará tarde a su primer día de clase —dijo Rick, el chófer de mi madre y mi hermana.

—Sí, ya voy, Rick —contestó.

—Corre, ya hablaremos de Max Milton.

—Adiós —agitó la mano y fue hacia el coche donde Rick esperaba con la puerta abierta.

—¿Hemos oído bien? —preguntó Kaila.

—¿Nuestra pequeña Alexis se ha fijado en un chico mayor? Esto es digno de tener una noche de chicas las cuatro —dijo Roxana—, hay que darle consejos.

—Ni se te ocurra hablar con mi hermana de chicos, que te veo capaz de decirle que vas a regalarle un *Satisfayer* por si el novio no le da lo que necesita.

—Perdona, pero a ti te ha ido genial con el que te regalamos —protestó.

—No necesitaba saber que mi jefa se divierte en la soledad de su habitación cuando el jefe no está —abrí los ojos al escuchar a Luke, quien estaba apoyado en el coche mirando el móvil, pero obviamente muy atento a nuestra conversación.

—Dios mío —me subí al coche y él soltó una carcajada.

Por suerte el camino hasta la petrolera lo hicimos en silencio y tranquilos.

Saludé a Cintia al entrar y cuando llegaba a mi despacho me encontré con Mike.

—Buenos días, Eli.

—Buenos días. No me digas que eso es para mí —señalé las carpetas que llevaba en la mano.

—Sí, unos contratos que tienes que firmar.

—Vale, lo firmo ahora y te lo llevo cuando acabe —cogí las carpetas y entré en mi despacho.

Después de encender el portátil pasé la siguiente media hora firmando todos los contratos con los nuevos clientes, cuando acabé revisé el correo y respondí los más urgentes.

Cintia me avisó de que habían llegado los clientes con los que Mike y yo nos reuníamos a las once, y fui hacia la sala de juntas donde ya estaba mi mano derecha dándoles la bienvenida.

Tras una hora con ellos teníamos en la mesa un nuevo contrato que redactar y firmar en unos días.

—Me marchó, Cintia —dije después de pasar por el despacho a recoger mis cosas—. Voy a probarme un vestido que espero sea el adecuado para la cena del sábado.

—Vale, ¿te veré esta tarde?

—No lo sé, mi padre vuelve hoy después de varios días de viaje, comeré en casa con ellos y... ya sabes cómo es —sonreí—, seguro que quiere que lo pongamos al día de todo.

—Vale, si hubiera algo urgente, te llamo.

—Ok.

Salí de las oficinas y Luke al verme abrió la puerta, no tardaron en salir Roxana y Kaila para coger el coche y seguirnos hasta la boutique.

Al entrar pregunté por Michelle, la chica con la que había hablado cuando llamé, y me recibió con una sonrisa de lo más amable.

Le dije el vestido que quería ver y me llevó hacia la zona de probadores, donde esperé a que volviera con él.

—Aquí tiene, señorita Paton —me entregó el vestido y debía admitir que era mucho más bonito de lo que se veía en las fotos—. Cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Gracias.

Las chicas estaban en la calle con Luke, les pedí entrar sola, porque quería darles una sorpresa el sábado en caso de que me llevara el vestido.

La zona en la que estaba era una sala aparte de la tienda, a la que se accedía por una puerta,

pero todo el mundo podía ver quién entraba.

Por eso, cuando escuché pasos mientras me ponía el vestido, pensé que eran Roxana y Kaila que no se podían quedar quietas donde les pedí.

—Chicas, os dije que no vinierais —resoplé mirando al techo.

—Tranquila, que no van a venir —la voz de Liam hizo que me sobresaltara, y más aún cuando lo vi entrar en el probador.

—¿Qué haces aquí?

—Me gusta ese vestido, te sienta bien el rojo, Eli.

—Liam, sal de aquí o te juro que grito.

—La dependienta se ha creído que soy tu novio, así que no creo que venga en un buen rato.

—¿Me estás siguiendo? Esto es acoso, Liam.

—Esto, mi bella Eli —dijo acercándose a mí, y antes de que pudiera hacer nada por salir, me cogió por las muñecas haciendo que girara y me apoyó contra la pared, pegando su cuerpo a mi espalda—, es hacer negocios.

—Suéltame, joder.

—Vas a escucharme, preciosa —murmuró mientras llevaba la mano por mi cadera y noté que subía la tela del vestido—. Tú y yo vamos a dejarnos ver delante de todo el mundo, vamos a salir como una pareja normal, y vamos a aparecer en todas las malditas portadas de este país —me estremecí al sentir la mano en mi muslo, subiendo hasta que la llevó a mi zona íntima y retiró la tela de la braguita a un lado para tocarme.

—Déjame, Liam, no me toques —le pedí evitando llorar.

—Qué pasa, ¿que desde que te follas al escolta de tu padre te has olvidado de lo bien que lo pasabas conmigo? —me tensé al escucharlo, ¿cómo lo sabía él? — Como bien has dicho, te estoy siguiendo, y sí, sé que te follas a ese tipo —me penetró con el dedo y me contuve de gritar, pero di un leve respingo ante la sorpresa y la molestia—. Me da igual lo que hayas hecho antes, pero se acabó, a partir de ahora vas a volver a estar conmigo, si no quieres que tu padre sea acusado de algunas cosas que lo llevarían a ser noticia durante semanas. Noticias nada buenas, debo decir.

—No tienes nada contra mi padre.

—Cierto, pero, ¿sabes que con un poco de dinero y una buena tecnología se puede conseguir cualquier cosa? —seguía tocándome y penetrándome, y me repugnaba que lo hiciera, me repugnaba el hecho de saber que este no era el hombre que conocía y que pensé que era.

—No te atrevas a hacer nada contra mi padre.

—Entonces, abre las piernas y deja que te folle como hice tantas veces —retiró la mano y escuché que se desabrochaba el pantalón—. Vuelve a ser mía y a admitir en la prensa que estamos juntos, deja que mi jefa y otras personas creen eso y tu padre no saldrá perjudicado.

—No puedes pedirme algo así, Liam, no puedes —me costaba no llorar, más aún cuando noté la punta de su miembro deslizándose entre mis nalgas—. Liam, detente.

—No, preciosa, voy a tomar lo que es mío, y tú vas a hacer todo lo que te he dicho, o de lo contrario te juro que le hundo la vida a tu padre, y a ese tipo al que te follas —dijo entre dientes, y entonces, lo hizo.

Cerré los ojos al notar que me penetraba, y cuando quise gritar me cubrió la boca con la mano que tenía libre, pues con la otra estaba sujetando mis muñecas.

—Cómo te echaba de menos, preciosa —dijo mientras lamía mi cuello, y yo seguía con los ojos cerrados tratando con todas mis fuerzas de no llorar para que no me viera, no quería hacerlo delante de él.

Se movía rápido, y yo solo quería que terminara, cosa que ocurrió unos minutos después.

—Ah, sí —me besó el cuello—. Tan bueno como siempre.

Soltó mis muñecas y me quedé allí, apoyada en la pared mientras se arreglaba la ropa.

—Si le dices a alguien algo sobre lo que hemos hablado, o lo que hemos hecho, te aseguro que esas noticias que tengo contra tu padre lo harán y diré que tú te insinuaste para tratar de convencerme de que no las filtrara. Y por si crees que podrías contradecir mis palabras, te recuerdo que Michelle, la dependienta, me ha visto entrar, y sabe que mi novia me ha pedido que le hiciera una visita para mostrarme cómo le quedaba el vestido —me dio otro beso, esta vez en el hombro—. Nos vemos en la cena del sábado, mi amor.

En el momento en el que Liam salió de allí me dejé caer al suelo y brotaron las lágrimas.

No podía creer que ese hombre acabara de abusar de mí, además de amenazarme. ¿Qué clase de monstruo era?

Mi móvil empezó a sonar, pero lo ignoré, se cortó y yo seguía allí sentada en el suelo llorando, sintiéndome mal y con unas náuseas terribles.

Volví a escuchar el móvil, pero tampoco lo cogí, solo quería desaparecer en ese momento.

—¿Eli? —la voz de Kaila hizo que mirara la puerta, pero la mía era la única que estaba cerrada, así que no tardó en abrirla y no me dio tiempo ni siquiera a secarme las lágrimas— Ey, ¿qué te pasa? —Se arrodilló a mi lado— No será por el vestido, porque te queda bien, lo poco que veo, claro.

—No es... —Me sequé las mejillas— No es por el vestido.

—¿Entonces? El jefe te ha llamado un par de veces y no contestabas, le ha preguntado a Luke y le ha dicho dónde estabas. He venido a ver qué ocurría porque no es normal que no le cojas el teléfono a él —sonrió.

—Liam ha estado aquí.

—¿Qué? Pero, ¿por dónde ha entrado? No hemos perdido de vista la entrada ni una sola vez.

—No lo sé, pero ha entrado y le ha dicho a la dependienta que era mi novio y yo lo estaba esperando.

—Qué cabrón. ¿Qué quería?

—No puedo hablar de ello —volví a sollozar.

—Eli, o me lo cuentas a mí, o se lo cuentas a Roxana, tú verás.

Sí, estaba entre la espada y la pared, pero contárselo a Roxana sería como empezar una guerra, así que no me queda más remedio que hablar con Kaila.

—Tienes que prometerme que no vas a decir nada de esto, Kaila, por favor.

—¿Tan grave es? —Me acarició el cabello.

Respiré hondo, me armé de valor y le conté lo que había pasado en ese probador. Kaila me abrazó llorando tanto o más que yo, mientras maldecía a ese cabrón.

Me ayudó a levantarme, limpió mi rostro y el suyo y me dijo que no iba a dejarme sola en esto, y que cuando lo supiera Alan iba a matar a Liam.

Al final me ayudó a escoger otro vestido pues no quería llevarme ese, pues solo me traería los malos recuerdos de lo que había pasado.

Capítulo 29



Alan

Llegamos a la casa del congresista a la una y media, y Elisabeth acababa de llegar en ese momento con Luke y las chicas.

Estaba deseando verla, disfrutar de esa sonrisa que me encantaba de ella, pero no la vi. Llevaba las gafas de sol puestas y parecía estar seria, ni siquiera me miró y eso sí que era raro, pues siempre me dedicaba una mirada discreta y su sonrisa, pero esta vez no lo había hecho.

Le pregunté a Luke, pero según él no había pasado nada significativo, Elisabeth estuvo trabajando en la petrolera, fue a una boutique para comprar un vestido que llevar a la cena a la que asistiríamos el sábado, y la había traído a casa.

Iba a comer con su familia, pues cuando el congresista pasaba unos días fuera siempre aprovechaba la vuelta para ponerse al día con sus chicas, como le gustaba referirse a su mujer y sus dos hijas, así que yo deshice mi equipaje y comí con Luke, J.J. y Leo.

Roxana se unió a nosotros mientras que Kaila cogió una bandeja y se fue a su apartamento. No se encontraba bien, y dijo que si estaba incubando algo no quería contagiarnos a todos.

Kaila estaba diferente, su actitud no era la de esa mujer risueña y un poco loca que todos conocíamos, y no fui el único en darme cuenta, puesto que J.J. y Leo, quienes habían estado fuera al igual que yo, también lo notaron.

—Ya ha dicho que no se encuentra bien —contestó Roxana mientras tomábamos el café cuando le pregunté por Kaila.

—¿Y Elisabeth? Ni me ha mirado cuando nos ha visto llegar.

—No sé, jefe —se encogió de hombros—. Pero estaba su padre, y ya sabes que no quiere que sepa nada.

—De momento, porque tiene claro que va a hablar con él.

—Pues entonces ya está —sonrió ella—, seguro que anda dándole vueltas a la cabeza de cómo darle la noticia. Ten en cuenta que, para su padre, eres algo así como un hijo.

—No te preocupes, Alan —J.J. me dio una palmada en el hombro—, seguro que son nervios, ten en cuenta que va a decirle a su padre en algún momento que sale con su escolta.

—Os digo que tiene que haber algo, no sé qué, pero algo. ¿Cuándo habéis visto a Kaila así? Esa mujer hasta con treinta y nueve de fiebre ha dado guerra —dije señalando hacia la puerta.

—Eso es cierto —comentó Leo.

—Cuando llamaste a Eli y no te cogía el teléfono, Kaila fue a verla —dijo Luke.

—¿Cuándo me dijisteis que estaba en la boutique?

—Sí.

—O sea que, sea lo que sea lo que les pase, ocurrió allí —asumió J.J.

—Yo lo único que sé es que Eli iba a probarse un vestido y ha salido de allí con otro diferente, al parecer el que vio no le terminaba de convencer —dijo Roxana tras dar un sorbo al café.

—Elisabeth no estaría así por un vestido, eso lo sé. La conozco bien, son veinte años en su vida —contesté mientras negaba—. Tiene que haber algo.

—Pues no sé qué puede ser, jefe, me lo habría contado.

—Lo sé, Roxana, lo sé.

Suspiré cogiendo mi taza y pensando en qué podía ser lo que tuviera a Elisabeth así. Estaba claro que los nervios por contarle a su padre que tenía una relación conmigo sin duda eran un buen motivo, pero aun así me habría buscado con la mirada y me habría sonreído.

Se me escapaba, el motivo que fuera se me escapaba por completo.

Y ella no sabía que lo de las ruedas rajadas del coche había sido algo intencionado, pues en las grabaciones de las cámaras que había en el exterior del local y en otros cercanos, se veía a alguien vestido completamente de negro acercarse al coche y por la posición que tenía junto a él, a pesar de moverse rápido, estaba claro lo que hacía allí.

No vimos su rostro, pero por la figura, era un hombre sin lugar a dudas.

Terminé mi café, me despedí de ellos y fui hacia la casa de Elisabeth, quería abrazar a mi chica y darle un beso, necesitaba sentirla cerca de nuevo.

Eran las cuatro y según me dijo Luke, ella no iba a volver al trabajo.

Fruncí el ceño al ver que estaba en el sofá con Kaila, abrazadas la una a la otra hablando, pero no podía escuchar lo que decían. Di un par de golpecitos en el cristal y ambas miraron. En cuanto vi a Elisabeth llorando no esperé más y abrí la puerta para entrar.

—Alan —murmuró secándose las mejillas con ambas manos, poniéndose en pie.

—¿Qué te pasa, pequeña? —pregunté llegando a ella, y sostuve sus mejillas entre mis manos.

—Yo me voy, Eli —dijo Kaila, a quien miré por el rabillo del ojo—. Nos vemos mañana.

Kaila salió de la casa cerrando la puerta y dejándonos solos, momento en el que me incliné para besar a mi chica como deseaba. Pero ella apenas me devolvió el beso.

—Elisabeth, ¿qué ocurre? —volví a preguntar mirándola a los ojos, esos que seguían vidriosos y aguados, rojos por las lágrimas— ¿Has hablado con tus padres sobre nosotros? ¿Es por eso que estás así, pequeña?

—No, Alan, no es por eso. Aún no he hablado con ellos.

—¿Entonces?

—Solo... —Se pasó de nuevo los dedos por debajo de los ojos para retirar las lágrimas— Solo estoy un poco sensible, nada más. No te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme por ver así a mi chica cuando vuelvo de un viaje?

Sollozó de nuevo y la abracé, pegándola a mi pecho y cobijándola entre mis brazos. La veía mal, y nunca antes la había visto de ese modo.

—Tengo trabajo que hacer, Alan —dijo apartándose.

—Bien, pues hazlo, yo me quedo aquí preparando la cena.

—Quiero estar sola.

—No voy a dejarte sola, no estando así.

—¿Y para qué querías quedarte? Ni siquiera estoy pensando en que follemos.

—¿Quién ha dicho nada de eso? ¿Es que crees que es lo único que quiero contigo?

—Todos quieren eso —contestó, y jamás en mi vida había sentido que me clavarán una puñalada tan dolorosa como esa.

—¿De verdad es así como me ves? ¿Como un tío que solo viene para follarte?

No contestó, solo seguía llorando, abrazándose a sí misma mientras me daba la espalda. Me acerqué a ella, la abracé y besé su cuello notando cómo se estremecía, igual que siempre, por lo que no me quedaba duda de que seguía sintiendo algo fuerte por mí.

—Por favor, vete, de verdad quiero estar sola, tengo trabajo que hacer —me pidió en un leve susurro.

—No eres solo un par de piernas abiertas para mí, Elisabeth, nunca lo has sido. Eres mucho más que eso, tú, lo eres todo, pequeña —dejé un beso en su cabeza y noté cómo su cuerpo se sacudía mientras seguía llorando—. Por mucho que me apartes, por mucho que me aleje, nunca dejaré de sentir lo que siento.

Fui hacia la puerta y escuché su llanto, no quería dejarla así y no debería hacerlo, pero ella me lo había pedido y siempre respetaría lo que ella quisiera.

Eché un último vistazo antes de cerrar y la vi sentarse en el sofá, abrazándose a un cojín mientras lloraba. Me mataba verla así, de verdad, pero sus motivos tendría para no quererme cerca.

Atravesé el jardín para ir a mi apartamento y cuando estaba llegando, empezó a sonar mi móvil. Por un momento pensé que podría ser Elisabeth, que quería que volviera, pero era el número de la caseta de seguridad de la entrada al recinto.

—Moore —respondí, como siempre.

—Jefe, han traído un sobre para ti —contestó el chico que estaba en ese turno.

—¿Un sobre? ¿De quién? —Fruncí el ceño.

—No tiene remitente.

—Voy para allá.

Colgué y me dirigí a la caseta de la entrada, me dio el sobre y esta vez sí me fui a mi apartamento. Efectivamente no tenía remitente, venía a mi hombre y justo debajo ponía, “Residencia Paton” y la dirección.

O sea que quien fuera que me mandaba aquel sobre grande en color marrón, estaba claro que sabía dónde trabajaba y vivía.

Entré en el apartamento y tras dejar las llaves en el mueble de la entrada, me quité la chaqueta y con el sobre aún en la mano, me senté en la cama.

Dudé unos instantes en si abrirlo o no, pero el contenido no parecía ser nada peligroso, era todo plano completamente.

Lo abrí, metí la mano y lo que cogí parecía ser un montón de papeles. Al sacarlo comprobé que eran fotos, y no unas fotos cualesquiera.

Elisabeth sola en la petrolera, por la calle, con las chicas, conmigo, incluso había algunas tomadas en su casa, que estaba claro que fueron hechas desde una larga distancia y con un buen objetivo con zoom de alta calidad.

Había otras fotos que nada tenían que ver con ella, pero sí conmigo, fotos que me hacían volver a aquello con lo que me despertaba tras revivir esos momentos.

No entendía nada, no sabía qué podía significar todo eso, por qué me enviaban aquellas fotos, hasta que cogí la nota que había doblada.

«Si no quieres que se repita la historia, Alan Moore, ya sabes lo que tienes que hacer»

Breve, pero unas instrucciones claras y precisas.

Me quedé mirando dos de las fotos, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada. No podía volver a pasar por aquello, no podía dejar que los Paton vivieran algo así.

Si quería proteger a Elisabeth, tenía que mantenerme lejos de ella, ni siquiera debí acercarme para empezar, no debí cruzar la línea, no debí romper la única maldita regla que me impuse a mí mismo.

Capítulo 30



Elisabeth

Llevaba sin poder dormir más de tres horas seguidas desde que el lunes Liam irrumpió en el probador de la boutique.

Me costaba volver a dormir después de que todo eso se reprodujera en mi mente una, y otra vez, cada maldita noche.

Además, eché a Alan de mi casa, y prácticamente de mi vida, porque desde esa misma tarde en la que le pedí que me dejara sola, no había hecho un solo acercamiento, ni me había enviado un mensaje o me había llamado.

Y habían pasado cinco días de eso. Era sábado y tenía que prepararme para asistir a una cena a la que realmente no me apetecía ir, no sabiendo que estaría Liam y aquello sería un shock para los míos cuando me vieran con él.

Kaila seguía siendo la única que sabía lo ocurrido, y aunque las dos tratábamos de que Roxana no notara nada, decía que algo nos pasaba y que tanto Alan, como Luke, J.J. y Leo, sospechaban que así era.

Mi escolta acabó desviando la atención con una mentira, diciendo que había estado viéndose con alguien durante un tiempo y que la había dejado.

Echaba de menos a Alan, y cuando me despertaba llorando necesitaba que me diera un abrazo. Pero contarle lo que pasó con Liam sería empezar una guerra peor de la que podría empezar Roxana.

Estaba terminando de maquillarme cuando me llegó un mensaje de mi hermana, sonreí al leer que estaba nerviosa porque me iban a dar un premio, y acabé llamándola.

—¿Cómo es posible que tú estés nerviosa? —pregunté cuando descolgó— Además, ni

siquiera sabemos si me van a dar ese premio a mí.

—Te lo van a dar, es la primera vez que estás entre los candidatos y tengo un presentimiento —la escuché sonreír.

—Me alegra saber que mi hermana pequeña confía tanto en mí.

—Por supuesto, como dice mamá: eres digna hija de Evan Paton. Vas a ser la empresaria del año, Eli, vas a dejar a esos diecinueve hombres con la boca abierta.

—Hermanita, gracias.

—¿Por qué?

—Por darme estos ánimos.

—Un placer, señorita Paton, empresaria del año —reí al escucharla—. Me ha dicho papá que el Senador Milton y su esposa van a ir a la cena, los invitó él.

—Oh, ¿entonces eso quiere decir que cierto joven los acompañará? —curioseé mientras cogía el pintalabios rojo.

—Sí, y me ha escrito para preguntarme si estaré allí esta noche.

—Te gusta Max Milton, y no me lo niegues.

—Y a ti te gusta cierto escolta que también te mira mucho, y no he dicho nada aún —me quedé inmóvil al escucharla, mirando la pantalla del móvil que tenía sobre el tocador.

—Alexis, no habrás hablado de esto con mamá, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? No he dicho nada a nadie. Solo observo y analizo.

—Tienes quince años —sonreí.

—¿Y qué? También tengo ojos, muy bonitos, por cierto, te lo recuerdo —rio—. Y he visto cómo os miráis. ¿Quieres mi opinión?

—¿La de una adolescente de quince años que no ha tenido novio nunca? Venga, dale, hermanita —sonreí guardando el pintalabios en el bolso.

—Creo que a papá y mamá les gustaría Alan como yerno. Siempre hablan de él, de lo buen hombre que es, y una vez escuché a papá decir que, después de lo que le pasó, merecía ser feliz

de nuevo y encontrar el amor. ¿Tú sabes qué le pasó?

—No, cariño, no lo sé —respondí, pero intuí que debía tener relación con cualquiera que fuera el motivo por el que dejó de tener esa novia a la que vi en alguna ocasión—. Oye, voy a ponerme los zapatos y salgo para allá, ¿tú estás lista?

—Sí, sentada en la cama esperando a que mamá termine de arreglarse. Se ha cambiado de vestido tres veces y la he escuchado decir cuatro veces que no tiene zapatos adecuados. ¿En serio? Tiene un vestidor lleno de ropa.

—Está nerviosa, le pasó también las veces que papá estaba entre los candidatos al premio —sonreí.

—Entonces no quiero imaginar el día que me gradúe en el instituto, o en la universidad, la veo volviéndose loca por no saber qué ponerse.

—Eso sin duda. Ahora te veo.

Colgamos, me puse los zapatos y eché un vistazo rápido a mi aspecto. Sonreí ante el reflejo que me devolvía el espejo a pesar de que últimamente lo hacía poco, pero mi hermana me había animado después de unos días bastante duros.

El vestido era negro, largo hasta los tobillos, entallado y una apertura en la parte izquierda de la falda que dejaba que se viera la pierna al caminar. Tenía mangas largas y escote en forma de V, y sí, me sentaba bien.

Había recogido mi cabello a un lateral y el maquillaje era sutil y suave, realzando el color de mis ojos con un toque ahumado, y los labios de ese rojo que tanto me gustaba.

Cogí el abrigo, pues hoy sí refrescaba un poco, guardé el móvil en el bolso y salí de casa para ir hacia la de mis padres.

Allí estaba Leo junto a la limusina esperando, y al verme sonrió.

—Señorita Paton, permítame decirle que se ve muy guapa esta noche —dijo.

—Muchas gracias, Leo.

—¿Guapa? Por favor —resopló Roxana llegando en ese momento—, la jefa está impresionante. ¿Verdad, jefe? —preguntó mirando a mi espalda, y al girarme, vi a Alan.

Nuestras miradas se encontraron y sentí ese escalofrío que siempre aparecía ante él, pero Alan pasó por mi lado para ir hacia el coche que estaba detrás de la limusina.

—Ese vestido le sienta bien, señorita Paton —fue todo lo que dijo, y las miradas de Leo y Roxana fueron de incredulidad.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó ella.

—Vamos al coche, Roxana —le dijo Kaila.

—Sí, sí, ahora vamos. Pero antes, ¿se puede saber qué coño os pasa a vosotros dos, Eli? Lleváis raros y distantes toda la semana.

—Elisabeth, hija —miramos a mi madre, que salía de la casa, y estaba sonriendo—. Pero qué guapísima estás. Vas a brillar cuando subas a recoger tu premio —me dio un abrazo.

—Mamá, no es seguro que me lo den —sonreí.

—Por favor, eres Elisabeth Paton, por supuesto que te lo van a dar, como se lo dieron a tu padre en tres ocasiones.

—Si no te lo dan, tu madre se desmaya del disgusto —dijo mi padre, con un leve volteo de ojos—. Estás preciosa, mi niña.

—Gracias, papá.

Subimos a la limusina y Leo salió del recinto seguido por el coche en el que iba Alan, tras ellos iban Roxana y Kaila en el coche de Josh y Carl, los escoltas de mi madre y mi hermana.

Estaba nerviosa, no iba a fingir lo contrario, pues era la primera vez que mi nombre se veía entre los candidatos a un premio que algunos empresarios habían ganado en más de seis ocasiones a lo largo de su vida.

Había pasado los últimos días escribiendo un breve discurso como agradecimiento por si ganaba, aunque de ser el caso sabía que se enturbiaría por la presencia de Liam y su cercanía conmigo.

Mi madre sonreía, me daba apretones en la mano a modo de consuelo y decirme así, que estaba ahí para mí, acompañándome en un día tan importante como lo había hecho con mi padre en otras ocasiones.

Cuando llegamos al hotel donde se celebraba el evento, vi que había varios medios allí apostados en la entrada, esperando la llegada de los candidatos y de todos esos invitados que asistirían esa noche.

Leo abrió la puerta, primero bajaron mis padres, después mi hermana y, por último, yo, haciéndome esperar por los medios como si de una novia a punto de pisar el altar se tratase.

—Señorita Paton, aquí —dijo un hombre y sonreí para que me hiciera unas fotos.

—Señorita Paton, ¿cómo se siente esta noche? —preguntó una mujer.

—Abrumada —sonreí—, nerviosa también. Pero es una experiencia más, sin duda. Si gano, o si no, estaré igualmente feliz por haber estado entre los candidatos.

—Congresista Paton, ¿qué le parece que tan solo cinco años después de tomar las riendas de la petrolera, su hija esté a un paso de ser nombrada empresaria del año?

—¿Cómo voy a estar? Feliz por ella, y orgulloso de la mujer que es —contestó mi padre, pasando el brazo por mis hombros—. Un padre siempre, siempre, estará orgulloso de los logros de sus hijos.

—Señorita Paton —miré hacia mi derecha y vi a Lilian, aquella joven periodista a quien concedí la entrevista.

—Lilian —me acerqué a ella y le di un breve abrazo—, me alegro de verte por aquí.

—Gracias. ¿Qué puede decirles esta noche a todas esas mujeres que algún día serán CEO en la empresa familiar?

—Esa es una buena pregunta —sonreí—. Les diría que tendrán miedo y dudas, muchas dudas de si lo harán tan bien como lo hizo su padre o su madre, pero que confíen en ellas mismas y no se dejen pisar por nadie. Que se dejen guiar y ayudar por las personas que trabajan con ellas y todo irá sobre ruedas.

—Buen consejo, preciosa —me estremecí al escuchar la voz de Liam.

No quería girarme, mis ojos se quedaron clavados en los de Liliana y ella vio algo en mí que le hizo fruncir el ceño. Ella sabía que no quería nada de ese hombre, ella había sido el medio que utilicé para dejar claro que nunca estaría con él, y por eso fue la que más se sorprendió al ver lo que Liam Roberts, secretario de la Senadora Ferguson, hizo a continuación.

—Sabías palabras de mi bella novia —me rodeó por la cintura con el brazo y se inclinó para besarme en los labios.

El murmullo de todos los periodistas allí concentrados no se hizo esperar, como tampoco el sonido de las cámaras de fotos inmortalizando aquel momento.

Y le odié, le odié tanto por lo que me estaba obligando a hacer, que no se hacía una idea.

—Estás realmente hermosa esta noche, Eli —dijo tras apartar sus labios de los míos—.
Congresista Paton, señora Paton —se giró sin soltarme para mirar a mis padres—, siento que se

enteren así, pero no he podido resistir acercarme a ella.

—Pero, ¿qué coño...? —escuché a Roxana no muy lejos.

—Roxana, cálmate —esa era Kaila.

—¿Qué se calme? Yo mismo estoy por ir a partirle la cara a ese pedazo de mierda —y ahí estaba Luke, que ni siquiera sabía que nos acompañaría esta noche.

—Chicos, por favor, vale —dijo Kaila.

—¿Qué sabes tú de esto? ¿Por eso estaba tan rara?

No quería mirar, no quería ver la decepción en los ojos de mis tres personas de máxima confianza, porque me rompería por completo y acabaría saliendo de allí corriendo.

Mis padres me miraban sin poder creer lo que habían visto y lo que Liam les había dicho, por no hablar de mi hermana pequeña, que debía pensar que me había vuelto loca.

—Será mejor que entremos —dijo mi padre, al escuchar a los periodistas haciendo una pregunta tras otra.

Traté de apartarme de Liam, pero empleó más fuerza en su agarre con el brazo.

—Ni se te ocurra alejarte —murmuró—, esta noche todo el mundo va a ver lo felices y enamorados que estamos.

Me estremecí, subí las escaleras de entrada al hotel y di un rápido vistazo hacia atrás, donde Roxana, Luke y Kaila seguían esperando junto al coche.

A su lado, con las manos en los bolsillos y mirándome con una expresión que no sabía interpretar, estaba Alan.

Yo lo alejé, yo le pedí que se marchara aquella noche de mi casa, y lo que conseguí fue no saber nada más de él.

Capítulo 31



Elisabeth

Al entrar en la sala donde estaban todas las mesas para la cena, Liam fue a ver a su jefa, momento en el que mis padres me miraron y aprovecharon para preguntar qué estaba pasando.

—Ya lo habéis visto —dije yendo hacia la mesa que teníamos asignada.

—No lo entiendo, Elisabeth. Dijiste que Liam y tú...

—Sé lo que dije, mamá, y me equivoqué.

—Eli, no estás hablando en serio.

—Alexis, cielo, ve a saludar a los Milton, que están allí —le pidió mi madre, y ella suspiró mientras se alejaba.

—Hija, no puede ser que en unas pocas semanas hayas cambiado de opinión.

—Papá, no he cambiado de opinión, solo me he dado cuenta de que Liam es... —suspiré— Olvídalo, ¿sí? De momento es el hombre que está en mi vida, es lo único que tenéis que saber.

—Pues no lo entiendo, pensé que tú...

—Evan, no es el momento —le cortó mi madre, y fruncí el ceño porque no sabía qué quería decirme mi padre, pero no importaba.

Nos sentamos y eché un vistazo a la sala, muchos de los empresarios que habían recibido el premio otros años estaban allí, incluso Travis, quien sonrió al verme e hizo una leve inclinación de cabeza a modo de saludo. Le devolví la sonrisa, vi que se disculpaba con los que estaban sentados en su mesa y se levantó para dirigirse a la mía.

—Elisabeth, estás preciosa —dijo cogiendo mi mano y besó el dorso.

—Gracias.

—Congresista Paton, me alegro de verlo tan bien.

—Travis, muchacho —mi padre se puso en pie—. Cuánto tiempo sin verte —se estrecharon la mano.

—Cinco años —sonrió Travis—. Señora Paton, sigue siendo una mujer muy hermosa.

—Y tú tan halagador como siempre. Lamento lo de tu madre, cuando me lo dijo Elisabeth... —suspiró— No me lo podía creer. Con lo joven que era.

—Sí, bueno, ella dijo que había vivido suficiente como para criar a un buen hombre. Aunque no me perdonó que dejara a Elisabeth.

—¿Estás nominado este año? —curioseó mi padre.

—No, este año no, pero me invitan a venir igualmente y doy mi apoyo a los candidatos. Este año, ella tiene todo mi apoyo —sonrió mientras me acariciaba levemente el brazo.

—Eli, ¿no vas a presentarnos? —solo escuchar la voz de Liam era enfermizo, pero el hecho de tener su mano en mi cintura, era aún peor— Liam Roberts, secretario de la Senadora Ferguson y novio de Eli —se presentó a sí mismo tendiéndole a Travis la mano.

—Travis O'Neil, amigo de la familia desde hace algunos años —se la estrechó.

—O'Neil, me suena el apellido. ¿Eres ese Travis O'Neil que tiene la inmobiliaria donde muchos buscan la casa de sus sueños?

—El mismo —sonrió.

—Entonces espero que podamos hablar de negocios pronto, si Eli y yo nos casamos, querremos una casa independiente de la de sus padres, ¿verdad, preciosa? —me miró, y como no respondí, noté que me apretaba la cintura con la mano que aún tenía ahí.

—Claro —sonreí tan falsamente como me salió en ese momento.

—Estaré encantado de ayudarlos. Debo regresar a mi mesa —dijo señalando hacia atrás—. Elisabeth, te deseo mucha suerte.

—Gracias, Travis.

Se fue y todos volvimos a sentarnos, Liam lo hizo a mi lado y mis padres se quedaron mirándome. La mesa era para cuatro, obviamente no contaban con él, por lo que mi madre le pidió a mi hermana que se quedara con los Milton.

Liam empezó a hablar con mi padre como si tal cosa de política, de sesiones a las que mi padre acudiría al igual que la Senadora Ferguson, y él no dejaba de mirarme sin entender nada, sin saber por qué estaba haciendo ver a todo el mundo que era su novia.

Sirvieron la cena y por primera vez en mi vida apenas probé bocado, no tenía apetito y eso que no comí más que una sopa a mediodía, pero es que hacía días que se me había ido el hambre.

Mi móvil empezó a sonar y al sacarlo del bolso vi que era un mensaje de Roxana.

Roxana: *Te quiero en cinco minutos en el cuarto de baño del pasillo junto a los ascensores. Cinco minutos, jefa, o juro que entro a por ti diciendo que hay una emergencia.*

Suspiré, volví a guardar el móvil y di un sorbo a mi copa de vino. Acababan de retirar los primeros platos con muy buena pinta, así que aún tardarían un poco en servir el siguiente.

—Me vais a disculpar, pero tengo que ir al cuarto de baño —dije poniéndome en pie.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó mi madre, que sin duda alguna quería alejarse de esa mesa.

—No, mamá, enseguida vuelvo.

Vi que mi hermana me miraba con el ceño fruncido, fui hacia la puerta, sonreí al salir a los hombres del personal del hotel que había allí, y caminé por el recibidor hasta el pasillo, entrando en el cuarto de baño de mujeres donde vi a Roxana y Kaila.

—Vas a explicarme ahora mismo qué está pasando, y no me digas que de repente te has dado cuenta de que el secretario es el hombre de tu vida, porque no me lo creo. ¿Qué pasa con Alan? —preguntó Roxana.

—No he sabido nada de él desde que el lunes por la tarde le pedí que me dejara sola, tenía que trabajar.

—Ah, y como no has sabido nada de él, has dicho, voy a dejar que el secretario se acerque a mí para darle celos al escolta. Muy bien, muy razonable.

—No es así, Roxana.

—Pues dime qué está pasando porque te juro por mi vida que no entiendo nada. Y Kaila es como una estatua, no me cuenta nada.

—Lo único que tenéis que saber es que ese hombre de ahí fuera ahora está en mi vida.

—Y una mierda, a mí no me cuentes gilipolleces, Eli.

—Roxana, es así, y no hay más.

—¿En serio me estás diciendo que rompiste con Alan para volver con ese idiota? No me jodas, Eli, que no me lo creo.

—Yo no rompí nada, le pedí que me dejara y debió entender lo que no es, porque no he vuelto a saber nada de él.

—Mira, estáis los dos rarísimos, esquiváis mis preguntas, esta —señaló a Kaila—, no me quiere decir qué te ocurre, y sé que al menos J.J. sabe lo que le pasa al jefe. En serio, no estáis siendo vosotros mismos desde el lunes, y voy a averiguar qué mierda es. Saliste rara de esa boutique, y con un vestido que no ibas buscando. ¿De verdad me tengo que creer que, a ti, que todo te sienta bien, el vestido rojo que te haría parecer una jodida estrella de Hollywood esta noche, no te gustaba cómo te quedaba?

—Tengo que volver —dije yendo a la puerta.

—Sí, claro, corre a los brazos de ese imbécil que fue a buscarte al trabajo para tratar de que volvieras con él. Ni siquiera tus padres entienden lo que pasa, Eli, no había más que ver sus caras cuando se ha acercado a ti para besarte como si fuera tu futuro marido.

—Ojalá pudiera hacerte ver lo que es, pero no puedo —contesté y salí del cuarto de baño para volver a la sala.

Al pasar por el recibidor vi a Alan, estaba hablando con J.J. y cuando este le indicó con la cabeza donde estaba yo, Alan miró.

Sus ojos grises se volvieron un poco más oscuros, pero apartó la mirada tan rápido como la había puesto en mí.

Suspiré derrotada, porque no podía contarle a él, el hombre al que de verdad amaba, que todo esto tenía un motivo.

—Señorita Paton —me giré al escuchar que me llamaban y vi a Lilian sonriendo.

—Lilian —me acerqué a ella, y aproveché que nadie nos veía para cogerle la mano—. Ven.

Me miró frunciendo el ceño cuando tiré de ella hacia el pasillo por el que acababa de salir, fui a la puerta que daba a las escaleras de emergencia y salimos a ese rellano.

—Lilian, tengo una pregunta que hacerte.

Mi padre siempre decía que a veces había que tomar decisiones que no siempre podrían salir bien, y en este momento de mi vida Lilian, para mí era la mejor decisión que podía tomar, o eso pensaba.

Capítulo 32



Elisabeth

Aquella morena a quien decidí darle una entrevista me miraba con curiosidad, y yo solo esperaba que ella no fuera la peor decisión que tomaba.

—Pues, usted dirá.

—Antes que nada, llámame Eli, por favor, no me gusta que me trate de usted alguien que es casi de mi edad.

—Vale, ¿qué necesitas, Eli?

—Mucho mejor —sonreí—. ¿Cómo de fácil puede ser crear noticias falsas?

—Si tienes los medios adecuados, es facilísimo. No solo sería redactar un texto, sino que se puede manipular un vídeo, una fotografía, quien lo haga desde luego que tiene que desenvolverse muy bien en esos asuntos. Cualquier persona del mundo de la prensa, sin duda podría. ¿Por qué quieres saberlo?

—No puedo contarte nada, no sin ponerte en un aprieto y que a mí...

—¿Es por el secretario Roberts?

—Se nota que tienes madera de periodista —sonreí levemente—. No voy a decir más de lo necesario, pero me gustaría que hicieras algo por mí. Te prometo que te deberé la exclusiva de tu vida. Cuando me case, la boda será toda para ti.

—Suena a ascenso —ríe—. ¿Qué quieres que haga?

—Lo principal, que seas discreta y tengas mucho cuidado.

—Ok, entonces es que el secretario nos puede meter en líos, algo peligroso.

—Podría —suspiré, y le pedí lo que quería que hiciera por mí, puesto que en esa chica vi mucho de mí misma y sabía que podía confiar en ella, o al menos esperaba que mi intuición no me fallara.

Me dijo que conocía a alguien que podía ayudarla sin que ninguno de los dos se metiera en problemas, y quedamos en hablar cuando tuviera algo.

Salió ella primero y tras unos minutos, lo hice yo.

Regresé a la sala, me senté en mi lugar y mi madre preguntó si estaba bien.

—Los nervios —respondí—, ya sabes que se agarran a mi estómago y...

—Lo poco que has comido, ya no está en tu estómago —asumió con una leve sonrisa, y asentí, aunque fuera mentira y no hubiera vomitado.

Sirvieron el resto de la cena, el postre y hasta champán, y entonces el director de la cámara subió al escenario improvisado para esa noche, saludando con una sonrisa desde el atril donde estaba el premio a empresario del año.

—Gracias por asistir un año más a este evento —dijo, y siguió hablando, alabando el buen trabajo de los veinte candidatos, recordando a muchos de los ganadores anteriores que estaban en la sala, y entonces cogió el sobre cerrado y con sello lacrado que había tenido con él todo el tiempo—. Aquí está el nombre del ganador de este año —lo levantó, quitó el sello y sacó una tarjeta, sonriendo segundos después, antes de volver a hablar—. Es para mí un honor decir que, este año, el premio a empresario del año de la ciudad de Chicago, es para —miró hacia la sala creando un poco más de expectación— Elisabeth Paton, CEO desde hace cinco años de la petrolera que fundó su padre, Evan Paton, quien a día de hoy sigue siendo congresista. Señorita Paton, será un honor para mí entregarle este premio.

Sin palabras, así me había quedado mirando al director de la cámara, hasta que mi padre me dio un abrazo y volví en mí, escuchando los fuertes aplausos de todas aquellas personas.

—Cariño, sube a recoger tu premio —me dijo mi padre con una sonrisa en los labios, y los ojos llenos de felicidad y orgullo.

Mi madre me dio un beso, pasé por la mesa en la que estaba Alexis con la familia del Senador Milton, y me abrazó fuerte, muy emocionada.

—Te lo dije, Eli, te dije que ibas a ganar esta noche. Estoy orgullosa de que seas mi hermana mayor —dijo mirándome.

—Yo sí que estoy orgullosa de ti, cariño.

—Venga, corre, sube por el premio. Y no llores mientras das el discurso.

—Bueno, si puedo, porque se me ha olvidado todo lo que me aprendí.

Le di un último abrazo a mi hermana, eché un vistazo a la mesa en la que estaba Travis y sonrió antes de murmurar un “felicidades, Eli”.

Subí al escenario, el director me dio un abrazo al tiempo que me felicitaba y me entregó el premio.

Sonreí acercándome al atril y suspiré antes de empezar a hablar.

—Yo... no sé qué decir —empecé—. Había escrito un breve discurso y se me ha olvidado todo —la gente rio—. Estoy feliz, de verdad, y agradecida por este premio. Como ha dicho el director de la cámara, hace cinco años que tomé el relevo de mi padre en la petrolera que fundó, y en este tiempo he aprendido mucho de la gente que trabaja en ella. Han sido muchas horas trabajando codo con codo con todos ellos, y les estoy agradecida porque me acogieron en esa gran familia que son, con el mismo cariño y respeto que le tuvieron siempre a mi padre. Este premio, aunque lleve mi nombre, es de ellos, y de mi padre, porque él fue el primero en confiar en mí para seguir sus pasos, para ser su legado. En el despacho de la petrolera aún están sus tres premios a empresario del año, y a partir del lunes, estará el cuarto. También quiero agradecer a esas personas que me acompañan al trabajo cada mañana, ellos saben a quienes me refiero y lo importantes que son en mi vida. Mamá, este también es tu premio, por no soltarme la mano en estos cinco años. Y a ti, Alexis, hermanita —sonreí y ella me saludó con la mano—, espero que dentro de diez años estés a mi lado en la petrolera, y que algún día este premio lo recibas tú también. Gracias a todos, de verdad.

Volvieron a aplaudirme, el director de la cámara me estrechó de nuevo la mano y bajé entre aquellos aplausos caminando hacia la mesa donde mis padres me recibieron con un abrazo.

Y el momento de felicidad se me fue de golpe cuando noté la mano de Liam en mi cintura, hizo que girara y me dio un beso en los labios.

—Felicidades, preciosa —dijo con esa sonrisa que tanto empezaba a odiar—. Esto hay que celebrarlo, ¿verdad que sí, congresista?

Mi padre no respondió, tan solo asintió antes de volver a sentarse.

Tomamos una copa más de champán, los otros empresarios que esperaban recibir el premio se acercaron a darme la enhorabuena, y felicitar a mi padre por la digna sucesora que tenía, y también hablamos con el Senador Milton y su familia.

Comprobé de primera mano que Max Milton, el sobrino del senador, estaba muy pendiente de mi hermana y que la hacía reír constantemente, y agradecí que la Senadora Ferguson se acercase a buscar a Liam para que se marcharan por alguna urgencia que tenía ella.

Liam tuvo el descaro de volver a besarme a modo de despedida y yo simplemente respiré aliviada cuando lo vi marchar.

Poco después mis padres decidieron que nos fuéramos a casa y los Milton hicieron lo mismo, mi madre los invitó a cenar en casa el viernes siguiente y tanto el senador como su esposa aceptaron encantados.

En el momento en el que llegamos a la limusina, vi a Alan más serio que nunca, me miró unos instantes y apartó la mirada rápidamente.

Me dolía toda esta situación, pero no podía decirle por qué estaba pasando esto.

Mi padre preguntó qué estaba haciendo, por qué había cambiado de opinión con respecto a Liam y yo solo quería gritar y decirle que por él haría cualquier cosa, pero no lo hice.

—Evan, por favor —dijo mi madre, cogiéndole la mano.

—Es que no lo entiendo, Carol, no lo entiendo.

Llegamos a casa y fui la primera en bajar dándoles las buenas noches para irme a la soledad de mi pequeño oasis de paz. Pero no llegué muy lejos cuando escuché la voz de Luke llamándome.

—¿Qué quieres, Luke? Estoy cansada y quiero irme a la cama.

—Y yo quiero que me expliques qué coño ha pasado esta noche, porque no me creo que estés con ese gilipollas que me ha puesto una demanda.

—¿Te ha demandado?

—Sí, porque lo saqué de la petrolera de malas formas y le amenacé.

—Hablaré con él.

—No hace falta, el abogado de tu padre se encargó de todo y retiró la demanda. Justo esta mañana, sospechoso, si me preguntas.

—Luke, de verdad que estoy cansada.

—Y Alan está que se lo llevan los demonios. Hemos tenido que persuadirlo para no entrar en la sala y partirle la cara. Dime qué pasa, Eli.

—No puedo, Luke, de verdad. Y con respecto a Alan, le pedí que me dejara sola y al parecer lo ha hecho, porque desde el lunes no he sabido nada de él.

—Quería pensar que te estaba dando tu espacio, pero después de esto...

—Solo te pido que no insistas, que no me preguntes más por esta noche.

—Vas a seguir viendo al secretario, entonces.

—Buenas noches, Luke —murmuré, y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Os equivocáis los dos, Eli, tanto Alan, como tú, os estáis equivocando.

Seguí caminando y entré en mi casa, dejé el premio sobre la mesa de café en el salón y tras quitarme los zapatos fui a mi habitación donde me terminé de desnudar, deshacer el recogido de mi cabello y una vez desmaquillada, me puse el pijama y me metí en la cama.

Sabía que no iba a dormir mucho, eso era algo ya normal las últimas noches, y como todas desde el lunes, cerré los ojos y lloré en silencio porque estaba en la cuerda floja, y si daba un mal paso todo se acabaría desmoronando, todo.

Capítulo 33



Alan

Cómo había acabado ella con el secretario de la Senadora Ferguson otra vez, era algo que se escapaba a mi control, de verdad que sí.

Se suponía que entre ellos acabó todo, ella misma tomó la decisión de que así fuera, pero se me estaba escapando algo y no sabía qué.

Había pasado otra vez la noche sin apenas dormir, eran las cuatro y media de la mañana y después de varias vueltas en la cama, me levanté y me puse ropa oscura deportiva para salir a correr.

Recorrí el terreno un par de veces, comprobé que los chicos que hacían el turno de noche estuvieran en sus puestos vigilando, y acabé en el mismo lugar de siempre tras unos cuarenta y cinco minutos corriendo.

Las fotos que me habían enviado de la casa de Elisabeth estaban hechas desde un punto concreto, por lo que las últimas noches desde el martes me camuflaba entre las sombras y comprobaba que ella estaba bien.

Suspiré al ver que ya estaba despierta, sentada en la cama y apoyada en el cabecero con el portátil sobre las piernas. Le costaba dormir, y me mataba no saber el motivo que a ella la tenía así.

¿Y si el secretario estaba detrás de esas fotos? ¿Y si le había dicho algo a Elisabeth y por eso había vuelto con él? Me iba a volver loco porque pensaba y pensaba en cuáles podrían ser los motivos que la habían llevado de nuevo a estar con él, a admitir ante la prensa eso que ella misma dijo que no ocurriría nunca.

Yo sabía por qué me había alejado de ella, y no podía decírselo, porque no quería que me pidiera que no la dejara.

Pero no estaba segura a mi lado, lo había entendido con aquellas fotos que aún no sabía quién me las había enviado.

Fuera quien fuese quien me amenazara con hacerla daño, habría ganado al ver que me alejaba, pero como le dije a Elisabeth, por mucho que ella me apartara, por mucho que me alejara, nunca dejaría de sentir lo que siento.

Ella era todo para mí, todo, y habría renunciado a seguir trabajando para su padre, si con ello podía ser el hombre que la amara el resto de su vida.

Cuando la vi dejar el portátil y levantarse, me marché. No quería que me pillara husmeando como un acosador por las ventanas de su casa.

Regresé al edificio donde estaba mi apartamento y entré al gimnasio.

Me quité la sudadera y tras ponerme los *earpods*, comencé a golpear el saco una y otra vez. Golpes rápidos y seguros, alternando derecha e izquierda siempre en el mismo punto.

Y de nuevo las fotos volvían a mi cabeza, mezclándose con las imágenes de lo que ocurrió aquella noche.

Golpeé y golpeé, cada vez más rápido y más fuerte hasta el punto de que el saco se movía de tal modo que cuando regresaba a mí, era como si fuera un contrincante digno de una pelea.

Seguía golpeando y sentí mis demonios cobrando vida una vez más, esos que salían a la luz incrementando la rabia.

Di un golpe fuerte y me aparté para esquivar el saco, respirando con dificultad mientras lo veía balancearse de un lado a otro.

Las luces se encendieron y vi a J.J. apoyado en el marco de la puerta.

—¿Qué haces levantado un domingo a las seis de la mañana? —pregunté cuando me quité los *earpods*.

—Ya ves, me he caído de la cama —se encogió de hombros—. A ti no te pregunto qué haces, porque es evidente. Otra noche sin dormir, ¿no?

—Y las que me quedan, por desgracia —suspiré quitándome los guantes.

—Deberías hablar con ella, contarle lo de las fotos...

—Ya te dije que no iba a hacerlo, Jim.

—Ok, cuando me llamas Jim, y no J.J., me preocupo —se sentó a mi lado—. Ha vuelto con ese idiota, ¿de verdad vas a perderla de ese modo? ¿Y por qué coño ha vuelto con él?

—No lo sé. Roxana no le ha sacado una sola palabra al respecto.

—Kaila sabe algo, si no, ¿por qué estaba el lunes con ella en su casa si se suponía que se sentía un poco enferma? —hizo comillas en esa última palabra.

—Sepa lo que sepa Kaila, no va a contarnos nada. ¿Has averiguado algo de las fotos?

—Que quien las envió se aseguró de no dejar rastro. En la empresa de mensajería me dijeron que el pago fue en efectivo y lo hizo un adolescente, alguien debió pedirle que entregara allí el sobre para que lo mandaran. El congresista debería saberlo, Alan. Si algo le pasa a su hija...

—Lo sé, pero no tengo ni la menor idea de cómo hablar con él.

—Pues hablando, que no te va a comer.

—Eres consciente de que, en algunas de esas fotos, me estoy follando a su hija, a unos metros de su casa, ¿verdad? —dije, mirándolo con la ceja arqueada.

—Soy consciente sí, pero no es necesario que vea esas fotos. Joder, si solo le enseñas la del beso, se hará una idea sin tener que verlo.

—Sigo sin entender cómo han podido hacer esas fotos.

—Desde donde están hechas sabes que es la casa de los Huber, que llevan un par de meses sin vivir en ella, la tienen a la venta y no se la han alquilado a nadie. Basta con que alguien lo supiera y aprovechando que los de la empresa de jardinería entraron para cuidar el césped se colara fingiendo revisar la antena.

—Son muchas suposiciones, J.J., y voy a acabar perdiendo la cabeza —suspiré de nuevo.

—Habla con el congresista, sé que te agradecerá que lo pongas sobre aviso.

—Voy a ducharme e iré a verlo —dije poniéndome en pie.

—Rezaré por ti, y por tu alma —contestó mientras el muy capullo hacía la señal de una Cruz en el aire como si fuera un cura.

—Vete a la mierda —le lancé un guante a la cara, y lo esquivó rápidamente.

—Yo también te quiero, jefe.

Salí del gimnasio y volví al apartamento. Me metí bajo el agua de la ducha y cerré los ojos, preparándome mentalmente para la que iba a ser, sin duda, la conversación más difícil de toda mi vida con mi jefe.

O tal vez la segunda más difícil, pues aún podía recordar la primera, años atrás, cuando entré en su despacho.

Era mi día libre, no tenía que llevar el traje, pero iba a ver a mi jefe y no pensaba presentarme ante él en vaqueros o con ropa deportiva, así que me puse uno de mis trajes y hasta la corbata, cogí el sobre que me habían enviado, dejando en el cajón las fotos que no necesitaba que viera de su hija, y salí del apartamento para ir a la casa principal.

Entré y por segunda vez en mi vida notaba el sudor bañando mi frente. Caminé hacia la cocina y vi a Julia preparando el desayuno para la familia Paton.

—Buenos días, Julia —saludé, y se giró sonriendo.

—Alan, buenos días. No me digas que vienes a ver al jefe por trabajo —suspiró—. En esta casa no se descansa ni los domingos —negó mientras cogía el pan de la tostadora.

—Tengo que hablar con él, sí.

—No tardará en bajar. ¿Quieres un café mientras lo esperas?

—Me vendría bien, la verdad —contesté sentándome en uno de los taburetes de la isla.

—¿Qué te pasa? Te noto un poco nervioso.

—No es nada, tranquila.

—Bueno, tú dices que no es nada, pero tus ojos no mienten. Sé que te preocupa algo. No me lo digas, no quiero ser curiosa ni entrometida con asuntos que no me atañen. Pero deja que te diga algo —me puso el café delante—. Si estás preocupado porque el jefe pueda decirte algo, estate tranquilo, seguro que sea lo que sea que tienes que hablar con él lo entenderá y tendrá solución —sonrió.

Y yo esperaba que así fuera, aunque seguro que ningún otro escolta del congresista le había pedido audiencia para decirle que, se acostaba con su hija hasta hacía seis días, y que alguien nos tenía amenazados a los dos.

Me tomé el café mientras ella seguía preparando el desayuno, la vi llevar todo al comedor y cuando regresó me dijo que el congresista estaba allí.

Fui, di los buenos a días a mi jefe, a su esposa y a la pequeña Alexis y ellas dos sonrieron al

corresponderme con el mismo saludo.

—Señor Paton, hay algo de lo que tengo que hablar con usted —dije, y él asintió.

—Empezad sin mí, el deber me llama —sonrió mientras cogía su taza de café y me hizo seguirlo al despacho.

Caminamos por el pasillo hasta la puerta de ese lugar en el que tantas veces habíamos hablado y organizado el trabajo, dio un sorbo a su café mientras se sentaba y me pidió que hiciera lo mismo frente a él.

—Lamento haberle molestado hoy, pero ya he retrasado bastante este asunto —dije y carraspeé mirando el sobre.

—Alan, deja que hable yo primero, por favor —me pidió levantando la mano—. Mi esposa te vio un día venir de casa de Elisabeth, muy sonriente según me dijo, y era temprano para que hubieras ido a hablar algo. No me interrumpas, muchacho —exigió cuando abrí la boca para hablar—. Los dos sois adultos, y nosotros no somos tontos, sabemos que tienes algo con nuestra hija o, al menos, lo tenías, porque anoche nos quedamos descolocados por completo al ver a ese hombre con ella como si fueran novios de toda la vida. Así que, si es sobre eso, no hace falta que me lo digas porque estoy al corriente de que algo habéis tenido. ¿Qué ha pasado?

—Por parte de Elisabeth, no lo sé, por mi parte —miré de nuevo el sobre y tras coger aire y soltarlo de nuevo, saqué las fotos— esto es lo que ha hecho que me aleje de ella, al menos tanto como puedo alejarme trabajando para usted.

El congresista cogió las fotos y al verlas le cambió la cara, me preguntó si sabía quién podría haber estado vigilándonos a Elisabeth y a mí, y si por un casual podría ser el secretario de la Senadora Ferguson.

—No lo sé, y no estoy seguro de que él pueda haber hecho eso. El lunes cuando regresamos de su viaje, ella estaba distante, algo debió pasar esa mañana porque fue ahí cuando todo cambió. No sé qué pudo pasarle, si ese hombre le dijo algo o fue otra persona, pero cambió, y ese mismo día recibí las fotos.

—Intuyo que Elisabeth no sabe nada al respecto.

—No, no se lo he dicho, solo me alejé para protegerla.

—¿Quién más lo sabe? Porque conociéndote, le has debido pedir a alguien que investigue esto —señaló el sobre.

—J.J., es el único al que se lo he contado.

—Vale, pues que siga así. Y ahora, voy a contarte algo que no puede salir de este despacho, confío en ti, Alan, y si te lo digo es porque quiero que protejas a mi hija, aunque sea en la distancia.

—Señor Paton, daría mi vida por Elisabeth.

—Lo sé, y si me permites ser sincero, me di cuenta hace mucho tiempo de que no la veías como una niña —sonrió, y en ese momento fui consciente de que había subestimado, y mucho, a mi astuto jefe.

Capítulo 34



Elisabeth

Martes, y después de haber pasado la mañana encerrada en el despacho de la petrolera revisando contratos, modificando varios de ellos y preparando algunos nuevos, por fin podía irme a casa.

Había pasado una semana desde que me dieran el premio como empresaria del año, y en estos días había concedido varias entrevistas, por no hablar de que había tenido que dejarme ver en público con Liam, pues se empeñaba en aparecer por la petrolera de vez en cuando para llevarme a comer.

Odiaba eso, pero al menos ahora el secretario de la Senadora Ferguson disponía de su propio chófer, y no me quedaba a solas con él dentro del coche.

Estaba recogiendo mis cosas para marcharme cuando Cintia llamó a mi puerta y se asomó.

—Eli, tienes visita —dijo.

—Por favor, por favor, dime que no es Liam —le pedí con los ojos cerrados, suspirando.

—Es Lilian, la periodista.

—Gracias a Dios. Dile que pase.

Cintia asintió, y unos minutos después de que se fuera, Lilian llamó a la puerta y le di paso.

—Buenas tardes, Eli —sonrió.

—Buenas tardes. No teníamos cita, ¿verdad? Es que llevo unos días de locos con tantas entrevistas.

—No, no teníamos cita, pero esto no quería contártelo por teléfono.

—¿Has averiguado algo de lo que hablamos?

—Eso creo. Como te dije, hay una persona de confianza a la que iba a pedirle ayuda.

—Sí.

—Es mi hermano mayor, trabaja en Seguridad Nacional y sí, sé que está mal que le pida a él que me informe de algunas cosas, pero es que es la persona correcta. Y no se sorprendió para nada que le pidiera que investigara a Liam Roberts.

—Lilian, si se enteran de lo que ha hecho tu hermano lo pueden despedir.

—Lo sé, y él me lo repitió como veinte veces —suspiró—. Pero el secretario de la senadora al parecer no es la persona favorita de muchos políticos. A mi hermano le debían algunos favores y, después de mucho esperar, ayer vino a verme.

—¿Qué habéis averiguado?

—Liam Roberts tiene buena relación con varios periodistas, y al parecer ha ido diciendo que entre vosotros siempre hubo algo, pero no queríais que saliera a la luz hasta que no llegara el momento adecuado. Cuando tu nombre apareció entre los candidatos de empresario del año, les dijo a esos periodistas que no faltaran a la cena porque ahí se haría oficial lo vuestro, tanto si ganabas como si no.

—Tenía mucho interés en que se nos viera antes de esa cena, se presentó un día aquí para exigirme que fuera a *Gold Star*.

—Ah, su restaurante favorito, según sus lacayos periodistas. He encontrado algunas noticias antiguas sobre él, y en todas ellas aparecía con gente influyente en ese lugar. No es de extrañar que quisiera llevarte allí. También fue allí donde dio a conocer su relación con la antigua secretaria de la Senadora Ferguson, una mujer de la que dijo estar muy enamorado, pero con la que rompió cuando descubrieron que había filtrado algunas cosas de su jefa. Fue entonces cuando Liam Roberts pasó a ser secretario de la senadora.

—Pero, ¿se conocían de algo?

—Sí, Liam Roberts conocía a la Senadora Ferguson porque su madre fue a la universidad con la senadora. Eran buenas amigas, y solían hablar de que algún día el pequeño Liam sería la mano derecha de la futura senadora.

—Pero ella tenía una secretaria antes.

—La novia de Liam, exacto. Él se la presentó a la senadora y ella la contrató, porque él estaba en ese momento trabajando para una empresa y no podía dejarlo, hasta que la senadora lo convenció de irse a trabajar con ella cuando la novia de Liam la traicionó.

—¿Y si no fue cosa de ella?

—Es lo que sospechamos todos, pero no se puede probar porque esa mujer abandonó el país y rehízo su vida en Londres. Si me preguntas, como periodista te diría que Liam hizo todo eso para quedarse con el puesto en el que lleva cinco años, y que su novia tuviera que irse para no ser quemada por bruja.

—Sabiendo lo que sé sobre el secretario, no me extrañaría que lo hubiera hecho él.

—¿Por eso querías saber si se podían falsificar noticias?

—Sí, y no voy a contarte más de lo necesario para no meterte en un lío.

—Eli, si necesitas mi ayuda para algo, lo que sea, puedes contar conmigo. Mira, no sé si tendrá algo que ver con el motivo por el que me preguntaste eso, pero se comenta que Liam Roberts ha dejado caer que puede tener cierta información sobre alguien que podría hacer tambalear el mundo de la política. Si me permites darte un consejo, Eli, aléjate de ese hombre antes de que intente algo contra ti.

—Gracias por preocuparte, Lilian —sonreí cogiéndole la mano—, pero estaré bien. Solo, ¿puedo pedirte un último favor?

—Claro, lo que sea.

—Haz llegar a esta persona toda la información que me acabas de dar —escribí el nombre y la dirección en un papel y se lo di.

—Vale, dame un par de días para llevárselo. Pero, ¿qué le digo si me pregunta por qué se lo estoy dando?

—Lo que me has dicho a mí, que no te fías de ese hombre. Pero, por favor, que no sepa que yo te pedí que hicieras averiguaciones sobre él, ¿de acuerdo?

—Tranquila, no mencionaré tu nombre en ningún momento. A fin de cuentas, se supone que eres la novia de Liam Roberts —volteó los ojos.

Un par de golpecitos en la puerta hicieron que ambas miráramos cuando esta se abrió y vimos a Kaila asomada.

—Dijiste que te irías pronto a casa, y pensé que estabas enterrada en una montaña de papeles,

para variar —dijo.

—Es que olvidé que iba a venir para ver cuándo podíamos agendar una cita para una entrevista, me llamó esta mañana para decirme que pasaría por aquí y ya sabes que he tenido una mañana de locos.

—Sí, últimamente todos los días son así —suspiró—. Vale, pues, Roxana y yo vamos yendo para el coche.

—Vale.

Kaila cerró la puerta y Lilian volvió a mirarme.

—Imagino que nadie puede saber que me pediste investigarlo —elevó ambas cejas.

—No, nadie puede saberlo. Se lo diré yo, con el tiempo.

—Ok, pues espero que esto sirva de ayuda para lo que sea que tengas en mente para deshacerte de ese hombre, porque es lo que quieres, ¿verdad? O sea, que tienes una sonrisa fingida muy bonita que da bien en cámara y en las fotos, pero que si alguien se ha tragado la mentira de que estáis enamorados, es para que te den un Oscar, vaya.

—No me veo como actriz —sonreí—. ¿Por qué crees que no es cierto que esté con él?

—¿Por qué querrías investigar a alguien de quien se supone que estás enamorada? —Arqueó la ceja.

—Soy dueña de una petrolera que genera millones de dólares al año, ¿y si el hombre que dice estar enamorado de mí y que quiere casarse, solo busca mi dinero?

Se quedó callada unos segundos, frunció los labios y entrecerró los ojos antes de hablar.

—Vale, te compro el argumento, pero a mí no me convences —se encogió de hombros.

—No esperaba menos, eres una periodista con dotes detectivescas —contesté y se le dibujó una sonrisilla en los labios.

—Bueno, me voy para casa a preparar todo lo que te he contado. Espero que sepas lo que haces.

—Tranquila, que, aunque a veces hagamos locuras, las hay que suelen salir bien.

Recogí mis cosas y la acompañé hasta la calle, donde nos despedimos quedando en estar en

contacto.

Subí al coche y cuando Luke ocupó su asiento y lo puso en marcha, me acomodé con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento.

No sabía qué estaba haciendo realmente, pero esperaba que Liam no se diera cuenta y no cumpliera su amenaza de filtrar esas noticias falsas que tenía contra mi padre.

Y por otro lado estaba Alan, ese hombre que no me quitaba de la cabeza y no podía arrancarme del corazón, porque lo amaba, lo amaba como nunca creí que llegaría a amar a alguien en mi vida.

Capítulo 35



Alan

Regresábamos a casa tras un día largo para todos, pues el Congresista Paton había tenido una sesión que les mantuvo a él y otros senadores durante horas en aquella sala, y nosotros, los escoltas, haciendo guardia en los pasillos.

Ni siquiera salieron a comer, les sirvieron la comida en la misma sala y nosotros cogimos unos sándwiches de las máquinas.

Mi tiempo lo había pasado hablando con J.J. sobre Elisabeth, él insistía en que debía contarle por qué me había alejado de ella, porque con esa decisión lo que había conseguido era arrojarla a los brazos de otro.

Bastante es que le hubiera contado a mi jefe todo, y que este supiera, o intuyera, que entre su hija y yo había habido algo.

Íbamos en el coche siguiendo al congresista cuando empezó a sonar mi móvil.

—Moore.

—Jefe, ha venido una mujer buscándolo —contestó el chico de la caseta de seguridad de la casa.

—¿Una mujer? —Fruncí el ceño— ¿Quién?

—Lilian Simons, periodista según la acreditación que tengo en la mano.

—¿Y qué quiere de mí una periodista? Dile que la familia no concede entrevistas en la casa.

—No viene por ninguna entrevista, viene a verlo a usted.

—A mí, ¿para qué? —pregunté, y escuché una voz suave de mujer al otro lado, pero no entendí bien lo que decía.

—Dice que tiene información para usted, información importante.

—Vale, estamos de camino. Que espere ahí, pero que no entre en la casa.

—Ok, jefe.

Colgué y J.J. me preguntó qué pasaba, se lo dije y al igual que yo, no entendía qué información podría tener una periodista para mí.

Cuando llegamos, el coche del congresista se detuvo y vi que una mujer morena se acercaba a la ventana, así que antes de que intentara hacerle una entrevista habiéndome mentido, me bajé para ir hasta ella.

—Sí, Alan Moore —la escuché decir.

—Disculpe —me acerqué a ella, y en el momento en el que me miró, la reconocí de haberla visto hablando con Elisabeth—. Me han dicho que venía a verme.

—Si es usted Alan Moore, sí, vengo a verle —contestó.

—Alan, ¿sabes quién es? —preguntó el congresista desde el interior del coche.

—Creo que la he visto antes —volví a mirarla y noté que se sonrojaba.

—Elisabeth le concedió una entrevista. ¿Para qué busca a mi escolta, señorita Simons?

—Congresista, yo me encargo de esto.

—Bien, podéis usar mi despacho para hablar, allí no os molestará nadie —dijo, y asentí.

—Suba al coche conmigo —le dije a ella, pues no iba a hacerla caminar hasta la casa con el frío que empezaba a hacer a esa hora de la tarde.

Ella suspiró aferrada al bolso de bandolera que llevaba colgado al hombro, me siguió hasta el coche y cuando abrí mi puerta, le abrí la trasera para que subiera.

—Vaya, yo a ti te conozco —dijo J.J. cuando la periodista entró—. Te he visto hablando con Elisabeth Paton alguna vez.

—Soy periodista, mi trabajo es hacer preguntas a la entrada de eventos donde hay gente

importante —contestó, y vi que estaba un poco cohibida.

—Oye, que no te voy a morder —J.J. sonrió de medio lado—. ¿Para qué quieres ver a Alan?

—Se lo he dicho al chico de la caseta, tengo información para él.

—¿Qué tipo de información? —insistió él.

—Es... solo para él.

—Nenita, Alan y yo somos como hermanos, nos conocemos desde hace veintidós años, y me lo acabará contando.

—J.J., entras con nosotros —dije cuando Ian paró el coche frente a la casa y abrí la puerta para entrar.

—¿Ves? —lo vi elevar ambas cejas con una sonrisa en los labios mirando a la periodista.

—No la asustes, que va a pensar que sí puedes morderla —resoplé.

Abrí la puerta para que ella bajara y le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera, J.J. se unió a nosotros y entramos en la casa del congresista.

Fui hasta el despacho sin que nos viera nadie de la casa, le ofrecí sentarse en una de las sillas frente al escritorio y yo me quedé de pie, J.J. se sentó a su lado.

—Bien, ¿qué información es esa que dice tener? —pregunté con ambas manos en los bolsillos del pantalón, ella miró a J.J. por el rabillo del ojo y tragó con fuerza— Como le ha dicho él, es casi como un hermano. Tengo tres hombres que cuentan con mi absoluta confianza, y él es uno de ellos. Puede hablar delante de él sin miedo.

—Sí, nenita —J.J. sonrió al tiempo que llevaba una mano al antebrazo de la pobre periodista —, puedes confiar en mí, de verdad que no muerdo —le hizo un guiño cuando ella lo miró, y sus mejillas se tornaron de un rojo más intenso que cuando me había visto a mí.

—Está bien —suspiró y abrió el bolso, del que sacó una carpeta color marrón que dejó sobre el escritorio—. Aquí encontrará algunas cosas sobre Liam Roberts.

Ese nombre llamó mi atención, fruncí el ceño y cogí la carpeta. Eché un vistazo a un par de páginas y vi que J.J. me miraba expectante con ganas de querer saber. Y yo también quería, porque no entendía qué hacía esa mujer allí, con información sobre Liam Roberts, entregándomela a mí.

—¿Por qué me da esto? —pregunté.

—Porque no me fio de él. La señorita Paton accedió a concederme una entrevista cuando supo que era una de las candidatas al premio de empresario del año, y eso fue muy importante para mí en mi trabajo. Aprecio a la señorita Paton, y no quisiera que ese hombre tuviera intenciones ocultas con ella.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Soy periodista, señor Moore, tengo mis métodos.

—¿Sabe algo al respecto sobre lo que pone aquí? ¿Qué clase de información tiene Liam Roberts?

—No, eso no he conseguido averiguarlo. Señor Moore, como le he dicho, aprecio a Elisabeth Paton, y este hombre probablemente fue capaz de manipular pruebas para que su novia fuera despedida y ocupar él ese puesto que siempre quiso y que le habían prometido. ¿Por qué? Posiblemente nunca lo sepamos, pero si con esto al menos apporto mi granito de arena y ayuda en algo, mi vena periodística habrá servido de algo.

—¿Alguien más sabe esto, además de sus... fuentes? —arqueé la ceja, y ella negó.

—No, nadie.

—Bien, que siga siendo así. Si averigua algo más, quiero saberlo. Pero no venga aquí, no vuelva a la residencia Paton, y no me llame a mí. Soy el escolta principal del congresista y jefe de su personal de seguridad. Hable con J.J. y él se reunirá con usted.

—Nenita, dame tu móvil que te apunto mi número —dijo él, acercando la mano para que se lo diera.

Ella lo sacó del bolso, se lo entregó, y después de teclear unos segundos, el móvil de J.J. empezó a sonar, ya la tenía localizada.

Le pedí que mantuviera esa información y la reunión que había tenido con nosotros en secreto, la acompañamos a la puerta y le pedí a Ian que la llevara a la entrada, donde tenía su coche.

—¿Qué crees que trama ese tipo? —me preguntó J.J. cuando íbamos hacia nuestros apartamentos.

—No lo sé, pero si lo que tiene es contra Elisabeth, ahora sabemos por qué está con él.

—Alan, deberías hablar con ella.

—Sabes que no puedo acercarme, si lo hago...

—Lo sé, no quieres que acabe como la última vez. Vale, pues, con lo que tenemos, podemos investigar más. Algún interés tiene que se nos escape, para querer a Elisabeth tan cerca.

—Mira a ver si averiguas algo, lo que sea, no tengo un buen presentimiento sobre este hombre.

—Ok, jefe, me pongo con ello.

Asentí, y mientras él entraba en la cocina comunitaria, yo subí a mi apartamento con la carpeta en la mano.

Sabía que ese hombre no era de fiar, y si una joven periodista como Lilian Simons lo había visto también, no entendía cómo Elisabeth podía haber vuelto con él.

Solo esperaba que no estuviera detrás de las fotos que me enviaron, porque si se le ocurría hacerle daño a Elisabeth, iba a matarlo con mis propias manos.

Capítulo 36



Elisabeth

Acababa de darme una ducha y ponerme el pijama para prepararme un sándwich de jamón y queso para cenar, cuando escuché que sonaba mi móvil.

—Hola, Lilian —sonreí al saludarla.

—Hola, Eli. Ya entregué la información esta tarde.

—No le has dicho nada de mí, ¿verdad?

—No, tranquila. Solo le he dicho la verdad, que te aprecio y que no me fío del secretario.

—Gracias por esto, Lilian, de verdad que te debo una muy grande.

—Sí, sí me debes la BLB.

—¿BLB? ¿Qué es eso?

—Tu boda, tu luna de miel, y el bautizo de tu primer hijo.

—Anda que no pides —reí.

—Hombre, tendré que ganarme el sueldo.

—¿Sabes? Serías una buena ayudante para la jefa de prensa de mi padre —sonreí.

—Uy, no, eso es aspirar muy alto para alguien como yo.

—Lilian, eso no es aspirar alto, es crecer profesionalmente.

—Bueno, yo he hecho hoy una buena labor, a ver si el jefe de seguridad de tu padre averigua algo sobre el secretario, y te libras de él.

—Ojalá, aunque no creo que eso pase —suspiré.

—Confiemos en qué sí, porque te lo digo en serio, ese tipo no me gusta, creo que tiene intenciones no muy buenas para quererte cerca —dijo, y si ella supiera con lo que me tenía amenazada y lo que me hizo, lo odiaría aún más, tanto como yo misma lo hacía.

—Te debo una entrevista, al menos para empezar —reí.

—Y posando con tu premio de empresaria del año, que soy la única que aún no te ha entrevistado por eso.

—Cierto. ¿Por qué no te pasas el lunes por la petrolera? Podemos comer juntas y me haces la entrevista.

—Vale, allí estaré.

—Adiós, Lilian, y gracias otra vez.

—No hay por qué darlas, en serio. Adiós, Eli.

Tras colgar dejé el móvil en la encimera, saqué la botella de vino y me serví una copa, esa que tomé sorbo a sorbo mientras preparaba el sándwich y me lo cenaba.

Suspiré al pensar de nuevo en él, y en que un simple sándwich caliente de jamón y queso me recordara cada momento vivido en esta casa a su lado.

Lo quería, pero se apartó tal como le pedí sin muchas más explicaciones ni, por su parte, ni tampoco por la mía.

Noté una lágrima cayendo por mi mejilla y la retiré rápido, estaba llorando demasiado últimamente, pero es que tenía muchos y diversos motivos para hacerlo.

Me terminé el sándwich y estaba dando el último sorbo a mi copa de vino, cuando me sobresalté al escuchar unos golpes insistentes en la puerta que daba al jardín, había optado por dejarla cerrada para que no se colara Roxana, que era quien llamaba.

—¡Abre la puerta ahora mismo o te juro que rompo el cristal! —gritó.

—Roxana, cálmate —le pidió Kaila.

—Tú mejor será que te calles, que seguro que esto lo sabías.

Fruncí el ceño yendo hacia la puerta y cuando abrí, sin entender nada, Roxana me plantó su móvil delante.

—¿Qué te hizo este pedazo de gilipollas? —volvió a gritar.

En la pantalla se vea la boutique donde compré el vestido para la cena de la entrega del premio, y allí estaba Liam Roberts hablando con la dependienta, que sonreía con coquetería y no dudó en llevarlo a la sala donde estaban los probadores.

Miré a Kaila que tenía el rostro blanquecino y se encogió de hombros, momento en el que se le comenzaron a aguar los ojos.

—No la mires a ella y habla, Eli, porque ya sé qué pasó, solo quiero que tú me lo cuentes.

—¿Se lo has dicho? —pregunté mirando a Kaila.

—Lo siento, Eli, sé que te prometí no hacerlo, pero... No puedo más con esa carga —se secó las lágrimas.

—Eli, dímelo, quiero escucharlo de tu propia boca.

Volví a mirar a Roxana y a pesar de la furia que mostraba en ese momento, en sus ojos veía el miedo y el dolor.

Sabía que al igual que Kaila se estaba culpando por lo que pasó, pero ninguna de las dos tenía la culpa.

Fui hacia el sofá, y me senté y entre lágrimas, con ese dolor en el pecho al volver a recordar y revivir aquello, se lo conté a Roxana.

Cuando acabé de relatar todo estábamos las tres llorando, y yo ni siquiera me atrevía a mirar a Roxana a la cara, como me pasó aquel día con Kaila.

—Yo lo mato —dijo Roxana, secándose las lágrimas de las mejillas con furia y rabia—. Te juro que lo mato y me importa una mierda acabar en la cárcel, pero ese pedazo de escoria humana no vuelve a hacer algo así en su vida.

—Roxana, tú no vas a ir a la cárcel por matar a nadie —le advertí.

—Por supuesto que sí, y no me dolerá cumplir esa condena, al contrario, lo haré gustosamente. Primero, porque le habré dado su merecido a ese gilipollas, y segundo, porque redimiré con eso el error de haberte hecho caso y dejarte entrar sola. Tendríamos que haber

estado allí contigo, somos tus escoltas, joder, nuestro trabajo es protegerte de cualquier cosa y persona que sea una amenaza.

—No se te ocurra culparte por esto, a ninguna de las dos os permito que os culpéis —les advertí, señalándolas al tiempo que me ponía de pie—. Nadie sabía que podía pasar esto, no nos imaginábamos que me seguiría hasta allí y me amenazaría con unas noticias falsas de mi padre, solo para conseguir que me vean con él y que de ese modo tenga más cerca lo que sea que quiere.

—Tengo el derecho a culparme porque dejé sola no solo a mi jefa, sino a mi amiga —gritó Roxana—. Ese malnacido abusó de ti, Eli, ¡te violó!

—¿Qué coño acabas de decir? —el grito de Luke nos llegó a todas tan nítidamente, que nos estremecimos de pies a cabeza, por no hablar de que su voz fue más como un rugido animal que hizo que nos quedáramos paralizadas.

Cuando al fin reaccionamos miramos hacia la puerta, que se había quedado abierta, y ahí estaba mi chófer y amigo, con los ojos fijos en nosotras y la mandíbula apretada.

—Luke —dijo Kaila yendo hacia él.

—Roxana dime que he oído mal.

—Luke, es mejor que te vayas —le pidió Kaila.

—¿Irme? No me voy a mover de aquí hasta que me expliquéis qué pasa.

—Liam Roberts consiguió entrar en la boutique cuando fue a probarse el vestido.

—Roxana, no sigas, por favor —supliqué.

—Tiene que saberlo, Eli —contestó mirándome, y volví a dejarme caer en el sofá mientras la escuchaba contarle lo que pasó allí.

Y Luke se transformó en ese momento, dejó de ser el hombre tranquilo y sereno que todos conocíamos, volviéndose un hombre con el rostro serio y odio en su mirada. Lo vi apretar sus manos con fuerza cerrándolas en puños al punto de que los nudillos se volvieron completamente blancos.

Ninguna de las tres vimos venir lo que iba a hacer, y en un giro rápido, con un grito salvaje, levantó el brazo y golpeó la pared con tanta fuerza que, al separarla, vimos que le sangraban un poco los nudillos.

—¡Luke, por Dios! —Kaila corrió hacia él y cogió su mano para echar un vistazo.

—Ese hijo de puta —dijo con la mirada perdida, y retiró la mano de Kaila para salir de mi casa.

—¿Dónde va? —pregunté asustada.

—Diría que a buscar al secretario —contestó Roxana.

Salimos las tres de mi casa y lo vimos correr por el jardín, comenzamos a correr tras él y le seguimos hasta el edificio donde estaban sus apartamentos.

Entré en pánico porque estaba claro que Luke no iba a buscar a Liam, sino a Alan.

Entramos allí y lo vimos hablando con él, Alan nos miró con el ceño fruncido y yo solo quise desaparecer en ese momento.

—No sé cómo coño entró, pero estuvo en la boutique aquel día —le dijo Luke a Alan—. ¿No se suponía que lo teníais vigilado?

—¿Qué? —grité, pasando por delante de las chicas.

—En ningún momento nos dijeron que lo hubieran perdido de vista —contestó J.J., que estaba con Alan.

—Pues lo hizo, igual que el día que se presentó en la petrolera. ¿A quién teníais siguiéndolo? ¿A principiantes? —Luke estaba fuera de sí, y temía que le dijera lo que acababa de averiguar.

—No son principiantes, Luke, relájate —le pidió J.J.

—Y una mierda me voy a relajar, amenazó a Eli con filtrar mentiras sobre su padre, solo para que esté con él —Luke me miró entonces y vi la duda en sus ojos, sabía que le debía lealtad a Alan por ser su jefe y amigo, pero también me era leal a mí por lo mismo, entonces suspiró, cerró los ojos y volvió a apretar el puño con el que no había golpeado la pared antes de hablar de nuevo—. Ese tío quiere conseguir algo y está coaccionando a Eli, no voy a consentir que le pase algo más.

Alan frunció el ceño al escucharlo decir aquello, pero no preguntó a qué se refería. Me miró apenas unos segundos y cogió su móvil para llamar a alguien mientras salía de la cocina, seguido de J.J.

—Luke —me acerqué a él y le di un apretón en el brazo—, gracias por no contarle... eso.

—Si se lo cuento, irá a buscarlo y a pegarle dos tiros. Por no hablar de que se culpará por no haber protegido a la persona que ama, otra vez —contestó, y se fue dejándome con esas palabras rondando en mi mente.

¿Qué había querido decir Luke con eso? Miré a las chicas y estaban igual que yo, con el ceño fruncido y sin entender nada.

—Voy a curarle a Luke la mano, aunque tengo la sensación de que puede haberse roto algo —dijo Kaila con un suspiro antes de salir tras él.

Me abracé a mí misma notando un escalofrío recorriéndome todo el cuerpo, y miré a Roxana.

—Debería saberlo, y tu padre también. Seguro que entre todos encuentran el modo para...

—No, Roxana. Nadie debía haberlo sabido, nadie.

—Kaila lo sabía, y nos lo ha ocultado todo este tiempo.

—Porque entró a la maldita boutique, pero no debía haber entrado. No le digas nada a Alan, y procura que Luke tampoco se lo cuente —dije antes de salir de allí para volver a mi casa.

No quería que Alan supiera aquello porque sabía que iría a por Liam y se metería en problemas.

Entré en casa y volví a cerrar la puerta, me preparé un té caliente y tras tomármelo me fui a la cama, aunque sabía que aquella iba a ser otra noche sin apenas poder dormir.

Capítulo 37



Alan

Después de enterarme que el lunes que encontré a Elisabeth llorando en su casa con Kaila fue porque Liam Roberts estuvo con ella en la boutique, llamé a los dos hombres que puse a vigilarlo para que me dieran algunas explicaciones.

Ni siquiera ellos entendían cómo había conseguido salir aquella mañana de su trabajo, ir a la petrolera y seguir el coche de Eli hasta la boutique y entrar.

Roxana con el vídeo que consiguió de las cámaras y que amablemente, según ella pues todos conocíamos cómo de persuasiva podía llegar a ser, le entregó la dependienta, descubrimos que entró por la parte trasera que daba al almacén, accedió a la boutique por él sin ser visto por nadie, y se acercó a la dependienta con esas malas artes engañosas para llegar hasta Eli.

Liam Roberts había cogido otro coche para ir hasta allí, sin duda planeando a conciencia que nadie sospechara que era él, por lo que eso despistó a mis hombres.

Pero no sabía que le habían estado siguiendo, y que aún lo hacían, pues yo seguía teniendo mis sospechas, al igual que el congresista, de que pudiera haber sido él quien me hizo llegar aquellas fotos.

Muy pocos conocían esa parte de mi pasado y quienes lo hacían tenían mi total confianza, así que nadie había contado nada al respecto, por lo que seguía siendo un misterio que alguien como Liam Roberts se hubiera enterado de ello y lo estuviera usando para alejarme de Elisabeth.

Aunque estaba claro que era el único del que tanto yo, como J.J. y el congresista sospechábamos, dado que, a raíz de recibir esas fotos, mi chica volvió a dejarse ver con él.

Y ahora entendía que lo hacía porque él la amenazaba, y al saber de boca de Luke lo que pasó aquella mañana en la boutique, eso de que el secretario de la Senadora Ferguson le hubiera dicho a Elisabeth que filtraría noticias falsas sobre su padre, daba más peso a lo que la periodista,

Lilian Simons, dijo que habían comentado algunas personas.

Fuera lo que fuese lo que pretendía hacer ese hombre, estaba claro que tenía algo que ver con el Congresista Paton, pero, ¿por qué?

No tenía claro si lo que mi jefe me contó en absoluta confianza y estricto secreto podría tener algo que ver, dado que la Senadora Ferguson y el Congresista Paton no tenían nada que ver el uno con el otro en lo que a política se refería, puesto que cada uno se encargaba de un comité diferente.

Lo único que me quedaba pensar era que Liam Roberts, en su afán por subir ese escalón que le llevaría a dar el salto a la política quisiera derrocar al Congresista Paton y ocupar él ese cargo.

Descabellado, sí, pero no imposible pues en esta vida hasta lo imposible podría llegar a ser un hecho.

Era domingo y estaba en mi apartamento, sentado frente a la ventana contemplando la Luna, bebiéndome un vaso de whisky, pensando en ella.

Pocos entenderían lo duro que estaba siendo para mí tenerla allí, tan cerca, pero tan lejos a la vez, luchando cada maldito día por no acercarme solo por el hecho de pensar que podrían seguir vigilandonos a los dos y que, si lo hacía, lo único que haría sería ponerla en peligro.

Me acabé el whisky, cogí una de las sudaderas negras con capucha que tenía y tras ponérmela, salí del apartamento para ir a dar un paseo por el jardín.

Sabía que Elisabeth no había salido en todo el fin de semana, Roxana y Kaila estuvieron con ella en la casa el día anterior, cenando pizza y viendo viejas películas románticas, algo que yo habría hecho si no tuviera a alguien esperando que cometiera un error para hacerle daño.

Y como siempre que salía al jardín acabé en su casa, suspiré dejando caer los hombros y cerrando los ojos con toda la intención de volver al apartamento, y entonces la escuché.

Igual que aquella primera noche que fui a hablar con ella y su grito me hizo pensar que estaba en apuros, cuando la oí gritar de ese modo desgarrador y lleno de miedo, no lo dudé.

Fui hacia la puerta del salón que daba al jardín, pero estaba cerrada, no podía entrar, así que hice lo único que en ese momento se me ocurrió. Corrí hasta la puerta principal de la casa, empujé con el hombro y se abrió de par en par.

—¡Elisabeth! —grité caminando a oscuras por la casa, esa que me conocía como la palma de mi mano, y llegué a su habitación, de donde me llegó otro grito.

Abrí temiendo que hubiera alguien allí, pero estaba sola, en la cama, agarrada con fuerza a las

sábanas mientras aún seguía dormida y sollozaba.

—Suéltame, por favor —escuché que murmuraba.

Una pesadilla, mi chica estaba teniendo una pesadilla. Sí, lo sabía porque yo las tenía desde hacía años y sabía lo mucho que costaba a veces salir de ellas.

Me senté en la cama y no dudé ni un segundo en cogerle la mano, hablando con calma para que me escuchara, para que le llegara mi voz a través de ese mal sueño, y se despertara.

—Vamos, pequeña, soy yo —dije acariciándole la mejilla, y eso pareció calmarla y hacerla salir de donde fuera que estaba metida—. Elisabeth, despierta cariño, soy Alan.

Seguía llorando, las lágrimas caían por sus mejillas mientras ella se calmaba, aunque respiraba agitadamente. Aflojó el agarre con sus manos en la ropa y abrió los ojos, mirándome al fin.

—Ya está, solo era una pesadilla —sonreí deslizando el pulgar por su rostro para retirar las lágrimas.

—Alan —sollozó.

—Sí, soy yo. ¿Qué soñabas?

—No quiero hablar de ello —retiró su mano evitando que siguiera tocándola y se secó las mejillas con ambas antes de mirar hacia la ventana—. ¿Cómo has entrado?

—Digamos que habrá que llamar a alguien para que arregle tu puerta principal —contesté y ella resopló.

—Estoy bien, puedes irte —dijo girándose hasta acabar recostada de lado en la cama, con ambas manos bajo la mejilla sin perder de vista la Luna, esa misma que yo había estado contemplando minutos antes.

—Elisabeth, necesito saber algo.

—Es tarde, vuelve a tu apartamento.

—Pequeña, te dije que podrías apartarme y alejarme cuanto quisieras, pero nunca dejaría de sentir lo que siento.

—Por favor, Alan, vete.

—Sí, debería irme porque estando cerca de ti solo te pongo en peligro —dije poniéndome de

pie—, pero no soporto verte con él cuando sé que no sientes nada.

—¿Por qué dices que me pones en peligro? —Me miró por encima del hombro.

—¿Por qué no me dijiste que te había amenazado? —pregunté ignorando su pregunta, no debía haberle dicho aquello.

—Porque se lo habrías dicho a mi padre, él decidiría intervenir y Liam habría filtrado esas mentiras que tiene contra mi padre, y lo que pasé no habría servido de nada.

—¿Qué pasaste, Elisabeth? Háblame, por favor pequeña, cuéntamelo, deja que pueda ayudarte.

—No, Alan, y por favor, vete —se levantó de la cama y vi que iba hacia la puerta.

La seguí hasta la cocina, puso agua a calentar, sacó una taza y una bolsita de té y yo simplemente me quedé allí observando cada movimiento que hacía.

Era perfecta, Elisabeth Paton era simplemente perfecta y amaba todo de ella.

Dejó la taza en la encimera esperando a que el té se hiciera, y me acerqué. La rodeé con ambos brazos por la cintura y apoyé la frente en su hombro, aspirando ese aroma que tanto me gustaba.

Elisa se tensó ante mi contacto y eso me partió el alma.

—Nunca dejaré de quererte, Elisabeth, porque nunca antes había amado tanto a nadie en toda mi vida —murmuré antes de besarle el cuello y apartarme.

Cuando me giré vi algo en la encimera en lo que antes no había reparado, fruncí el ceño y antes de que pudiera preguntar nada, Elisabeth lo cogió.

—Es de Kaila —dijo, y asentí.

Le dediqué una última mirada y me obligué a irme antes de hacer lo que llevaba queriendo desde aquella noche.

Salí y llamé a la caseta de seguridad para pedirle al chico que estaba en ese turno que recordara llamar a alguien a primera hora para que fueran a reparar la puerta de la casa de Elisabeth.

Regresé a mi apartamento y me serví otro vaso de whisky, apenas me duró un trago largo y ni siquiera con otro vaso conseguiría el objetivo de quedarme dormido hasta el día siguiente.

Acabé por darme por vencido, me quité la ropa y me metí en la cama, con ambas manos entrelazadas tras la nuca y mirando al techo.

Respiré hondo y cerré los ojos, dando vueltas a todo lo que estaba ocurriendo en estas últimas semanas.

Necesitaba algo, lo que fuera, que nos diera una pista de quién podía haberme enviado aquellas fotos y si tenía alguna relación con Liam Roberts, porque sí, me mantendría alejado de Elisabeth para protegerla y que no le pasara nada, pero no estaría lejos de ella eternamente, eso lo tenía más que claro.

Capítulo 38



Elisabeth

Los días iban pasando y con ellos mi vida se desmoronaba un poco más.

Liam había seguido con su insistencia en que nos viéramos para comer, y siempre nos encontraba por casualidad algún periodista que buscaba la foto de un par de enamorados que publicar en su revista.

Por suerte contaba con Lilian que sí me había hecho una entrevista profesional y de la que las dos nos sentíamos muy orgullosas.

Era jueves y había quedado en acompañar a mi hermana al centro comercial para buscar un regalo para su amiga Brenda, que cumplía los dieciséis ese sábado y celebraba una fiesta en su casa donde irían algunos compañeros del instituto.

Nos costó convencer a mis padres para que la dejaran quedarse a dormir, pero finalmente accedieron y yo misma iría a recogerla el domingo después del desayuno.

Esa mañana había tenido un par de reuniones que se alargaron más de lo previsto, así que acabé optando por comerme un sándwich rápido en la oficina mientras revisaba unos contratos, y ya estaba terminando cuando sonó mi móvil.

—Dime, Alexis.

—No te has olvidado de mí, ¿cierto? —preguntó, y sonreí.

—No, no me he olvidado de que tengo que ir al centro comercial con mi hermana pequeña.

—Vale, es que como no has venido a comer a casa, pensé que tenías mucho trabajo y no ibas a poder.

—Que te quede claro, Alexis, que para mi hermana siempre tendré tiempo.

—Entonces ¿ya vas a salir de la *batcueva*?

—No sabía que ahora era *Batgirl* —reí.

—Prácticamente, vives en ese despacho como Bruce Wayne en su *batcueva*.

—Termino unas cosas y voy, nos vemos allí a la hora prevista.

—Ok, pues voy a avisar a mamá para que le pida a Rick que prepare el coche.

—Muy bien, hasta dentro de un ratito, cariño.

—Adiós.

Colgué, terminé de redactar un correo que tenía que enviar y salí del despacho. Me despedí de Cintia hasta el día siguiente y fui hacia la calle donde ya estaba Luke esperándome con el coche en marcha.

Roxana y Kaila salieron justo detrás de mí para subir a su coche y Luke condujo en silencio hasta el centro comercial.

Desde que supo lo que me había hecho Liam apenas me hablaba más que lo justo, seguía enfadado porque no se lo conté a él y Roxana ese mismo día, y tampoco se lo dije a Alan.

Llegamos al centro comercial y ahí estaba el coche de mi hermana. En cuanto me vio bajar, lo hizo ella y vino corriendo a darme un abrazo.

—Estás más delgada —frunció el ceño mientras me miraba—. Trabajas mucho y no comes nada, eso te dirá mamá cuando te vea mañana para cenar en casa.

—Como bien, y tú deja de parecerte a mamá —sonreí mientras le pasaba el brazo por los hombros y entrábamos al centro comercial—. Y bien, ¿qué tienes pensado comprarle a Brenda?

—No sé, algo de papelería, le encantan esas cosas como a mí, eso sí, tiene que ser en tonos pastel.

—Vale, hay un sitio con unas cositas súper chulas. ¿Qué más?

—Pues algo de ropa, un jersey y unos leggings, y hay unas botas que lleva tiempo diciendo que quiere comprarse —sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y me enseñó una foto—. Estas, le encantan.

—Muy bien, hora de ir de tiendas —sonreí, dándole un beso en la mejilla.

Empezamos por la papelería y compramos un montón de libretas, bolígrafos, marcadores fluorescentes, post-it y una agenda para el instituto, todo en tonos pastel, que pedí que nos empaquetaran en una cajita de regalo.

De ahí fuimos a una tienda de ropa donde compramos no solo el jersey y un par de leggings, sino una sudadera preciosa que nos gustó mucho a las dos y que era perfecta para Brenda, todo empaquetado para regalo.

Y por último fuimos a la zapatería donde encontramos ese par de botas que le gustaban a su amiga.

Josh y Carl, así como Roxana y Kaila, nos acompañaban a una distancia prudencial, así que le pedimos a los escoltas de mi hermana que se llevaran las bolsas al coche.

Ambos se miraron no muy convencidos, pero finalmente cogieron las bolsas y se fueron.

Llevé a Alexis a una pastelería donde hacían unas tartas buenísimas y, tras sentarnos en una de las mesas, pedimos un pedazo de tarta de chocolate y nata y un batido de vainilla para acompañar.

—Max me ha invitado a cenar en su casa dentro de un par de semanas —dijo, cuando nos trajeron lo que habíamos pedido.

—¿Solo a ti? —curioseé con una sonrisa.

—No, o sea, mamá y papá también irán. Ya sabes, como cuando ellos vinieron a la nuestra.

—Y a mí que me da en la nariz que nuestra madre y la señora Milton son un par de casamenteras.

—¿Qué? No, no, ellas se llevan muy bien, eso es todo.

—Eso lo sé, pero te recuerdo que la señora Milton dijo que tenía un sobrino perfecto para ti.

—Mayor que yo, además, no te olvides de ese dato.

—Cómo hacerlo.

—Es un chico muy divertido, y nos llevamos muy bien, nos entendemos.

—Por una amistad a veces se empieza todo, cariño. Pero no diré nada más al respecto y

esperaremos a que el tiempo sea el que hable.

—Oye, esta tarta está buenísima.

—Sí.

—Mamá y papá están preocupados porque siguen publicando fotos y artículos tuyos con ese tal Liam —dijo un poco más seria—. Yo creí que te gustaba el escolta de papá.

—Aún eres pequeña para entender algunas cosas, Alexis, pero ya entenderás que hay veces en las que tienes que hacer lo que te diga la razón, por mucho que duela sentir que eres la dueña de un corazón prohibido.

—Sabía que a ese escolta también le gustabas, por eso se pone tan serio cuando te ve con Liam.

—Dejemos de hablar de eso, ¿sí? ¿Qué tal van las clases?

—Bien, me he adaptado al nuevo curso perfectamente. Tenemos algunos profesores del año pasado, y es un alivio porque ya nos conocen y hay buen rollo en la clase.

Seguimos hablando mientras disfrutábamos de aquellos dulces y, cuando acabamos, decidimos ir a dar una vuelta por las tiendas y comprar algún capricho para nosotras.

Pero antes entramos en una de las zonas de cuarto de baño, mientras que Roxana y Kaila se quedaban fuera esperándonos.

Alexis entró en el cubículo junto al mío, y como solíamos hacer algunas veces cuando era pequeña, escuché que daba un golpecito en la pared para hacerme saber que estaba ahí.

Sonreí y la escuché reír a ella, era una adolescente muy madura, pero me encantaba ver que no había perdido esa niña interior que nadie debería dejar marchar.

Me pareció escuchar un ruido, pero como acababa de tirar de la cadena pensé que eran solo imaginaciones mías.

Hasta que abrí la puerta y vi los pies de mi hermana pataleando el suelo como si alguien tirara de ella.

—¿Alexis? —pregunté, y escuché un grito amortiguado por algo.

Corrí hacia la zona que daba al pasillo que llevaba a los lavabos, y antes de que pudiera dar un solo paso más, vi a un hombre cubriendo la boca de Alexis con una mano, mientras que otro estaba justo delante de mí, apuntándome con un arma.

—Señorita Paton, si colaboran, no les pasará nada —dijo con un acento que no era americano, sino colombiano.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

—Eso no tiene importancia ahora. ¿Va a colaborar?

—Suéltenla, sea lo que sea que quieren conseguir, conmigo será suficiente.

—Me temo que no, el jefe las quiere a las dos, así se asegura que su papá colabora.

—¿Qué es lo que quieren? Si se trata de dinero, puedo pagarles yo, le haré una transferencia a su jefe ahora mismo, pero, por favor, déjenlos ir.

—¿Decide entonces no colaborar? —preguntó, y escuché el grito ahogado de mi hermana.

Al mirar, vi cómo el hombre que la tenía sujeta estaba deslizando un cuchillo por su garganta.

—¡Vale, sí, colaboraré! Pero que no le haga daño a mi hermana, por favor.

—Veo que es usted una mujer inteligente, señorita Paton. Ahora nos van a acompañar fuera, no van a hacer ruido para que sus escoltas no nos vean, y vamos a salir por la zona de carga de este pasillo. ¿Entendió?

—Sí, pero que aparte el cuchillo de mi hermana.

Una simple mirada y el hombre que retenía a Alexis guardó el cuchillo, le puso cinta en la boca y la cargó en el hombro para sacarla de allí.

—Eso tampoco es necesario.

—Andando, que no tenemos toda la tarde —me dio un leve empujón en la espalda comencé a caminar siguiendo al hombre que llevaba a mi hermana.

Al salir a la zona de pasillo eché un vistazo buscando a Roxana y Kaila, pero no pude verlas.

No tenía modo de cómo avisarlas sin que esos hombres se dieran cuenta, así que simplemente hice lo que decían y colaboré, no quería que la vida de mi hermana corriera peligro, y era lo que acabaría consiguiendo si gritaba o hacía un movimiento en falso.

Tal como había dicho nos sacaron por la zona de carga hasta la calle, donde esperaba una furgoneta negra con los cristales tintados. El hombre que llevaba a Alexis la metió dentro y a mí me empujaron para que subiera.

Cogió mi bolso y el de Alexis, cerró la puerta y se subieron a la parte delantera, el que estaba al volante puso el motor en marcha.

Me senté en el suelo junto a ella y la abracé, estaba asustada y llorando, y necesitaba que se tranquilizara.

Entonces escuché unos disparos, miré por el cristal y vi a Roxana y Kaila apuntando a la furgoneta y disparando.

—Vamos, acelera huevón —gritó uno de los que nos había cogido, y el conductor pisó el acelerador y salió de allí derrapando.

No tardé en ver cómo tiraban mi móvil y el de Alexis por la ventana, lo que dejaba a mi padre y al resto sin posibilidad alguna para localizarnos y sacarnos de donde quiera que iban a llevarnos.

Le quité a mi hermana la cinta de la boca y sollozó abrazándome.

—Tranquila cariño, vamos a estar bien, ¿de acuerdo?

—¿Por qué nos secuestran? ¿Qué quieren? —preguntó entre lágrimas.

—No lo sé, cariño, pero imagino que como papá es congresista, le pedirán un rescate.

—Tengo miedo, Eli.

—Yo también estoy asustada, pero no voy a dejar que te pase nada, ¿me oyes? Nos encontrarán, papá y los hombres de seguridad nos encontrarán y volveremos a casa.

Volví a abrazarla y le acaricié el cabello antes de darle un beso en la frente.

No sabía dónde nos llevaban y esperaba que de verdad nos encontrarán, que hicieran todo lo posible para rescatarnos y llevarnos de vuelta a casa.

Aquello no podía estar pasando, ¿qué tenían en contra de mi padre? ¿Sería cosa de Liam? Lo creía capaz de cualquier cosa, de inventarse mentiras con las que difamar a mi padre, pero, ¿secuestrarnos a mi hermana y a mí?

Jamás pensé que eso pudiera pasársele por la cabeza, aunque claro, tampoco le tenía por un hombre capaz de abusar de una mujer, y lo hizo conmigo.

Cerré los ojos y pensé en Alan, en que, si de verdad me quería como había dicho, cuando Roxana y Kaila le contaran que nos habían secuestrado, la primera persona en la que pensaría, igual que yo, sería en Liam.

Y recé en ese momento como no rezaba desde hacía mucho tiempo, pidiéndole a Dios que nos cuidara, que no permitiera que nos pasara nada y que no tardaran en encontrarnos.

Le pedí que velara por nosotras, que nos protegiera.

Pensé en mi madre y en lo mucho que sufriría cuando se enterara.

—Dime que es un mal sueño, Eli —me pidió Alexis, abrazada aún a mí.

—Ojalá lo fuera, cariño, ojalá lo fuera. Tenemos que ser fuertes, ¿de acuerdo?

—Tengo miedo.

—Estoy contigo, y no dejaré que te hagan daño. Vamos a salir de esta, hermanita, volveremos a casa, ya lo verás.

Se lo decía a ella, pero también me lo decía a mí misma, porque necesitaba mantener la fe y la confianza en que nos encontrarían y nos llevarían de vuelta a casa sanas y salvas, este no podía ser el final para la familia Paton.

Capítulo 39



Alan

En cuanto entré en el apartamento me fui directo a la ducha, necesitaba quitarme un poco de ese agotamiento que arrastraba desde hacía semanas, que empeoraba cuando tenía que ir de acá para allá con el congresista.

Y no me quejaba del trabajo, pero ser escolta no era para nada parecido a lo que se veía en series o películas.

Sí, éramos escudos humanos ante nuestros jefes para mantenerlos con vida, recibiríamos una bala por ellos, pero también había que saberse la agenda como si de su secretaria se tratase.

Y ese jueves había sido uno de esos llenos de reuniones, visitas a centros, entrevistas, más reuniones, una comida con el Congresista Stuart, y una última reunión que había acabado hacía apenas media hora, momento en el que por fin regresamos a casa.

Sentir el agua cayendo por cada músculo ligeramente tenso de mi cuerpo y que estos se fueran relajando de a poco, era una de las mejores cosas que disfrutar al final del día.

Pero si era sincero, había algo que quería más que una ducha solo, y era una ducha con ella.

No solo por el hecho de que a veces acabáramos entre besos y caricias, sino porque tener a Elisabeth entre mis brazos era como aferrarse a un salvavidas en mitad de un naufragio.

Ella era quien había conseguido que muchas de las noches que dormí en su cama, abrazándola, no me despertara con las pesadillas de siempre, hasta que vi las fotos de un pasado que por más que quisiera nunca se iría de mi vida.

Tenía ambas manos apoyadas en la pared, el agua me caía por la espalda y mantenía los ojos cerrados para ver en mi mente la sonrisa más bonita que había visto jamás.

Aquella niña se hizo mujer ante mis ojos, y cuando empecé a verla con la mirada de un hombre, me di cuenta de lo jodido que estaba.

No podía fijarme en ella, no podía verla de un modo distinto al de la hija de mi jefe, pero con su sonrisa, esa que hacía que la mía se dibujara a veces en mis labios, conseguía que me olvidara por un instante de quién era ella y quién era yo.

Ella era la hija de un congresista, y yo el escolta de este.

Después de lo que me tocó vivir no pensé que mi corazón latiera de nuevo por alguien, que sintiera algo por otra mujer y que me enamorara de ella, y mucho menos que esa mujer fuera aquella a la que conocía desde que era una niña.

Pero dicen que así es el amor, ¿no? No solo llega cuando menos lo esperamos, sino que lo hace para hacernos ver a esa persona en la que nunca creíamos poner la mirada con otros ojos, con los ojos de un hombre enamorado que lo único que quiere es protegerla.

Y por eso me aparté, porque no soportaría volver a pasar por aquello una segunda vez, porque no sabría cómo decirles a sus padres que su hija había sufrido por estar conmigo.

Me pareció escuchar que sonaba mi móvil, pero fue algo tan breve que quizás me había confundido.

Terminé de ducharme, cogí una toalla para secarme y tras colocarla en mis caderas salí del cuarto de baño para coger ropa deportiva que ponerme y bajar a cenar.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Luke, seguramente estaban preguntándose por qué tardaba tanto en bajar a cenar.

Y eso mismo pensé cuando me llamó Roxana, y también Kaila, solo que no era para nada habitual que ellos tres me llamaran. Solía ser J.J. el que lo hacía para ver cuánto me faltaba para unirme a ellos.

Por eso, cuando la llamada siguiente vino de nuevo desde el móvil de Luke, algo en lo más profundo de mí me dijo que tenía que haber pasado algo.

—Dime, Luke.

—¡Por fin, joder! ¿Dónde mierda tenías el móvil, Alan? —gritó, y eso tampoco era demasiado habitual en él.

—Estaba en la ducha, lo siento. ¿Qué pasa?

—Han secuestrado a Eli y a Alexis —contestó, y a mí se me cayó el mundo encima en esa

fracción de segundo.

Tenía que haber escuchado mal, no era posible que me acabara de decir eso. ¿Cómo podían haberlas secuestrado en un lugar lleno de gente y con cuatro escoltas vigilándolas de cerca?

—¿Qué has dicho? —grité mientras cogía la ropa para comenzar a vestirme.

—Que las han secuestrado, joder. Se las han llevado, Alan.

—¿Dónde estáis?

—Vamos para la casa, estamos a diez minutos, el congresista aún no lo sabe.

—Vale, os quiero a todos en la cocina, ya.

Colgué, terminé de vestirme, cogí el móvil y mi arma y bajé a la cocina comunitaria donde Julia había dejado preparada la cena y muchos de los hombres y mujeres del equipo de seguridad del congresista estaban ya cenando.

Cogí una botella de agua y me la bebí de un trago, estaba nervioso y preocupado a partes iguales, y miraba hacia la puerta cada medio segundo esperando verlos aparecer. Cogí el móvil y marqué el número de J.J.

—Dime...

—Ven a la cocina ya, y trae a Leo e Ian contigo.

—Vale.

No preguntó, sabía que cuando me ponía serio no había tiempo para preguntas.

Guardé el móvil y poco después aparecieron Luke, Roxana, Kaila, Rick, Josh y Carl, a cada cual con peor cara.

—¿Cómo ha sido? —fue mi pregunta, y los que estaban allí cenando se pusieron en pie y alerta, sabían que ocurría algo— Explicadme cómo se han podido llevar a dos mujeres de un centro comercial lleno de gente y que además iban acompañadas de cuatro escoltas, porque no lo entiendo.

—Josh y yo fuimos a dejar las bolsas al coche, Roxana y Kaila se quedaron con ellas.

—No se te ocurra echarnos la culpa de esto a nosotras, Carl —le advirtió Roxana, señalándole con el dedo—, ¡no se te ocurra!

—No os está culpando, Roxana, tranquila, solo ha empezado a contar lo que sabemos —dijo Josh.

—Jefe —miré a la puerta y vi a J.J., Leo e Ian entrando, y asentí.

—Ellos se llevaron las bolsas, no volvieron —siguió Kaila con el relato de los hechos—. Eli y Alexis terminaron de comer, fueron al cuarto de baño antes de ir a ver unas tiendas, y como tardaban en salir, entramos. No estaban, vi un botón de la camisa de Eli en el suelo, cerca de la puerta que daba a la zona de carga, y Roxana y yo salimos a mirar.

—Solo pudimos ver cómo una furgoneta arrancaba para salir de allí, disparamos, pero no se detuvieron —continuó Roxana.

—Hemos pedido a los de seguridad del centro comercial que nos envíen las grabaciones de las cámaras —dijo Luke—, de todas desde que llegamos allí. Me llegaron mientras veníamos de camino.

—Steven —miré a uno de mis hombres que estaba allí.

—Dime, jefe.

—Ponte a revisar esas grabaciones, que te ayuden Marcus y Wendy.

—Te las estoy enviando, Steven —le informó Luke, y este asintió antes de salir para ir a la sala de control donde sabía que estarían Marcus y Wendy.

—Al menos Eli dejó esa pequeña pista para que la viéramos —comentó Kaila.

—Pero se las llevaron —dijo Roxana—. Jefe, en cuanto las encontremos te juro que dimito de mi puesto. He fallado a Eli tres veces y no me lo perdono.

—¿Es que te has vuelto loca? —gritó Luke— Qué quieres, ¿que se deprima por perder a una de sus amigas?

—No va a dimitir nadie, ¿me oyes? —le advertí— Vamos a trabajar todos duro en esto para encontrarlas. J.J., quiero que sigan a Liam Roberts en todo momento.

—¿Crees que ese gilipollas tiene algo que ver? —preguntó Roxana.

—No lo sé, pero no voy a descartarlo como posible responsable. Vamos a ver al congresista, hay que decírselo a los dos —suspiré y todos los que habían estado con Elisabeth y Alexis me siguieron fuera del edificio para ir a la casa principal.

No era fácil decirle a una persona que habían secuestrado a su hija, pero tenía que decirles que

se habían llevado a las dos.

Llamé y cuando me abrió una de las chicas del servicio, le pedí que avisara a los señores Paton de que estaba allí, no tardaron en mandarme llamar y fui con mis hombres hasta el salón.

—Alan, ¿qué pasa, muchacho? —preguntó el congresista con el ceño fruncido al vernos a todos.

—Señor, tengo algo que decirles.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde están Elisabeth y Alexis? —La señora Paton miró a todos, y en sus ojos vi que sabía que estaba pasando algo.

—Fue todo muy rápido, señora Paton —contestó Roxana, y por primera vez en mi vida vi a esa mujer con lágrimas en los ojos—. Le he fallado a Eli —dijo llorando aún más, y Rick la abrazó.

—¿Qué les ha pasado a mis hijas, Alan?

—Las han secuestrado en el centro comercial, señor.

La señora Paton gritó cubriéndose la boca con ambas manos, y mi jefe suspiró completamente derrotado.

—No estoy seguro, pero si ha sido Liam Roberts, lo pagará —le dije a mi jefe.

—No ha sido él.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Kaila.

—¿Recuerdas lo que te conté, Alan? —mi jefe me miró, y en ese momento la conversación que tuvimos la noche que le enseñé las fotos, vino a mi cabeza.

Me habló de todas aquellas reuniones y juntas que tenía con otros políticos y con altos cargos del ejército.

El Congresista Paton, era el encargado del Comité Militar creado para todo el tema armamentístico, de que las armas que compraban o vendían empresarios dedicados al sector llegaran a destino en buenas condiciones.

El problema era que el comité estaba imponiendo aranceles mucho más altos a algunos empresarios, concretamente a los colombianos que se dedicaban a la importación y exportación de cualquier producto, no solo de armas, sino que sospechaban que también transportaban drogas escondidas en esos contenedores que llegaban a puerto.

Así que, si lo que me contó el congresista que sospechaba era cierto, probablemente los colombianos se habían llevado a sus hijas para ponerlo a él contra las cuerdas y conseguir que el resto de miembros del comité no siguiera apretándoles a ellos las tuercas para que pagaran más aranceles.

—¿Cree que han sido ellos? —pregunté, y en ese momento empezó a sonar su móvil.

—Creo que estamos a punto de averiguarlo —suspiró y vi que respondía a la llamada poniendo el altavoz—. ¿Quién es?

—Congresista Paton, viejo amigo —contestó una voz masculina con un característico acento colombiano—. Creo que ya debe saber por qué le llamo.

—¿Dónde están mis hijas?

—Tranquilo, congresista, mis muchachos están con ellas, y si colaboran y se portan bien, no les pasará nada. Pero usted también debe colaborar, congresista. Mire, deje que le diga lo que tiene que hacer. Convenza al comité de que no suban los aranceles a mi empresa, y tendrá a sus hijas en unos días de vuelta en la casa. Si no lo hace, creo que la pequeña sería una muy buena pieza para uno de los clubs de mi primo.

—No se atreva a tocar a mis hijas, se lo advierto.

—Colabore, congresista, colabore y volverá a ver a sus hijas sanas y salvas. Tiene cuarenta y ocho horas para convencer al comité. Ah, y para reunir cinco millones de dólares para que sí se las devolvamos, o puede olvidarse de sus hijas. Muy hermosas las dos, por cierto.

—¿No es suficiente que convenza al comité?

—Podría, pero sé cuánto quiere a sus hijas, y que pagaría lo que fuera para recuperarlas. Cuarenta y ocho horas, congresista, ni un minuto más, o no volverá a ver a sus hijas y mis muchachos serán los primeros en probarlas antes de que pasen por las manos de miles de hombres más.

Colgó y yo sentía que se me revolvía el estómago con cada palabra que había dicho ese hombre, solo de pensar que pudieran hacerles algo así a Elisabeth y a su hermana.

—Evan, mis hijas —la señora Paton estaba llorando.

—Voy a recuperarlas, Carol, te lo juro —la abrazó—, aunque sea lo último que haga.

—Congresista, voy a poner a todos a trabajar en esto. Necesito el número desde el que le han llamado, para que intenten localizarlo.

El congresista me dejó apuntarlo en un papel y todos salimos del salón para organizarnos, teníamos menos de cuarenta y ocho horas para recuperarlas.

—Alan —me giré cuando me llamó mi jefe—. Encuentra a mi hija, encuéntrala y habla con ella sobre lo que tanto te atormenta.

Asentí, pero porque no podía hacer nada más en ese momento, y tampoco hablar.

Cuando salimos de la casa y lo organicé todo, Kaila, me preguntó qué tenía que hacer ella.

—Quedarte aquí, no quiero exponerte en tu estado —dije, y todos se detuvieron a mi lado.

—¿Qué estado, jefe? —preguntó ella.

—Vi la prueba de embarazo, Elisabeth me dijo que era tuya, te la dejaste en su casa.

—Jefe, yo no... —Kaila se quedó callada y comenzó a abrir los ojos de tal modo que temí que se le salieran.

Roxana y Luke estaban igual.

—¿No estás embarazada? —fruncí el ceño, y ella negó con lágrimas en los ojos.

—Alan, esa prueba debía ser de ella —dijo Luke.

—¿De Elisabeth?

—Sí.

—¿Voy a ser padre?

Rick, Josh y Carl que no sabían nada de lo que yo había tenido con la hija de nuestro jefe, me miraron sorprendidos, pero Luke, Roxana y Kaila, lo hicieron con una mezcla de dolor y pena en sus ojos.

—Sé que Eli se va a enfadar conmigo por contárselo —les dijo a Roxana y Kaila—, pero ahora sí que tiene derecho a saberlo.

—Luke, ¿qué coño pasa?

—Alan, el día que Liam entró en la boutique, él... —suspiró cerrando los ojos y lo conocía demasiado bien como para saber que lo que fuera lo que tenía que decirme, no le resultaba fácil — Liam Roberts la forzó aquel día, además de amenazarla con lo de las noticias falsas de su

padre. Ese bebé puede no ser tuyo, Alan.

Jamás en toda mi vida me había sentido tan mal como en ese momento, esa décima de segundo en la que entendí por qué la mujer a la que amaba lloraba y me rechazó aquella noche, cómo reaccionó a mi contacto, y el modo en el que se tensó cuando la abracé la noche que la oí gritar por una pesadilla.

Ahora sabía qué pesadillas estaba teniendo, y el ser consciente de lo que ese cabrón le había hecho, hizo que mis demonios despertaran.

—Lo voy a matar, os juro que cuando lo tenga delante lo voy a matar —dije pasando por el lado de los seis, caminando hacia el edificio donde vivíamos para buscar a J.J. y hablar con él.

Quería que vigilaran a ese hijo de puta y que nos mantuvieran informados de cada movimiento que hiciera, como si tenían que entrar al cuarto de baño con él con tal de no perderlo de vista ni un segundo.

Por haberlo subestimado, ese maldito miserable había abusado de mi mujer, porque Elisabeth Paton, no llevaría un anillo mío ni mi apellido, pero era mi mujer porque así la sentía yo.

Y no iba a fallarle, no iba a fallar a mi mujer y al que posiblemente fuera mi hijo, porque si ella quiso ocultarme su embarazo, debía ser porque sí era mío y yo me alejé de ella.

La iba a traer de vuelta, aunque eso supusiera entregar mi vida a cambio.

Capítulo 40



Elisabeth

Alexis y yo seguíamos en aquel cuarto en el que nos habían metido la noche anterior.

No sabía dónde estábamos, la única ventana que tenía ese sitio era pequeña, estaba tapada con maderas y bastante alta como para poder asomarme por una de las rendijas y tratar de ver algo.

Había un colchón no muy grande donde habíamos dormido las dos, además de un lavabo y una taza del váter, desde luego que todo eso había visto días mejores.

Mi hermana seguía dormida, y era normal, el cansancio de haber pasado casi toda la noche llorando le pasaba factura.

Estaba amaneciendo y no tenía ni idea de cuánto tiempo pensarían tenernos aquí, con un frío que calaba los huesos y una humedad que podría provocar que llegáramos a caer enfermas. Esperaba que nos encontraran pronto de alguna manera, ya que sin tener nuestros móviles y que pudieran rastrear la señal, iba a ser bastante complicado.

Escuché pasos y voces por el pasillo, sin duda todos con ese acento colombiano que tenían los hombres que nos trajeron hasta aquí, y no entendía nada, por más vueltas que le había dado no sabía por qué esta gente querría secuestrarnos.

Por lo que dijo el hombre que me apuntaba con la pistola, deduje que tenía que ser algo relacionado con mi padre, pero, ¿qué? ¿Qué podrían querer de un congresista?

Sabíamos que mi padre era encargado del Comité Militar, todo asunto relacionado con armas pasaba por sus manos, así como por las de otros miembros del comité, pero que yo supiera, nada de eso tenía que ver con los colombianos, a no ser, claro estaba, que se me escapara algo.

Mi padre nunca nos contaba nada sobre el trabajo, solo que había tenido varias reuniones, sesiones largas en el comité, y poco más, jamás contaba una sola palabra porque decía que una

buena relación con la familia era manteniendo el trabajo fuera de casa.

El ir y venir de gente en el pasillo era continuo, por lo que debía haber varias personas allí.

Cuando llegamos la noche anterior y nos hicieron bajar de la furgoneta, eché un vistazo y vi que era un edificio grande, en ruinas por algunas zonas, con tres plantas y muchas ventanas, la gran mayoría tapadas con listones de madera como la que había en este cuarto.

Debía ser una fábrica abandonada en algún lugar de las afueras de Chicago o en mitad de la nada, porque no se veían carreteras cercanas, tampoco luces de otros edificios, y mucho menos gente que viviera alrededor.

—Eli —la voz somnolienta de Alexis hizo que me girara y ahí estaba ella, hecha un ovillo, abrazándose a sí misma, cobijada bajo el abrigo, al menos cada una teníamos el nuestro y el frío se hacía un poquito más soportable, porque la manta fina y raída que había sobre el colchón cuando llegamos no calentaba nada.

—Buenos días, cariño —sonreí mientras me acercaba, ella se incorporó y acabó sentándose con la espalda pegada a la pared—. ¿Cómo has dormido?

—He dormido, que ya es algo —suspiró—. ¿Por qué estamos aquí? No lo entiendo.

Volvíamos a la misma conversación que tuvimos al llegar, y le di esas mismas respuestas que ya le dije, me abrazó y sentí que lloraba de nuevo.

Tenía miedo y era normal, no era más que una niña por mucho que tuviera quince años y se mostrara muy madura para su edad.

—Me hago pis —dijo secándose las mejillas, y se levantó.

Al menos no nos habían quitado los bolsos y teníamos pañuelos, algunos caramelos y en mi caso, analgésicos para los dolores de cabeza que a veces me daban después de un día de trabajo agotador.

Le di una pastilla a mi hermana pues, al igual que a mí, el pasarse mucho tiempo llorando hacía que se levantara con dolor de cabeza, así que al menos se lo aliviaría por unas horas, hasta que volviera a llorar.

Escuchamos unas llaves en el pasillo y no tardamos en ver que abrían la puerta, estábamos sentadas en el colchón y Alexis se agarró a mí con fuerza.

—Buenos días, señoritas —dijo un muchacho joven que no debía tener más de veinte años—. Aquí tienen algo de comer.

Dejó varias bolsas blancas en el suelo y sonrió levemente.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté.

—Yo eso no lo sé, señorita, solo hago los recados que me piden. Les he traído unas mantas gruesas —dijo abriendo una de las bolsas y sacándolas.

—Gracias.

—Tienen comida para todo el día, no podré volver más.

Vi que lo decía con pena, como si esto él tampoco lo entendiera. Se fue volviendo a cerrar la puerta y cogí las bolsas para ver qué había traído.

Botellas pequeñas de agua, zumos de naranja, galletas con chocolate, y varios sándwiches fríos.

—Bueno, al menos hoy no pasaremos mucha hambre —dije cogiendo un par de zumos y las galletas.

Alexis y yo comimos en silencio y después, sin mucho más que hacer, nos cubrimos con las mantas que había traído aquel chico y hablamos sobre sus clases, sobre lo que habían planeado sus dos mejores amigas y ella para la noche de Halloween y de qué iban a disfrazarse para salir a la puerta de la casa de Molly a entregar caramelos.

Acabó quedándose dormida poco después y yo me levanté, cubierta con una de las mantas además del abrigo, para ir hacia la ventana. Ver no iba a ver nada, pero al menos la poca luz que entraba me permitía saber que aún era por la mañana y ni siquiera había llegado la hora de comer.

Noté un leve mareo y me apoyé en la pared, esto no era bueno porque no quería que nadie supiera nada, especialmente mi hermana, no quería preocuparla.

De manera instintiva como llevaba haciendo desde que lo descubrí, me llevé la mano al vientre. Cerré los ojos y pensé en Alan, en el modo en el que miró aquella prueba de embarazo y tuve que mentirle.

Aunque sabía que era suyo, porque echando la vista atrás cuando noté la ausencia de mi periodo, descubrí que en realidad eran dos retrasos, por lo que aquel bebé no era fruto del peor momento de mi vida.

Sentí las lágrimas humedeciendo de nuevo mis ojos y noté alguna escapando a traición pues no quería llorar, no quería que mi hermana viera que lo había hecho porque debía ser fuerte por las dos, debía protegerla a ella y también a mi bebé.

El tiempo allí encerradas pasaba lento, un minuto bien podría parecer una hora, o dos, o incluso tres, pero al menos comimos y después nos quedamos dormidas.

Desperté cuando empezaba a anochecer y me levanté corriendo para ir a vomitar, esperaba no tener que pasar mucho más tiempo aquí o Alexis descubriría que algo no iba bien conmigo.

Me enjuagué un poco y cuando regresaba a la cama escuché las llaves, no tardó en abrirse la puerta y vi al chico que nos había traído la comida por la mañana, y el que me apuntó con el arma.

—Vamos, el jefe te espera —dijo el que me había apuntado.

—¿Y mi hermana? No voy a dejarla sola.

—Él se queda en la puerta —señaló al chico joven.

—Descuide, señorita, no le va a pasar nada a su hermana.

No me quedaba tranquila, pero Alexis estaba dormida y no quería despertarla, así que salí de aquel cuartucho, esperé a que el chico cerrase la puerta de nuevo con llave y seguí al otro por aquel pasillo apenas iluminado.

Después de recorrerlo entero y bajar unas escaleras, caminamos por otro largo y semioscuro pasillo hasta que abrió una puerta y entramos en una sala amplia donde se encontraba sentado en un sofá bebiendo whisky y fumando un puro un hombre de unos cincuenta años, vestido con un elegante traje blanco y una camisa negra.

—Señorita Paton, me alegra que aceptara mi invitación.

—Llamar invitación a traerme obligada, es un poco atrevido por su parte, la verdad. ¿Qué hacemos mi hermana y yo aquí?

—Directa al grano, ya veo —sonrió y dio una nueva calada al puro—. Por favor, siéntese.

—Estoy bien así.

—Como quiera —bebió whisky y dejó el vaso en la mesita que tenía al lado antes de ponerse de pie—. Su padre tiene unas instrucciones claras que debe cumplir si quiere recuperarlas. Le di un plazo de cuarenta y ocho horas que acaba mañana por la noche, y dado que aún no tengo noticias tuyas, he pensado que tal vez le vendría bien escucharla a usted.

—¿Qué quiere de mi padre? No es un hombre que haga negocios con gente como usted.

—¿Gente como yo? —Arqueó la ceja y me miró con aquellos ojos color miel bajo una espesa

ceja negra, tan oscura como su cabello.

—A la vista está que no es congresista, ni tampoco senador.

—No, no lo soy.

—¿Entonces?

—Soy empresario, tengo varios y diversos negocios en Colombia y aquí, en los Estados Unidos de América, y el comité del que se encarga su padre nos está poniendo las cosas bien malas a los empresarios como yo. Esos altos aranceles en el puerto no son buenos, queremos que los quiten.

—Pero mi padre no es el único que toma decisiones, como bien sabe, hay más miembros en el comité.

—Lo sé, pero su padre es el único que tiene bien arraigado el amor por su familia. Hay otros, cierto, pero en su mayoría engañan a sus esposas con amantes, o no tienen hijos que les importen un carajo. Su padre, en cambio, siempre se ha mostrado como un hombre de fuertes valores familiares, por eso es la persona indicada para convencer a los demás de que desistan en su empeño de jodernos a los empresarios.

—¿Qué pasa si no lo consigue? —pregunté, aunque no había que ser muy lista para saber la respuesta.

—No volverá a verlas nunca, y serán carnaza para mis hombres y los miles de hombres que pasan por el club de chicas de mi primo.

—Deje que mi hermana se vaya, por favor —me acerqué a él—. Es solo una niña.

—Ah, señorita, las niñas vírgenes son las que más dinero hacen ganar. Apuesto a que por su inocencia mi primo puede conseguir harta plata. Millones, incluso.

—Quédese conmigo —volví a acercarme—. Suéltela a ella y quédese conmigo.

—No sacaría mucho por usted, y no digo que no sea hermosa y pueda conseguir dinero cada noche, pero...

—¿Y si me quedara con usted? Sería solo suya, en exclusividad. Tengo dinero suficiente para darle a cambio de que libere a mi hermana.

—Tenía entendido que usted no era así, no era de ofrecerse, sino más bien de que tuvieran que obligarla —volvió a dar una calada al puro, ese el olor del humo me produjo una náusea—. Creo que la subestimaron, señorita Paton. ¿De verdad estaría dispuesta a eso que me ha dicho?

—Sí —ni siquiera tuve que pensarlo, con tal de salvar a mi hermana haría lo que fuera.

—Bueno, voy a llamar a su padre para que puedan hablar.

Cogió el móvil de la mesita donde había dejado el whisky, marcó y cuando lo colocó en una mesa delante de mí, escuché el tono de llamada.

—¿Diga? —Cerré los ojos al escuchar la voz de mi padre.

—Congresista Paton, ¿cómo va nuestro asunto?

—Convencer a los miembros del comité va a ser más difícil de lo que usted cree —contestó—. En cuanto al dinero que pidió, estamos en ello, no es fácil sacar cinco millones de dólares del banco, así como así.

Fruncí el ceño y miré al hombre que sonrió al tiempo que se encogía de hombros antes de hablar de nuevo.

—Le daré un incentivo para esas negociaciones —dijo, y con un gesto me indicó que podía hablar.

—Papá.

—Elisabeth, ¿cómo estáis?

—Bien, al menos de hambre no parece que quieran matarnos.

—¿Dónde está Alexis? ¿Está contigo?

—Está en el cuarto donde nos tienen, dormida.

—Cariño, no sabes cuánto siento esto, de verdad, no pensé que pudiera pasarnos algo así.

—Lo sé, y no te culpamos —miré al hombre que tenía delante y me dirigí a él—. ¿Podría tener una conversación a solas con mi padre? Sin el altavoz.

—Un pequeño deseo que puedo concederle.

Cogí el móvil y no esperé a que se arrepintiera, le quité el altavoz y fui hacia la estufa que había encendida, notaba el frío en los huesos, además de los nervios por lo que estaba a punto de decirle a mi padre.

—Papá, si no consigues convencer al consejo, no te preocupes. Alexis volverá a casa, yo me

encargaré de eso.

—¿Qué estás diciendo, hija? Vais a volver las dos, de eso no tengas la más mínima duda.

—Papá, quieren venderla y no voy a permitir que hagan eso. Tengo dinero, se lo daré a cambio de ella, y me quedaré con él.

—Hija, Alan está aquí y me ha pedido que te diga que sabe toda la verdad. No sé a qué se refiere, pero dice que tú, sí.

Cerré los ojos y noté ese nudo en la garganta que predecía a las lágrimas, pero no me permití llorar, y entonces escuché su voz.

—Pequeña, lo sé todo, todo, y te juro que pagaré. En cuanto a lo otro, tenemos una conversación pendiente.

—Mi hermana volverá a casa, yo me encargaré de eso.

—Y tú también, ¿me oyes? No voy a perderte, te voy a traer de vuelta, aunque me cueste a mí la vida. Te quiero, Elisabeth. Vamos a sacaros de allí, pequeña.

—Se acabó el tiempo, señorita Paton —me giré y vi al hombre fumando—. Ponga de nuevo el altavoz, por favor —lo hice y caminé hasta él, que cogió el móvil—. El tiempo corre, congresista, convenza al comité o no volverá a ver a sus hijas.

Colgó y se quedó mirándome con los ojos entrecerrados, acariciándose la barbilla.

—¿De verdad estaría dispuesta a pagar por ella y quedarse usted?

—Sí. Solo yo tengo acceso a las cuentas de la petrolera —mentí, porque mi padre seguía teniendo acceso y Mike también.

—Bueno, si para cuando se cumpla el plazo su padre no ha conseguido lo que quiero, lo tendré en consideración. Llévala de vuelta.

El hombre que me había llevado hasta allí me sacó de la sala y volvimos a recorrer el camino para regresar al cuarto.

En cuanto llegué al pasillo escuché las voces y gritos de mi hermana y corrí hacia la puerta.

—Abre —le exigí al chico que se había quedado allí, y lo hizo, entré y abracé a mi hermana —. Estoy aquí, cariño, no voy a dejarte sola.

—Creí que te estaban haciendo algo, Eli —sollozó.

—Estoy bien, vamos a sentarnos a comer algo, ¿vale?

La puerta se cerró a mi espalda y Alexis y yo nos sentamos en el colchón cubriéndonos con las mantas para comernos un sándwich con una botella de agua.

Le dije dónde me habían llevado, por qué estábamos aquí y que había hablado con nuestro padre, mi hermana suspiró.

—Van a sacarnos de aquí, ya lo verás.

—Ojalá sea así.

—He procurado hablar tanto tiempo como me ha sido posible, sé que en caso de secuestro la policía localiza las llamadas —murmuré—. Nos van a encontrar, cariño, y volveremos a casa —sonreí.

—Te prometo que, si volvemos a casa, no voy a volver a quejarme si mamá y papá no me dejan ir sola a algún sitio. Si nos han secuestrado estando contigo, qué no harían si me encontraran sola —volteó los ojos—. Y sí, sé que eso es precisamente lo que me dirá mamá cuando volvamos a casa.

—Palabra por palabra —reí.

—Es que la estoy viendo, ahí de pie delante de nosotras, diciéndolo —rio ella.

Pasamos así un rato, hablando de cómo era nuestra madre, y entonces decidí que le debía a mi hermana una esperanza más para que supiera que sí iban a encontrarnos.

—¿Sabes? Vas a ser tía —la tenía abrazada y ella me miró con los ojos abiertos—. Es verdad, vas a ser tía.

—Pero, ¿de ese hombre?

—No —sonreí—. De Alan.

—¿El escolta de papá? —preguntó y asentí— Entonces sí, van a sacarnos de este cuartocho frío y asqueroso.

Capítulo 41



Alan

El FBI fue rápido en actuar desde el momento en el que el congresista y yo los llamamos.

Sí, todo el personal de mi equipo de seguridad era bueno en sus respectivos departamentos, habrían encontrado a las chicas y podríamos haberlas sacado, pero si algo había aprendido años atrás, era que lo mejor era contar con la ayuda de quienes podían dártela.

En cuanto el congresista puso al tanto al Senador Milton de lo que ocurría, él, su esposa y su sobrino Max vinieron para ayudar en lo que pudieran. La presencia de la señora Milton en la casa le vino bien a la esposa del congresista, quien pasó por varias crisis y tuvieron que darle pastillas para que se calmara y pudiera dormir.

Yo no estaba mucho mejor, siendo sincero.

El saber que Elisabeth estaba embarazada y que nuestro bebé podría correr peligro me tenía alterado, pero el haber hablado la noche anterior con ella fue como esos momentos en los que con su sola presencia calmaba mis demonios.

La noticia del secuestro estaba en todos los titulares de noticieros y programas de televisión, por lo que la entrada a la residencia Paton se había convertido en el punto de reunión de cientos de periodistas.

Incluso Liam Roberts se atrevió a atender a los medios y decir que estaba consternado.

Cuando les dijimos a los del FBI que tenía a Elisabeth amenazada con noticias de su padre para que fingiera estar con él, no dudaron en ponerlo en el punto de mira, y fueron ellos quienes confirmaron lo que todos veníamos sospechando.

El congresista no se podía creer que Liam Roberts estuviera en conversaciones con ese empresario colombiano, y no solo eso, sino que quería quitarlo a él de en medio para llegar al

comité y manejar todas las negociaciones, dado que habían encontrado en sus cuentas bancarias dinero que provenía de las drogas.

Antes de detenerlo a él sin que nadie lo supiera, el congresista llamó a la Senadora Ferguson para que viniera a la casa y hablar con ella, la puso al corriente de todo y dijo que no sabía que el hijo de su mejor amiga pudiera haber llegado a ser así.

Yo mismo le di todo lo que la periodista, Lilian Simons, me había entregado, lo leyó y dijo que no reconocía al niño que una vez fue y tuvo entre sus brazos.

No dudó en poner a disposición del congresista y del FBI todo lo que necesitaran para llevar ante la justicia a ese hombre que se había convertido en un perfecto desconocido para ella.

Pero ese tipo era de lo más escurridizo y se les había escapado incluso a los del FBI.

Quisieron seguir cada movimiento a través de su móvil, pero fue listo y lo apagó, por lo que la última señal activa que daba era en su casa, donde no había nadie.

Sospechaban que podría haber ido a reunirse con el colombiano, así que todos los que estaríamos presentes en el lugar donde había sido localizada la llamada en la que Elisabeth mantuvo activo el teléfono para que pudiéramos rastrearla, sabíamos que detener a Liam Roberts también era una prioridad.

No querían que se escapara nadie de allí, querían sacar a las chicas sanas y salvas y arrestar a todos los que hubiera en aquel lugar.

El agente al mando nos dijo que se trataba de una fábrica abandonada, estaba a una hora de Chicago en mitad de la nada, con árboles alrededor y lejos de carreteras, viviendas o cualquier otro edificio.

Nos mostró una vista aérea de la zona indicando en cada punto donde había hombres armados vigilando, así como las diferentes puertas por las que acceder.

El dron con el que habían sobrevolado la fábrica tenía reconocimiento de temperatura, por lo que pudieron identificar a todas las personas que había allí. En un cuarto que estaba en la última planta, se vieron dos cuerpos acurrucados que sin duda debían ser Elisabeth y Alexis.

Organizó todo el operativo y le quedó claro que tanto yo, como varios de mis hombres, iríamos.

Y ahí estábamos, J.J., Leo, Roxana, Luke, Kaila, Rick, Josh, Carl y yo, en una furgoneta del FBI con un par de agentes, esperando la señal para salir y llevar a cabo el operativo.

Todos llevábamos chaleco antibalas, pasamontañas cubriendo nuestros rostros y varias armas

con las que contar en caso de que nos quedáramos sin balas en el fusil.

—Jefe, ¿cómo vas? —preguntó Luke.

—Estoy tranquilo, no te preocupes.

—Vamos a sacarlas, y dentro de unos años tendremos una historia más para contar a nuestros nietos —comentó J.J.

—¿Pero tú piensas tener hijos? —Roxana sonrió arqueando la ceja.

—Este le ha echado el ojo a cierta periodista —dijo Leo.

—¿La que nos dio aquella información? —Fruncí el ceño.

—Oye, fue idea tuya que hablara conmigo. Le mandé un mensaje para ver si tenía algo más, y al final...

—Una cosa llevó a la otra, y hace unos días no durmió en su apartamento —escuché que dijo Rick.

—Joder, sois todos, una panda de cotillas —resopló J.J.

Bueno, si uno de mis mejores amigos estaba interesado en una mujer, me alegraba por él. Por nuestro trabajo no muchas mujeres y hombres estaban dispuestos a mantener una relación.

Nos volvimos a quedar en silencio y entonces Kaila me sonrió.

—Vas a ser un buen padre, jefe —me dijo, y todos asintieron.

Después de saber que Elisabeth estaba embarazada, las chicas entraron en su casa en lo que llamaron: “Misión papi”, y sin importarles lo más mínimo la intimidad de su jefa y amiga, revisaron en sus cajones hasta dar con el calendario que llevaba de su menstruación, decían que no podían esperar a saber si su futuro sobrino era hijo mío o del demonio, que así habían empezado a llamar a Liam.

Descubrieron que tenía dos faltas y se presentaron las dos en la cocina comunitaria gritando que iba ser padre.

Estaban locas, pero eran las mejores personas que podían estar al lado de Elisabeth.

—Aquí Carter —escuchamos la voz del agente al mando—, salimos.

Bajamos de la furgoneta y nos unimos al resto de agentes que, al igual que nosotros, vestían completamente de negro, camuflándose en la noche entre los árboles.

Avanzamos hasta el edificio de la fábrica abandonada y por radio avisaron de que los hombres que vigilaban el perímetro exterior habían caído.

Cada grupo de treinta personas fue hacia una de las puertas de acceso, un total de seis, y entramos sin ser vistos ni llamar la atención.

Todos sabíamos lo que teníamos que hacer, y Roxana y Kaila, junto con Josh y Carl, fueron con diez agentes hasta la última planta para sacar a Elisabeth y Alexis de allí. Los demás agentes reducirían a los hombres de Valdivia, que así se apellidaba el empresario colombiano, además de detenerlo a él, y los chicos y yo nos encargaríamos de Liam Roberts, a quien uno de los agentes había identificado un par de horas antes saliendo para hablar por teléfono y volviendo a entrar.

No sabíamos dónde estaría, pero si tenía negocios con Valdivia, lo más seguro es que estuvieran juntos.

Seguimos avanzando por las escaleras, y en un momento dado el caos se apoderó de la fábrica.

Los disparos en algunas zonas comenzaron a resonar alertándonos a todos. Carter informó por radio de que estuviéramos alerta, y nosotros mismos acabamos disparando contra los hombres que aparecían por los pasillos y nos disparaban.

Por radio uno de los agentes que estaba vigilando con el dron sobrevolando la fábrica informó de que había movimiento en una sala de la segunda planta, varios hombres armados vigilaban la puerta y en el interior de ella, cuatro hombres se agrupaban a un lado, tres de ellos con armas.

—Ahí deben estar Valdivia y Roberts —dijo el agente Carter—. Moore, tu grupo que vaya hacia allí, el mío también va.

—Recibido —contesté, y tanto J.J., como Leo, Rick y Luke me siguieron, además de varios agentes que nos acompañarían allí.

Llegamos abriéndonos paso a base de disparos y haciendo caer a los hombres de Valdivia, incluidos los que vigilaban la puerta de la sala. Carter abrió de una patada y se agachó en el momento justo para no recibir varios disparos, pero él disparó también desde su posición.

—¡Roberts se escapa! —gritó, y no tardamos en ver que ese cabrón salía por una puerta cercana.

No hizo falta que dijera nada, todos sabían que yo iría a por él, y así lo hice. Corrí hasta las escaleras y lo seguí, salí tras él al exterior y disparé, sin darle, pero lo suficientemente cerca

como para que se detuviera.

—No me mate, por favor, yo solo he venido a intentar liberar a mi novia y su hermana —dijo con fingida preocupación, pues no sabía quién era yo—. Estaba a punto de llegar a un acuerdo, ahora lo han jodido todo.

—¿Y cómo sabía usted dónde encontrarlas, si a nosotros nos ha costado?

—Me llamó, el secuestrador se puso en contacto conmigo, me pidió tres millones por liberarlas.

—Curioso, al padre le pidió cinco, dos y medio por cada hija.

—Bueno, sabe que no soy congresista.

—¿Vas a dejar de mentirme en algún momento? —pregunté, él seguía parado delante de mí con ambas manos levantadas, dándome la espalda.

—No estoy mintiendo, me llamaron y...

—Sé que trabajas con él, maldito cabrón —dije poniéndome delante mientras me quitaba el pasamontaña—. Tu interés en que ella volviera contigo era para esto, para que no estuviéramos tan pendientes de ella y que se la llevaran.

—Así que Romeo ha venido en busca de su Julieta... Qué bonito —sonrió con malicia—. ¿Te ha dicho que disfrutó de nuestro último encuentro?

—La violaste, eres una decepción como hombre.

—Solo tomé lo que quería para que ella supiera que podría hacerlo cuando quisiera. Y parece que dio resultado, porque no has vuelto a follártela. Veo que esas fotos también fueron parte importante de tu decisión.

—¿Cómo conseguiste eso? —Fruncí el ceño.

—Digamos que en esta vida hay que saber jugar bien las cartas que nos reparten, y tener contactos en cualquier parte. Fue difícil convencer a aquel agente ya retirado para que me diera esas copias, pero ese hombre también tiene hijas y nietos que proteger —se encogió de hombros—. Es una pena, Alan Moore, que pueda volver a repetirse aquella trágica historia. Al menos Eli no está esperando un hijo tuyo, como tu difunta novia policía.

En ese momento me lancé a por él, le golpeé una y otra vez con el odio y la rabia que tenía acumulados, lo hice caer al suelo y me quedé sobre él, golpeándolo como si fuera el saco de boxeo que teníamos en el gimnasio.

Cuando me levanté me miró con una sonrisa ladeada de lo más prepotente mientras escupía sangre, su ojo estaba hinchándose y a duras penas consiguió ponerse de rodillas.

—En vez de estar aquí, deberías ir a por tu chica, antes de que se las lleven y no volváis a verlas más —escupió de nuevo y se llevó la mano a la cadera, por lo que yo hice lo mismo y le apunté con la pistola.

Antes de que sacara la suya disparé, sin pensarlo y sin preocuparme por las consecuencias.

Se le cayó el arma de la mano y llevó ambas a su estómago, lugar por el que brotaba la sangre.

—Hijo de puta —murmuró.

—Esto es por Elisabeth, por lo que le hiciste.

—Te arrepentirás de esto —escupió sangre de nuevo.

—¿Sí? Bueno, en ese caso, espérame en el Infierno —dije al tiempo que pasaba por su lado con la pistola en la mano.

—¡¡Alan!! —escuché el grito de J.J. y vi que corría hacia mí con varios agentes, además de Rick y Carter— Alan, ¿qué has hecho? —preguntó al ver el arma.

—Sigue vivo, aunque sufriendo. No quiero ir a la cárcel por culpa de una escoria como él —contesté—. Iba a dispararme, yo lo he hecho en defensa propia —dije mirando a Carter.

—Y nosotros hemos sido testigos de ello, ¿verdad, chicos?

—Sí, jefe —contestaron los cinco agentes que venían con ellos.

—Las tienen, Alan —miré a mi amigo que sonreía—. Elisabeth y Alexis están con Roxana y Kaila.

Cuando me dijo dónde las tenían fui hacia allí corriendo, necesitaba ver a mi mujer y abrazarla, saber que estaba bien, que el bebé estaba bien.

Las vi a las cuatro juntas hablando, Elisabeth y su hermana estaban abrazadas y cobijándose bajo unas mantas. En cuanto ella me vio, sonrió y vi que se le humedecían los ojos.

Me acerqué al mismo tiempo que ella caminaba hacia mí, la abracé y se echó a llorar en mis brazos.

—Ya estás a salvo, pequeña —susurré antes de sostener sus mejillas y besarla como llevaba

deseando tanto tiempo—. Ya estás a salvo.

—Alan, gracias por venir a buscarnos.

—Siempre, mi amor, ¿me oyes? Siempre te buscaré hasta encontrarte.

—Es tuyo —dijo entre lágrimas y con un fuerte sollozo—. El bebé es tuyo, Alan.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

—Tenía miedo de contártelo, por eso te mentí.

—Estaba seguro de que era así.

—Si no quieres...

—¿Qué? ¿Tenerlo? ¿Ser parte de su vida y de la tuya? Por supuesto que quiero, contigo lo quiero todo, pequeña. Y no, no tengo un anillo aquí, pero quiero saber si tú quieres casarte conmigo.

—Sí —lloró aún más—, sí que quiero.

La volví a besar y noté que alguien nos abrazaba, al mirar vi a Alexis, llorando y sonriendo.

—Así que tú eres el padre de mi sobrino —dijo y sonreí—. Gracias por venir a por nosotras, Alan.

Elisabeth abrazó de nuevo a su hermana, Roxana llamó al congresista para decirle que las habíamos liberado, y poco después el agente Carter nos dijo que podíamos llevarlas a casa.

Ellos se encargarían de Valdivia y todo el caos que se había formado, mientras mi mujer, mi cuñada, mis hombres y yo volvíamos a casa, donde los señores Paton esperaban poder volver abrazar a sus hijas.

Y lo hicieron, entre lágrimas y besos abrazaron a sus hijas en el salón de la casa, y fue justo ahí donde escuché a Elisabeth decirles que estaba embarazada y yo era el padre.

Evan Paton, mi jefe, se acercó a mí para darme un abrazo y la bienvenida oficial a la familia, mientras que Carol Paton me pidió que de ahora en adelante no la llamara señora, sino Carol.

Los chicos se fueron a descansar y yo me quedé en la casa a petición de mi suegro, pues dijo que ahora debía llamarlo así, y Julia nos sirvió té y chocolate caliente y mi suegro les contó a sus hijas lo que pasaba en el comité, prometiéndoles que nunca más tendría secretos con ellas, y que

siempre las tendría al tanto para que estuvieran alerta en caso de que intentaran volver a hacerle daño a él, llevándoselas a ellas.

Elisabeth me abrazó con fuerza, nos miramos a los ojos y sonreímos, pues en esa mirada iba un te quiero verdaderamente sincero.

Capítulo 42



Alan

Habían ido pasando los días desde que rescatamos a Elisabeth y Alexis de aquella fábrica, y aún no había tenido esa conversación con ella que me pidió su padre y yo le dije que teníamos pendiente.

Entre una visita al ginecólogo para que la revisara y nos dijera cómo estaba el bebé, las declaraciones ante los agentes del FBI de lo ocurrido, la entrevista que le concedió a Lilian Simons para hablar sobre esos dos días que las habían tenido secuestradas, los dos días que la obligué a quedarse en casa sin ir a trabajar y que había retomado sus obligaciones en la petrolera hacía tres días, no encontraba el tiempo ni el momento adecuado para hablar con ella.

Hasta hoy.

Me había instalado de manera oficial con ella en la casa dos días después de liberarlas, sus padres estaban encantados conmigo como yerno, e incluso el congresista presumía de ello cuando íbamos a alguna reunión, lo que debía admitir que me hacía sentir un poco incómodo. Pero ya lo veía como algo normal.

Le había pedido a Julia que preparara lasaña para llevarme a casa de Elisabeth para comer, estaba terminando de poner la mesa cuando escuché que abría la puerta y entró suspirando mientras se quitaba los zapatos.

—Uf, qué alivio —dijo al notar el suelo en sus pies—. Esto es mejor que un orgasmo.

Carraspeé, me miró y arqueé la ceja.

—Creí que era bueno dando orgasmos.

—El mejor, aunque ya sabes que no tengo con quién compararte —se puso de puntillas y me dio un beso en los labios—. Me muero de hambre, y esa lasaña huele genial.

—Siéntate, voy por ella —sonreí.

Cogí la bandeja de lasaña que había dejado en el horno para que se mantuviera caliente y la llevé a la mesa, serví su plato y el mío y comimos mientras me contaba cómo le había ido el día.

Al parecer tenía todavía a la prensa queriendo entrevistarla por lo del secuestro, pero ella se negaba diciendo que todo lo que tenía que contar al respecto lo había hecho en la entrevista que concedió a Lilian.

Después de comer le preparé un té y me serví un café, sonrió cuando le di su taza y me incliné para besarla.

—Tenemos que hablar, pequeña.

—¿Sabes que esa es la peor frase de la historia para una pareja? —Arqueó la ceja.

—Sí, pero tranquila que no voy a romper contigo.

—Ah, vale, aunque si lo hicieras, te pediría pensión para el bebé hasta que cumpla los treinta —dio un sorbo a su té.

—Menos mal que tengo unos buenos ahorros —reí.

—¿De qué quieres hablar?

—Te dije que teníamos una conversación pendiente.

—Creí que era por el embarazo —frunció el ceño.

—No, es sobre mi pasado, y lo que ocurrió con esa novia a la que viste alguna vez.

—Alan, no quiero que me cuentes nada si no quieres hacerlo.

—Pequeña, si quiero que los demonios que tanto me atormentan se vayan, debo contártelo.

—¿La dejaste por otra?

—No —sonreí y le di un beso en la frente—. Murió.

—Alan —se le quebró la voz y me acarició la mejilla—. Lo siento mucho. ¿Qué pasó?

—Ella era policía, una de las mejores que había en aquel entonces. Tenía toda la vida por delante, pero algo salió mal en una redada, no pidieron refuerzos y varios policías resultaron

heridos, otros murieron. Ella llegó con vida al hospital, hicieron todo lo posible por salvarla, pero no pudieron. Estaba embarazada de casi tres meses y yo aún no lo sabía.

—Dios mío —Elisabeth estaba llorando, me rodeó con ambos brazos por los hombros y la estreché por la cintura con los míos—. Pensé que simplemente lo habíais dejado.

—La quería mucho, en aquel entonces era la mujer de mi vida, no entraba en mis planes dejarla y tampoco tener un hijo, pero cuando supe que la había perdido y también al bebé del que no sabía nada, fue muy duro. Aquel día estaba con tu padre saliendo de una cena, me avisaron y como estábamos cerca me dijo que podíamos ir, él quería acompañarme. Llegué cuando la ambulancia todavía estaba de camino y la abracé, ella no hablaba, solo sonrió al verme y después de que muriera entendí por qué había llevado mi mano a su vientre. Ella era policía, pero le dije que siempre la protegería y cuidaría, solo que no pude hacerlo. Aquello fue muy duro para mí, y fue por eso por lo que me alejé de ti cuando me lo pediste la noche que Liam estuvo en la boutique. Recibí unas fotos tuyas y nuestras, y también de la noche en la que la perdí a ella. A pesar de ser el escolta de tu padre a ti también te he estado protegiendo desde que eras una niña, Liam lo sabía, averiguó lo que le pasó a mi novia y me envió esas fotos para que dejara de estar pendiente de ti con tal de que pudieran secuestrarte, no supe que fue él hasta que os liberamos, él me lo confesó. Me alejé porque pensaba que así te protegía y lo único que hice fue servirte a los colombianos y a Liam en bandeja de plata.

—Pero me rescatase, Alan —dijo con ambas manos sosteniendo mis mejillas—. Te arriesgaste a que te pasara algo para sacarme de allí con vida, a mí y a nuestro hijo.

—Y lo volvería a hacer, pequeña, porque te amo y no me imagino la vida sin ti.

—Yo tampoco —apoyó la frente en la mía y de sus ojos seguían cayendo esas lágrimas que me mataban.

—No quiero verte llorar más, a no ser que esas lágrimas sean de felicidad, ¿de acuerdo? —le pedí, besándola.

—No prometo nada —sonrió.

Y entonces fue ella quien empezó con suaves y breves besos repartiéndolos por mi rostro, los labios y el cuello. Fue ella, mi mujer, la que comenzó a desnudarme despacio y entre besos hasta que yo mismo la despejé de su ropa.

—Elisabeth, ¿estás segura? —pregunté, mirándola a los ojos.

—Sí, lo estoy —sonrió antes de volver a besarme.

Nos quedamos desnudos en el sofá, acariciándonos como si aquella fuera la primera vez que nos veíamos, aunque así podría decirse que era, puesto que desde que la saqué de aquella fábrica

y la traje de vuelta a casa, no me había atrevido a ir más allá de unos besos.

Vale, era un hombre de cuarenta y cinco años y ella había aceptado casarse conmigo, pero quería esperar a que estuviera tranquila y segura de que quería hacerlo, dado que había sido forzada a tener sexo hacía unas semanas y por eso mi contacto le había generado rechazo aquella noche.

No hablamos más de aquello, queríamos que quedara enterrado en el pasado y yo, simplemente, esperé con paciencia y dolor en ciertas partes, como había dicho Roxana, a que ella quisiera dar este paso.

La recosté en el sofá y dejé un camino de besos por todo su cuerpo, acaricié cada centímetro de su piel observando cómo se estremecía bajo las yemas de mis dedos.

Seguí descendiendo poco a poco y sin apartar los ojos de ella, sin dejar de mirarla y contemplar el brillo del deseo en los suyos, lamí su zona íntima haciéndola gemir.

Dejó caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados poco después, disfrutando del placer que le daba con mi lengua, y gritó con fuerza cuando la penetré con dos dedos.

No podía dejar de recordar el momento en el que me confesó que ningún hombre le había hecho tener un orgasmo, y desde aquel día me prometí a mí mismo hacer que tuviera tantos como pudiera en cada encuentro.

Porque su placer era y siempre sería el mío.

Unos minutos fueron suficientes para que se corriera, estremeciéndose por completo entre mis manos, temblando con la respiración entrecortada.

La hice arrodillarse en el sofá, agarrándose al respaldo, y me coloqué tras ella, penetrándola al mismo tiempo que masajeaba sus pechos con mis manos y hacía que su excitación aumentara con suaves pellizcos en ambos pezones.

Llevé una mano a su entrepierna y sin dejar de penetrarla comencé a acariciarle el clítoris, hasta que llegó al clímax por segunda vez.

Me senté en el sofá con ella a horcajadas sobre mi regazo, nos besamos, nos acariciamos y nos entregamos al deseo y el placer mutuo que sentíamos en ese momento, hasta que noté que ella se acercaba una vez más al orgasmo.

La abracé con fuerza, me rodeó con sus brazos por los hombros y así llegamos juntos al clímax, jadeando, gimiendo y gritando mientras nos estremecíamos al ser alcanzados por aquel intenso orgasmo.

Permanecimos abrazados, unidos y en silencio, besándonos el cuello y el hombro, acariciándonos la espalda y susurrándonos esos “te quiero” sinceros y cargados de verdad varios minutos.

No quería soltarla, no quería que se fuera de mi lado, pues me había prometido a mí mismo no dejarla marchar nunca.

Metí la mano en el sofá y cogí la cajita que había guardado ahí para ella. Quería haber hecho esto justo después de contarle eso que me provocaba pesadillas, pero ella me había besado y dado el amor que en ese momento supo que necesitaba.

—Elisabeth.

—¿Hum? —preguntó, con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Después de lo que te he contado, que perdí a mi familia por no poder estar para protegerlos, ¿sigues queriendo casarte conmigo?

—¿Es que lo dudas? —contestó, mirándome con el ceño fruncido— Claro que quiero, Alan. No podrías haber evitado que le pasara eso, ella era policía, estaba trabajando aquel día. No tienes que culparte por lo que ocurrió.

—Me culpé muchas veces —suspiré—. Y también me culpo porque si no me hubiera alejado, no te habrían secuestrado.

—Deja de culparte por las dos cosas, no eres responsable de eso, ¿me oyes? Y sí, obvio que quiero casarme contigo porque te amo, eres el hombre de mi vida, siempre pensé que me veías solo como a una niña, y aquí estamos, sudorosos, desnudos, habiendo tenido sexo y esperando un bebé. Si piensas, Alan Moore, que vas a escaquearte de hacerme una mujer honrada y respetable que lleve con orgullo tu apellido, vas listo. Eso sí, quiero una boda tranquila, con nuestra familia, nuestros amigos y Lilian, ni un solo periodista más. Es que le debo a ella la exclusiva de la boda, la luna de miel y el bautizo del bebé.

—¿Y por qué se lo debes?

—Larga historia —se encogió de hombros, al mismo tiempo que fruncía los labios.

—Que algún día me contarás, espero.

—Algún día, sí, puede.

—Dame tu mano.

—¿Para qué?

—Aceptaste ser mi esposa y no te di un anillo. ¿No quieres uno?

—¿Tienes uno? —miró hacia mi mano y sonreí abriéndola para que viera la cajita.

La puse delante de ella, la abrí y saqué el anillo de oro blanco con un diamante en el centro que había comprado para ella.

—Alan, es precioso —dijo cuando se lo puse en el dedo.

—Tú sí que eres preciosa, mi amor —le di un beso en los labios—. Y estoy deseando verte llegar al altar.

—Y yo de convertirme en tu mujer —sonrió y se llevó la mano al vientre—. ¿Has oído, mi vida? Tus papis ahora sí tienen una boda que planear.

—Tengo ganas de conocerlo —acaricié su vientre, que aún era una pequeña curvatura.

—¿Qué te gustaría que fuera?

—Una niña para que se parezca a su madre. No solo físicamente, sino en forma de ser. Porque tú, Elisabeth Paton, eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido en años —la besé en los labios—. Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti.

Epílogo



Elisabeth

Diez años después...

Si me hubieran dicho hace treinta años, cuando no era más que una niña, que aquel joven de veinticinco años, alto, moreno y de ojos grises que comenzó a trabajar como escolta de mi padre, el Congresista Paton, acabaría siendo mi marido y el padre de mis hijos, no me lo habría creído.

Ese joven me vio crecer, llegar a la adolescencia y, como ya dije en otras ocasiones, era quien me encontraba cuando me escabullía en una cena aburrida a la que asistía con mis padres.

A los dieciocho años dejé de verlo con ojos de niña y comencé a hacerlo con los ojos de la mujer en la que me iría convirtiendo poco a poco, sin saber que él, también me vería a mí del mismo modo, como mujer y no esa niña que conoció.

El nuestro fue un amor que comenzó de improviso, por un beso impulsivo, por un encuentro fortuito en el que acabamos dejándonos llevar por el deseo de ambos, y con el tiempo ese amor dio su fruto sin que ninguno lo supiéramos ni lo hubiéramos planeado.

El de Alan era un corazón prohibido para mí, o así al menos lo vi siempre, hasta que comenzamos a entregarnos a un amor secreto, como el de Romeo y Julieta, pues él era un empleado más para mi padre y, además, quince años mayor.

Por suerte mis padres no se opusieron a lo nuestro, acogieron a Alan como uno más de nuestra familia y siguió siendo el escolta y jefe de seguridad del Congresista Paton, hasta que dejó la política hacía dos años, con sesenta y ocho, puesto que decía que quién mejor que su yerno para velar por su seguridad y asegurarse de que no moría para no tener que darme a mí esa mala noticia.

Cosas de mi padre.

Nos casamos esas mismas Navidades, después de que me pusiera aquel precioso anillo de compromiso en el dedo que aún conservaba y lucía ahí, junto a mi alianza de mujer casada.

Tal como le pedí, fue una ceremonia íntima, con mis padres, mi hermana, el Senador Milton, su esposa y su sobrino Max, y todos los hombres y mujeres que formaban el equipo de seguridad de la residencia Paton, además de Lilian, esa periodista que se acabó convirtiendo en una más de mis mejores amigas.

Y sí, a ella le di la exclusiva de mi boda, así como algunas fotos de mi luna de miel, y del bautizo de mi primera hija, pues el deseo de mi esposo se cumplió y tuvimos una niña, Alana, una pequeña versión mía.

Dos años después llegó Eric, un precioso niño igualito que su padre.

Y a la familia debía añadirle una gatita blanca que encontramos cuando no tenía más que unas pocas semanas en los jardines de la residencia Paton cuando mi hija tenía cuatro años y de la que se encariñó enseguida, y un perro que encontró Luke una noche de lluvia acurrucado bajo el techo de la caseta de seguridad de la entrada.

Sobraba decir que mis hijos lo adoptaron de inmediato.

Seguíamos viviendo en la que una vez fue mi casa de soltera, a la que habíamos añadido las habitaciones de los niños, así como un cuarto de baño en cada una de ellas, y un pequeño cuarto donde la gatita y el perro convivían.

Pero no fueron mis hijos y las mascotas los únicos con los que ampliamos la familia, ni mucho menos.

Empezando por mis escoltas, decir que la relación entre Roxana y Rick, el chófer de mi madre y mi hermana, fue una sorpresa, era quedarme corta, porque la sorpresa real nos la dieron Luke y Kaila al decirnos que estaban embarazados.

Desde luego, qué gran verdad eso de que el amor estaba donde menos te podías imaginar.

Roxana y Rick se casaron y tuvieron una niña, Kelly, que se llevaba solo un año con mi Eric, mientras que Luke y Kaila tuvieron un niño, Ryan, que nació solo unos meses después que mi hija Alana.

Quien también encontró a su media naranja en aquel tiempo fue J.J., el escolta de mi padre y uno de los mejores amigos de Alan, que acabó cautivado por la preciosa Lilian, esa mujer a la que acabé convenciendo para que dejara el trabajo en la revista y se uniera al equipo de mi padre, siendo ayudante de la jefa de prensa y ocupando el cargo de esta un par de años después cuando decidió retirarse.

Ellos también se casaron, hacía ya seis años, y tenían una preciosa niña de cuatro a la que llamaron Alysa, en honor a mi marido y a mí, ya que decían que había sido por nosotros por lo que ellos se conocieron.

¿Recordáis a Max Milton, ese joven de veinte años universitario que su madre decía que era perfecto para mi hermana Alexis?

Pues sí que lo fue, sí, y ese joven esperó durante tres años a que mi hermana cumpliera los dieciocho para pedirle de manera oficial que fuera su novia, algo que para todos era más que evidente porque, ni él salía con otras chicas, ni ella con otros chicos.

Se gustaban, se entendían y se prometieron que él la esperaría, aunque mi hermanita pequeña me confesó que en su dieciséis cumpleaños él la besó por primera vez, y ya no dejó de hacerlo.

Celebramos su boda el año pasado, cuando ella acabó la universidad, en una preciosa ceremonia donde ambos, enamorados desde hacía nueve años, porque tenía claro que ocurrió la noche en que se miraron por primera vez, se prometieron amor para siempre.

Y aquí estábamos ahora, igual que ocurrió conmigo al cumplir los veinticinco, celebrando que mi hermana, Alexis Milton, esposa del recién nombrado Senador Max Milton, ocupaba su lugar como subdirectora en la petrolera que fundó nuestro padre, Evan Paton.

Estaba hablando con Cintia, que seguía siendo mi secretaria, y su esposo Nick, el responsable de contabilidad de la petrolera con quien comenzó a salir, cuando escuché que me llamaba mi hermana.

—Dime, cariño —sonreí mientras dejaba a Oliver, el hijo de Cintia y Nick, en el suelo después de darle un beso.

—¿Puedes venir, por favor?

—Claro. Divertíos —les dije a ambos.

Seguí a mi hermana por el pasillo desde la recepción donde estábamos, y acabamos encerradas en mi despacho.

—¿Qué pasa?

—Creo que estoy embarazada.

—¡Ay, Alexis! —La abracé con fuerza— Eso es maravilloso, cariño.

—No lo es, Eli. Acabo de incorporarme a la petrolera. Y Max solo lleva unos meses como senador. Esto es una locura —empezó a hiperventilar.

—A ver, que no es el fin del mundo, ¿o te recuerdo que yo me quedé embarazada y lo supe cuando pensaba que el padre no quería saber nada de mí? Cariño, un bebé siempre es una bendición. Además, dices que crees, pero no estás segura. A lo mejor son los nervios por todo lo que está pasando últimamente en vuestras vidas.

—Tienes razón, igual es eso —suspiró.

—Pero bueno, no está de más hacer una prueba —dije cogiendo el móvil y llamé a Kaila—. Envía a alguien a una farmacia a por una prueba de embarazo —le pedí—. Y con discreción, por favor.

—¿Estás embarazada otra vez?

—No es para mí.

—¿Entonces?

—Alexis.

—¡Ay, la hostia! Ahora mismo mando a Luke —y colgó.

—¿A quién le has pedido eso?

—A Kaila —sonreí—. Y ahora vamos a esperar fuera hasta que nos traigan la prueba.

Regresamos a la fiesta y me dijo por lo bajo que necesitaba una copa, a lo que me negué en rotundo, si estaba embarazada debía cuidarse desde ya.

Hablamos con los invitados, con los empleados, nos acercamos a la mesa en la que mis padres estaban ejerciendo de abuelos de mis hijos y de los hijos de nuestros escoltas, acompañados de los padres de mi cuñado que estaba relacionándose con algunos de los clientes de la petrolera y afianzando sus votos para el futuro, y entonces vi a Luke a llegar con una sonrisa de oreja a oreja mientras le entregaba la bolsa a Kaila.

Ella, Roxana y Lilian vinieron hasta nosotros y las cinco fuimos al cuarto de baño.

—Toma cariño, haz pis aquí, aquí, y aquí también —le dijo Kaila.

—¿Ha comprado tres? —preguntó Alexis.

—Palabras textuales de mi marido —carraspeó Kaila—, mejor estar cien por cien seguros —dijo imitando la voz de Luke—. Venga, un pipí rápido.

Mi hermana suspiró, entró en el cubículo y tras unos minutos, resopló.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté.

—Que no me sale, no tengo ganas.

—Eso es por los nervios —contestó Roxana—. Te abro los grifos y verás cómo empiezas a hacer pis.

Abrió los tres grifos, pero nada, que mi hermana no tenía ganas, quien sí entró a hacerlo fue Lilian que con tanto ruidito de agua corriendo le dieron ganas.

Acabamos por coger un vaso y le dimos agua para que bebiera, al final fueron tres vasos hasta que hizo pis en aquellas pruebas que dejamos sobre el lavabo.

—Roxana, tú controla el tiempo —dijo Kaila, y esta cogió el móvil para poner el cronómetro.

Mi hermana miró el lavabo de reojo varias veces, nerviosa y mordiéndose las uñas, hasta que Roxana avisó de que habían pasado los cinco minutos.

—¿Qué ha salido? —preguntó Alexis cuando Kaila cogió las tres pruebas, y nos las enseñó.

—¡¡Vas a ser mamá!! —gritó Lilian.

—Ay, Dios, me estoy mareando —mi hermana se agarró al lavabo.

—Eso es el bebé, que te dice que está ahí —contestó Roxana.

—¿Alexis? —la voz de Molly, una de sus amigas, siguió a un par de golpecitos en la puerta.

Kaila abrió y tiró de la mano de ella y de Brenda para meterlas.

—Pues ya estamos todas —sonrió Roxana.

—¿Qué le pasa? Está blanca como la pared —dijo Brenda.

—Se acaba de enterar de que está embarazada —respondí.

Molly y Brenda empezaron a gritar como en aquel concierto al que fuimos diez años atrás, saltando y abrazando a mi hermana, que estaba sonriendo y llorando al mismo tiempo.

—Qué ilusión, una mini Alexis, o un mini Max, ¡ay, que vamos a ser tías! —gritó Molly.

—Hora de contárselo a la familia —dije.

—Primero quiero hablar con Max.

—Pues venga, vamos para afuera —Roxana le dio un beso a mi hermana y volvimos a la recepción.

Cuando ella fue en busca de su marido, nerviosa y pálida debía decir, Alan frunció el ceño al verla y se acercó a mí.

—¿Está bien Alexis, pequeña? —preguntó rodeándome por la cintura con el brazo y dándome un beso en la mejilla.

—Va a decirle a Max que está embarazada —sonreí.

—¿Eso es lo que hacíais todas metidas en el cuarto de baño los últimos veinte minutos?

—Sí.

—Así que, la familia crece una vez más —dijo pegándose a mi espalda y abrazándome desde atrás con ambos brazos.

—Eso parece.

—Me alegro por ellos, Max es bastante niño, ya sabes que adora a nuestros hijos.

Nos quedamos mirando a mi hermana y su marido, él la besó y la abrazó y tras cogerla de la mano, se puso en el centro para dar la noticia.

Mis padres y los de Max se pusieron en pie y se acercaron a abrazarlos y felicitarlos, mi hermana me miró y le dediqué una sonrisa y le murmuré que la quería.

—¿Y si tenemos nosotros otro hijo? —susurró Alan en mi oído.

—Nosotros con dos estamos perfectamente.

—Bueno, había que intentarlo.

—Lo que sí podemos hacer es lo de practicar cómo se hacen los bebés —sonreí con picardía.

—Señora Moore, creo que tiene una reunión urgente en la última planta con su marido.

—Entonces será mejor que no lo haga esperar —me puse de puntillas y lo besé para después

mirarlo a los ojos—. Quiero mi primer orgasmo de la noche, señor Moore.

—¿El primero? —Arqueó la ceja.

—El primero, porque cuando lleguemos a casa, querré muchos más.

Me aparté de él y caminé hacia el pasillo que daba a los ascensores, miré por encima del hombro y vi que me seguía.

En el momento en el que entramos en el ascensor, mi marido me cogió en brazos, le rodeé con las piernas por la cintura y comenzó a besarme.

—Tienes mi corazón en tus manos, Eli —dijo apoyando la frente en la mía.

—Y tú el mío, Alan.

Sí, hacía diez años que me proclamó dueña de su corazón, y yo del mío, diez años en los que ni un solo día había faltado a la promesa que me hizo de amarme y cuidar de mí, de nuestro bebé y de los hijos que pudiéramos tener.

Diez años juntos, treinta desde que nos conocíamos, y toda una vida por delante para seguir amándonos.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu

[1] Traducción: Quiero ocultar la verdad, quiero protegerte, pero con la bestia dentro no hay ningún lugar donde escondernos

[2] Traducción: Mira en mis ojos, es donde se esconden mis demonios... No te acerques demasiado, está oscuro por dentro